JESÚS, EL ENVIADO DE DIOS

¿POR QUÉ VINO?

Georges Stéveny

aula7activa

JESÚS, EL ENVIADO DE DIOS

¿POR QUÉ VINO?

Georges Stéveny

JESÚS, EL ENVIADO DE DIOS

¿POR QUÉ VINO?

Georges Stéveny

aula7activa

Título original: *Jésus l'envoyé de Dieu: Pourquoi est-il venu?* Dammarie-lès-Lys (Francia): Éditions Vie et Santé, 2001

Traducción: **Alícia Prat Boix**
Diagramación del interior: **Ramon C. Gelabert**
Diseño de la cubierta: **Isaac Chía**

Edita:
AULA7ACTIVA-AEGUAE
Barcelona, España
E-mail: info@aula7activa.org / info@aeguae.org
Web site: www.aula7activa.org / www.aeguae.org

Primera edición en español, 2017

Es propiedad de:
© 2017, herederos de Georges Stéveny
© 2017, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo

Stéveny, Georges
Jesús, el Enviado de Dios: ¿Por qué vino? / Georges Stéveny / traducción al español de Alícia Prat Boix – 1.ª ed. en español – Barcelona: Aula7activa-AEGUAE, 2017.
xxii págs.; 313 págs.; 23 x 15,5 cm

Materia: 1. Jesucristo - Persona y oficios - Salvación - Redención
CDD: 232

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de esta publicación de Aula7activa-AEGUAE (www.aula7activa.org) solo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

Una familia unida es un anticipo del Cielo.
Dedico este libro a todos mis amados,
pero sobre todo a mis dos hermanas tan queridas,
Anna y Lily

«Con tu venida, la Redención se envuelve
de Amor y luz,
y el mundo conoce su existencia.»

Elie Kesrouani, *Cantiques de l'Orient*, Arles, 1996

Sumario

Versiones de la Biblia citadas xvii

Prólogo xix

Prólogo xxi

Introducción: **El que viene** 1

Primera parte: **Él va a venir: El Mesías en el Antiguo Testamento** 5

1. La primera profecía: La serpiente y la mujer 5
2. La posteridad de la mujer 9
3. La misión del Enviado 15
   - 3.1. El Mesías revelador 15
   - 3.2. El Mesías sacerdote encargado de establecer la unión entre Dios y su pueblo 16
   - 3.3. El Mesías juez y rey 17
   - 3.4. El Mesías viene para cumplir la ley de Dios 21
4. La vida del Mesías descrita por Isaías 24
   - 4.1. El ministerio de la amenaza: Intervención, justicia de Dios 25
   - 4.2. El ministerio de la súplica: La piedad de Dios 27
   - 4.3. El ministerio de la esperanza: La promesa 28
   - 4.4. El sacrificio del siervo 32
   - 4.5. La promesa de Dios 38
   - 4.6. Más allá de Isaías: De la eternidad perdida a la eternidad reencontrada 42

Segunda parte: **Él ha venido: El testimonio de los evangelios** 45

1. ¿Cómo leer los evangelios? 45
2. Jesús, el Enviado de Dios 46

3. El Mesías Salvador 51
4. Emmanuel: Dios con nosotros 52
5. El mensajero de Dios 57
5.1. Nacer de lo alto 60
5.2. Cumplir la ley 63
5.3. Jesús y el juicio del mundo 75
5.4. La predicación del reino 85
6. La perspectiva de la muerte 91
6.1. El esposo quitado 92
6.2. La amenaza de Herodes 92
6.3. La copa que hay que beber 93
6.4. El rescate a pagar 93
6.5. La parábola de los viñadores 100
7. Los tres anuncios de la muerte del Mesías 102
7.1. El primer anuncio 102
7.2. El segundo anuncio 108
7.3. El tercer anuncio 109
8. La cena del adiós que funda la Nueva Alianza 109
9. Jesús frente a su muerte 115
9.1. El perfume de la sepultura 115
9.2. La traición de Judas denunciada 117
9.3. El pastor herido 118
9.4. La crisis del Getsemaní 121
9.5. Del huerto a la cruz 125
10. Las siete palabras de Jesús en la cruz 129
10.1. ¡Perdona!» 129
10.2. «Estarás conmigo» 130
10.3. «…he ahí tu hijo» 131
10.4. «Elí, Elí, por qué…» 134

10.5. «Tengo sed» 136
10.6. «Todo está cumplido» 137
10.7. «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» 138
11. La resurrección 140
11.1. La confesión del centurión 140
11.2. Las apariciones del Señor 142
11.3. La ascensión 143
12. Conclusión: Los puntos fuertes del Evangelio 146
12.1. Jesús viene de Dios 146
12.2. Jesús es Dios 147
12.3. Jesús es hombre como nosotros 147
12.4. Jesús sirve de unión entre Dios y los hombres 147
12.5. El Antiguo Testamento prepara su venida 148
12.6. Su mensaje empieza por el llamamiento al arrepentimiento o kerygma 149
12.7. Jesús da a conocer a Dios 149
12.8. Jesús prevé su muerte 150
12.9. Jesús anuncia su muerte 150
12.10. El sentido de su muerte 151
12.11. «Escrito está» 151
12.12. Su hora ha llegado 151
12.13. Su muerte pertenece al plan de salvación 151
12.14. Sin embargo, su muerte es un pecado 151
12.15. Pero de un mal, Dios hace salir un bien 152
12.16. La santa cena, fundamento de la Nueva Alianza 152

Tercera parte: **La misión de Jesús en la iglesia apostólica** 153
I. De la dispensación judía a la iglesia cristiana 153
1. La consigna del Maestro a los apóstoles 153

2. Los Hechos de los apóstoles 154
3. Una lenta evolución..... 155
4. El Pentecostés 155
5. Las señales de la presencia de Dios 156
6. El judeocristianismo y los helenistas 159
7. La puerta abierta a los paganos: Pedro y Pablo..... 160
8. ¿Cuál es el Evangelio para los paganos?: De Jerusalén a Antioquía..... 162
9. El concilio de Jerusalén y los falsos hermanos 163
10. Un rudo combate..... 163
11. El compromiso de Pedro 164
12. La fe y las obras 165
13. La cuerda floja: Fe y obediencia 168
14. Los judaizantes en Corinto..... 170
15. ¡Por fin la iglesia!..... 171
16. La Nueva Alianza y la ley..... 172
17. Organización 176
18. Conclusión 177

II. La iglesia cristiana y la cruz..... 178

1. Recapitulemos..... 178
2. Antioquía, la primera iglesia cristiana..... 179
3. La fe pagano-cristiana..... 179
4. La fe judeocristiana..... 181
5. Importancia de la cruz..... 182

III. Por qué la muerte de Cristo: Una mirada a la historia 187

1. La salvación por la cruz para satisfacer la justicia 187
   1.1. El rescate..... 187

1.2. La sustitución ... 188
1.3. Crítica a la sustitución ... 189
2. La salvación a pesar de la cruz ... 191
2.1. El fracaso de Dios ... 191
2.2. El poder de Dios limitado ... 192
2.3. La victoria de Dios ... 194
2.4. Conclusión ... 195

IV. La muerte de Cristo en el Nuevo Testamento ... 196
1. El rescate ... 197
2. El sacrificio ... 198
2.1. Efesios 5:2 ... 199
2.2. Hebreos 9:26; 10:12; 10:10,14 ... 200
3. La expiación ... 202
3.1. Romanos 3:24,25 ... 203
3.2. Hebreos 2:17,18 ... 206
3.3. 1 Juan 2:2 ... 207
3.4. 1 Juan 4:10 ... 208
4. La justificación ... 209

V. Examen de las teorías expuestas ... 213
1. La salvación a través de la Cruz para satisfacer la justicia de Dios ... 213
1.1. Un contrasentido: Justicia y castigo ... 213
1.2. Justicia y perdón ... 219
1.3. Justicia y encarnación de Cristo ... 220
1.4. Justicia y sufrimiento ... 224
1.5. La justicia y la sangre ... 226
1.6. La obediencia perfecta de Cristo ... 227

1.7. La muerte vencida 229
1.8. La justicia cumplida 231
1.9. La maldición 235
1.10. Jesús hecho pecado 236
1.11. Conclusión 238
2. La salvación por la Cruz para satisfacer el amor del Padre 238
2.1. El milagro del amor 238
2.2. La ruptura 239
2.3. La reconciliación 241
2.3.1. Romanos 5:10,11 243
2.3.2. 2 Corintios 5:18,19 244
2.3.3. Efesios 2:16 245
2.3.4. Romanos 11:15 245
2.3.5. Colosenses 1:19-23 247
3. Resumen 248
4. Conclusión 249

VI. Más allá de la Cruz: La intercesión 250
1. El Cristo vivo 250
2. Su ministerio en el santuario celestial 251
2.1. «Abogado» 251
2.2. La intercesión 252

VII. El juicio 255
1. La gracia y las obras 255
2. La perfección 256
2.1. El vocabulario 256
2.2. Una obra perfecta 256
2.3. La madurez 257

2.4. Perfecto para alcanzar el premio ... 258
2.5. La cuestión crucial ... 259
2.6. La esperada armonía ... 260

Cuarta parte: **Cristo nuestra esperanza: ¡Volverá!** ... 261

1. La promesa ... 261
2. Las señales de los tiempos ... 263
3. Cristo nuestra esperanza ... 267
   3.1. Desafío a la fatalidad ... 269
   3.2. Desafío a la huida hacia adelante ... 269
   3.3. Desafío al estallido de la vida ... 270
   3.4. Desafío a la iglesia-reino ... 270
   3.5. Desafío a una vana agitación ... 271
   3.6. Desafío al laxismo ... 271
   3.7. Desafío a una civilización llamada «cristiana» ... 272
   3.8. Desafío al colectivismo y al individualismo ... 273
   3.9. Desafío a la unicidad de la vida ... 273
4. El juicio ... 275
   4.1. El juicio actual ... 275
   4.2. El juicio final ... 276
5. La vida eterna ... 277
   5.1. La parusía ... 277
   5.2. El tiempo de la eternidad ... 278
   5.3. Perspectivas ... 279

Conclusión ... 285

Índice de referencias bíblicas ... 291

Índice de autores ... 309

Versiones de la Biblia citadas

- BJ: *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.
- CI: *Sagrada Biblia*, edición de Francisco Cantera y Manuel Iglesias. 2.ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.
- MI: *Nuevo Testamento*, edición de Manuel Iglesias. Madrid: Ediciones Encuentro, 2000.
- Peregrino: *Biblia del peregrino*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 1996.
- RVA: *Santa Biblia*, Reina-Valera actualizada 1989.
- RV1909: *Santa Biblia*, Reina-Valera 1909. Sociedades Bíblicas Unidas.
- RVR95: *Santa Biblia*, Reina-Valera 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.

Prólogo

Este libro quiere responder –como su título indica– la pregunta fundamental que plantean la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. Todavía hay cristianos que piensan, porque así se lo enseñaron, que Jesús vino como decía el viejo cántico «Minuit, chrétiens» («Oh Santa noche») para «borrar el pecado original y aplacar la ira del Padre». Dicho de otro modo, para reconciliarse con la humanidad pecadora, Dios exigía un sacrificio. Y, movido por su amor infinito, sacrificó a su propio Hijo, su otro yo.

Esta presentación de la fe cristiana tan extendida (mucho más de lo que piensan ciertos clérigos) ha contribuido a apartar a muchos hombres y mujeres de dicha fe. Pero esta no es la razón principal por la que hay que rechazarla. Hay que hacerlo porque es falsa.

Buen conocedor de la Biblia, Georges Stéveny lo demuestra en estas páginas. Lo hace con erudición y paciencia infinita, desenmarañando poco a poco el camino, examinando con seriedad todos los obstáculos, demostrando, volviendo sobre sus pasos para asegurarse que lo seguimos bien, exponiendo con claridad la posición de los exégetas y teólogos, para llegar a estas tres frases que exponen lo esencial: «Jesús no vino a nosotros para sufrir y morir. Vino para ponernos en la condición adecuada para vivir en armonía con la voluntad de Dios en su reino. Pero, en este plan de salvación, tuvo que integrar el sufrimiento y la muerte.»

Me temo, y hay que confesarlo, que ciertas expresiones de Georges Stéveny puedan llegar a ser mal entendidas. Por ejemplo, cuando escribe que el hombre debe renunciar «a su voluntad de independencia». El lector, ¿no se arriesga a confundir «voluntad de independencia» y libertad? Es con total libertad, esta libertad que Dios ha querido, cómo el hombre debe entrar en el amor de Dios. Y si bien es cierto que en el amor cada uno cede parte de su libertad para hacerse dependiente del otro (el propio Dios, por amor, se hace dependiente) pero, manifiesto aquí cierta reserva con la elección de algunas palabras.

Aún más, confieso también, que he estado algo molesto con la personificación del mal en Satanás, muy a menudo evocado con este

nombre. Aunque sea citado dieciocho veces en la Biblia como un ser personalizado, enemigo a la vez de Dios y del hombre, constato que ninguno de los dos Credos –el de Nicea y el de los Apóstoles– hace alusión a él. Y que la oración enseñada por Jesús a sus compañeros, la que hacen suya todos los cristianos, termina con este sencillo y bello ruego: «Líbranos del mal». Y personalmente, me hace muy feliz.

Estoy muy de acuerdo, totalmente de acuerdo, con Georges Stéveny cuando escribe que la palabra clave de la fe es *futuro*. Porque Dios tiene una historia y esta historia continúa. Jesús se mezcló entre los hombres, tomando su condición y como escribe el autor, volverá, «es el inevitable resultado de esta historia ». La historia de la creación que continúa todavía, la lucha permanente entre el bien y el mal es una lucha en la que Jesús invita a los hombres a participar, no multiplicando los arrepentimientos (por muy justificados que estos sean) sino siguiendo delante por el buen camino. Vino para decirnos: «Cambiad de vida».

Jacques Duquesne

Periodista y escritor, ha publicado *Jesús*, en 1994
Le Dieu de Jésus, en 1997
y *Dieu expliqué à mes petits-enfants*, en 1999

Prólogo

¡La noticia, difundida al mundo entero por la cadena americana CNN, desencadenó asombro y sobre todo miedo paralizante!

Terroristas atacan el corazón del mundo libre. Pilotos kamikazes estrellan dos aviones contra las torres del World Trade Center, en el centro de Nueva York. Es el pánico, el caos. Miles de muertos. Envueltos en una gigantesca nube de polvo y cenizas, miles de hombres y mujeres corren por las calles de Manhattan. ¡Todos tienen miedo!

«¡Oh Dios, ven a nuestro socorro!» Este es el titular de un periódico alemán al día siguiente de esta catástrofe que cambió la faz del mundo.

La mayoría de comentaristas hicieron referencia a declaraciones de la Palabra de Dios para expresar sus sentimientos.

Este horrible atentado nos interpela acerca de la imagen que tenemos de Dios. Nuestras divinidades, nuestra religiosidad, muy a menudo fabricados según nuestros conceptos humanos limitados, no pueden responder a las cuestiones lacerantes sobre el sufrimiento, el perdón y la reconciliación.

La necesidad de referencias claras en relación al sentido de la vida y a nuestro destino se plantea siempre en tiempos de crisis.

El libro de Georges Stéveny nos invita a descubrir estas referencias, hoy más indispensables que nunca. Es de una providencial actualidad.

Responde al grito del periodista que es también el nuestro: «¡Oh Dios, ven a nuestro socorro!»

El autor, pastor y profesor de teología con una vasta experiencia, ofrece respuestas de forma magistral. En un lenguaje accesible, claro y vivo, apoyándose en una documentación abundante, nos presenta una reflexión profunda y apasionada respondiendo a la pregunta «Jesús, el Enviado de Dios, ¿por qué vino?» Es una pregunta esencial que afecta a nuestras vidas y que se hace eco del grito desesperado del periodista.

Mi gratitud hacia el que fue mi profesor es inmensa. Su obra, que considero su testamento espiritual, permite descubrir o redescubrir el

aspecto más importante de la vida: la relación profunda e íntima con el Salvador. No hay otras alternativas, no hay otras opciones.

Sin Él, no podemos hacer nada.

Ojalá podamos responder a esta invitación de extraordinaria profundidad e inspiración reiteradamente expresada en estas páginas leídas con interés, pasión y emoción

«Jesús, no quiero, ni puedo vivir más sin ti. Ven y toma posesión de mi vida y elimina la angustia de mi corazón. Gracias por tu amor incomprensible pero muy real que me libera de mi culpabilidad y de todo lo que me separa de Dios. Quiero poner mi vida en tus manos y confiar completamente en ti. Confío en tu promesa de que nadie podrá separarme de ti.»

Ulrich Frikart

Presidente de la División Euroafricana
de los Adventistas del Séptimo Día

Introducción

El que viene

«Él va a venir..., él ha venido..., él volverá...»

Este es el mensaje que la Biblia ofrece a la humanidad. Presenta a Jesucristo: el encargado de dar al mundo su verdadero destino. ¡Pero cuántos malentendidos hay al respecto! ¡Cuántas afirmaciones extrañas, a menudo atribuidas a las Santas Escrituras! Y sin embargo, leído correctamente, el mensaje de la Biblia es maravilloso por su claridad, equilibrio, sabiduría, bondad y esperanza. Hay que volver a los textos y descubrir su intencionalidad, por encima de todas las tradiciones con las que han sido a menudo recubiertos. Aventura estimulante y que la iglesia fiel tiene la misión y la virtud de conducirnos.

«Él va a venir», es el Antiguo Testamento o *Tanaj*, palabra formada por las iniciales, en hebreo, de *Torá* (la ley o los libros de Moisés), *Neviim* (los profetas) y *Ketuvim* (los hagiógrafos o libros históricos y sapienciales).

«Él ha venido...», es el corazón del Evangelio, palabra portadora de gozo. Los cuatro evangelios del Nuevo Testamento cuentan, a su manera, la historia de Jesús. Esta historia fue recibida desde muy pronto como «la Buena Nueva», expresión que corresponde a la palabra griega *euangelion*, empleada comúnmente en tiempos de paz para proclamar una información que suscitaba la alegría de todos y en tiempos de guerra para anunciar una victoria. Manifiesta pues, el fin de un conflicto. Cada ser humano vive un conflicto más o menos trágico, con mayor o menor alegría o depresión. Los primeros cristianos vieron en la historia de Jesús el secreto de la victoria existencial.

«Él volverá...», es el inevitable resultado de esta historia. Sin él, la historia de Jesús nos dejaría suspendidos en el vacío. Final anunciado por Jesús y también cantado por los apóstoles. En el Apocalipsis, vemos el cumplimiento final en el aleluya de los coros celestiales: «¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios» (Apocalipsis 19:1). Un aleluya que, gracias a las voces de una numerosa multitud, se amplifica extrañamente como un ruido de fuertes truenos. El cielo se abre y apa-

rece Cristo montado en un caballo blanco, seguido de un ejército innumerable. Sobre sus vestidos y sobre su muslo un nombre escrito: «Rey de reyes y Señor de señores.» Y empieza una inmensa fiesta que nunca tendrá fin. Porque el mal ha sido vencido. No más lágrimas, no más sufrimientos, no más duelos. La eterna felicidad se instala. Promesa increíble pero garantizada por Dios sobre su honor.

«Él va a venir...», predecían los profetas, encargados de una extraña misión humanamente utópica: cambiar el corazón de los hombres, acabar con el odio para que desaparezca la violencia y reine el amor.

«Él ha venido...», y todos los escritores del Nuevo Testamento cuentan como él se vuelca para cumplir su misión. Cuando termina el Apocalipsis, asistimos a la escena triunfal: misión cumplida. Éxito total.

Mi propósito, en este nuevo libro, consiste en encontrar en los textos, más allá de las tradiciones, las verdaderas razones por las cuales Jesús vino. Dicha misión fue programada antes que el mundo fuera y querida por el Padre y el Hijo al precio de la cruz.[1] Este plan de felicidad inesperada es importante que lo conozcamos con precisión si queremos beneficiarnos de él.

Notemos que la afirmación «él ha venido» está situada entre «él va a venir» y «él volverá». «Él va a venir», promesa divina que pende de la fe. «Él volverá», nueva invitación a la fe, pero arraigada en una realidad histórica que es imposible poner en duda: «Él ha venido». Así pues, la felicidad prometida no aparece como una filosofía aleatoria. No estamos al nivel de las ideas sin fundamento. El cristianismo se arraiga en la vida de un ser que ha dejado en el mundo huellas indelebles. Si hay un futuro en el que podemos creer y que responde a nuestra sed de plenitud, es el que Jesús promete porque surge como la proyección natural de una vida real y de una obra que podemos analizar.

«Él va a venir» supone su preexistencia. Es necesario que exista en otro lugar y en otro tiempo. Esto es lo que él mismo declaró en numerosas ocasiones. Después de su discurso sobre el pan de vida, que suscitó las protestas de los oyentes, Jesús les dijo: «¿Esto os escandaliza? ¿Y

[1] Efesios 1:4; 1 Pedro 1:20; Juan 10:18.

cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?» (Juan 6:62, BJ)

Otro día, Jesús promete vida eterna a los que guardan su palabra. Pero los judíos protestan: Abraham está muerto, los profetas también y tú dices: «Si alguno guarda mi palabra, no probará la muerte jamás. ¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Abrahán, que murió?» (Juan 8:52,53). Y el Maestro responde: «De cierto, de cierto, os digo: Antes que Abraham fuera [traducción literal], yo soy» (Juan 8:58, RVR95). En los entresijos de la lengua griega, esta forma de hablar viene a decir: «Abraham ha pasado por la vida pero yo soy eterno.»

Más tarde, después de instituir la Santa Cena, Jesús explica a los apóstoles que su vida no empezó con su nacimiento aquí. Dejó su Padre para venir al mundo. Pero este mundo es para él un sitio de paso. Vino para cumplir una misión, no para quedarse: «Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y me voy donde el Padre» (Juan 16:28, BJ).

Poco después, Jesús pronuncia la célebre oración sacerdotal; llamada así porque resume un aspecto de su obra como sumo sacerdote. Y dice: «Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. […] porque me has amado antes de la creación del mundo» (Juan 17:5,24, BJ).

¿Se puede ser más preciso? Aquel que debía venir, anunciado por los profetas en el Antiguo Testamento, estaba bien vivo en la eternidad con Dios. Participó en la creación: «Todas las cosas por él fueron hechas», dice Juan (Juan 1:3, RV1909). Y el apóstol Pablo confirma: «…porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, tronos, dominaciones principados, potestades: todo fue creado por él y para él» (Colosenses 1:16, BJ) La palabra hebrea para creación significa también alumbramiento. Cristo está pues, unido a la creación por un desbordamiento de amor.

El apóstol Pedro añade que «desde antes de la fundación del mundo», Cristo estaba predestinado a rescatarnos con su preciosa sangre (1 Pedro 1:20,18,19). Dicho de otro modo, debe venir a restaurar la vida que está

en peligro por la rebelión de los hombres. La tierra y los hombres volverán a la armonía creadora del principio rebosante de amor.

Sería fácil aportar múltiples declaraciones que ponen en evidencia la preexistencia de Aquel que había de venir. Pero hay otra pregunta que nos reclama: ¿qué iba a hacer en el mundo? ¿De qué serviría su venida? ¿Cuál sería su misión? ¿Cómo restablecer entre Dios y los hombres los lazos de amor peligrosamente comprometidos? Para responder a estas preguntas, hay que volver a las fuentes del Antiguo Testamento. Llamamos a Jesús el Cristo; es decir, el Mesías. La palabra *Cristo* viene del griego *Christos,* traducción del arameo *meshijá* o del hebreo *mashiaj,* que significa «ungido». Sabemos que esta palabra aludía a un enviado de Dios que se esperaba para que las cosas cambiaran. Se esperaba intensamente la intervención del Altísimo; aunque estaban lejos de entender cómo sería.

En general, se pensaba que el Mesías vencería a los romanos. Se esperaba que viniese con gran poder para restablecer la soberanía de Israel. El comportamiento de Jesús no correspondía en absoluto al de un hombre fuerte, hábil con las armas. No se correspondía en nada con el Enviado tan esperado. Es tan dolorosamente cierto que según Juan, «A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron» (Juan 1:11, RVR95).

Sin duda, el mesianismo, tal como lo entendieron los judíos convertidos al cristianismo y tal como lo manifiestan en el Nuevo Testamento es diferente de las ideas y del espíritu que animaban, en general, a los contemporáneos del Señor. Sus falsas ideas les impidieron reconocerlo. Frente a la luz estuvieron ciegos. Veamos el tema más de cerca, resaltando lo esencial de los acontecimientos descritos en el Antiguo Testamento respecto al que había de venir. ¿Cómo el creyente, nutrido de las profecías, debía reconocer al Enviado de Dios? Esforcémonos por ser objetivos, olvidémonos, de momento, de las teorías que fueron elaboradas más tarde.

Primera parte

Él va a venir:
El Mesías en el Antiguo Testamento

1. La primera profecía: La serpiente y la mujer

Si se admite que la Biblia es la revelación de Dios, hay que reconocer que al principio, el Dios creador se relaciona cara a cara con el hombre pecador. La caída se produce muy cerca de la Creación. El hombre, creado a imagen de Dios, y por lo tanto, poseedor de todas las virtudes que esto conlleva, duda del amor de Dios y compromete enseguida sus privilegios. Con su desobediencia introduce el desorden en el seno de la armonía. Él mismo queda degradado, descalificado. Llamado a trabajar con Dios como un colaborador libre, el hombre se aleja de su Maestro por su desconfianza y rebelión. Está devorado por sus deseos jamás saciados. Ha perdido el contacto directo, indispensable para su felicidad, con Aquel de quién procede la vida, el movimiento y la existencia (Hechos 17:28). Desde entonces, la humanidad desciende por una pendiente envenenada de poderes maléficos. Negar la caída es condenar a encontrar al mundo bueno o a declarar a Dios malo. Por el contrario, todos los misterios se desvanecen, para quienes aceptan la caída.

Mientras Adán y Eva esconden su vergüenza, Dios toma la iniciativa de buscarlos: «Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás?» (Génesis 3:9, BJ) Más tarde, ante el célebre Areópago de Atenas donde fue interrogado, san Pablo se hizo eco de esta afirmación, diciendo: «…con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban, por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros» (Hechos 17:27, BJ). Todo el drama del hombre se define en pocas palabras: el hombre se separó de Dios para desgracia suya. Guy Spitaels, un exministro belga preguntado por un periodista, dijo: «Yo no creo ni en Dios ni en Marx, pero me da pena que la sociedad se prive de ello. No creo en ninguna religión vertical, pero no puedo conformarme con una

sociedad sin sentido.»[2] La única solución que se impone con claridad es que el hombre debe encontrarse con Dios. Jesús lo confirmó magistralmente: la vida eterna consiste en conocer a Dios (Juan 17:3). ¡Que sean desgraciados por haberse rebelado contra mí! (Oseas 7:13, BJ).

Desde las primeras páginas de la Biblia estamos fascinados por la doble dimensión de nuestra existencia. No vivimos en un mundo a dos alturas, el cielo y la tierra, sino en un mundo con dos dimensiones: lo visible y lo invisible. Y lo que pasa en lo visible, a menudo está condicionado por lo invisible. Es importante, pues, conocerlo.

Si Adán y Eva recibieron la orden de cuidar el huerto donde Dios los había instalado (Génesis 2:15), es porque un peligro los amenazaba. Este peligro se manifestaría rápidamente bajo los rasgos de una serpiente (Génesis 3). Más tarde, el apóstol Pablo escribe claramente: «Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en el aire» (Efesios 6:12, BJ). Nuestra vida conlleva un propósito, una dimensión invisible y cósmica que, de diversas maneras, ofrece la mejor explicación a lo que pasa aquí abajo.

Descubrimos a Dios frente al desastre que le inflige la insumisión del hombre, tomando la iniciativa de salvarlo, yendo a buscarlo al seno de su dolor. *Salvarlo*, llevarlo a la salvación. La salvación es una palabra hoy pasada de moda pero usada muy a menudo en las Escrituras. Generalmente se empleaba con una connotación médica o social; para describir la libertad en la salud y la felicidad. Objeto ambas de todos nuestros anhelos. Salvar es ofrecer la vida y la felicidad.

Hay que informar al hombre del destino al que está sometido:

> «…maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al

[2] Martine DUBUISSON y Dirk VANOVERBEKE, «Y a-t-il une vie après le pouvoir?», *Le soir*, 21 agosto 2000, pp. 1, 4. http://archives.lesoir.be/y-a-t-il-une-vie-apres-le-pouvoir-spitaels-apres-le-pou_t-20000821-Z0JKXJ.html [Consulta: 2 abril 2017].

> polvo tornarás. [...] Y lo echó Yahvé Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado» (Génesis 3:17,23, BJ).

Este es el diagnóstico de la enfermedad existencial que padecemos. Separado de Dios, el mundo se muere. Los trabajos del sicoanalista austríaco Victor Frankl han puesto esto en relieve: «Pudiera ser que la neurosis individual no sea más que la expresión de una religión rechazada... Hay un inconsciente espiritual donde no predomina el principio del placer sino la voluntad de discernimiento. Este inconsciente espiritual apunta a Dios.»[3]

El privilegio de quien acepta la Biblia es creer que el mundo ha sido creado por Dios. Los griegos, por el contrario, movidos por la curiosidad intelectual, buscaron en la ciencia el origen de la naturaleza. Sus especulaciones metafísicas se oponen a la Revelación divina y los priva del precioso diagnóstico.

Fijémonos que la revelación de Dios como creador está unida a la revelación de Dios como redentor. En el corazón de la historia extraordinaria de la liberación del éxodo judío, Dios, se convierte en el gran libertador, fundamenta su poder redentor en el hecho de la creación. Puede prometer cielos nuevos y tierra nueva; es decir, nuevas condiciones de vida, porque es Él y nadie más, quien ha creado la tierra.

Por lo tanto, al diagnóstico le corresponde el tratamiento. Hay que volver al Dios que posee el poder de poner todo en orden. Y Dios toma la iniciativa. No puede permitir que se confunda impunemente el bien y el mal. No hay nada que sea más grave. Sabemos lo que pasa cuando un piloto de avión no respeta escrupulosamente las reglas. Es curioso que admitamos esto sin discutir cuando se trata de ciencia y que no lo tengamos claro cuando se trata de moral.

Al que Jesús llama «padre de la mentira» (Juan 8:44, BJ) y quién ha sido «homicida desde el principio» (íd.), el que en el huerto del Edén se presenta con la figura de una serpiente (Génesis 3:1), denunciado más tarde como «el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás» (Apocalipsis 12:9, BJ), Dios le dice: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza mientras ace-

[3] Viktor FRANKL, *Le dieu inconscient* (París: Éd. du Centurion, 1948), pp. 6, 7.

chas tú su calcañar» (Génesis 3:15, BJ). Dos poderes enfrentados. Uno, personificado bajo el nombre de Satanás, representado por una serpiente, es el mal con su inteligencia rebelde. El otro, la posteridad de la mujer, simboliza siempre al pueblo de Dios, de donde saldrá el Mesías, el Enviado de Dios lleno del Espíritu.

Un detalle merece nuestra atención. En hebreo, serpiente es *najash*, la suma de los números que se corresponden con las letras forman 258. Y lo mismo pasa con la suma de los números que se corresponden con las letras de la palabra mesías, en hebreo: *mashiaj*. Como si nos dijeran que un destino común une a estos dos seres; el que encarna al mal y aquel en quien Dios se encarna. Satanás es descrito como el anticristo.

Afortunadamente, Dios decide tomar el control de la enfermedad en el mundo. Por amor al hombre, introduce en el seno del conflicto que acaba de nacer, un poder divino que triunfará. El tiempo va a venir –¡y ya ha venido!– cuando los hombres no sabrán hacer diferencia entre el bien y el mal, llamando a lo malo bueno y a lo bueno malo. Pero la posteridad de la mujer, es decir, Cristo y sus discípulos, rechazarán tal confusión nociva y mortal.

¡Pero no sin dolor! Porque si la cabeza de la serpiente está herida de muerte, lo que quiere decir que será destruida, el talón de la mujer también es cruelmente herido. En el conflicto entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, no escapamos al sufrimiento. Sabemos cómo el problema del mal persigue a la humanidad, el sufrimiento está escandalosamente extendido en un mundo creado por Dios.

Desde las primeras páginas de la Biblia, descubrimos la responsabilidad del hombre porque rechaza la participación necesaria de Dios y querida por el Creador. El conflicto, a partir de ahora, es inevitable. Pero hay que huir de la desesperación. El desenlace de la tragedia no es incierto. «El Dios que nos revela la Biblia no cesa de incitar al hombre hacia adelante, a una esperanza activa.»[4] El propósito de Dios aún no está plenamente realizado. Por lo tanto, nuestro futuro está lleno de promesas.

[4] Jürgen MOLTMANN, *Théologie de l'Espérance* (París: Cerf-Marne, 1970), p. iv.

2. La posteridad de la mujer

Con el relato de Caín y Abel, primeros hijos de Adán y Eva, descubrimos al hombre ensimismado, mirándose a sí mismo, cediendo a los instintos que lo llevan irremediablemente al crimen y hacia una vida incierta y trágica. Cuando todos los pensamientos se apartan constantemente de Dios, cuando se rompe el equilibrio, el mundo queda abocado a la destrucción. El diluvio es una solemne advertencia. A unas mismas causas corresponden siempre unos mismos efectos. El apóstol Pedro lo proclama enérgicamente en su segunda epístola.

> «…los cielos y la tierra presentes, por esa misma palabra, están reservados para el fuego y guardados hasta el día del Juicio y de la destrucción de los impíos. [...] El Día del Señor llegará como un ladrón [...], vivid alerta, no sea que, arrastrados por el error de esos disolutos, os veáis derribados de vuestra firme postura» (2 Pedro 3:7,10,17, BJ).

Los capítulos 10 y 11 de Génesis nos introducen en la gloria y en la miseria de las naciones. Vemos aparecer las razas y las tribus que pueblan el globo. Separadas unas de las otras y privadas de una lengua común y de un ideal espiritual que podía retenerlas en el respeto a los privilegios ofrecidos por Dios, las etnias se hunden en tragedias irreversibles. La historia enrojece con la sangre derramada, ¡todavía hoy! Dios está desarmado ante nuestro rechazo de caminar con él. La libertad de los hombres lo convierte en vulnerable.

En este trasfondo se producen las primeras intervenciones directas de Dios en la historia de los hombres para mostrarles cómo salir del infierno. Les abre una vía de esperanza. La palabra clave de su caminar sobre la tierra será la palabra *fe*. Los once primeros capítulos del Génesis ponen los fundamentos decisivos de nuestra historia. El resto debe ser leído bajo esta luz. Encontramos el principio de todo lo que ocurrió a continuación. Tras ellos empieza la historia del pueblo de Israel.

> «Yahvé dijo a Abrán:[5] “Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a

[5] Abrán [Abram] significa «padre excelso». Este nombre será cambiado por Dios por Abraham, «padre de una multitud».

> quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Génesis 12:1-3, BJ).
>
> «"Te bendeciré..., serás una fuente de bendición... y todas las familias de la tierra serán benditas en ti." La idea de bendición es importante aquí. ¿De qué se trata? En el Antiguo Testamento el verbo *bendecir* (raíz *barak) tiene* tres significados:
> »1. con Dios como sujeto significa "dotar de poder";
> »2. con Dios como objeto significa "referirse a Dios como la fuente del poder", "alabar", "agradecer";
> »3. cuando un ser humano bendice a otro, significa "transmitir a alguien el poder bienhechor de Dios". El significado de *bendecir* sobrepasa en mucho la expresión de un simple sentimiento.»[6]

Dios promete a Abram[7] dotarlo de poder, para que a su vez, él pueda transmitir a todas las familias de la tierra el poder benefactor del Creador. Y las bendiciones de Dios son ofrecidas sobre la base de su gracia protectora. La posteridad de la mujer toma a partir de ahora el nombre de una familia, la familia de Abraham, padre del pueblo de Israel, de donde saldrá Jesús, la última bendición.

No es por casualidad que Dios escogió a Abram en Ur, en Caldea. «Según antiguas leyendas rabínicas, habría sido echado al fuego porque rechazó adorar las divinidades locales. Es posible que estas leyendas escondan un fondo de verdad: la migración de Abraham habría estado provocada por alguna reforma pagana a la que habría rehusado someterse.»[8]

Sea lo que sea, es sin duda una razón religiosa lo que motiva a Abram a marchar de su país bajo la orden de Dios.

En 1889 Ernest Renan escribía: «El destino de Israel empezó a escribirse durante la Edad patriarcal. Sin esta no se explica nada en la historia de Israel.»[9] Más tarde, se pretendió que era imposible encontrar un terreno histórico sólido antes de la salida de Egipto, en la época de Moisés.

---

[6] Fritz GOERLING, «La traduction de bénédiction en dioula de Côte d'Ivoire», *Cahiers de traduction biblique* 33 (1er semestre 2000): 3-11.

[7] Este hombre se llama primero Abram = padre excelso; después se llamará Abraham = padre de una multitud.

[8] Jules RENIE, *Manuel d'Écriture Sainte*, vol. 1, p. 469.

[9] Ernest RENAN, *Historia del pueblo de Israel*, p. 19.

Pero André Parrot, el célebre arqueólogo francés, demostró el valor de los textos bíblicos relativos a Abraham. Escribe: «La vida, tal como aparece en los relatos del Génesis [...], cuadra perfectamente con lo que sabemos hoy, por otras vías, del comienzo del segundo milenio.»[10] Podemos decir que el judaísmo encuentra sus raíces sólidas y auténticas en la historia de Abraham, y se distingue por el monoteísmo.

La religión de Abraham es, también, una reacción audaz y heroica contra la religión de las obras; es decir contra la idea de que hay que pagar a Dios por los favores que nos otorga. Así pues, había que poner fin a los sacrificios humanos, habituales en Canaán, donde debía instalarse el pueblo de Dios. Es desde esta perspectiva que debemos leer el terrible episodio del sacrificio de Isaac. Podemos discutir si Dios dio la orden de matar al niño, o más bien, de consagrarlo. El texto hebreo ofrece las dos posibilidades. De lo que no podemos dudar es que Abraham entendió que debía sacrificar a su hijo. Esta manera de entenderlo era trágicamente compatible con las costumbres de la época. ¡Qué calvario para quien había esperado toda la vida por este deseado hijo! Y Dios aprovecha la ocasión para dar un gran paso adelante, sustituyendo al muchacho por un carnero. Manifestaba de esta forma, un categórico y absoluto rechazo a los sacrificios humanos. Más tarde, los profetas llegarán más lejos, reclamando en nombre de Dios, la justicia y no los sacrificios, incluso el de una tórtola.

La religión de Abraham es la de la fe en el Dios único que rechaza el mercadeo de las obras y que pide al hombre caminar con él en la pureza. La expresión clave de la verdadera fe será *llegar a ser* y no conseguir. Todo culto que obligue a abandonar el sentido común corre el riesgo de ser peligroso.

La historia de Abraham y de sus descendientes (Génesis 12 a 50) es apasionante y reveladora. El anuncio mesiánico se perfila poco a poco en las declaraciones divinas y se encarna en los personajes históricos, como José, tipo del sabio de Israel que se deja dirigir por Dios. Así se construyen las hazañas de los Padres que, por muy humanos que sean, poseen la

[10] André PARROT, *Abraham et son temps* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1962), p. 11.

fe, la «…garantía[11] de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve» (Hebreos 11:1, BJ). La fe une el hombre a Dios y lo proyecta hacia el paraíso[12] restaurado.

Una señal con una profunda carga de misterio sale de la pluma del profeta Isaías: «He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Isaías 7:14, BJ).

> «El hebreo *almah* se vierte al griego como *parthenos* que se ha traducido por "virgen" ¿Se ajusta a la verdad?... La pregunta se impone, porque la palabra habitual en hebreo para designar a una virgen no es *almah* sino *betulah.* Además, la lectura del libro de Isaías muestra que esta *almah* era la esposa del mismo profeta [...] y Emmanuel debería haber sido el nombre de su hijo. Pero Dios pidió al profeta que llamará al niño *Maher Salal Jas Baz* [pronto saqueo, rápido botín] en vez de Emmanuel, dado que Acaz se negó a someterse a Dios.»[13]

Llamado por Acaz, Tiglat-Pileser interviene, pero pone precio a su ayuda, pide tener a Judá bajo su tutela.

Desde la perspectiva de nuestro estudio, no nos es útil quedarnos con el sentido histórico del texto. Lo que nos importa es que el evangelista Mateo, llevado por el Espíritu, no duda en ver más allá de le aplicación inmediata. Entiende que es una visión lejana en el tiempo pero de vital importancia y que hace referencia al nacimiento de Jesús (Mateo 1:23). El niño rey, rey del reino de David y rey de un reino eterno, desgarra los cielos para poner a Dios a nuestro alcance, «Dios con nosotros» (Isaías 7:14).

Resumiendo. Dios promete a Adán una simiente redentora a la que llama la posteridad de la mujer. Dicha posteridad se va restringiendo, a través de sucesivas selecciones, a la posteridad de Sem (Génesis 10:21), a la posteridad de Abraham (Génesis 15:4), a la de Isaac (Génesis 17:19), a la de Jacob (Génesis 35:1) y a la de Judá (Génesis 49:8).

---

[11] En el texto original, el autor emplea una palabra que significa «sustancia».

[12] La palabra *paraíso* viene de una antigua palabra persa que quiere decir «jardín», espacio cerrado protegido de los vientos ardientes y secos del desierto.

[13] Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo* (Barcelona: Aula7activa, 2017), pp. 48, 49, http://www.aula7activa.org/edu/libros/documentos/descubriendo_a_cristo.pdf (consultado 2 julio 2017)..

Para determinar cuál será la cuna mesiánica, resta precisar cuál de las familias de Judá será la familia real. Lo conocemos por el oráculo de Natán:

> «...vino la palabra de Dios a Natán: "Ve y di a mi siervo David: Esto dice Yahvé. [...] cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. (Él constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre). Yo seré para él padre y él será para mí hijo» (2 Samuel 7:5-16, BJ).

La promesa concierne primero a Salomón pero los autores del Nuevo Testamento no han dudado en aplicarla también a Jesús.[14]

La ascendencia davídica queda atestiguada por varios autores, entre otros, Jeremías: «Mirad que días vienen –oráculo de Yahvé– en que suscitaré a David un Germen justo» (Jeremías 23:5, BJ). No se puede ser más claro.

Es cierto que tales declaraciones dieron lugar a un grave error entre los descendientes de Abraham. Imitando a las naciones vecinas, eligieron poner un rey sobre su cabeza. Dios lo ve como un rechazo a su autoridad. Es la pérdida del régimen teocrático (1 Samuel 8). Desde entonces, el pueblo elegido ha concentrado sus deseos, sus fuerzas y su política sobre el Estado judío. Ha alimentado las ambiciones más descabelladas en vez de vivir la Palabra de Dios, recibir los beneficios de su gracia y cumplir los deberes que esta impone. No exageraremos nunca suficientemente la gravedad de este funesto error en la historia de Israel.

Habiendo perdido la bendición y el sostén del Señor, el pueblo elegido tuvo que echar mano de alianzas humanas y estar a merced de los compromisos exigidos. No duró mucho: tres reyes, Saúl (1050-1010), David (1010-970) y Salomón (970-931). Después hubo el cisma entre las tribus del norte y las del sur, constituyéndose el reino de Israel al norte, con Samaria como capital y el de Judá al sur, con Jerusalén como capital. El reino de Israel es destruido en 721 a.C. por Sargón II. Mientras que el de Judá desaparece en 586 a.C. aplastado por los ejércitos de Babilonia. A continuación, la soberanía pasa de los babilonios a los medas y a los

[14] Hechos 2:30,31; Hebreos 1:5.

persas, después a los greco-macedonios y finalmente a los romanos. Israel languidece bajo la bota de los paganos.

Decididamente, la política no se le da bien a este pueblo, sin embargo, es un pueblo excepcional. Y es que Dios no lo había destinado a rivalizar con el poder sobre el plano político sino para que fuera «…luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (Isaías 49:6, BJ). Misión sublime pero imposible de realizar sin ser fiel al Señor. La advertencia es clara: «No cuentan el valor ni la fuerza, sino sólo mi Espíritu –dice Yahvé Sebaot–» (Zacarías 4:6, BJ).

Por desgracia estas advertencias no sirvieron de nada. Obstinadamente confiaron en la fuerza de las armas. Y ante las derrotas reiteradas bajo la férula de los paganos, empezaron a creer que sería el Mesías quien vencería a los romanos y devolvería a Israel su glorioso pasado; el de los tiempos de Salomón. La esperanza arraigaba con fuerza en el terreno político.

Aparecieron varios hombres que se creían investidos para la sagrada misión. En tiempos de Cristo, Gamaliel, doctor de la ley apreciado por todo el pueblo, lo recordó en el Sanedrín:

> «Porque hace algún tiempo se presentó Teudas, que pretendía ser alguien y al que siguieron unos cuatrocientos hombres; fue muerto y todos los que le seguían se disgregaron y quedaron en nada. Después de éste, en los días del empadronamiento, se presentó Judas el galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí; también éste pereció y todos los que le habían seguido se dispersaron» (Hechos 5:36,37, BJ).

A Jesús también quisieron hacerlo rey, por la misma razón, después que multiplicara los panes y los peces para alimentar a la multitud. Pero él se retiró (Juan 6:15). No había venido para esto. Después de Jesús, el movimiento revolucionario resurgió.

> «Así, Bar Kojba, que surgió hacia el año 115 d.C., consiguió hacerse pasar por el mesías durante ocho años; fue mantenido por muchos judíos, entre los que estaba el célebre rabino Akiba. Más tarde, hacia el 720 d.C., Sarni de Siria también pretendía ser el mesías y Abu-Isa de Isfahán fue otro de sus precursores. En el s. XII, fue David Alroy en Azerbaiyán. En 1666, Shabtai Tzvi [Sabetai], que tuvo como precursor

> a Natán Benjamín, quien se presentó en Jerusalén como mesías. Una gran multitud creyó en él e incluso varios rabinos.»[15]

No hay que olvidar que todos ellos se nutrían del Antiguo Testamento. De aquí es de donde sacaron las fuerzas para rebelarse. Error monumental que pudo ser evitado si hubieran investigado correctamente las Escrituras; ya que el propio Jesús afirma que estas dan testimonio de él (Juan 5:39). Sin embargo, esto plantea un problema: ¿cómo se puede estar equivocado hasta tal punto? Para responder a esta pregunta, vamos a revisar los principales textos mesiánicos del Antiguo Testamento. Así podremos ponernos un poco en la piel de los contemporáneos de Jesús y comprender mejor su error.

Antes de ir más lejos tenemos que hacer una observación. Hay excesiva tendencia a descuidar la enseñanza fundamental del Evangelio, en beneficio de la Pasión. Es verdad que la cruz ofrece al cristiano el punto de mira por excelencia. El apóstol Pablo lo dice abiertamente en Corintios: «…pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Corintios 2:2, BJ). Además, el número de páginas que los cuatro evangelistas consagran a la semana de la Pasión demuestra la importancia que atribuyen al acontecimiento. Pero considerar la cruz separada de la vida y de la enseñanza del Maestro es correr el fuerte riesgo de desnaturalizar su significado. La investigación que vamos a emprender está llena de interés. Escogeremos los textos más significativos relativos al Mesías.

3. La misión del Enviado

3.1. El Mesías revelador. Deuteronomio 18:15,19

Moisés tuvo la difícil misión de conducir hacia la libertad a un pueblo reducido a la esclavitud. Debía organizar al pueblo escogido por Dios. «…seréis mi propiedad personal entre todos pueblos, porque mía es toda la tierra» (Éxodo 19:5, BJ). En ese mismo tiempo, el sistema sacerdotal se instala en la tribu de Leví. Desgraciadamente, los ritos religiosos son pronto practicados con tanta desenvoltura que se introduce rápidamente

[15] Robert SCHROEDER, *Le Messie de la Bible* (Braine-L'Alleud, Bélgica: Editeurs de littérature biblique, 1974), p. 9.

un formalismo sin vida. Los profetas empiezan a protestar contra la dicotomía entre la experiencia religiosa y el sentimiento moral. Dios no cesa de intervenir: «…lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo…» (Isaías 1:16,17, BJ). Está claro que el comportamiento de su pueblo respecto a las prácticas religiosas no deja a Dios indiferente. No cesa de intervenir a través de la voz de sus profetas.

En pocas palabras, el judaísmo bíblico nos obliga a distinguir dos tendencias: por una parte la tradición sacerdotal, es decir, el comportamiento formalista de los dirigentes del Templo, y por otra la enseñanza profética que desarrolla la religión del Espíritu. Más tarde, a lo largo de su ministerio, Jesús protestó contra la tradición sacerdotal. Llega hasta expulsar a los mercaderes del Templo que hacían que los sacrificios fueran imposibles. Además, no paraba de llamar a la reflexión a sus oyentes, esforzándose en abrirlos a la comunión con el Espíritu. Vemos, por un lado la voluntad de los hombres y por otro lado, las aspiraciones de Dios.

Moisés es un profeta tipo de Cristo. Anuncia claramente a su pueblo: «Yahvé tu Dios te suscitará, de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo: a él escucharéis. […] Si un hombre no escucha mis palabras, las que ese profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas de ello» (Deuteronomio 18:15,19, BJ).

Esta impresionante profecía, Pedro tras el Pentecostés la aplica a Jesucristo. También lo hace Esteban, primer mártir cristiano, antes de su lapidación (Hechos 3:22; 7:37). No hay que olvidar que las palabras de Jesús son palabras de vida.

3.2. El Mesías sacerdote encargado de establecer la unión entre Dios y su pueblo. Salmos 110:4

La misión sacerdotal del Mesías que había de venir también estaba predicha. Inauguraría la Nueva Alianza prometida por Jeremías y Ezequiel.[16] «Yo, Yahvé, te he llamado en nombre de la justicia; te así de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las

[16] Jeremías 31:33,34; Ezequiel 36:22-28.

gentes» (Isaías 42:6, BJ). David es aún más preciso: «Lo ha jurado Yahvé y no va a retractarse: «Tú eres por siempre sacerdote, según el orden de Melquisedec» (Salmos 110:4, BJ).

La tradición judía más antigua relacionaba estas palabras con el Mesías. Más tarde, ciertos comentaristas judíos las explicaron refiriéndose a David en sentido literal. Pero Justino Mártir, apologista cristiano que escribió hacia el año 150, demostró que los oráculos de este salmo no pudieron realizarse en la persona de Ezequías. Es a Jesús a quien debemos aplicarlas.

Jesús un día puso en apuros a los fariseos al citar las primeras palabras del Salmo 110: «¿Pues ¿cómo David, movido por el Espíritu –les preguntó– le llama Señor? […] Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?» Quería hacerles entender que si David es su ancestro físico, el Mesías había precedido a David por su naturaleza divina. Jesús es al mismo tiempo hijo del famoso rey en el plano humano y su Señor en el plano espiritual (Mateo 22:41-46, BJ).

La segunda palabra de Dios dirigida al Mesías y pronunciada con juramento, es aún más solemne. El Enviado de Dios une en su persona, al igual que Melquisedec, la dignidad real y sacerdotal. Además, Melquisedec solo ha vivido un poco de tiempo como rey y sacerdote de la antigua Jerusalén. Al contrario de Cristo, que será sacerdote toda la eternidad. La epístola a los Hebreos menciona esta profecía tres veces (Hebreos 5:6; 6:20; 7:17). La aplicación es del todo segura.

Sin duda alguna, el que ha venir será el Salvador de los hombres.

3.3. El Mesías, juez y rey. Salmos 2

Al igual que el Salmo 110, del que acabamos de hablar, el Salmo 2 otorga la realeza al Mesías prometido. El *Targum* a los Hagiógrafos, traducción parafraseada del Antiguo Testamento, demuestra que la tradición judía daba un valor mesiánico a este salmo. En sus cuatro estrofas escuchamos de forma alterna: la voz de los reyes rebelados, la del Rey celestial, la del rey de Sion y la del propio salmista.

En la primera estrofa (Salmos 2:1-3), descubrimos la coalición contra Dios y su Ungido de los que ostentan el poder aquí abajo. Se olvidan de

sus rivalidades para oponerse juntos a los caminos de Dios. Se adivinan aquí las maquinaciones que conducirán a Jesús a la cruz. De hecho, los primeros cristianos no se equivocaron. Interpretaron a la luz de esta profecía las maniobras criminales que terminaron en la cruz.

Decían:

> «Señor, tú hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos; tú dijiste por el Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo:
>
> *¿Por qué se agitan las naciones,*
> *y los pueblos maquinan vanos proyectos?*
> *Se han congregado los reyes de la tierra y los jefes se han aliado*
> *contra el Señor y contra su Ungido.*
>
> Porque verdaderamente en esta ciudad *se han aliado* Herodes y Poncio Pilato con las naciones y los pueblos de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien has *ungido*, para realizar lo que tu poder y tu voluntad habían predeterminado que sucediera» (Hechos 4:24-28, BJ).

Vemos que en este pasaje, Lucas, autor inspirado de estas líneas, concilia la soberanía de Dios con la libertad de los hombres. Afirma que la mano y el consejo de Dios se habían retirado. No entiende que se lo pueda hacer responsable de todo lo que ocurre en la cacofonía de la historia. Pero nada se hace sin él. Imprime a los acontecimientos la dirección que quiere. Maestro de la historia, integra en sus planes, incluso, las acciones rebeldes de los hombres. Tal como lo escribe el apóstol Pablo, «…permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos…», incluso los más escandalosos (Hechos 14:16, BJ). Dios no rompe su compromiso de respetar la libertad entregada en la Creación. Frente a la libertad dada a los hombres Dios está desarmado. Sin embargo, misteriosamente hace concurrir todas las cosas para bien de aquellos que lo aman (Romanos 8:28), con el incomprensible poder de hacer salir un bien de un mal (Génesis 50:20).

No impide que no se burlen de Dios (Génesis 6:7) como constata la segunda estrofa del Salmo 2 (Salmos 2:4-6). Allí describe lo que ocurre en los cielos donde el Padre tiene su trono. No sin humor, el salmista lo muestra riendo. Es un antropomorfismo[17] para dar a entender que no teme

[17] Imagen sacada del comportamiento humano.

al príncipe de este mundo. Estamos advertidos, ya en la primera profecía de la Biblia (Génesis 3:15) que el mal será vencido. En efecto, la paciencia del Altísimo tiene límites. Sabe que la magnitud del mal con su lote de sufrimientos podría poner en peligro, incluso, la fe de los escogidos (Mateo 24:22). Clama en su autoridad: «Yo mismo he consagrado a mi rey, en Sión mi monte santo» (Salmos 2:6, BJ).

En la tercera estrofa, es el Ungido quien habla (Salmos 2:7-9). Se publica el decreto de Dios que dice: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado.» Este es uno de los pocos pasajes del Antiguo Testamento en que Jesús es llamado Hijo de Dios. En hebreo, para *hijo* tenemos la palabra *ben y* en el versículo 12, la palabra *bar*. Esto no es una alusión al origen primero de Cristo en los cielos donde estaba al lado de Dios desde toda la eternidad, ni una manera de ver su encarnación cuando nació de María en Belén.

Aquí, Jesús es llamado Hijo de Dios, resucitado de entre los muertos y cabeza de todos los que en él gozarán de la vida eterna. Su Padre le dice: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado.» Afortunadamente, el apóstol Pablo nos da una explicación formal del texto. La da en Antioquía de Psidia, durante su primer viaje misionero, en un edificante discurso pronunciado en la sinagoga, verdadera imagen del destino sagrado de Israel, de donde viene la salvación (Juan 4:22).

> «…Dios… eligió a nuestros padres, […] hijos de la raza de Abraham, [...] De su descendencia [de David], Dios, según la Promesa, ha suscitado para Israel un Salvador, Jesús. [...] Los habitantes de Jerusalén y sus jefes, cumplieron sin saberlo, las Escrituras de los profetas que se leen cada sábado;... pidieron a Pilato que le hiciera morir. [...] Pero Dios le resucitó de entre los muertos. [...] os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: *Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy*» (Hechos 13:14-41, BJ).

«…yo te he engendrado…» se aplica al nuevo nacimiento descrito por Jesús en su conversación con Nicodemo, fariseo y líder judío. Jesús le dice: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios» (Juan 3:3, BJ). Según el apóstol Pablo, este nuevo nacimiento es una participación espiritual en la resurrección de Jesús: «Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de

que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Romanos 6:4, BJ).

Los jefes del mundo se aliaron contra Cristo y lo llevaron a la muerte. La crucifixión de Jesús fue la última libertad concedida por Dios a los hombres alzados contra él. No pueden llegar más lejos. Su poder se detiene en la muerte. Pero más allá de la muerte del Justo, allí donde se manifiesta su terrible perversidad, Dios puede, al fin revelarse como Dios. Retoma las riendas. Queda probada su justicia y demuestra que nada ha sido en vano liberando a Jesús del yugo de la muerte (Hechos 2:24). Sin la resurrección, el mal habría triunfado. Nadie habría podido poner su confianza en Dios. Jamás se habría puesto una cruz sobre una tumba. Una horrible desesperación habría invadido al mundo. Las tinieblas que surgieron cuando se plantó la cruz jamás habrían desaparecido.

De aquí en adelante, el mundo sin Dios tiene forma de cruz. Una cruz plantada que atraviesa todas las aspiraciones, aún las más legítimas. El fracaso de todo lo que es verdadero, justo y bueno. Sin Dios, el futuro no tiene nada más que ofrecer que la muerte. Pero tras el viernes lúgubre, cuando triunfa el poder mortal de los hombres, resplandece la luz pascual de Dios. Es la deslumbrante justificación del Creador. La cruz revela la naturaleza del pecado de los hombres. La resurrección garantiza el triunfo radiante de la santidad divina. El Hijo puede reclamar la herencia paterna. Jesús reúne todas las cosas en él, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra (Efesios 1:10). El universo entero se baña, por fin, en la luz.

El propio salmista concluye el Salmo en la cuarta estrofa (Salmos 2:10-12). Es un vibrante llamado a los rebeldes para que acepten humildemente las instrucciones del Hijo de Dios. La sabiduría lo lleva al enojo y pronto se encenderá la ira, que no es otra cosa que la justicia largamente contenida, el deseo y la necesidad de erradicar el mal. «¡Dichoso quien se acoge a él!» (Salmos 2:12, BJ).

¡El Mesías es Rey de reyes y Señor de señores![18]

[18] 1 Timoteo 6:15; Apocalipsis 17:14; 19:16.

3.4. El Mesías viene para cumplir la ley de Dios.
Mateo 5:5-7; Salmos 40:7-11

El carácter mesiánico del Salmo 40 está ampliamente atestiguado en la epístolas a los Hebreos.

> «No has querido sacrificio ni oblación,
> pero me has abierto el oído;
> no pedías holocaustos ni víctimas,
> dije entonces: "Aquí he venido".
> Está escrito en el rollo del libro
> que debo hacer tu voluntad.
> Y eso deseo, Dios mío,
> tengo tu ley en mi interior.
> He proclamado tu justicia
> ante la gran asamblea;
> no he contenido mis labios, tú lo sabes, Yahvé.
> No he callado tu justicia en mi pecho,
> he proclamado tu lealtad, tu salvación;
> no he ocultado tu amor y tu verdad
> a la gran asamblea» (Salmos 40:7-11, BJ).

Los primeros versículos se citan en la epístola a los Hebreos (10:5-9) y es el propio Jesús quien toma la palabra.

Este texto pertenece a los numerosos pasajes donde los profetas protestan contra los sacrificios.[19] ¿Cómo el maravilloso Creador, el Padre misericordioso, podría tener placer en ver correr la sangre de los animales que llenan la creación con su belleza y contribuyen al gozo de los hombres? Si instituyó los sacrificios, fue muy pesar suyo. Lo hizo porque vio que era el mejor medio para esclarecer la conciencia de los pecadores cuya sensibilidad se había cauterizado. Pedagogía intensa destinada a hacer consciente el hecho de que el pecado estropea todo y separa gravemente al hombre de Dios y lo abandona a la muerte (Isaías 59:2).

El sacrificio no tiene ningún valor en sí mismo. La epístola a los Hebreos denuncia claramente la inutilidad del mandamiento anterior a causa de su impotencia (Hebreos 7:18). «Todo ello es un símbolo del tiempo presente, en que se ofrecen dones y sacrificios incapaces de perfeccionar

[19] Georges STEVENY, *Le mystère de la croix,* Vie et Santé, Dammarie-les-Lys, 2000, pp. 115-122.

en su conciencia al que da culto, y sólo son prescripciones carnales que versan sobre comidas, bebidas y sobre abluciones de todo género, impuestas hasta el tiempo de la renovación» (Hebreos 9:9,10, BJ). Y la renovación llega con Cristo. Muy anterior a Lutero, el gran reformador.

Lo que Dios quiere verdaderamente está claramente revelado, es «la perfección bajo el control de la conciencia», una restauración del hombre interior. La incapacidad del antiguo culto para lograrlo queda claramente denunciado. El ejemplo de David prueba que los hombres piadosos siempre han entendido que no podía pagarse la gracia a través de sacrificios: no se compra el perdón. Ciertas maneras de concebir la Redención desnaturalizan la justicia de Dios y traicionan su amor. «Pues no te complaces en sacrificios –escribe David–, si ofrezco un holocausto, no lo aceptas. Dios quiere el sacrificio de un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias» (Salmos 51:18,19, BJ).

Desgraciadamente, el espíritu calculador del hombre imaginó que los sacrificios constituyen un medio natural de impresionar en la gracia divina. Se entró en el sórdido juego del crédito y el débito. Habiendo sido pagado, ¡Dios solo puede perdonar! Debe perdonar. ¡Es su trabajo! La religión se convierte en el medio de conseguir la salvación, en vez de ofrecer la capacidad de volver e ser hijo de Dios, capacidad de vivir en armonía con él, en el cumplimiento de su voluntad salvífica. No se puede imaginar peor perversión en las relaciones que Dios quiere tener con nosotros.

La protesta emotiva de la epístola a los Hebreos prolonga admirablemente la del Salmo 40. En Salmos 40:7, el texto hebreo dice: «…has abierto el oído...» (BJ). Esto nos hace pensar en Éxodo 21:6: Cuando un esclavo iba a ser liberado podía elegir quedarse al servicio de su maestro hasta el fin de sus días. Su amo entonces, le agujereaba la oreja como símbolo de su decisión. En el contexto del Salmo 40, esta imagen significa que el que habla se compromete a servir a Dios para siempre.

Pero, la versión griega de los Setenta, a la que sigue la epístola a los Hebreos, entiende el texto de otra manera. Dice: «Tú me has formado un cuerpo» (Salmos 40:7; ver Hebreos 10:5, BJ). Recuerda así la interven-

ción de Dios en el nacimiento de Jesús.[20] Es por lo que a veces se lo llama Salmo de Navidad. Rememora la grandiosa entrada en persona de Dios en nuestra historia.

Siguiendo siempre la versión griega, la epístola a los Hebreos continúa:

> «*Entonces dije: ¡He aquí que vengo*
> *–pues de mí está escrito en el rollo del libro–*
> *a hacer, oh Dios, tu voluntad!*» (Hebreos 10:7, BJ).

No hay duda alguna. La venida del Enviado está en consonancia con la voluntad del Padre. Pero el propósito del texto nos lleva más lejos. Proclama solemnemente la intención de Cristo de mostrar, a través de su ejemplo, en qué consiste la verdadera obediencia. Somos llevados al corazón del famoso sermón de la montaña pronunciado por el Maestro frente al maravilloso lago de Galilea. Al mirar el agua, es cómo si se contemplara el mundo al revés y esta es una imagen perfecta para este discurso que socaba nuestras convicciones más tradicionales.

«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas –dice Jesús–. No he venido a abolirlos, sino a dar cumplimiento. [...] si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mateo 5:17,20, BJ). Más adelante especificaremos en qué consistía la obediencia que esperaba el Señor. Podemos ver ya la contraposición entre la Nueva Alianza y la Antigua. La antigua es recordada por la justicia de los escribas y fariseos. El que permanezca allí no puede entrar en el reino de Dios. ¿Hay algo más perturbador? Así de herido queda el orgullo religioso del judío que no quiere oír nada de Cristo... y del cristiano que la gracia de Dios no ha transformado.

La Nueva Alianza consiste en tener la ley de Dios grabada en el corazón (Hebreos 8:10,11). En virtud de una milagrosa metamorfosis, uno deja de oponer su propia voluntad a la del Creador. Desde entonces la obediencia a la ley de Dios, de forma sobrenatural es espontánea. Esta es obra de la gracia: la obediencia del corazón, como dirá san Pablo (Romanos 6:17).

[20] Mateo 1:20; Lucas 1:35.

Jesús «Abroga lo primero [Antigua Alianza] para establecer lo segundo [Nueva Alianza]» (Hebreos 10:9b, BJ). «He proclamado tu justicia ante la gran asamblea;... he proclamado tu lealtad, tu salvación…» (Salmos 40:10,11, BJ). Una lectura sincera y objetiva del texto conduce inevitablemente a esta conclusión: el Mesías debe venir para exaltar la voluntad de Dios y para llevar a sus discípulos al cumplimiento gozoso de la ley. Cumplir la ley es sobrepasar la justicia de los escribas y fariseos.

4. La vida del Mesías descrita por Isaías

Cuando leemos bajo la pluma del apóstol Juan que Jesús vino a los suyos y los suyos no lo recibieron (Juan 1:11), nos quedamos sin voz, perplejos e inquietos. ¿Cómo es posible? El cristiano imagina que debería haberse podido identificar al Mesías espontáneamente sobre el terreno gracias a la precisión de su retrato profético. Y no fue así. Por eso, hemos decidido escudriñar el *Tanaj*,[21] para obtener los rasgos esenciales de este retrato. Hemos descubierto a su familia en la posteridad de la mujer. Enseguida, hemos visto los aspectos principales de su misión. Ahora vamos a sobrevolar el maravilloso libro del profeta Isaías, a menudo considerado el evangelio del Antiguo Testamento, para evocar, gracias a él, lo más destacado de su vida.[22]

Con razón, el pastor Élie Lauriol considera a los profetas como «el misterio de la historia ante el milagro de Cristo» (p. 5). El Espíritu de Dios los inspira y los hace sonar como si fueran grandes órganos. Los profetas tienen mucho que dar y, sin embargo, se los conoce mal. Isaías es una de esas personalidades gigantes, con un carácter indómito y un genio poético de primer orden. Su destino fue anunciarle al pueblo elegido su ruina. Cuando una nación va en contra la santidad de Dios, no es dicha santidad la que debe perecer. Alguien lo ha dicho con severidad:

---

[21] Palabra formada por las iniciales en hebreo de *Torá* (la Ley, o libros de Moisés), *Neviim* (los profetas), y *Ketuvim* (libros históricos y sapienciales).

[22] Nos dejaremos guiar por el buen libro del pastor Élie LAURIOL, *Le prophète* Ésaïe *raconté par* lui-même (París: Le Cep, 1948). Citaremos el texto desde su traducción. Desgraciadamente, su libro se para en el capítulo 39, porque para él, el final del libro es obra de otro autor.

«¡Muera Israel antes que la justicia!» Nosotros añadiremos: «Muera la iglesia antes que la justicia.» La justicia es inherente a Dios, al igual que el amor. Él es amor y Él es justicia. Esto es incontestable. Sin embargo, Isaías se pasa la vida repitiéndolo. Trata de abrir los ojos y conmover los corazones endurecidos porque siente arder en él el dolor del Señor. Su ministerio presenta esencialmente tres aspectos: el de la amenaza o ministerio de la Justicia, el de la súplica o ministerio de la Piedad y el de la promesa o ministerio de la Esperanza.

4.1. El ministerio de la amenaza: Intervención, justicia de Dios

El primer capítulo manifiesta la queja de Dios. Sufre por su pueblo como solo Dios puede sufrir. Hasta va a poner al universo por testigo del conmovedor drama al que se enfrenta

> «Oíd, cielos; escucha, tierra,
> que habla Yahvé:
> "Hijos crié y saqué adelante,
> y ellos se rebelaron contra mí.
> Conoce el buey a su dueño,
> y el asno el pesebre de su amo.
> Pero Israel no conoce,
> mi pueblo no discierne."
> ¡Ay, gente pecadora,
> pueblo tarado de culpa,
> semilla de malvados, hijos de perdición!
> Han dejado a Yahvé,
> han despreciado al Santo de Israel,
> se han vuelto de espaldas» (Isaías 1:2-4, BJ).

Siguen los improperios contra una religión que violando la ley moral, se convierte en una blasfemia contra el Dios que pretende honrar con su culto:

> «"¿A mí qué, tanto sacrificio vuestro? –dice Yahvé–.
> Harto estoy de holocaustos de carneros,
> de sebo de cebones;
> y sangre de novillos y machos cabríos no me agrada,
> cuando venís a presentaros ante mí.
> ¿Quién ha solicitado de vosotros
> esa pateadura de mis atrios?

No sigáis trayendo oblación vana:
El humo del incienso me resulta detestable.
Novilunio, sábado, convocatoria:[23]
no tolero falsedad y solemnidad.
Vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma:
me han resultado un gravamen
que me cuesta llevar.
Y al extender vosotros vuestras palmas,
me tapo los ojos por no veros.
Aunque menudeéis la plegaria,
yo no oigo.
Vuestras manos están de sangre llenas:
lavaos, limpiaos,
quitad vuestras fechorías de delante de mi vista,
desistid de hacer el mal,
aprended a hacer el bien,
buscad lo justo,
dad sus derechos al oprimido,
haced justicia al huérfano,
abogad por la viuda» (Isaías 1:11-17, BJ).

A continuación, los crímenes de Israel son denunciados sin rodeos

Riqueza y codicia (5:8-10), libertinaje (5:11-14), blasfemia (5:18), espíritus fuertes (5:19), maldad (5:20), ceguera (5:21), cobardía (5:22), injusticia (10:1). No se deja de creer en Dios. ¡Fijémonos bien! Incluso, se multiplican las ceremonias cúlticas. Pero se abandona la ley, sin la cual, la felicidad es ilusoria. La religión se convierte en prostitución (3:16-26; 10:1-4; 28:11-13). Y el castigo es anunciado sin marcha atrás (5:25-30; 7:18-19). Y Dios llora: «¡Apartaos de mí! Que voy a llorar amargamente. No os empeñéis en consolarme por la ruina de la capital de mi pueblo» (22:4).

¡Sí, Dios llora!

Un siglo más tarde, Jeremías de forma parecida, derrama lágrimas cuando se cumplen las profecías de Isaías y Babilonia arrasa Jerusalén (Jeremías 9:1). Y más tarde, el Mesías hace lo mismo al mirar a Jerusa-

[23] Erróneamente, E. LAURIOL traduce este término por «domingo».

lén, Jesús «lloró por ella», porque «…no has conocido el tiempo de tu visita» (Lucas 19:41,44, BJ).

4.2. El ministerio de la súplica: La piedad de Dios

Se trate de Israel o de otra nación, el castigo rompe el corazón de Dios porque todos los pueblos están formados por sus hijos. La piedad los envuelve a todos.[24] Pero Dios no puede tener al culpable por inocente.[25] Su único recurso es llamar al arrepentimiento. Salvar al hombre sin su conversión por medio de un subterfugio cualquiera, acabaría con la destrucción del reino donde Dios reina y donde todos cumplen su voluntad. «Aunque se haga gracia al malvado, no aprende justicia; en tierra recta se tuerce, y no teme la majestad de Yahvé» (Isaías 26:10, BJ). Ningún precio, por caro que sea, puede satisfacer la gracia del Creador sino es el verdadero regreso a Dios de la criatura. Esto da a sus llamamientos un tono muy patético.

> «Venid pues i disputemos –dice Yahvé–:
> Así fueren fueren vuestros pecados como la grana,
> cual la nieve blanquearán.
> Y así fueren rojos como el carmesí,
> cual la lana quedarán.
> Si aceptáis obedecer,
> lo bueno de la tierra comeréis.
> Pero si rehusando os oponéis,
> por la espada seréis devorados,
> que ha hablado la boca de Yahvé» (Isaías 1:18-20, BJ).

¿Hay algo más emotivo que la humilde ternura de Dios? Sin embargo, su amor no puede separarse de su justicia. Y por lo tanto, no confundirá jamás al culpable con el inocente. A pesar de sus amenazas, debe renunciar a la conversión completa del pueblo. Solo un resto será salvado, el resto que se convertirá en la sal de la tierra (Mateo 5:13).

> «Aun el décimo que quede en él,
> volverá a ser devastado como la encina o el roble,

[24] Isaías 15:5; 16:9-11; 21:3,4.

[25] Éxodo 20:7; 34:7; Proverbios 17:15.

en cuya tala queda un tocón:
semilla santa será su tocón» (Isaías 6:13, BJ).

Fijémonos bien que no se trata de una intuición humana sino de una revelación que el profeta hace después de su encuentro con Dios el día de su vocación. Todo le fue manifestado ese día: la ruina de la nación, a pesar de la posibilidad de arrepentimiento y la supervivencia de un resto. Este resto estará formado por todos aquellos que quieran estar, todos los que retornen a Dios.

«Aquel día
no volverán ya el resto de Israel
y los bien librados de la casa de Jacob a apoyarse en el que los hiere,
sino que se apoyarán con firmeza en Yahvé» (Isaías 10:20-22, BJ).

En esta época sombría en el plano espiritual, la gente se abandona a ilusiones y sueños. Se corre a los nigromantes y otros falsos profetas. Pero Isaías insiste para que vuelvan al camino recto.

«Y cuando os dijeren: "Consultad a los nigromantes
Y a los adivinos que bisbisean y murmujean;
¿es que no consulta un pueblo a sus dioses,
por los vivos a los muertos?"
¡Vaya si dirán cosa tal!
Lo que no tiene provecho» (Isaías 8:19,20, BJ).

4.3. El ministerio de la esperanza: La promesa

La idea de Resto ocupa un amplio espacio en el libro de Isaías. Esto significa que el conjunto del pueblo ha dejado de mostrarse fiel. Dios es santo pero su pueblo se hunde en el pecado. Dios, por lo tanto, queda dueño del futuro. El Mesías está encargado de desvelar el verdadero rostro del Padre. Pero al mismo tiempo, debe denunciar el pecado de los hombres, vencer al pecado y dar a los hombres su cualidad de hijos de Dios.

Isaías emplea la palabra *resto* primero, en un sentido ordinario. El resto, es lo que ha escapado de Judá después de la invasión siro-efraimita (10:20). Los que huyen del enemigo forman un miserable resto (30:15-17). Ezequías, rey de Judá formula que el espíritu de Dios salvará al resto

de la nación (37:4). Incluso hay un resto en Asiria (10:19), en Moab (16:13,14) *y* en la diáspora mesopotámica (11:11,12).

La misma palabra, define también, un grupo moral además de la acepción nacional. Esta connotación espiritual aparece ya en el relato de la vocación del profeta: «…como la encina o el roble, en cuya tala queda un tocón: *semilla santa* será su tocón» (Isaías 6:13, BJ, énfasis añadido).

Un oráculo de la época asiria proclama la futura liberación de un resto de convertidos (Isaías 10:20-23). Esto se cumple en el sitio de Jerusalén (Isaías 37:32). El hijo de Isaías lleva un nombre significativo: *Sear Yasub* que significa «un resto se convertirá». Siete siglos más tarde, san Pablo se sitúa en el eje de este pensamiento cuando aplica la doctrina del Resto a todos los que se conviertan sinceramente a Cristo (Romanos 9:27-29). Vendrán a él para encontrar la luz, la vida, el verdadero conocimiento de la ley, el camino de justicia, de paz y de felicidad en el reino del amor.

Muy preocupado por el futuro del Resto, Isaías se eleva más alto. Prevé un hombre según el corazón de Dios. Lo llama «germen» (Isaías 4:2), «…vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces…» (Isaías 11:1; Romanos 15:12). Es el Rey del porvenir pero también el Rey de la eternidad. Se distingue mal su actividad terrenal de su actividad mística. No es una salvación más entre tantas otras que Dios envía a su pueblo. Es el Salvador, el artesano de la salvación eterna. A continuación viene la gran visión del reino de paz donde se canta una especie de letanía con los atributos del Mesías.

> «Porque una criatura nos ha nacido,
> un hijo se nos ha dado.
> Estará el señorío sobre su hombro,
> y se llamará su nombre
> “Maravilla de Consejero”,
> “Dios Fuerte”,
> “Siempre Padre”,
> “Príncipe de Paz”.
> Grande es su señorío, y la paz no tendrá fin
> sobre el trono de David y sobre su reino,
> para restaurarlo y consolidarlo
> por la equidad y la justicia.

> Desde ahora y hasta siempre,
> el celo de Yahvé Sebaot hará eso» (Isaías 9:5,6, BJ).

Fijémonos en los diversos términos escogidos para designarlo. No son nombres propios sino términos escogidos para describir los diversos aspectos de su persona. Son muy numerosos y captan la atención acerca de su sabiduría, su poder, su providencia y su bondad. Por otro lado, enfatizan sus funciones tales como el gobierno, la defensa, el cuidado y la felicidad de su reino.

Hay una sola persona en el mundo que se corresponde con esta descripción tan grandiosa: Jesucristo. Este pasaje es a menudo citado en el Nuevo Testamento, particularmente en relación con su poder en el cielo y la tierra.[26] El visionario no acaba aquí; sigue desarrollando el tema a lo largo de las páginas y en función de las circunstancias. La descripción es impresionante.

> «Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará.
> Reposará sobre él el espíritu de Yahvé:
> espíritu de sabiduría e inteligencia,
> espíritu de consejo y fortaleza,
> espíritu de ciencia y temor de Yahvé.
> Y se inspirará en el temor de Yahvé.
> No juzgará por las apariencias,
> ni sentenciará de oídas.
> Juzgará con justicia a los débiles
> y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra.
> Herirá al hombre cruel con la vara de su boca,
> con el soplo de sus labios matará al malvado.
> Justicia será el ceñidor de su cintura,
> verdad el cinturón de sus flancos» (Isaías 11:1-5, BJ).

Gracias a este texto se empieza a comprender en qué consiste la misión del Mesías. Animado por el Espíritu de Dios, Espíritu de sabiduría, de inteligencia y de fuerza, «Herirá la tierra con la vara de su boca…» (Isaías 11:4, RVR95). El profeta anuncia así la gravedad de su enseñanza. La gracia y la verdad vienen por él (Juan 1:17). Habla de las cosas terre-

[26] Mateo 25:31; 28:18; Lucas 1:32,33.

nales pero habla también de las cosas celestiales que solo él conoce (Juan 3:12,13). Al que Dios envía, habla las palabras de Dios (Juan 3:34). Está en juego la suerte del hombre: la vida eterna para él que cree, la cólera de Dios para el que no cree (Juan 3:36).

Para completar el cuadro veamos un pasaje de la segunda parte del libro de Isaías. Nos va a aportar importantes detalles sobre la obra del Mesías. Detalles que sirvieron de base a la predicación de Jesús la primera vez que volvió a Nazaret tras su bautismo. Va a la sinagoga el día de *sabbat* y le piden que haga la lectura del día. Es precisamente el texto de Isaías 61:1,2 el que volvemos a encontrar en Lucas 4:16-19:

> «El espíritu del Señor Yahvé está sobre mí,
> por cuanto que me ha ungido Yahvé.
> A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado,
> A vendar los corazones rotos;
> a pregonar a los cautivos la liberación,
> y a los reclusos la libertad;
> a pregonar año de gracia de Yahvé,
> día de venganza de nuestro Dios…» (Isaías 61:1,2, BJ).

El evangelista Lucas cuenta la emoción que le produjo este sermón. Sin embargo, Jesús no leyó el último versículo porque no hacía referencia a su primera venida. La venganza de Dios, que no es más que la victoria de su justicia, vendrá más tarde. Tras hablar Jesús, primero se maravillaron, enseguida siguió el asombro y la cólera. Al punto que la gente con la que había crecido quería echar al predicador desde lo alto de un precipicio. Y es que Jesús había dejado entrever que la salvación no estaba solo reservada a los judíos. Eso les era muy difícil de admitir. Además, el año de gracia anunciado correspondía al jubileo judío. Dicho jubileo producía una verdadera revolución social no violenta. Durante un año no se cultivaba la tierra, se perdonaban las deudas, los esclavos eran puestos en libertad y el patrimonio de la tierra volvía al primer propietario.

Desgraciadamente, esta maravillosa institución admirada por Karl Marx, fue rara vez puesta en práctica. Se adivina que los ricos se oponían porque tenían mucho que perder. Puede que los oyentes de Jesús temieran una intervención de parte de Jesús para restaurar el honor. Pero esta no era su intención. El reino de Cristo no es de este mundo (Juan 18:36). Su misión no es política. Para entender su mensaje hay que llevarlo al plano

espiritual. El perdón de las deudas representa el perdón (Mateo 6:12), la liberación de los esclavos significa la victoria sobre el pecado (Mateo 6:13), el barbecho de la tierra equivale a la confianza en la obediencia (Mateo 6:24ss.) y el retorno del patrimonio al propietario se cumplirá con el regreso del Señor; cuando todo vencedor se convertirá en coheredero de Cristo, entonces ya, Rey de reyes (Mateo 19:27-30; Romanos 8:17).

Debe considerarse el sermón que anuncia el programa de la misión de Cristo. Es más que evidente que su objetivo es transformar al hombre y llevarlo a la victoria definitiva sobre el pecado que lo separa de Dios y a su felicidad. El último versículo, que Jesús no leyó, hace referencia a la suprema intervención de Dios cuando destruirá el mal.

4.4. El sacrificio del siervo.[27] Isaías. 52:13–53:12

Para continuar examinando las principales enseñanzas mesiánicas del libro de Isaías, es importante detenernos a considerar el gran canto profético relacionado con el servidor de Dios. Se produce un giro decisivo, un cambio de régimen. La identificación del siervo es muy discutida. En el libro citado en la nota, hemos demostrado que este *ebed Yahvé* representa primero al pueblo de Israel encargado de evangelizar al mundo (Isaías 49:3), después a un resto del pueblo tras la herejía del sincretismo y finalmente al Mesías en persona (Isaías 52:13ss.). De doce versículos del capítulo 53, ocho se aplican a Cristo en el Nuevo Testamento.

Paradójicamente, el Enviado divino aparece como una planta frágil, un brote salido de un suelo seco, es decir, del pueblo de Israel en plena derrota espiritual. «Así como se asombraron de él muchos –pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana– [...]. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar» (Isaías 52:14; 53:2,3, BJ). En verdad, esto no es lo esperado. Estamos lejos de las imágenes reales que antes hemos leído.

Esta vez, viene para llevar «nuestras enfermedades» (Isaías 53:4, RVR95), dicho de otra manera; para luchar contra ellas, en favor de los

[27] Georges STÉVENY, *Le mystère de la croix* (Dammarie-lès-Lys, Francia: Éditions Vie et Santé, 1999), pp. 105-114.

que están sufriendo. Esta interpretación, a menudo desconocida, está garantizada por el evangelista Mateo (8:17) cuando cita este texto para explicar la intervención de Jesús al servicio de los enfermos. Nuestros sufrimientos le duelen, de manera que hace todo lo posible para aliviarnos. Es verdaderamente lamentable que se den, a menudo, de este capítulo explicaciones completamente diferentes de la que se desprende del ministerio de Jesús explicado en este texto. Nos desvela como Jesús ponía su empeño en la más tierna solidaridad.

Además, soporta o lleva «nuestros dolores» (Isaías 53:4, BJ), en el sentido que los afronta él mismo. Particularmente esto ocurre durante la pasión: en el huerto de Getsemaní cuando el sudor se convierte en gotas de sangre (Lucas 22:44), más tarde delante de Pilatos que ordena golpearlo con varas (Lucas 23:22) y, sobre todo, en la cruz donde expira.

Pero lo más duro para él reside en el hecho de *ser considerado como* azotado de Dios (Isaías 53:4b) y ser humillado como blasfemo. ¡Sórdido error judicial! –Según la ley civil judía, el que es colgado de un madero es objeto de maldición por parte de Dios (Deuteronomio 21:23)–. Desde este punto de vista, se entiende que Cristo en la cruz no haya sido reconocido por sus contemporáneos como el Siervo de Isaías 53. Al contrario, han achacado toda la responsabilidad de esta ejecución a Dios. Imposible imaginar un juicio más falso. Así, desde esta misma perspectiva, algunos cristianos creen aún hoy que Dios realmente maldijo a Jesús en la cruz. Volveremos más tarde con ello. Es verdad que la continuación del texto favorece este error, al menos en ciertas traducciones. En efecto, el texto presenta dificultades de traducción como atestiguan las numerosas variantes en las últimas versiones disponibles. La traducción griega de los LXX es más clara. Esta, es la que eligen generalmente los escritores del Nuevo Testamento.

Así, el versículo 5 habla de castigo, lo que puede hacer creer que el Padre castiga a su hijo inocente en nuestro lugar, en vez de castigarnos a nosotros, los culpables. Pero entonces, entramos en una contradicción flagrante con el principio sagrado según el cual Dios «de ningún modo tendrá por inocente al malvado» (Éxodo 34:7, RVR95) y: «Absolver al malvado y condenar al justo son dos cosas que detesta Yahvé» (Prover-

bios 17:15, BJ). ¿Cómo va a hacer Dios aquello que él mismo considera una abominación?

Fijémonos que la LXX habla de «educación» antes que de castigo. Incluso Chouraqui, partiendo del hebreo, sustituye la palabra *castigo* por *disciplina*:

> «Él, traspasado por nuestras deficiencias, afligido por nuestros errores,
> tiene sobre él la disciplina de nuestra paz.
> Pero en su herida somos curados» (Isaías 53:5, traducción de la versión francesa de Chouraqui).

El verdadero significado se impone: el Mesías sufre, no por asumir la venganza de Dios que golpea al inocente en lugar de a los culpables sino por alcanzar el corazón del hombre y cambiarlo. Llevado al límite, podríamos pensar que el castigo, injustamente inflingido a Jesús por los hombres, ha contribuido a realizar el plan de Dios. El castigo es pues, el que los hombres han inflingido a Jesús y no el de Dios.

En otra ocasión, la gracia eminentemente divina, hace decir a José, vendido por sus hermanos: «Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso» (Génesis 50:20, BJ). Ocurra lo que ocurra, el fin previsto es evidente: la justicia de Dios, a pesar de su amor, no puede perdonar al culpable sin su arrepentimiento. Además, para que estemos en paz con Dios, debemos quedar limpios de nuestras impurezas. Hay que arrancar al hombre el pecado que lo mata. Para Dios el perdón sin curación no existe.

Como escribe el profeta Habacuc: «Tus ojos [de Dios] puros no pueden ver el mal…» (Habacuc 1:13, BJ). Añadamos que sus sentimientos son demasiado nobles para sentir la necesidad de una venganza. Sin embargo, es demasiado santo para permanecer impasible frente al pecado. La verdadera manera y la única de satisfacer su justicia –que es ineludible– es erradicar el pecado. Para ello, hay que rehabilitar la voluntad de Dios, y hacer nacer el arrepentimiento en el hombre. La consecuencia lógica, la conversión o el cambio de vida (Mateo 3:7-10).

Resumiendo, no es Dios sino el hombre quien debe cambiar gracias al Mesías. Isaías lo dice bien dicho: «…por sus heridas fuimos nosotros

sanados» (Isaías 53:5, RVA1989). Desgraciadamente, la venida del Mesías entre los pecadores produjo contra él no solamente la incomprensión, sino el odio (Juan 7:7), un odio asesino, que no ha sido aplacado más que por la cruz. De Belén al Gólgota, es fácil seguir en los evangelios los intentos asesinos que acaban en la crucifixión.

¿Se puede decir que los malos hacen fracasar el plan de Dios? Por supuesto no, ¡a Dios gracias! Pero en el genio de la lengua bíblica, la soberanía de Dios es capital. Sin él, nada se puede hacer. Por consiguiente, a menudo se pone en el haber de Dios lo que no ha impedido. Un ejemplo simple ilustrará este principio importante y mal conocido, llamado hermenéutica.

Un día, el rey David decide hacer un censo del pueblo. Esto estaba formalmente prohibido por el Señor ya que esto se hacía, generalmente, antes de una guerra. El autor de Crónicas explica: «Alzóse Satán contra Israel, e incitó a David a hacer el censo del pueblo» (1 Crónicas 21:1, BJ). El autor del libro de Samuel escribe al respecto: «Se encendió otra vez la ira de Yahvé contra los israelitas e incitó a David contra ellos diciendo: "Anda, haz el censo de Israel y de Judá"» (2 Samuel 24:1, BJ). Por un lado, la responsabilidad se atribuye a Dios y por otro, a Satanás. ¿Quién tiene razón? Es obvio que el culpable es Satanás.

La única manera de armonizar los dos textos es poner la responsabilidad del censo a la cuenta de Dios porque Dios no ha impedido lo que había prohibido, dando vía libre al tentador. Incluso cuando hacemos el mal, usamos fuerzas que proceden del único Creador. La fuerza no puede proceder de otro origen. Es en este sentido que Isaías puede decir que el bien y el mal vienen de Dios (Isaías 45:7). No se puede decir que Dios obra el mal; pero cuando una criatura emplea las fuerzas de Dios para hacer el mal, podemos decir desde una concepción hebraica, que el mal viene de Dios. De Dios procede el poder.

Desde este punto de vista, se puede entender que Isaías escriba: «…y Yahvé descargó sobre él [el Mesías] la culpa de todos nosotros» (Isaías 53:6, BJ). Esto significa que ha dejado actuar a los hombres crueles pero integrando el crimen de los hombres en su plan de salvación. La muerte de Cristo se convierte así en un sacrificio querido a la vez por el Padre y por el Hijo. La gracia soberana sabrá hacer surgir un bien sublime de un

mal supremo. ¿Podemos quedarnos insensibles ante un acto tal? Esta lectura del texto es la única que elimina las contradicciones en el comportamiento de Dios y pone en evidencia la unión de su amor y su justicia. Satisface las aspiraciones del corazón y satisface las exigencias de la razón. La Biblia explica la Biblia.

Exponemos así como las exigencias de la justicia pueden ir unidas a la generosidad del amor. El error de las interpretaciones hechas a lo largo de los siglos reside a menudo en el hecho de que se ha favorecido la justicia (mal entendida) en detrimento del amor (Anselmo), o el amor (mal entendido) en detrimento de la justicia (Abelardo).

Isaías continúa describiendo el horror del sacrificio:

> «Fue oprimido, y él se humilló
> y no abrió la boca.
> Como un cordero al degüello era llevado,
> y como oveja que ante los que la trasquilan
> está muda, tampoco él abrió la boca.
> Tras arresto y juicio fue arrebatado,
> y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?
> Fue arrancado de la tierra de los vivos;
> por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;
> y se puso su sepultura entre los malvados
> y con los ricos su tumba,
> por más que no hizo atropello
> ni hubo engaño en su boca.
> Mas plugo a Yahvé
> quebrantarle con dolencias.
> Si se da a sí mismo en expiación,
> verá descendencia, alargará sus días,
> y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano» (Isaías 53:7-10, BJ).

La traducción de este último versículo difiere de un autor a otro. Es de difícil comprensión. De forma que sería peligroso construir una teología sobre esa base. El significado, a la luz del contexto, me parece que es el siguiente: la rebelión de su pueblo (8b) conduce al Mesías a la muerte. Podríamos creer que la misión fracasa. Pero gracias a la intervención del Señor, la debilidad se transforma en poder. De la muerte surgirá la vida. Es verdad, está desbordado por el sufrimiento. Pero como dice muy bien Isaías: «Si su ser se convierte en culpa, ve la simiente, prolonga los días»

(Isaías 53:10, traducción de la versión francesa de Chouraqui). Nadie jamás había hablado como él, ni había tenido una enseñanza tan luminosa. Sin embargo, abandonado por los suyos, se queda solo ante la pasión. Pero sus sufrimientos no son en vano. No son inútiles ni estériles. Efectivamente, su muerte y su resurrección dan sentido a todo lo que había dicho y hecho. Solo después de la cruz pudo gustar los frutos de su obra.

El texto continúa en este sentido:

> «Habiendo pagado con su persona,
> Verá descendencia, será colmado de días;
> Conocido como justo, dispensará justicia,
> Él, mi Siervo, en beneficio de multitudes,
> Del hecho que él mismo soporta las perversidades de ellos.
> Por lo tanto yo le daré su parte en la multitud
> Y es con miríadas que constituirá su parte del botín;
> Porque se ha despojado de sí mismo hasta la muerte
> Y con los pecadores se ha dejado contar,
> Porque ha llevado, él, las faltas de la multitud.
> Y que por los pecadores, ha venido a interponerse» (Isaías 53:11,12, traducción de la versión francesa TOB).

Recordemos que los sacrificios humanos estaban estrictamente prohibidos en Israel. Aquí, la muerte del Mesías aparece como un sacrificio. Es importante, pues, comprender su verdadero valor. Este sacrificio está fuera de la ley. Guardémonos de interpretarlo como si estuviera prescrito por la ley. Responde a otra lógica. «Habiendo pagado con su persona», dice el texto, «se ha despojado de sí mismo hasta la muerte», dejándose acusar con los pecadores. Él mismo padece nuestras perversidades. Actúa contraponiendo la no violencia a la bestialidad. A cambio, «verá descendencia, será colmado de días». El perdón que simbolizaba el sacrificio de expiación, está por lo tanto, ampliamente conseguido gracias a su intervención. Gracias a su solidaridad hasta en los más crueles sufrimientos de la muerte, el Mesías gana para él miríadas.

Este es el aspecto tranquilizador de este emotivo poema. No obstante, el clímax está en el anuncio inesperado y escandaloso de la muerte injusta del Enviado. ¿Quién podría imaginarse semejante condescendencia por

parte del Señor? ¿Quién puede permanecer insensible? «No hay mayor amor que amar hasta perder la vida.»[28] (*Cf*. Mateo 11:28).

4.5. La promesa de Dios

Nos quedan por ver los textos más bellos de Isaías. Después de bajar hasta el fondo del valle de la muerte, ya podemos alcanzar las cimas adonde nos lleva la visión celestial. La restauración que describe sobrepasa con mucho todo de lo que es capaz de hacer el hombre, sea cual sea su ciencia.

> «Serán vecinos el lobo y el cordero,
> y el leopardo se echará con el cabrito,
> el novillo y el cachorro pacerán juntos,
> y un niño pequeño los conducirá.
> La vaca y la osa pacerán,
> juntas acostarán sus crías,
> el león, como los bueyes, comerá paja.
> Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid,
> y en la hura de la víbora
> el recién destetado meterá la mano.
> Nadie hará daño, nadie hará mal
> en todo mi santo Monte,
> porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé,
> como cubren las aguas el mar» (Isaías 11:6-9, BJ).

El enraizamiento del mal es tan profundo en nuestro mundo, los tornados del sufrimiento soplan tan cruelmente sobre nuestra pobre humanidad que corremos el riesgo de que la duda nos corroa, aun en presencia de una promesa así. Y, sin embargo, es Dios quien habla cuando la inspiración del profeta se manifiesta en toda su extensión. Un Dios que ama a todos los pueblos y cuya obstinación por la salvación cubre a todos los hombres. Dios, nuestro Padre, nos llama a todos a ser dichosos. No solo tenemos el Reino de Israel, también tenemos el Reino de Dios que está formado por hombres de todas lenguas, razas, tribus, de todas las naciones. Vendrán de oriente y occidente (Mateo 8:11):

---

[28] Stan ROUGIER, *Quand l'amour se fait homme* (París: Desclée de Brouwer, 1997), p. 70.

«Aquel día la raíz de Jesé,
que estará enhiesta para estandarte de pueblos,
las gentes la buscarán,
y su morada será gloriosa» (Isaías 11:10, BJ).

Podemos creer con seguridad porque la inspiración no emana de un sueño brumoso. Repitámoslo una vez más, vemos que el propio Dios actúa contra el pecado, el sol desciende a las tinieblas

«Sucederá en días futuros,
que el monte de la Casa de Yahvé
será asentado en la cima de los montes
y se alzará por encima de las colinas.
Confluirán a él todas las naciones,
y acudirán pueblos numerosos.
Dirán:
"Venid, subamos al monte de Yahvé,
a la Casa del Dios de Jacob,
para que él nos enseñe sus caminos
y nosotros sigamos sus senderos."
Pues de Sión saldrá la Ley,
y de Jerusalén la palabra de Yahvé.
Juzgará entre las gentes,
será árbitro de pueblos numerosos.
Forjarán de sus espadas azadones,
y de sus lanzas podaderas.
No levantará espada nación contra nación,
ni se ejercitarán más en la guerra» (Isaías 2:2-4, BJ).

¡Qué sueño!... qué emoción experimentar lo sagrado. No olvidemos que los contemporáneos de Jesús estaban totalmente persuadidos que un futuro de gloria era su destino. Isaías sabe muy bien que todo esto no ocurrirá pronto. Incluso predice un endurecimiento de las abominaciones antes de la liberación, y, un mal supremo, la ruina de Jerusalén. Grita su dolor, sus angustias. Pero más allá de todos estos horrores aparece el sol.[29]

La promesa está ahí, como un iceberg surgiendo del océano. No es siempre fácil situarla, es verdad que el cielo parece cercano a la tierra y el

[29] *Cf*. Isaías 25:1-4,7-9; 26:1-4,7-9,12-14.

futuro del cielo se mezcla con el de la tierra. No se sabe muy bien donde situar su cumplimiento. ¿Se trata del retorno del exilio o de la tierra nueva? Es más difícil porque en la promesa aparecen siempre injerencias de amenazas. En nombre de Dios el profeta exige une religión anclada en la justicia, en el derecho, en la bondad y en la obediencia. La religión no tiene ningún valor si no cambia el corazón del hombre. Incluso se convierte en una fuente de escándalo.

El apóstol Pablo, profundo conocedor del Antiguo Testamento, no se equivoca: «Pero si tú, que te dices judío y descansas en la ley; que te glorias en Dios; que conoces su voluntad [...]. Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios. Porque…, el *nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre los gentiles*» (Romanos 2:17-24, BJ). Y, a menudo, aún hoy, los cristianos en nombre del apóstol Pablo, cometen el mismo error, haciendo de la fe sin la ley una especie de llave mágica para acceder al Reino de Dios. Pero su conducta, su comportamiento, su vida levantan merecidas protestas: «Vuestro Cristo sí –decía Gandhi–, vuestro cristianismo no.» ¡Hace falta haber entendido muy mal la enseñanza de Jesús para llegar hasta aquí! No se ha entendido por y para qué ha venido. No se ha descubierto al verdadero Dios a través de él.

Volvamos al libro de Isaías. ¿Cómo no citar el inigualable capítulo 35? Como escribe Élie Lauriol: «Todos los registros del gran órgano de las Bienaventuranzas suenan. El esplendor de Dios resplandece, su fuerza arrasa, su justicia abunda, su ternura canta y el silencio de las felicidades se suma a los claros acordes del Amor, único vencedor.»

> «Que el desierto y sequedal se alegren,
> Regocíjese la estepa y florezca como flor;
> estalle en flor y se regocije
> hasta lanzar gritos de júbilo.
> La gloria del Líbano le ha sido dada,
> el esplendor del Carmelo y del Sarón.
> Se verá la gloria de Yahvé,
> el esplendor de nuestro Dios.
> Fortaleced las manos débiles,
> afianzad las rodillas vacilantes.
> Decid a los de corazón intranquilo:
> ¡Ánimo, no temáis!

Mirad que vuestro Dios
viene vengador;[30]
es la recompensa de Dios,
él vendrá y os salvará.
Entonces se despegarán los ojos de los ciegos,
y las orejas de los sordos se abrirán.
Entonces saltará el cojo como ciervo,
y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo.
Pues serán alumbradas en el desierto aguas,
y torrentes por la estepa,
se trocará la tierra abrasada en estanque,
y el país árido en manantial de aguas.
En la guarida donde moran los chacales
verdeará la caña y el papiro.
Habrá allí una senda y un camino,
vía sacra se la llamará;
no pasará el impuro por ella,
ni los necios por ella vagarán.
No habrá león en ella,
ni por ella subirá bestia salvaje,
no se encontrará en ella;
los rescatados la recorrerán.
Los redimidos de Yahvé volverán,
entrarán en Sión entre aclamaciones,
y habrá alegría eterna sobre sus cabezas.
¡Regocijo y alegría les acompañarán!
¡Adiós, penar y suspiros!» (Isaías 35, BJ).

Así como un barco varado que vuelve a flotar para llevarlo a puerto, la tierra es restaurada con todo su contenido y el hombre, curado de todos sus males. Esta imagen nos llena de vértigo. El lector de la Biblia debe esperar al Apocalipsis para encontrar un entusiasmo semejante. Es decir, la esperanza evocada transciende nuestra historia. Estamos más allá de las posibilidades humanas. Solo así, Dios puede recrear todas las cosas y que estas sean muy buenas. Creador y a la vez re-creador. No nos engañemos: ¡hablamos de nuestro futuro con Dios!

[30] Hay que entender: la restauración.

4.6. Más allá de Isaías: De la eternidad perdida a la eternidad reencontrada

Encontramos en el *Tanaj*, o Antiguo Testamento, muchos pasajes que, de una manera más o menos clara, hacen alusión a tal o cual aspecto de la vida del futuro Mesías. Para ser justos, no han sido directamente escritos para dar a conocer al Enviado... Tenemos que saber que tras la caída, muchos hombres han vivido de tal manera que ciertos aspectos de su comportamiento han servido de tipo para el esperado Mesías. Por ejemplo, cuando José fue vendido por sus hermanos, ignoraba que un día Jesús pasaría por la misma dolorosa experiencia. Este elemento de su historia prefigura la traición de la que Jesús fue víctima. Cómo este, a lo largo de todo el Antiguo Testamento hay muchos detalles que han sido citados en el Nuevo Testamento como precursores de un aspecto u otro de la vida de Jesús.[31]

No está en mis planes examinar todos los detalles. Sin embargo, lo que sí cuenta ante nuestros ojos, es haber puesto en evidencia lo esencial de las razones que han determinado al Padre y al Hijo a bajar a la tierra. ¡Qué decisión!

> «De su maravilloso palacio de marfil
> A este mundo perdido,
> Tras haber dejado su gloria,
> Jesús ha descendido.» (Condesa Vernier)

Podríamos citar numerosos salmos que evocan el destino singular del «justo» según el Antiguo Testamento. Dicen que el justo, abocado al sufrimiento, es sin embargo guardado por Dios. Más allá de las pruebas más duras, encontró el triunfo.[32]

Es interesante saber que el tema de la muerte del justo se ha desarrollado en la literatura intertestamentaria. Citemos el Libro de la Sabiduría, injustamente atribuido a Salomón y que fue probablemente escrito alrededor del año 50 antes de Jesucristo: «Pongamos trampas al justo, que nos fastidia y se opone a nuestras acciones; nos echa en cara nuestros

[31] Desde este punto de vista, encontraremos al final del volúmen la lista completa de los textos mesiánicos del Antiguo Testamento, tal como fue explicada por Robert SCHROEDER.

[32] Salmos 22:19; 24:8; 31:14; 41:10; 42:6; 69:22.

delitos y reprende nuestros pecados de juventud. [...] su sola aparición nos resulta insoportable…» (Sabiduría 2:12-20, BJ).

Curiosamente, el mismo libro cuenta el destino inmortal de los justos: «En cambio, la vida de los justos está en manos de Dios y ningún tormento les afectará» (Sabiduría 3:1, BJ). «Entonces el justo aguantará firme y lleno de confianza frente a los que lo oprimieron y despreciaron sus sufrimientos» (Sabiduría 5:1, BJ)

Encontramos otros ejemplos parecidos en los textos rabínicos y sobre todo en los *Himnos* de Qumrán (mar Muerto) que describen su humillación. Algunos pasajes del Nuevo Testamento reflejan la tradición judía. Escuchemos al propio Jesús:

> «Por eso, he aquí que yo envío a vosotros profetas, sabios y escribas: a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del inocente Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el Santuario y el altar» (Mateo 23:34,35, BJ; *cf.* Santiago 5:6).

Es sorprendente encontrar alusiones muy claras a un comportamiento que hemos llamado, tratándose de Jesús, la pista humana que conduce a la cruz. La lectura de estos textos hace aparecer a Cristo recorriendo, «aun siendo Hijo» (Hebreos 5:8, BJ), el camino de sufrimiento común a todos los justos.

Espero haber demostrado, que si bien, la muerte de Cristo estaba prevista como inevitable, no está, sin embargo, presentada como la causa determinante de su venida. Es más bien, la consecuencia inevitable del rechazo de los hombres. No ha venido para morir sino para poner las bases del Reino de Dios restaurado. Una vez venido, su muerte es inevitable y toma un lugar preponderante en el plan de salvación.

En consecuencia, los que leen el Nuevo Testamento con la presunción que Jesús vino para morir, corren el riesgo de perder de vista las verdaderas razones de su encarnación y lo que Dios espera. Son estas razones las que queremos poner al día ahora, escuchando lo que nos dice el Nuevo Testamento.

Pero, primero, es necesario hacer una observación. Lo que está claro para nosotros hoy no lo estaba para los contemporáneos de Jesús. Las profecías mesiánicas se prestaban a errores de interpretación que podían forjar ilusiones y falsas esperanzas. Era necesario el desarrollo de la historia del mundo para traer progresivamente la luz. ¿Cómo el Enviado podía mostrarse simultáneamente como un Dios poderoso, Rey de gloria y como un humilde rey montado en un asno y un siervo sufriente? Para explicar estas contradicciones, hay que admitir que Cristo ha de venir dos veces: una primera vez como un siervo despreciado y una segunda vez en la explosión de su gloriosa victoria. Solo la historia aporta el relieve cronológico que dan ambas informaciones.

Con toda seguridad, Jesús realizó en la tierra todo lo que él quería hacer. Pero su obra no había acabado aún. Él se fue, dice, para prepararnos un lugar. «...voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Juan 14:2-4, BJ). Esta partida hacia su gran misión se llama intercesión,[33] Jesús se sitúa a la derecha de Dios. Así la obra de Cristo va de la eternidad perdida a la eternidad reencontrada.

[33] *Cf*. Georges STÉVENY, *Le mystère de la croix*, *op. cit*., pp. 217-224.

Segunda parte

Él ha venido:
El testimonio de los evangelios

1. ¿Cómo leer los evangelios?

¿Quién lo iba a imaginar? Una tarde en Belén, el sol se escondió en el horizonte llevándose con él un gran secreto; Jesús había nacido. Cuando un personaje importante se desplaza, toma todas las precauciones necesarias para ser recibido con los honores que le son debidos. El Hijo de Dios no; vino en una casi absoluta y total ignorancia. Ni siquiera hubo lugar para él en un apartado mesón. Algunos pastores, avisados por ángeles, fueron corriendo a ver lo que había pasado y lo encontraron acostado sobre paja. También tres magos de Oriente, divinamente conducidos, fueron a rendir homenaje al niño ¡Eso es todo!

«¡Dios! ¿Quién es él para llegar así hasta nosotros? Dios no es el Todopoderoso que creíamos que era: es pobre, vulnerable en todo: a la mordedura de un perro, a una corriente de aire, desprotegido frente a los guardas de Herodes.»[34]

Efectivamente, la pequeña familia debe huir a Egipto para escapar de la muerte decretada por Herodes el Grande. ¡Qué recibimiento! Tras la muerte del rey, prevenidos por un ángel, José, María y el niño se trasladan a Nazaret, lugar privilegiado porque los romanos no se instalaron hasta el siglo II. Esta ciudad propiciaba una atmósfera serena. Se vivía como en los tiempos bíblicos, agradeciendo a Dios por todos sus dones. Fue aquí donde Jesús sintió crecer en él su vocación en la más absoluta incógnita.

Todo cambia cuando a la edad de treinta años, aproximadamente, desciende al Jordán y va hacia Juan, su primo, para hacerse bautizar. Durante la ceremonia el Espíritu de Dios desciende sobre él. Constantemente tendrá necesidad del Espíritu de Dios para cumplir su misión. El evange-

[34] Stan ROUGIER, *Quand l'Amour se fait homme*, *op. cit.*, p. 25.

lista Marcos observa: «Se enteró el rey Herodes [Antipas], pues su nombre [Jesús] se había hecho célebre» (Marcos 6:14, BJ).

Un día se atreve a decir: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30, BJ). Se empieza a hablar de él porque el Espíritu Santo resplandece en él. El poder divino lo acompaña. No ignoro el hecho de que Bultmann[35] osó tratar de novela todo lo que se ha escrito sobre Jesús. Yo prefiero la postura del padre Lagrange: «Los Evangelios son la única vida de Jesús que podía ser escrita. Se trata de comprenderlos lo mejor posible.» La historia está más proclamada que relatada. Esta tiene interés porque tiene un sentido. La historia es el soporte de dicho sentido y al contarla se debe, ante todo, resaltar ese sentido.

No entraremos en la problemática escabrosa que trata de querer discernir las verdaderas palabras del Maestro de las que han escrito sus testigos.[36] Estamos totalmente convencidos que al leer los Evangelios estamos bebiendo de la mejor fuente de verdad en relación a Jesús; se trate de su vida o de su enseñanza. Llevan, con total seguridad, la marca de la fe de sus autores. Estos autores fueron formados por Cristo y escribieron bajo la influencia del Espíritu Santo. «Los Evangelios aparecen como un fenómeno único de creación en el respeto de la palabra original, de la libertad y con una intención de fidelidad lo más exacta posible.»[37] Los Evangelios son presentaciones de Cristo, variadas y meditadas. Gracias a ellos podemos conocer al máximo posible, al que un día vino de parte de Dios. El Evangelio es portador de alegría.

2. Jesús, el Enviado de Dios

Hemos observado que si vino enviado por Dios, es que ya existía con Dios antes de la creación del mundo. La preexistencia de Jesús está bíblicamente atestiguada, así como su divinidad. Jesús es categórico: «…porque yo he salido y vengo de Dios; no he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado» (Juan 8:42, BJ). «…[Jesús] sabiendo que el

[35] Rudolf BULTMANN, 1884-1976, teólogo alemán que ha interpretado los milagros suprimiendo lo sobrenatural.

[36] Los especialistas hablan de los *ipsissima verba Christi.*

[37] Georges CASALIS, *Nul n'a parlé comme cet homme, Jésus* (París: Hachette, 1971), p. 132.

Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía…» (Juan 13:3, BJ). En el evangelio de Juan se repite cerca de treinta veces que Jesús es venido de Dios.

Para el apóstol Pablo tampoco hay ninguna duda: «…en él fueron creadas todas las cosas, […] él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia» (Colosenses 1:16,17, BJ). Jesús es con total seguridad el Enviado de Dios.

Recordemos la idea jurídica judía de *shaliaj*, es decir, el enviado. El enviado es plenipotenciario. Debe ser recibido con los honores que corresponden a aquel que lo envía. Esta constatación tributa también a favor de la divinidad de Jesús. Numerosos son los argumentos que confirman este descubrimiento.[38] Sin duda, es «Dios con nosotros».

Hacia el final de su ministerio, Jesús se preocupa de saber si se había reconocido su divinidad. Se informa a través de los apóstoles y, decepcionado con sus respuestas, va derecho hasta el final: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mateo 16:15, BJ). Cuando Pedro reconoce en él al Mesías, el Hijo de Dios, el Maestro lo felicita: solo Dios podía haberle inspirado tal certeza.

Cuando Jesús dice «Yo», los evangelios subrayan la autoridad suprema que acompaña esta palabra. Es particularmente evidente cuando Judas y su camarilla vienen a arrestarlo. «¿A quién buscáis? –les preguntó Jesús–. Le contestaron: "a Jesús el Nazareno". Díceles: "Yo soy"... Cuando les dijo: "Yo soy", retrocedieron y cayeron en tierra» (Juan 18:4-6, BJ). El Enviado del Padre manifiesta así su poder y su divinidad. Si pueden apresarlo es porque él consiente. La actuación de los soldados es pura apariencia. Jesús permanece dueño de la situación.

Es verdad que procede de la posteridad de la mujer y está físicamente marcado por la herencia humana. Dios lo ha enviado en carne de pecado (Romanos 8:3) con la debilidad que esto implica (2 Corintios 13:4). La tentación a la que es sometido, como cualquiera de nosotros, no es una comedia. Ha sido probado en todo como nosotros (Hebreos 4:15). Pero con respecto a nosotros, una diferencia esencial hace de él el nuevo Adán,

[38] Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo*, *op. cit*., pp. 109-173.

el hecho de ser concebido por el Espíritu Santo. Dios procede a un nuevo comienzo.

En la creación del primer Adán, el Espíritu Santo también intervino: «Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Génesis 2:7, BJ). La palabra *polvo* no tiene nada de despectivo. Al contrario, evoca toda la potencialidad de la que el hombre es capaz. Dios crea: esculpe, talla, forma. El verbo traducido por «formar» se emplea para describir la formación de un bebé en el seno materno (Jeremías 1:5). ¿Hay algo más maravilloso? ¿Más misterioso? Pero no se puede separar el verbo *formar* del verbo *soplar* que está como aposición. El aliento de fuego es el Espíritu que toma posesión del hombre. En definitiva; el primer Pentecostés. El hombre se comunica con Dios gracias al Espíritu Santo. Una unión invisible pero auténtica y vital lo conecta al Señor; es el vínculo del Espíritu.[39]

Tras la caída, el pecado consiste en la ruptura de este vínculo. La relación directa con Dios, fuente de vida, de fuerza, de sabiduría, se rompe. Los diferentes términos usados en la Biblia para nombrar al pecado son elocuentes: hacen referencia a «no alcanzar la meta» que es la de vivir, abandonar el camino que lleva a la felicidad, rebelarse contra la soberanía divina sin la cual no existe la sabiduría, volverse culpable, es decir, volcarse a la muerte.[40]

El pecado no se limita a una acción cometida fuera de nosotros. El pecado conlleva la corrupción de nuestro ser. Jamás volveremos a ser, tras haber pecado, como éramos antes de pecar. El pecado afecta a nuestra naturaleza y lleva en sí mismo un poder infernal. En consecuencia, el perdón no se limitaría al olvido de la falta cometida. Reclama imperativamente la modificación de nuestra naturaleza, una verdadera curación, una restauración, que depende del poder creador. Dios es el único que puede destruir la fuerza nociva que engendra el pecado.

Desde ese momento, el pecador tiene necesidad de Jesucristo, porque en él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra

[39] Inútil buscar el orígen del gameto masculino. No olvidemos que Dios es el Creador.

[40] Cf. Georges STÉVENY, *Le mystère de la croix*, *op. cit.*, pp. 43-60.

(Colosenses 1:16). Solo él puede restaurarnos. Ningún jefe religioso posee ese poder. Pueden darnos sabios consejos, proponer ejercicios de comportamientos interesantes, ejercer una influencia útil, prometer maravillas. Sin embargo, nadie, salvo Jesucristo, puede ofrecer la vida (Hechos 4:12), porque solo él es la vida (Juan 14:6). Toda vida procede de él.

Segundo Adán porque es nacido del Espíritu Santo, Jesús jamás rompió la preciosa unión con el Espíritu que lo unía a su Padre. Él podía decir: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30, BJ). «Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo» (Juan 16:32,33, BJ). La tentación persiste, pero interiormente queda desenmascarada. A nosotros corresponde buscar la fuerza en quien nos la puede ofrecer.

¿Es necesario, después de ver todo esto, insistir aún más sobre la oportunidad de saber exactamente porqué Jesús dejó a su Padre? Quitó su puesto elevado y se hizo hombre para vivir nuestra existencia, en las mismas condiciones que nosotros, excepto en su unión con Dios y que nosotros podemos obtener, también, por la fe en él. Por lo tanto, su vida debe servirnos de modelo. Él es nuestro «…modelo para que sigáis sus huellas. Él que no cometió pecado…», dice el apóstol Pedro (1 Pedro 2:21,22, BJ).Y el apóstol Juan afirma también: «Quién dice que permanece en él [Cristo], debe vivir como vivió él» (1 Juan 2:6, BJ).

> «El punto de partida de esta comprensión radicalmente nueva de sí mismo y del mundo, es la conversión. Término que no abarca la riqueza de la palabra en griego: *metanoia*, que significa cambio fundamental de punto de vista respecto a todas las cosas, giro que conduce a volver la espalda al pasado y a comprometerse resolutivamente en la senda del futuro, ruptura con un comportamiento depredador y egoísta y una apertura al amor y al servicio.»[41]

Es demasiado fácil y completamente utópico imaginarse que es suficiente creer en Jesús para ser salvo. Uno se convence que Él murió en nuestro lugar y que habiendo sido pagado el precio, Dios está satisfecho. El resto del Evangelio pasa entonces a un segundo plano, cuando no que-

[41] Georges CASALIS, *Nul n'a parlé comme cet homme, Jésus*, *op. cit*., p. 140.

da completamente olvidado. Todo está cumplido, se dice. La muerte de Jesús colma la justicia de Dios. Solo nuestra gratitud puede responder a este don maravilloso. La salvación se realiza en el transcurso de un drama entre el Padre y el Hijo. Seguramente esta visión conlleva una parte de verdad, pero solo una parte.

Lamentablemente, este concepto de la salvación, tan esparcido que podemos casi considerarlo general, corresponde a una lectura superficial y truncada de la Revelación divina. De hecho, el hombre debe cambiar y sin Jesucristo este cambio es imposible. Si somos salvados por la fe, es a condición que la fe sea activa, es decir, «que actúa», expresión del apóstol Pablo (Gálatas 5:6).

Resumiendo: Jesús es el Enviado de Dios. Nadie ha podido decir jamás «Al principio, yo estaba con Dios y yo era Dios.» O incluso: «Yo y el Padre somos uno.» Sin duda alguna, es el Mesías largamente descrito en el Antiguo Testamento. Es verdad que a veces reclamó discreción al respecto. Sin duda era para no prestarse a la confusión política con el que dicho título estaba desgraciadamente envuelto. No tuvo reparo en darse a conocer muchas veces como el Mesías.

En su conversación con la mujer samaritana, al pie del pozo de Jacob, preguntado respecto al Mesías, declara sin rodeos: «Yo soy, el que está hablando contigo» (Juan 4:26, BJ). Había una especie de fiebre que agitaba las masas. La época mesiánica había sido fijada por el profeta Daniel (Daniel 9); el lugar de su nacimiento era conocido.[42] Una desmedida esperanza planeaba en todas partes. La gente se agrupaba alrededor de él. Durante tres años, más o menos, Jesús pudo cumplir la misión que su Padre le había encargado.

La importancia de esta misión es tal, que a ojos del Maestro, es considerada un alimento. Le dice a sus discípulos «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis» (Juan 4:32, BJ). Los discípulos habían ido a la ciudad a comprar víveres porque tenían hambre. Se empezaron a preguntar entre ellos si alguien le había llevado comida. Entonces Jesús disipa el malentendido diciéndoles: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Juan 4:34, BJ).

[42] Miqueas 5:1; Mateo 2:3-6.

La expresión: «el que me ha enviado» está presente cerca de treinta veces en el evangelio de Juan. Jesús manifiesta así que el encargo de su misión procede de Dios y que no tiene ni un minuto que perder. Su misión presenta un carácter urgente. Todo depende de Aquel que lo ha enviado. Y además, precisa: «…porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Juan 6:38, BJ). Esta observación reviste una importancia capital. La obra que debe cumplir no es la suya sino la de Dios, que lo ha enviado precisamente para ello.[43] Ahora importa, pues, precisar la naturaleza de esta misión.

3. El Mesías Salvador

Desde la primera página del primer evangelio, el de Mateo, aprendemos el nombre del Mesías. Y solo el nombre, constituye todo un programa. El ángel le dice a José, el esposo de María: «…le pondrás por nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21, BJ). En arameo, Jesús es *Yehosua,* que significa *salvador*. Los ángeles que aparecieron a los pastores les dijeron también: «…os ha nacido hoy,… un salvador, que es el Cristo Señor» (Lucas 2:11, BJ).

Este anuncio está repetido en varias ocasiones, lo que pone de relieve su importancia. Así, al octavo día del nacimiento, cuando llega el momento de la circuncisión, se le da el nombre de Jesús. Poco después, José y María van a Jerusalén para la presentación ante el Señor. Y Simeón, hombre justo y piadoso, empujado por el Espíritu Santo, declara: «Ahora, Señor... porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel» (Lucas 2:29-32, BJ).

El evangelio de Juan es aún más preciso gracias al anuncio de Juan el Bautista: «He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29, BJ). El verbo *quitar*, en griego, está en presente, tiempo que afirma la continuidad de la acción. Podríamos traducir esta idea así: «que no cesa de quitar el pecado del mundo.» Está, pues, muy claro que Jesús viene para salvar, no solo a su pueblo sino a todos los hombres de todas las naciones. Y para ello debe erradicar el pecado. No por un acto único

[43] Juan 10:25,32,37.

cumplido una vez por todas sino a través de un ministerio que dura hasta el fin de los tiempos.

Juan precisa además cómo: «…ése es el que bautiza con Espíritu Santo Juan 1:33, BJ); «…ése es el Elegido de Dios» (Juan 1:34, BJ). Querer salvar al hombre es una ilusión si el hombre sigue siendo malvado, si continúa pecando. Abstengámonos de apelar a la imagen del cordero para escapar de dicha conclusión. Nadie lo ha entendido mejor que el apóstol Juan, que, en su epístola, osa escribir que aquel que es nacido de Dios no peca más (1 Juan 3:9). Podríamos traducirlo también: «no peca continuamente». La idea está clara también para Jesús: debemos vencer el pecado. Desde el primer día hasta el último día de su ministerio, Jesús entiende que promueve un orden nuevo, liberado del mal.

4. Emmanuel: Dios con nosotros

Emmanuel es también su nombre (Isaías 7:14; Mateo 1:23), significa «Dios con nosotros». Muchas veces, la voz de Dios ha atravesado los cielos para proclamarlo. En su bautismo, «Y una voz que salía de los cielos decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco"» (Mateo 3:17, BJ). Y cuando tuvo lugar la transfiguración delante de Pedro, Santiago y Juan, «…y de la nube salió una voz que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle» (Mateo 17:5, BJ). El testimonio del cielo es seguro.

Podemos concluir que Dios va a poder, al fin, revelarse tal como verdaderamente es. El pecado de idolatría practicado, no solo por los paganos sino también por los judíos, dice bastante acerca de cómo Dios es mal conocido, desfigurado. Que se haya llegado al sacrificio de niños para complacerlo, demuestra cuán horrible ha llegado a ser la tergiversación de su carácter. No dudo en afirmar que ninguna traición puede ser más insoportable para el amor de Dios. La vehemente protesta de los profetas es su testimonio.

Así, la primera tarea de Cristo, y la más necesaria, consiste en dar a conocer al verdadero Dios. Todo en su vida y en su enseñanza está subordinado a dicha misión. Tiene que desvincular del nombre de Dios todos los errores que han sido cargados a su cuenta. De ahí su declara-

ción, sagrada como ninguna, porque procede de una oración dirigida a su Padre poco antes de su muerte: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti él único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Juan 17:3, BJ). Y Jesús prosigue: «He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo» (Juan 17:6, BJ).

¿Quién mejor que él podía revelar al Padre? Mateo, Lucas y Juan lo destacan con insistencia. «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar», dice Mateo (Mateo 11:27, BJ). Lucas repite más o menos lo mismo (Lucas 10:22). Y Juan insiste: «A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Juan 1:18, BJ). «No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre» (Juan 6:46, BJ). «Yo le conozco –dice Jesús–, porque vengo de él y él es el que me ha enviado» (Juan 7:29, BJ). «…no estoy solo, sino yo y el que me ha enviado» (Juan 8:16, BJ). «Yo hablo lo que he visto junto a mi Padre…» (Juan 8:38, BJ). «…me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre…» (Juan 10:15, BJ). «…El Padre está en mí y yo en el Padre» (Juan 10:38; 14:11, BJ).

Además, «…Dios… no da el Espíritu con medida» (Juan 3:34, BJ), de modo que su doctrina es de Dios (Juan 7:16; 8:28). Y sus obras también están destinadas a probar que él viene de Dios (Juan 10:38). Después de su famoso discurso de Pentecostés, Pedro declara que «…Jesús, el Nazoreo, hombre *acreditado*[44] por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por su medio entre vosotros…» (Hechos 2:22, BJ).

Cualquiera puede elevar su voz inspirado por absurdas pretensiones. Pero por más crédula que pueda ser la gente, generalmente no se deja embaucar por el primero que llega. Tratándose de Jesús, Dios establece un lazo de unión entre su mensaje y su poder. El heraldo de la Buena Nueva produce el asombro de las masas. Libera a los alienados, a los poseídos, sana a los leprosos, a los paralíticos, a los ciegos y resucita a los

[44] Segond traduce: «El hombre a quien Dios ha dado testimonio.» Pero el verbo griego *apodeiknumi* empleado por Lucas significa: hacer ver mediante pruebas.

muertos. Incluso manda sobre el viento y el agua. Multiplica los panes y los peces. Como si quisiera probar que él poseía autoridad sobre todos los dominios de la vida.

«…las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado» (Juan 5:36, BJ). Observemos también que sus obras tienen un significado. Un día en Capernaúm, cuatro hombres le llevan un paralítico en una camilla. La multitud es tan densa alrededor de él que rompen el techo de la casa y bajan al enfermo por la obertura. El Maestro discierne inmediatamente la verdadera necesidad de este hombre y le dice: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Marcos 2:5, BJ).

El estupor es general. La ley preveía en este caso ritos de expiación en el templo. Como Jesús obvia este punto, los escribas que estaban allí dicen: «Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?» Adivinando sus pensamientos, el Maestro les dice:

> «"¿Qué es más fácil, decir al paralítico: 'Tus pecados te son perdonados', o decir: 'Levántate, toma tu camilla y anda'? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados –dice al paralítico–: 'A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa'". Se levantó y, al instante, tomando la camilla, salió a la vista de todos, de modo que quedaban todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: "Jamás vimos cosa parecida"» (Marcos 2:3-12, BJ).

Al dar a los hombres la posibilidad de *conocer* al único Dios verdadero, Jesús da su vida por sus ovejas (Juan 10:10), ya que la vida eterna depende de este conocimiento. No se trata de dar a conocer una tradición religiosa sagrada o técnicas originales que permitan alcanzar la divinidad. El Cristo se reconoce investido de un poder particular que revela su origen y autentifica su enseñanza, tan diferente a la de los rabinos. *Conocer a Dios*, es antes que nada reconocerlo como Dios, aceptar su soberanía y obedecerle. Es también entender a Dios a pesar del sufrimiento que invade al mundo. Y además, es vivir con él una relación íntima, comparable a la de la unión conyugal.

Fijémonos bien: Jesús no especula sobre los métodos que podrían llevar a Dios. Como ocurre, por ejemplo, cuando pensamos en el filósofo griego Aristóteles. Su Dios crea para tener enseguida el placer de con-

templar su obra maestra desde una inmóvil e impasible inmutabilidad. Más cercano a nosotros, entre los modernos, Kant se conforma con un Dios que ofrece a los hombres buenas reglas de moral y que los recompensa si se portan bien.

El Dios de Jesucristo, al contrario, no cesa de involucrarse en la vida de los hombres. Es él quien les envía a su Hijo. El conocimiento de Dios va unido a su persona y a su obra. Para conocer a Dios, hay que conocer a quien envió. Y para conocer a Jesús, no solo hay que estudiar todo lo que la Biblia dice de él, sino mantener con él una relación viva, fundada en una fe intensa. No es suficiente una simple formulación intelectual: la fe es una unión viva con Dios, gracias al Hijo. Jesús pudo decir a sus apóstoles: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9, BJ).

Él es pues, la imagen perfecta de Dios. Llegado al final de su ministerio terrenal, le dice a su Padre que su misión está cumplida. Por sus palabras y por su vida, llevó hasta lo último la revelación indispensable para los hombres. El Hijo ha glorificado al Padre (Juan 17:1-4), ha justificado su nombre. No deberíamos más estar tentados a imputarle las responsabilidades que incumben al comportamiento de los hombres.

¿Hace falta recordar el valor del nombre para un judío? El nombre es la persona. Dar a conocer el nombre de Dios es dar a conocer su señorío, su paciencia, su misericordia, su amor y también su justicia. Jesús habla a Dios como su Padre. Y habla de Dios como nuestro Padre. No de un padre como lo entendieron Nietzsche y Freud, un padre que impone la dependencia que conlleva todas las alienaciones. No, el Padre de Jesús y el nuestro quiere hijos libres, adultos y responsables. Hijos que elijan amarlo en total libertad, con pleno conocimiento. Revelando su nombre, Dios sale de su soberanía absoluta y exclusiva. Establece con nosotros relaciones personales fundadas en el amor.

El Padre de Jesucristo acepta su propio límite, su fragilidad, por respeto a la libertad ofrecida al comienzo del mundo. Pongamos atención: en el momento cuando Jesús dice a los suyos: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», estaba a punto de ser objeto de burlas, de ser escupido, de los clavos y de la cruz. Es incluso aún, en esta situación desesperada, la verdadera representación de Dios. Un Dios poderoso pero expuesto al

sufrimiento a causa del pecado de los hombres. Por Jesús, y gracias a él, empieza una nueva manera de entender a Dios.

«Si Dios es plenamente amante, debe desear abolir el mal; y si es todopoderoso, debe ser capaz de hacerlo. Pero el mal existe, por ello, Dios no puede ser a la vez todopoderoso y amante.»[45]

Que cese pues, en nombre de un axioma filosófico,[46] el hacer a Dios responsable de todo, incluida la muerte de su Hijo bien amado. Cuando un cirujano se ve en la necesidad, decide a costa de lamentarlo inmensamente, amputar un miembro. Tiene la voluntad pero él no es responsable ni culpable. Dios ha querido también la muerte de su Hijo para salvarnos pero él no es responsable de la cruz. En su discurso, iluminado por el Espíritu Santo en el Pentecostés, Pedro acusa no a Dios sino a sus oyentes: «…vosotros le matasteis clavándole en la cruz... Dios le resucitó» (Hechos 2:23, BJ). En su sorprendente amor por nosotros, Dios consiente en sufrir por nosotros. La maldad de los hombres ha clavado en la cruz al que es «Dios con nosotros». El habría podido acabar con sus verdugos. Pero su poder se inclinó ante la insurrección de sus criaturas. ¡No hay nada más perturbador!

Lo que el Antiguo Testamento veía confusamente,[47] Jesús lo pone a plena luz. Y sin embargo, la verdadera naturaleza de Dios es una verdad a defender aún hoy, gracias a Jesucristo: «Dios con nosotros». La cualidad de nuestra relación con él depende de ello, ya nos sean las circunstancias favorables o que tengamos que llevar nuestra cruz. Cuando se conoce al verdadero Dios solo se puede amarlo, sea como sea.

No olvidemos que muchos judíos rechazan a Dios hoy a causa de los campos de exterminio como Auschwitz. Si existiera un Dios, dicen, jamás habría permitido esto. Siento su sufrimiento y comprendo su desespero. Pero olvidan que Dios es el primer afectado por toda la maldad de los hombres y que es tanto más digno de amor porque se inclina ante sus decisiones. En la cruz, Dios estaba en Cristo (2 Corintios 5:19), clavado

---

[45] Citado en Lowell KLEIMAN y Stephen LEWIS, *Philosophy: An introduction through literature* (Nueva York: Paragon House, 1992), p. 457.

[46] A causa de una afirmación decretada por la razón humana, y no por una revelación divina.

[47] *Cf.* 1 Reyes 19:1-13.

por la estupidez de unos o por el fanatismo ciego o por el odio salvaje de otros.

Oíd esta bella parábola. El que habla acaba de atravesar una prueba dolorosa:

> «Yo caminaba sobre una playa al lado del Señor. Nuestros pasos se marcaban en la arena, dejando una doble huella, la mía y la del Señor. Me paré para mirar atrás; y en ciertos puntos, en vez de dos huellas, solo había una. Los puntos que tenían una única pisada se correspondían con los días los más sombríos de mi existencia: días de angustia, días de egoísmo o de mal humor, días de pruebas y de duda. Entonces, volviéndome hacia el Señor, le dije: ¿No habías prometido estar con nosotros cada día? ¿Por qué me has dejado solo en los peores momentos de mi vida? Y el Señor me ha respondido: Hijo mío, los días en que tú no ves más que una sola huella son los días en que te llevaba en brazos.»[48]

5. El mensajero de Dios

Recordemos la importante promesa de Moisés: «Yahvé tu Dios te suscitará, de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo: a él escucharéis» (Deuteronomio 18:15, BJ). En uno de sus primeros discursos tras el Pentecostés, el apóstol Pedro atribuye esta frase a Jesús, añadiendo: «*…escuchadle todo cuanto os diga*. *Todo el que no escuche a ese profeta, será excluido del pueblo*» (Hechos 3:22,23, BJ).

La propuesta es ambiciosa. El hombre en cuestión no es un gurú más entre los que pretenden serlo. El mensaje que da es tan decisivo que la vida depende de él. No es cuestión de seguirlo de lejos, o en plan amateur, quedándonos con lo que nos gusta y rechazando el resto. «…escuchadle *todo* cuanto os diga. Todo el que no escuche…, será excluido...» El pluralismo que tan buena prensa tiene hoy, hasta el punto de querer unir todas las religiones como siendo todas vías válidas, parte de un buen sentimiento pero se ajusta mal a lo que dice el Evangelio. Lo mismo ocurre con la moral de situación, donde las normas del bien y del mal varían su grado dependiendo de cada uno. Es verdad que no tenemos que juzgar a los demás, es sabio no caer en una suficiencia orgullosa. Nuestra relación con Cristo implica amar a todos, incluso a los enemigos,

[48] Ademar DE BARROS.

pero hay que saber que no se puede servir a dos señores y que la línea de demarcación entre lo verdadero y lo falso no es elástica.

El apóstol Pablo no cesa de repetir: «No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. *Absteneos de todo género de mal*» (1 Tesalonicenses 5:19-22, BJ). «…no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios…» (Romanos 12:2, BJ). Por su parte, Lucas felicita a los bereanos que habiendo escuchado a Pablo y a Silas: «…aceptaron la palabra de todo corazón. Diariamente examinaban las Escrituras para ver si las cosas eran así» (Hechos 17:11, BJ). Este es el ejemplo a seguir, sea cual sea la tradición a la cual estemos adheridos.

Es peligroso pensar que cualquier religión es buena, siempre y cuando se la observe escrupulosamente. El mismo Jesús nos pone en guardia al respecto: «No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21, BJ). Estamos en las antípodas de los slogans que se han hecho populares.

Pero, ¿cuál es pues la voluntad de Dios que da acceso a su reino? La venida de Cristo a la tierra tiene precisamente como objetivo enseñárnoslo. Jesús ha venido para esto. Habría que estudiar exhaustivamente todos los evangelios para dar una respuesta completa. Esto daría a este libro proporciones que queremos evitar. Nos limitaremos a recordar lo esencial, precisando antes que nada que es importante tomar en serio la recomendación de Jesús: «Tened fe en Dios» (Marcos 11:22, BJ).

En esta búsqueda, debemos guardar en la memoria una declaración fundamental de Cristo. Comparecía ante Pilato quien le pregunta:

> «"¿Eres tú el rey de los judíos?" Respondió Jesús: "¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?" Pilato respondió: "¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?" Respondió Jesús:
> "Mi Reino no es de este mundo.
> Si mi Reino fuese de este mundo,
> mi gente habría combatido
> para que no fuese entregado a los judíos;

> pero mi Reino no es de aquí."
> Entonces Pilato le dijo: "¿Luego tú eres rey?" Respondió Jesús:
> "Sí, como dices, soy rey.
> *Yo para esto he nacido*
> *y para esto he venido al mundo*:
> para dar testimonio de la verdad.
> Todo el que es de la verdad, escucha mi voz"» (Juan 18:33-37, BJ, énfasis añadido).

¡Tengamos cuidado! Estamos en el corazón de la misión de Cristo. En el judaísmo, se esperaba a este rey dotado de omnipotencia. El *Talmud* habla del «Rey-Mesías». Jesús desea conocer los pensamientos del procurador. ¿Qué sentido le da él a la palabra *rey*? ¿Un sentido religioso o político? Pero Pilato no se descubre. ¡Qué se explique el acusado! Y este lo hace. Su misión no es política. Es cierto que él es rey; pero no para rivalizar con César. Continúa con una revelación que no puede ser más precisa: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.»

Entre todos los pasajes que explican por qué vino Jesús a nuestro mundo, este es el más revelador. Jesús está al timón del mundo para poner la verdad a plena luz. Por supuesto que no entiende la verdad en un sentido científico o filosófico. En la oración que había dirigido a su Padre algunas horas antes, dijo: «…tu palabra es verdad» (Juan 17:17, BJ). Luego, esta palabra contiene todo lo que hace referencia a las relaciones de los hombres con Dios. Transmitida por los profetas al pueblo de Israel, había sido peligrosamente traicionada. Una puesta a punto era necesaria: «Habéis oído que se dijo... Pues yo os digo...» (Mateo 5:21, BJ).

El apóstol Pablo, judío entre los judíos, y fariseo además, perfecto conocedor del Antiguo Testamento, confiesa hablando de los suyos: «…hasta el día de hoy permanece ese mismo velo en la lectura del Antiguo Testamento, y no se levanta, pues sólo en Cristo desaparece. Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones. Y *cuando se convierta al Señor, caerá el velo*» (2 Corintios 3:14,15, BJ). Sí, estamos tocando lo esencial: Jesús ha venido para restablecer la verdad. Ojalá seamos capaces, nosotros también, de no traicionarlo.

Completamente sorda y ciega, Helen Keller aprendió a leer y a hablar. Alguien le preguntó cuál era su libro preferido. Ella dijo: «¡La Biblia! Es el libro más maravilloso del mundo!» Y cuando le preguntaron por qué la Biblia tenía tanta importancia para ella, Helen respondió: «Es porque, en mis tinieblas, la Biblia me permite ver la gran luz.»

5.1. Nacer de lo alto

Una verdad, fundamental y verdaderamente imprescindible, fue la enseñada por Jesús en su conversación con Nicodemo en Jerusalén, altiva capital del pueblo elegido. El nombre de este doctor judío, perfectamente conocedor de la ciencia religiosa de su pueblo, es singular: Nicodemo, en griego, significa «victoria para el pueblo». ¿Podemos llegar a la conclusión de que cómo no tenía un nombre hebreo se hacía preguntas sobre cuestiones acerca de su religión? Por lo menos, constatamos en él un interés real acerca de Jesús.

Jesús había ocasionado un considerable revuelo en el templo. Sin animales para ofrecer y sin dinero para comprarlos, los pecados no podían ser perdonados. ¡Un verdadero escándalo! Pero Nicodemo llegó a la conclusión, a pesar de todo, de que este rabino tenía una autoridad que procedía de Dios. Y se arriesga a encontrarse con él de noche y confesarle su convicción con la esperanza de saber más. Curiosamente, sin entrar en esta problemática, el Maestro confronta inmediatamente al sabio con su ignorancia acerca de lo esencial. Para vivir en comunión con Dios hay que nacer de lo alto. ¿Nacer de lo alto?, ¿qué significa? Nuestro doctor confiesa no entenderlo.

Entonces, el Maestro se lo explica: «Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del espíritu, es espíritu... el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (Juan 3:6,5, BJ). De nuestros orígenes depende en parte lo que somos. No hay necesidad de reflexionar mucho para descubrir que nuestro nacimiento desencadena un determinismo. No elegimos nuestro sexo, nacionalidad, edad, nuestras disposiciones naturales. Los niños no nacen todos con el genio musical de Mozart. Uno nace con todas sus posibilidades biológicas, otro viene al mundo ciego, o diabético, o trisómico. Nadie puede ignorar el condicionamiento del lugar

que lo ha visto crecer. El peso que acompaña nuestro nacimiento y que limita nuestra libertad, nos viene impuesto. Desde el principio reina una injusta desigualdad. Por el contrario, Jesús nos propone un nuevo comienzo, otro nacimiento que depende de nosotros, porque lo podemos elegir. Habla de un nuevo nacimiento, o según una mejor traducción de un «nacimiento de lo alto» que está, pues, relacionado con Dios.

El primer nacimiento, el que nos viene impuesto, es llamado nacimiento de la carne, término que evoca la debilidad, la fragilidad, la caducidad. Lo que nosotros llamamos la herencia. El ser de carne está abocado a la muerte. Hemos visto que el pecado conlleva la ruptura del vínculo que une al hombre con Dios y que se lo llama el *espíritu***.** En consecuencia, el nuevo nacimiento o nacimiento de lo alto que Jesús propone consiste en el restablecimiento de este vínculo. Como resultado tendremos una nueva sabiduría, una nueva fuerza, una nueva vida. Por ello, Jesús afirma que aquel que cree en él tiene vida eterna (Juan 5:24). No es más prisionero de la muerte. Escapa a la segunda muerte (Apocalipsis 20:6), que es definitiva y está reservada a los malvados. La primera, que es general, no es para él más que un sueño que dura hasta el regreso de Cristo.

No olvidemos una precisión importante: Jesús habla de nacer de agua y de Espíritu (Juan 3:5). Recuerda así la enseñanza de Juan el Bautista, el más grande de los profetas (Mateo 11:11), que decía «Yo os bautizo con agua en señal de conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego» (Mateo 3:11, BJ).

¿En qué consiste el bautismo de agua? La palabra significa inmersión, desaparecer bajo el agua, ahogarse, lavarse, ser destruido por el agua como el agua del diluvio destruyó la primera creación (1 Pedro 3:20,21). Deshacer el nudo de los deseos, de la ignorancia, del pecado que está en nosotros. El bautismo de agua depende de nosotros. El hombre solo puede, como el hijo pródigo de la parábola, «Volviendo en sí…» (Lucas 15:17, RVR95) para comprender la evidencia de su error: abandonando a su Padre (Dios), ha perdido todo. Su vida no tiene ya sentido. Sin más demora, tiene que regresar a la casa, para reencontrar la paz, el calor, la serenidad. El arrepentimiento no es más que la toma de conciencia que hace mover al hombre, que lo sacude, que lo reforma. Solo un adulto

puede vivir una experiencia así. ¿Qué valor tiene, pues, el bautismo de los niños?

Si el bautismo de agua parte de abajo –al menos en parte– el bautismo del Espíritu viene de arriba. Un espíritu nuevo solo puede venir de Dios. Gracias a él, el hombre vuelve otra vez a estar unido con el Creador para vivir en armonía. Es arrancar todo aquello que Dios no puede aprobar. Gracias a este bautismo, todas las cosas se convierten en nuevas. Las cosas viejas son pasado. Cuesta mucho, siempre con muchos esfuerzos, y a veces, algún dolor. Juan el Bautista llama a esto el bautismo de fuego (Mateo 3:11). Se trata de un fuego purificador que destruye el mal para renovar el bien, lo bello, lo verdadero. Fin de toda culpabilidad. Fuego de amor. Apertura hacia la eternidad.

Desconcertado, Nicodemo descubre los límites y la incompetencia de su religión. Da la impresión de que a pesar de los esfuerzos personales, no llega nunca a apaciguar las inquietudes de su alma.

> «Nicodemo es el discípulo de la noche, el seguidor de las sombras. El que quisiera ser pero no parecerlo, El que duda, na por falta de convicción, sino por falta de valor. El hombre del qué dirán y de la cautela, Que admira, pero que no se atreve a pronunciarse, corriendo hasta el final el riesgo de no salir del grupo de los tibios, a quienes, según la metáfora bíblica, Dios vomita de su boca. El que tiene miedo a comprometerse, porque sabe cuán difícil es remar contra corriente. Que desea cambiar, pero no llega a romper la cáscara fosilizada de su yo.»[49]

Pero Jesús ha venido por las ovejas perdidas de Israel (Mateo 15:24).

Tres años más tarde, la muerte de Jesús acabará por iluminar a Nicodemo. Comprenderá al verdadero Dios, aquel cuyo Reino no es de este mundo y obtendrá de sus colegas religiosos, responsables de la cruz, el privilegio de cuidar el cuerpo magullado de su Salvador.

No es en absoluto inútil el preguntarse sobre el valor del bautismo que hemos recibido. Recordemos que los fariseos y los doctores de la ley

---

[49] Roberto BADENAS, Encuentros (Madrid: Editorial Safeliz, 1991), p. 49. Nota: Apocalipsis 3:14-22.

anularon en ellos el deseo de Dios no bautizándose (Lucas 7:30). Esto merece una reflexión.

5.2. Cumplir la ley

Poco después la memorable entrevista de Jesús con Nicodemo, Juan el Bautista fue decapitado por Herodes Antipas para satisfacer el amor propio herido de su concubina. Las circunstancias no eran favorables para los intercambios religiosos en Judea y Jesús empezó a recorrer Galilea, «…enseñando en las sinagogas…» (Mateo 4:23, RVR95). Comienza entonces un período venturoso, que a menudo se conoce como la «primavera galilea» del ministerio. Enseñanzas y curaciones se entremezclan. «Su fama llegó a toda Siria... Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán» (Mateo 4:24,25, BJ). Todos los ojos se vuelven a él.

Su mensaje se apoya siempre en el Antiguo Testamento. Se han contado 435 citas del Antiguo en el Nuevo Testamento. Sin embargo, todo parece nuevo. Enseña el verdadero sentido de la existencia y lanza un desafío: ¿qué hacemos con nuestra vida? Lo que extraña más es que Jesús está en el corazón de su mensaje. Es, además, la clave. Sin él, el mensaje está gravemente mutilado. Lo que dice es importante porque es él quien lo dice.

> «Sea lo que sea lo que Jesús proclama, el hecho de que haga exactamente lo que dice, que muera por ser fiel a su mensaje, prefiriendo la verdad a la vida, es lo que confiere a cada una de sus palabras una autoridad que no encontramos en otro sitio. El mensaje de Jesús está hecho para ser vivido; comporta una exigencia total, como el compromiso total de aquel que lo pronunció... Escuchar a Jesús es seguirlo y seguirlo es arriesgar toda la vida al servicio de esta verdad.»[50]

Con él, lo que se escucha recibe un sentido totalmente nuevo. Esperando encontrarle un defecto, los sacerdotes y los fariseos envían alguaciles detrás de él. Pero vuelven solos y confiesan preocupados: «Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre» (Juan 7:46, BJ). Mateo confirma: «…porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como

[50] Georges CASALIS, *Nul n'a parlé comme cet homme, Jésus*, *op. cit.*, p. 132.

sus escribas» (Mateo 7:29, BJ). En Nazaret, también, se habían extrañado de las palabras de gracia que salían de su boca (Lucas 4:22). Lo que choca, no es lo profundo de su saber sino la originalidad de su interpretación sobre las Escrituras, que en su boca suena justa y sensibiliza los corazones.

Desde este punto de vista, debemos pararnos un poco en el sermón de la montaña. Tiene una importancia capital para el tema que estamos tratando por su afirmación central: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No *he venido* a abolirlos, sino a dar cumplimiento» (Mateo 5:17, BJ, énfasis añadido). La última frase nos interpela: «…he venido a… dar cumplimiento [a la Ley y los Profetas]...»

Difícilmente se puede poner en duda que este sermón es uno de los más ricos que han sido pronunciados jamás. No podemos proponer un estudio detallado. Pero veamos al menos la explicación propuesta por Jesús de su venida a la tierra. Y para empezar, busquemos cual es el sentido global del discurso. Es importante si no queremos perder la intención del Maestro. ¿Qué ha querido decir? ¿Cuál es el alcance de sus palabras? ¿Por qué ha venido? ¿Cuál es el propósito del sermón? Podemos reducir a tres las principales explicaciones que han sido propuestas:

a. La interpretación moralizante

Desde este punto de vista, Jesús les dice a sus discípulos lo que él exige de ellos. Es la ley y no el Evangelio. Todavía es el Antiguo Testamento, aún no es el Nuevo. Jesús no ignora que sus exigencias van más allá de las posibilidades humanas. Pero las prescribe con la esperanza de suscitar serios esfuerzos y obtener los mejores resultados posibles. El fin consiste, pues, en mejorar la religión judía.

Aunque haya parte de verdad en esta manera de ver las cosas, no cuadra con la intención del predicador. Las antítesis que han hecho célebre este sermón –«Habéis oído... Pues yo os digo»– prueban que las premisas preconizadas aparecen para sus contemporáneos como atentados a la Ley. Se atreve a oponerse a la comprensión judía de la Torá. Prueba de ello es la famosa afirmación: «…si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mateo

5:20, BJ). Verdaderamente, el sermón de la montaña hace añicos el marco del judaísmo.

b. La interpretación llamada luterana

En el lado opuesto a la explicación anterior, se ha creído un deber entender las palabras de Jesús como preceptos absolutamente imposibles. Lo que pide es irrealizable y lo sabe perfectamente. Pero, aun así lo pide precisamente para poner al hombre contra el muro y hacerle reconocer y confesar que está perdido. Tomando conciencia que sus pecados son inevitables e irreparables, el hombre solo tiene una solución: pedir gracia. A partir de entonces, las condiciones se cumplen para que intervenga la gracia divina. Dios perdona cuando el pecador confiesa su impotencia y se vuelve a él.

Reconozcamos que hay parte de verdad en esta interpretación. El hábito del pecado es tal que por sí mismo, el hombre no puede deshacerse de él. Acaso los discípulos no protestaron un día diciendo: «"Entonces, ¿quién se podrá salvar?" –Pero– «Jesús, mirándolos fijamente, dijo: "Para los hombres eso es imposible, más para Dios todo es posible"» (Mateo 19:26, BJ). En consecuencia, reducir el sermón a lo que se llama: «…una ley propedéutica; una ley cuya misión es ser pedagogía de la salvación»,[51] no hace justicia al texto. Dios exige de verdad la victoria sobre el mal.

c. Exigencias de una moral provisoria[52]

Esta explicación se aleja aún más de la verdad que las dos anteriores. Se basa en la idea defendida, entre otros, por Weiss y Schweitzer, según la cual Jesús ha fracasado en su cometido.

Según ellos, Jesús esperaba verdaderamente restablecer el reino de Dios en su vida. Su misión termina con un fracaso. Desde este punto de vista, el tiempo de Cristo era excepcional. Y en tiempos excepcionales, moral excepcional. Todas las exigencias del sermón son para tomarlas en serio, pero solo por un tiempo, el tiempo de la venida del Reino. La gravedad de la hora exige une actitud heroica y sacrificios increíbles. Una

[51] Joachim JEREMIAS, *Abba: El mensaje central del Nuevo Testamento*, 6.ª ed. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2005), p. 241.

[52] También denominada: ética del interim.

vez alcanzada la victoria, la relajación volverá. Se podrá rebajar le exigencia.

Esta idea, llamada escatología consecuente[53] no se corresponde del todo con el Evangelio. Es cierto que Jesús tiene la última palabra de Dios sobre la conducta humana, pero no encontramos ninguna señal de tensión violenta, válida única y ocasionalmente para un tiempo excepcional. Más bien al contrario, escuchamos de la boca del Señor la verdad eterna de Dios, más allá de las tradiciones humanas, sujetas al tiempo y a las circunstancias. El sermón describe el único comportamiento compatible con la naturaleza de Dios.

d. Anuncio de la gracia, condición para el cambio de vida[54]

La primera explicación –la interpretación moralizante– hace de Jesús un doctor de la ley. La segunda –la interpretación luterana– lo reduce a un predicador del arrepentimiento. La tercera –la ética de lo provisional– lo transforma en autor de apocalipsis. Cometen las tres el error de omitir lo que precede y condiciona el sermón: el llamamiento al arrepentimiento. No hay que olvidar que los evangelios no han sido escritos como tratados de teología. Cada *logion* o palabra se presenta como el resumen de lo que fue probablemente un largo discurso. Solo tenemos la quintaesencia de la enseñanza del Maestro y no un desarrollo siempre continuo y progresivo. Juan expresa esta idea al escribir: «Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran» (Juan 21:25, BJ).

Seremos muy prudentes para no confundir lo que pertenece al kerigma[55] con lo que constituye la catequesis. Se llama kerigma a la proclamación del reino, haciendo hincapié en la condición necesaria para entrar. He aquí el kerigma: «Desde entonces comenzó Jesús a *predicar* **y** a decir: "*Convertíos*, porque el Reino de los Cielos ha llegado.»[56]

---

[53] Teoría según la cual el reino de Dios estaba realmente próximo.

[54] O kerigma y catequesis.

[55] La palabra *kerigma* viene del griego *kêrýssô,* que significa predicar.

[56] Mateo 4:17 (BJ, énfasis añadido); 9:13; Lucas 5:32; Hechos 2:38.

En cuanto al sermón de la montaña, pertenece a la catequesis. Presenta la enseñanza

«Viendo a la muchedumbre, [Jesús] subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y, tomando la palabra, les *enseñaba* diciendo...» (Mateo 5:1,2, BJ, énfasis añadido). Es evidente que el kerigma precede a la enseñanza. Constituye la buena nueva, el ofrecimiento del perdón, el llamamiento a la conversión. Después del kerigma, cuando llega el arrepentimiento, el hombre está enteramente bajo la influencia del Espíritu Santo. Se convierte en discípulo de Cristo.

Nuestro texto es explícito: el sermón de la montaña no va dirigido a la multitud sino a los discípulos. Ellos viven el arrepentimiento y tienen necesidad de saber lo que el Padre espera de ellos a partir de ahora. Cambiados interiormente, ¿cómo vivirán exteriormente? Por la conversión, se entra en un siglo nuevo que nos libra de este mundo perverso (Gálatas 1:4); se saborean los prodigios del mundo futuro (Hebreos 6:5). En Cristo, somos una nueva criatura (2 Corintios 5:17), para quien el sermón constituya el *vade mecum*, dice lo que la gracia hace posible, lo que esta es capaz de hacer. El cristiano no vive como todo el mundo.

El sermón es como una ciencia que describe lo que se produce naturalmente a partir de una experiencia concreta. Veamos un ejemplo: la ciencia dice: si calientas el agua, esta se evapora. No dice que el agua *debe* evaporarse. Dice que el agua se va a evaporar. La evaporación del agua es una consecuencia del calor. De la misma manera, el Evangelio dice: si te conviertes, vas a obedecer. La obediencia no es más un deber sino una consecuencia beneficiosa.

La experiencia aquí es el cambio de las disposiciones interiores. El sermón describe lo que va espontáneamente a suceder. No estamos más bajo la ley sino bajo la gracia. La gracia no dispensa de obedecer la ley. Al contrario, capacita para vivir la ley bien entendida. Esto es superar la justicia de los escribas y de los fariseos requerida por Jesús. Esto es la Nueva Alianza, donde la ley, grabada en el corazón, se identifica con la naturaleza transformada. Es lo que Pablo llama una nueva creación (*ktísis*, en griego), que se produce gracias a la fe, la alianza con Cristo. En su traducción de la Biblia, Chouraqui traduce la palabra *fe* por «adhesión». No se puede decir mejor.

Bajo esta luz, el cumplimiento de la ley prescrito por Jesús resulta fácil de entender y realizar. La ley sin el Evangelio abandona al hombre a sus propias fuerzas, por lo tanto, a su orgullo o a su desespero. El Evangelio sin la ley es una energía sin propósito. El Evangelio con la ley pone al hombre bajo el ala protectora de Dios. Recibe así, gratuitamente, la capacidad que necesita. Perdonado, ya no se pertenece más. Queda alineado con los hijos de Dios descritos en el Apocalipsis como los que «…guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:12, BJ).

Según Juan, Jesús da a todos los que lo han recibido el poder de convertirse en hijos de Dios (Juan 1:12). Es una verdad fundamental. Entonces, ya podemos asociarnos con Pablo y decir con él: «Todo lo puedo con Aquel que me da fuerzas» (Filipenses 4:13, BJ). «…es Dios quien, por su benevolencia, realiza en vosotros el querer y el obrar» (Filipenses 2:13, BJ). Es necesario que nuestro ser entero sea conservado sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Pero es Dios quien obra en nosotros esta metamorfosis (1 Tesalonicenses 5:23,24). Dios exige en la misma medida que da el maravilloso don de su gracia. Se ha dicho con razón que el sermón de la montaña es la brújula del futuro, futuro en que la soberanía de Dios es restaurada para felicidad de todos. Esta es la vía por excelencia.

Recordemos que Jesús envió varias veces a sus interlocutores a la ley. «Se levantó un legista y dijo, para ponerle a prueba: "Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?" Él le dijo: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?" Respondió: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas* y con toda tu mente; *y a tu prójimo como a ti mismo*."» Moisés ya había hecho esta propuesta de resumen de la ley.[57] «Díjole entonces [Jesús]: "Bien has respondido. Haz eso y vivirás"» (Lucas 10:25-28, BJ). La invitación: «Haz eso» no tiene muchos significados. Jesús invita al doctor de la ley a sobrepasar la justicia de los escribas y fariseos.

Otro día, un jefe pregunta a Jesús: «"Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?" Le dijo Jesús:... Ya sabes los man-

[57] Deuteronomio 6:5; Levítico 19:18.

damientos: *No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre*...» (Lucas 18:18-20, BJ). En el pensamiento del Maestro, la ley no pierde su valor. No está caducada. Procede de Dios y conserva toda su vigencia. Es obvio que hablando así, Jesús no pretende llevar a sus discípulos bajo la ley. No vuelve a la Antigua Alianza. No se inscribe en la tradición de las prescripciones inventadas por los doctores judíos que transformaban la vida en un rompecabezas legal, un peso imposible de llevar (Hechos 15:10). No ha venido para condenar a los pecadores sino para salvarlos, revelándoles el secreto de la vida verdadera.

Porque es creador, Dios es también legislador. Quien construye un coche debe decirle al usuario como cuidarlo para que tenga el mejor rendimiento. Solo se puede interactuar con la materia si se respetan sus leyes. Del mismo modo, Dios revela a los hombres, a través de su ley, los principios que hay que respetar para dar a la vida su máximo valor. La ley no es una invención jurídica para doblegar la criatura ante el Creador.[58] Respetar los mandamientos es favorecer la vida. Pero, en la condición en la que se encuentra el hombre hoy, es incapaz. Necesita de otro poder. Dios lo ofrece gratuitamente pero hay que desearlo porque también aquí, Dios respeta la libertad. Propone pero no impone nada. Aun así, no puede contentarse con una obediencia superficial basada en el temor y la coerción.

e. El vestido remedado

Jesús ilustra esta verdad con dos bellas parábolas:

> «Nadie echa un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, porque lo añadido tiraría del vestido, y se produce un desgarrón peor. Ni tampoco se echa vino nuevo en pellejos viejos; pues de otro modo, los pellejos revientan, el vino se derrama, y los pellejos se echan a perder; sino que el vino nuevo se echa en pellejos nuevos, y así ambos se conservan» (Mateo 9:16,17, BJ).

El viejo hábito simboliza el judaísmo infiel, la apostasía. La pieza empleada para el remiendo, representa el Evangelio. Y Jesús es veraz: no

[58] Tendremos más adelante la ocasión de ver la diferencia entre los diferentes tipos de leyes. De momento, contentémonos con poner el acento sobre el Decálogo, escrito por el propio Dios, Éxodo 31:18; 32:16.

se puede mejorar el estado de las cosas antiguas con las nuevas. No quiere una semilibertad inquieta que no se hunda en las fuentes más profundas del ser. Una libertad que no es madura que solo se limita a transmitir fórmulas superficiales y es peligrosa. En este caso, las cosas antiguas tienen más valor. Esta parábola habla del peligro de las conversiones aparentes, en las que se ha modificado poco la vida, sin transformarla en profundidad. Hacen que se tenga una buena conciencia sin rectificarla. ¿Qué dirías si tuvieras que conducir un coche que tuviera la dirección alterada?

f. Los odres

La segunda parábola sobre los odres y el vino completa la primera. Aquí, la antigua religión está simbolizada por los odres y el cristianismo por el vino nuevo. Nos habla una vez más acerca del peligro de las cosas nuevas, insistiendo también en el derecho de todo lo que es nuevo. La verdad, encerrada en la red de las costumbres momificadas, no tarda mucho en desgarrar la red. Imagen del cambio de religión sin arrepentimiento, del compromiso sin fidelidad, sin perseverancia. El vino nuevo exige odres nuevos. Para que el Evangelio lleve sus frutos, debe ser vivido con una naturaleza regenerada. «…el que está en Cristo, es una nueva creación…» (2 Corintios 5:17, BJ).

> «…en él [Jesús] habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús: despojaos, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, renovad el espíritu de vuestra mente, y revestíos del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad» (Efesios 4:20-24, BJ).

g. El vino viejo

Cuando el evangelista Lucas escribe estas dos parábolas, añade una tercera: «Nadie, después de beber el vino añejo, quiere del nuevo porque dirá: El añejo es el bueno» (Lucas 5:39, BJ). Es evidente que Jesús confiesa aquí su decepción al constatar a su alrededor el rechazo al Evangelio, simbolizado por el vino nuevo, mientras que el judaísmo está representado por el vino viejo. El catador exquisito es muy exigente con el vino. No aprecia el sabor del vino nuevo. Imbuidos de prejuicios, prisioneros de la rutina, esclavos de las tradiciones, la mayoría de los judíos no

apreciaban el Evangelio. Si el cristiano no experimenta una regeneración completa, la nueva fe solo puede precipitar su perdición.

Nos hemos preguntado por qué Jesús vino a la tierra. Él mismo responde que para llamar a los pecadores al arrepentimiento (Marcos 2:17) y salvar lo que estaba perdido (Mateo 18:11). Completa su respuesta mostrando que es imposible salvar al pecador en su pecado. Cuando alguien está enfermo, hay que curarlo de su enfermedad. Si la enfermedad es el pecado, hay que hacer desaparecer el pecado. Es para lo que Jesús vino; para cumplir la ley, porque el pecado es también la transgresión de la ley (1 Juan 3:4).

Cumplir significa llevar a la madurez. Podemos observar la ley y odiarla al mismo tiempo. Seríamos parecidos a un sepulcro blanqueado (Mateo 23:27). El exterior produce satisfacción pero el interior no vale nada. En este caso, se *observa* la ley como lo hacían los fariseos, pero sin *cumplirla***.** Cumplir la ley es vivirla tanto dentro como por fuera con amor y con gozo. Veremos después que el apóstol Pablo llama a esta fe, la fe que obra (Gálatas 5:6). Cuando la fe constituye una relación viva con Cristo, nos llena de su poder. Queda claro que la salvación no se limitaría a un convenio cuyo fin sería el de cambiar la actitud de Dios hacia el pecador. No es Dios quien debe cambiar sino el pecador. ¡Cuántos recursos se han inventado para seducir a Dios! Desde el simple cirio hasta los sacrificios más horribles.

h. Las bienaventuranzas

Quien desee vivir en plenitud necesita la energía vital que solo Dios puede ofrecer. La felicidad del hombre no está únicamente condicionada por las circunstancias y los acontecimientos. Este es el significado profundo de las bienaventuranzas que forman el prólogo al sermón de la montaña. La palabra *bienaventurados* repetida nueve veces en el original tiene un significado particular. La palabra aramea que Jesús ha usado con total seguridad evoca a la vez la bendición divina y el movimiento. Expresa una idea paradójica. La felicidad en cuestión no depende de las oportunidades[59] sino de Dios.

[59] En griego, la felicidad que depende de la suerte es *eudaimôn.* La palabra empleada por Jesús es *makarioi.*

Esta felicidad está relegada a cuatro condiciones:

1. Depende de nuestra relación con Jesús.

2. Es escatológica, aunque está presente, aún no se ha desarrollado. Su aparición definitiva será en el reino de Dios.

3. Lejos de ser una propuesta sensible o una dulce resignación, depende de la fe aún a pesar de las pruebas presentes.

4. La felicidad tiene carácter cósmico. Es el preludio a una creación completamente restaurada.[60]

En su traducción del Nuevo Testamento, André Chouraqui traduce *makarioi* por «en marcha». Y explica en una nota *«Makarioi* en griego. "Bienaventurados" y las "bienaventuranzas" son adquisiciones desde un principio, pero que llegarán a su plenitud solamente en el reino de *YHWH*.»[61] Estamos lejos de una cierta felicidad de naturaleza hedónica; hay que pensar en la rectitud del hombre en movimiento hacia Dios.

Una vez más repitamos que toda la enseñanza del sermón de la montaña, verdadero resumen de la verdad traída por Cristo, va unida a una condición previa: «¡Arrepentíos!» Bien entendida, la primera bienaventuranza lo demuestra. Generalmente se lee: «Bienaventurados los pobres en espíritu.» Los demasiado inteligentes han sido ingeniosos y han entendido el texto al revés. Sin entrar en los arcanos de la exégesis, contentémonos con transmitir el verdadero mensaje. Jesús inaugura un mundo nuevo y pone las bases.

Cuando hemos hablado del hombre en su estado caído, convertido en pecador, hemos visto que pierde el contacto natural con su Creador. Sin ese contacto, se pierde toda la riqueza de la sabiduría divina, generosamente puesta a su disposición. Este contacto era a través del espíritu. Podría decirse que la unión umbilical entre el hombre y Dios se ha roto. Esta unión es el espíritu. Por esta razón, en su famosa conversación con Nicodemo, Jesús insiste en la necesidad de restablecer esta comunión.

---

[60] Pierre BONNARD, *Evangelio según san Mateo*, 2.ª ed. (Madrid: Cristiandad, 1983), pp. 90, 91.

[61] André CHOURAQUI, *Un pacte neuf* (Turnhout, Bélgica: Brepols, 1985), p. 24.

Explica perentoriamente que para eso hace falta nacer del agua y del espíritu.

En la primera bienaventuranza que trata de los pobres, son llamados pobres aquellos que sienten y saben lo que les falta. Los llamaremos los mendigos del espíritu. Dichosos los que sienten la necesidad de reencontrarse con Dios a través de la unión del Espíritu Santo. Se trata de los que han tomado conciencia de su desgraciada condición natural. Han perdido el reino de los cielos y no tienen más futuro que la muerte. Dichosos son si buscan restablecer la comunión con Dios porque la verdadera vida les está asegurada en el Reino de los Cielos. El kerigma «Arrepentíos» constituye el punto de partida del ansiado milagro.

La primera bienaventuranza tiene una enorme importancia. Habla de los que sienten una pobreza interior, un sentimiento de malestar y descontento. Experimentan la vanidad de su vida, sienten una necesidad esencial difícil de definir e imposible de lograr. Son buscadores, sedientos de verdad, de justicia, de libertad. Esta necesidad profunda no les deja sentir reposo, anhelantes en la búsqueda de una certeza absoluta. Sienten arder en ellos la necesidad de amar y de ser amados; como el gran pensador San Agustín que dijo un día que esa fue siempre la gran sed de su corazón y que esta solo se sació tras haber encontrado a Jesús. Stan Rougier los llama «los apasionados de Dios».

Si experimentan el bautismo de agua y de espíritu, recomendado por Jesús, los mendigos del espíritu se ponen en movimiento. Descubren una nueva dimensión de vida. A propósito de esto, al apóstol Pablo explica: «O sea, que fuimos sepultados con él por el bautismo [participando de] su muerte, a fin de que, como Cristo fue despertado de entre [los] muertos por el poder esplendoroso del Padre, así también *nosotros caminemos* con un estilo nuevo de vida» (Romanos 6:4, MI). La verdadera fe en Cristo es una adhesión auténtica, que libera en favor nuestro la energía indispensable para caminar. Para los que creen, la vida eterna es una promesa.[62]

Una revolución interior comienza. El hijo de Dios que Jesús tiene el poder de hacer nacer en nosotros (Juan 1:12) toma vida y crece poco a poco. El verdadero yo renace en él. En marcha y felices, son los que des-

[62] Juan 3:16; 6:48; Hechos. 2:25-28.

cubren los límites y la pobreza de su naturaleza sin Dios y que aspiran a recibir al Espíritu Santo. Van a vivir, por fin, plenamente y a conocer la riqueza de la fe.

Las siguientes bienaventuranzas describen los diversos aspectos del desarrollo de la primera. Exponen las diversas formas de la nueva vida y todo lo que les está garantizado para asegurar un descubrimiento aún más profundo. Todas las características que revelan colman las manifestaciones de la sed del Espíritu. Las palabras de Jesús se suceden entonces como los acordes de una sinfonía. Cada buenaventura abre un horizonte nuevo.

Tomemos como ejemplo la segunda bienaventuranza: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mateo 5:5, BJ). Hemos dicho que la felicidad en cuestión *(makarioi)* es paradójica. Luego no hay duda alguna: cuando Jesús dice aquí: «¡Bienaventurados los desventurados!», si nos quedamos en su sentido primario, estamos en plena contradicción. ¡Es un sinsentido! Pero si situamos la cita bajo la perspectiva de la primera bienaventuranza la cosa cambia; ya hemos dicho que esta orienta el significado de las demás.

¿Qué nos está diciendo? Que se pongan en movimiento los que tienen conciencia de la desdicha del hombre pecador por haber perdido lo esencial, y saber que a partir de ese momento, la humanidad queda envenenada por los poderes maléficos. Es el precio que hay que pagar por haber menospreciado los principios de la verdadera vida. Dichosos los que imploran una nueva unión con el Creador, fuente de toda vida. Pues bien, la segunda bienaventuranza describe su dolor al sentir la miseria del mundo. No se puede volver a Dios y experimentar una gran satisfacción sin experimentar dolor por los demás. La experiencia del arrepentimiento descubre la enfermedad del mundo.

Los que «están de duelo» sienten lo universal del sufrimiento humano. Descubren que la creación entera está sometida a la vanidad (Romanos 8:20). No son capaces de asumir las actuales incoherencias. La corrupción de la conciencia les hace mal porque no se contentan con hacer el mal sino que justifican a los que actúan mal (Romanos 1:32). El juicio equivocado hace que todo vaya al revés. Jesús afirma que el verda-

dero cristiano no puede vivir en tales condiciones sin estar triste. Es feliz de ir hacia la vida pero sufre al ver el mundo bascular hacia la desintegración. Con todo, será consolado porque va hacia el reino de Dios irradiando amor y esplendor.

5.3. Jesús y el juicio del mundo

Este concepto merece nuestra atención porque la Biblia parece contradecirse hablando del mundo.

Dios ama al mundo (Juan 3:16), mientras que el amor del mundo está enemistado contra Dios (Juan 4:4). El que cree en Jesús no incurre en juicio (Juan 5:24) y sin embargo, «…todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios…» (Romanos 14:10, BJ). ¿Quién tiene razón?

La palabra *mundo* es citada a menudo en la Biblia, especialmente en los escritos de Juan, donde solo el contexto permite captar su significado. Todos conocemos la famosa palabra que es la piedra angular de la conversación del Maestro con Nicodemo: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16, BJ). Sin embargo, el mismo autor en su primera epístola escribe: «No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él.» (1 Juan 2:15, BJ) ¿Por qué estos dos lenguajes?

En todas las lenguas, ciertas palabras evolucionan hasta tal punto que pueden tener significados diferentes e incluso opuestos. Pensad en la palabra *colaborador*. Es un concepto bello. Pero durante la Segunda Guerra Mundial, se llamaba colaborador al que pactaba con el enemigo. Era un crimen castigado con la muerte. La palabra *mundo* tiene también varios significados. Etimológicamente significa «bien ordenado, bien dispuesto». Todo lo contrario al caos. Se habla de animales mundos e inmundos por puros e impuros.

El mundo es ante todo el globo terráqueo con sus habitantes. Para «nacer» empleamos también «venir al mundo». En este caso, la palabra no tiene nada de peyorativo. Las especulaciones de Platón contra el mundo material son extrañas al pensamiento bíblico. Para los profetas y para

Jesús, el soplo de Dios se encarna aquí abajo; él trabaja sin cesar, no para evadirse del mundo sino para transformarlo material y espiritualmente.

Además, en el judaísmo rabínico, amar consiste en rodear con cuidados cariñosos, con señales de ternura. Este verbo expresa más que sentimientos. Llega hasta a expresar un servicio totalmente dedicado y volcado. No se ama realmente si no se actúa en favor de quien amamos. Decir que Dios ama al mundo implica, pues, la idea de que él se encarga de su destino, lo protege y se muestra misericordioso con él. La creación está caída, pero Dios perdona su rebelión y envía a su Hijo para intentar obtener la reconciliación.

Sabiendo la suerte a la que el mundo libraría a su Hijo, Dios, a pesar de todo, lo envía. De tal manera lo dio. Este actuar tan increíble da testimonio del amor redentor del Padre. «En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Juan 4:9, BJ). Desde entonces, la vida eterna está a nuestro alcance, a condición, claro, que creamos en él. Jesús constatará que la luz vino al mundo y el mundo no la conoció (Juan 1:10).

A partir de aquí, la palabra *mundo* carga con un sentido peyorativo. Será la humanidad rebelada contra Dios, el conjunto de la realidad humana cualificada por esta rebelión y abocada a un juicio. El mundo queda degradado porque se ha cerrado a la sabiduría de Dios. El mundo odia a Jesús, porque Jesús da testimonio de que sus obras son perversas (Juan 7:7). El evangelio de Juan nos pinta el cuadro de un terrible conflicto entre la luz, la verdad, la vida, Dios; y por otra parte, las tinieblas, la mentira, la muerte, el mundo. Una lucha terrible en la que el Hijo es crucificado. Tras la caída, el mundo se parte en dos.

¡Pobre del que se deja seducir por el mundo! (1 Juan 2:15-17) En las tinieblas del Gólgota aprendemos a descifrar el sentido de este pasaje. Descubrimos un antagonismo feroz entre el espíritu del mundo y el espíritu de Dios. Si el espíritu del Padre animara a los hombres se comportarían como hermanos. Pero el espíritu del mundo es asesino. Fundamentalmente conlleva una desviación de las energías que constituyen la naturaleza del ser humano.

> «Cristo y a continuación los profetas, se han solidarizado con todos los hombres en el dolor; sus apóstoles y los santos han vivido el Evangelio del sufrimiento compartiendo las miserias del mundo [...] Cristo y el Espíritu agonizan en sus luchas contra el vacío para liberar al hombre, a fin que pueda ser iluminado con la gloria divina.»[63]

Satanás, que es el príncipe de este mundo, busca por todos los medios hacer popular el espíritu del mundo, a saber el vicio, el odio, el crimen. A propósito de esto, Bossuet emplea una imagen significativa: «El Evangelio, el cristianismo, solo está a medias en nuestras costumbres; cosemos al vestido de púrpura real un viejo retal de mundanalidad.» Bella imagen, pero apagada comparada con el anatema de Santiago, hermano de Jesús: «¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. ¿Pensáis que la Escritura dice en vano: Tiene deseos ardientes el espíritu que él ha hecho habitar en nosotros?» (Santiago 4:4,5, BJ).

Ellen G. White, por su parte, que escribió mucho sobre la situación del cristianismo de finales del s. XIX, declara:

> «Al contemplar el hecho terrible de que el pueblo de Dios se encuentra conformado con el mundo, y que no hay distinción, excepto en el nombre, entre muchos de los profesos discípulos del humilde Jesús y los incrédulos, me sentí profundamente angustiada. Vi que Jesús había sido herido y avergonzado abiertamente.»[64]

Se cuenta que existía en Oriente un lago, el lago Averno, que emitía gases tan nocivos que ningún pájaro podía atravesarlo sin morir. Incluso el águila con su vuelo tan potente sentía pronto la debilidad en sus alas y caía, aturdida, en el agua mortal. El pastor, P. Gounelle, que explica la anécdota, concluye: «Es la imagen de un mundo cuya atmósfera se ha vuelto irrespirable para el alma que se aventura a entrar.» Efectivamente, el propio Hijo de Dios no pudo venir a nuestro mundo sin perder la vida.

---

[63] Gabriel WIDMER, *L'aurore de Dieu au crépuscule du XXe siècle* (Ginebra: Labor et Fides, 1979), pp. 68,69.

[64] Ellen G. WHITE, *Testimonios* para la iglesia, vol. 1 (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 2003), pp. 126, 127.

Los animales pueden sentirse cómodos en él, pero Jesús no pudo encontrar ni una piedra donde reposar su cabeza.

El mundo, que salió tan bello de las manos del Creador, es hoy el lugar donde causan estragos todas las fuerzas del mal. Sin embargo, Dios continúa amándolo. Es necesario que el Evangelio sea predicado en el mundo entero.[65] También, dirigiéndose a su Padre, Jesús dice: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo» (Juan 17:15-18, BJ).

Bajo esta luz, no es difícil distinguir los dos sentidos de la palabra *mundo*. El mundo que era la imagen del orden y la armonía se ha convertido en el lugar y el símbolo del desorden y la corrupción. Veamos ahora que ocurre con el verbo *juzgar*. La teología moderna tiene tendencia a considerar el juicio como algo mítico. Y sin embargo, este concepto está presente en toda la Biblia. También en el corazón de los evangelios, particularmente en Juan. Según el contexto, la misma palabra puede expresar un proceso de selección o el resultado de la elección, la condenación.

Así, cuando Juan escribe que Dios no ha enviado su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, el sentido está claro: Jesús no ha venido a condenar sino a salvar (Juan 3:17; 12:47; Mateo 9:13). Luego, la salvación depende inevitablemente de una elección. Jesús dice a los suyos: «…al elegiros os he sacado del mundo…» (Juan 15:19, BJ).

El Señor abreviará las pruebas del fin «…en atención a los elegidos que él escogió…» (Marcos 13:20, BJ). Y esta elección implica un juicio. Pedro escribe que Dios «…juzga a cada cual según su conducta…» (1 Pedro 1:17, BJ) Pablo es de la misma opinión: «…para el día en que Dios juzgue las acciones secretas de los hombres, según mi Evangelio, por Cristo Jesús» (Romanos 2:16, BJ). El contexto permite establecer claramente el sentido.

Precisemos: todos los hombres deben pasar el juicio, pero para los que siguen a Cristo, este juicio no será una condena. En su discurso sobre

[65] Mateo 24:14; 26:13.

el juicio final Jesús explica que «…é1 separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda» (Mateo 25:31-33, BJ). El proceso de selección es para las ovejas y para los cabritos pero la condena solo es para los cabritos.

Veamos otro texto difícil. Al encontrarse con un ciego de nacimiento, Jesús le devuelve la vista. Esto suscitó una cruda discusión entre los fariseos porque fue en *sabbat*. La ocasión era la más indicada para mostrar que también se puede estar ciego en el plano espiritual. El ciego de nacimiento pasó por la experiencia de una doble curación: había recobrado la vista y descubierto en Jesús al Hijo de Dios.

Jesús dice entonces: «Para un juicio *he venido* a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos» (Juan 9:39,40, BJ, énfasis añadido). Hemos subrayado ya el sentido peyorativo de la palabra *mundo*. Es evidente que Jesús se desolidariza absolutamente del mundo. Él no es de este mundo (Juan 8:23; 12:31; 13:1; 18:36) y sus discípulos tampoco (Juan 15:18,19). El mundo está invadido por las tinieblas. En consecuencia, los que se acomodan a él atraen sobre ellos el juicio.

Simeón había predicho que Jesús estaba destinado para caída y elevación de muchos en Israel y destinado, también, a ser signo de contradicción (Lucas 2:34,35). Este es el juicio en cuestión. La presencia sobre la tierra de la luz obliga a los hombres a elegir. Los que reconocen su ceguera son liberados. Los que se obstinan en negarla son juzgados. La presencia del Hijo del hombre provoca un anticipo del juicio final y avala su decisión. De hecho, Jesús ha venido, sobre todo, para curar a los ciegos espirituales.

Cuando Jesús vio la tristeza de los suyos la víspera de su partida, les prometió un consolador; el Espíritu Santo. Su primera misión será la de «…convencerá al mundo en lo referente al pecado…» (Juan 16:8, BJ). Cuando Jesús se expresó así debió darse cuenta de que sus amigos no lo entendieron. Y añadió: «…en lo referente al pecado: porque no creen en mí…» (Juan 16:9, BJ). Hubiera podido decir: «En lo referente al pecado porque me van a crucificar.» Porque se trata de esto. Jesús vino a los suyos y los suyos no lo recibieron. Cuando Pilato, el gobernador romano quiso salvarlo, la gente gritó «¡Sea crucificado!» (Mateo 27:22,23, BJ).

Y crucificaron a Jesús. Increíble drama que demuestra que nuestro mundo no es normal. El Espíritu de Dios nos revela lo que el hombre natural ignora: nuestro mundo es perverso. Al pie de la cruz se comprende que la raza humana va por un camino equivocado. Está en estado de pecado. En el Gólgota la duda es imposible. Aquí se confrontan la luz y las tinieblas. El poder infernal se opone a la energía celestial. El mundo queda convencido del pecado porque rechaza reconocer a Dios en Jesucristo. Si el Génesis habla de la caída en el huerto del Edén, el Evangelio es la prueba de que esta existió. La duda ya no es posible. Todo el que tenga la conciencia algo esclarecida debe elegir: el mundo o Jesucristo.

Afortunadamente la revelación no acaba aquí. Jesús añade «…cuando él [el Espíritu Santo] venga convencerá al mundo…, de justicia…, y no me veréis más…» (Juan 16:8,10, RVR95). ¿Cuándo dejó de verse a Jesús? Cuando resucitado, desapareció para retomar junto al Padre la gloria que tenía «…antes que el mundo fuese» (Juan 17:5, BJ). Tras las tinieblas de la crucifixión, el alba pascual de la resurrección. El Espíritu ya puede convencernos que el pecado y la muerte no son la última realidad. Un poder irresistible interviene al servicio de la justicia. No debemos desesperar porque Jesús ha resucitado. La ley del pecado y de la muerte se ha roto.

El Espíritu Santo prometido por Jesús debe aún convencernos de juicio (*krisis*, en griego), «…por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado» (Juan 16:11, RVR95). La cruz revela el pecado de los hombres. La resurrección revela la justicia de Dios. Una conclusión se impone: el mundo todavía está en manos de un poder maléfico, pero sus días están contados: el príncipe de este mundo está juzgado. Se acerca el día cuando Satanás será definitivamente destruido en un «…lago de fuego y azufre…» (Apocalipsis 20:10, BJ). Nuestro mundo vive de tiempo prestado.

Entonces, todas las cosas serán hechas nuevas y Dios mismo estará con los elegidos. Esta es la seguridad que animaba al apóstol Pablo. «En cuanto a mí –escribe a los Gálatas–, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado, y yo un crucificado para el mundo!» (Gálatas 6:14, BJ). Dicho de otro modo: «Para mí, el mundo que ha clavado a Jesús en la cruz ha perdido su nobleza. No merece que viva por él. Aquí abajo, me siento

extranjero» (*cf*. Hebreos 11:13). «Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo…» (Filipenses 3:20, BJ).

Así pues, hemos visto que el juicio consiste en definir nuestra posición en relación a Dios. En muchos textos, la palabra implica un sentido actual. Es nuestro comportamiento lo que determina este juicio (Juan 3:18-20; 5:24-30; 12:31; 16:11). En otros pasajes, el autor piensa más bien en el regreso de Cristo. «…llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio» (Juan 5:28,29, BJ). En el fondo, la idea de decisión o de separación que está al final de la palabra *juicio* sigue siendo válida cuando pensamos en el juicio final. El juicio del mundo conllevará una separación. El Hijo del hombre «…separará a los unos de los otros…» (Mateo 25:31-46, BJ).

«Porque el Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo…» (Juan 5:22, BJ). Como el Hijo ha experimentado todas las tentaciones, como nosotros, no se le puede reprochar incompetencia. La objetividad está garantizada. El Padre no queda excluido del juicio. La explicación viene del apóstol Pablo.

> «Dios, pues, pasando por alto los tiempos de la ignorancia, anuncia ahora a los hombres que todos y en todas partes deben convertirse, porque ha fijado el día en que va a juzgar al mundo según justicia, por el hombre que ha destinado, dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos.» (Hechos 17:30,31).

En definitiva, nada puede separar al Padre del Hijo.

En realidad,

> «…no hay dos grupos diferentes que caminan por separado; sin embargo, entre ellos algunos se pretenden clarividentes. Pero la lucidez no es más que una ilusión; otros se saben ciegos o lo admiten cuando encuentran a Cristo. El juicio se produce, la separación se hace entre ellos cuando, confrontados a la luz, unos reconocen su ceguera y son libera-

> dos, otros prefieren negarla, se obstinan y persisten en ella (Juan 3:36; 12:46).»[66]

Desde esta perspectiva, conviene considerar un dicho inesperado de parte del Salvador. Encontraremos una razón más para la venida del Mesías. Es esta: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada, *porque he venido* a poner en enemistad al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Así que los enemigos del hombre serán los de su casa» (Mateo 10:34-36, RVR95, énfasis añadido).

Recordemos primero la importancia del verbo *venir*, empleado frecuentemente a propósito de Jesús. Cuando se dice que Jesús ha venido, el verbo designa la misión que le fue encomendada por Dios. Además, el verbo traducido por «No penséis que» es también muy fuerte. Denuncia un error, un grave malentendido. Mateo lo emplea en 5:17, donde Jesús combate un considerable desvío relacionado con los mandamientos de Dios...

Aquí, Jesús consagra a sus apóstoles; aquellos a los que encarga anunciar el Reino de Dios. Les vaticina sufrimientos y les exhorta a confesar su nombre sin temor, desvelando un aspecto desconocido de su misión. «No creáis –les dice–, que he venido a traer paz al mundo. Traeré, incluso, división.» Para aceptar el sufrimiento al testificar, hace falta tener clara la misión de aquel a quien se sirve. Este pasaje tiene cierto aspecto polémico, al igual que Mateo 5:17: Recuerda la predicación de Jeremías: «¿No es tal mi palabra como el fuego –oráculo de Yahveh–, y cual martillo que desmenuza la roca?» (Jeremías 23:29, CI) Dios teme el engañoso optimismo de los falsos profetas.[67]

Una vez más, tenemos que deplorar la deriva política del mesianismo. La paz esperada *(shalom)* comportaba la prosperidad, el éxito, la felicidad. Pero,

> «Jesús no instaurará ni la paz en Israel, aplastando a sus adversarios y congregando a las naciones bajo la autoridad de la Sión restaurada, ni

[66] Claude F. MOLLA, *Le quatrième Évangile* (Ginebra: Labor et Fides, 1977), p. 135.

[67] Jeremías 8:11; 23:16-18,29; Ezequiel 13:8-16.

> la paz helenística, reuniendo a todos los pueblos bajo una dominación a la vez humana e implacable. No se trata aquí de la paz definitiva en el seno de una humanidad reconciliada con Dios, sino de la paz o de la guerra desencadenada por la persona de Cristo y el testimonio de sus discípulos. La idea esencial es que los *hombres estarán divididos violentamente* con respecto a ellos.»[68]

Tomemos nota. El mensaje que viene de Dios no es sentimental y cómodo. Sería una traición quererlo conformar a nuestros gustos actuales o adaptarlo a costa de librarlo de compromisos. La verdad es intemporal. Los que la predican deben esperar encontrar oposición. Este mensaje se enfrenta con la mentira, la corrupción, los falsos profetas contra los cuales Jesús nos puso en guardia (Mateo 7:15-20). Incluso el amor más legítimo puede sufrirlo. Pero no hay amor sin sacrificio, sin renuncia. Jesús constata que su venida a este mundo puede traer la discordia al seno de las familias.

Sin embargo, no tenemos nada que perder si damos a Dios el primer lugar en nuestra vida. Jesús lo afirma rotundamente. Un día, Pedro le hizo ver que había abandonado todo para seguirlo. Esta fue la respuesta:

> «Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna.
> Pero muchos primeros serán últimos, y muchos últimos, primeros» (Mateo 19:27-30, BJ).

Insistamos, una vez más, en el hecho de que estas palabras de doloroso acento se inscriben, sobre todo, en un contexto político en el cual la gente estaba equivocaba respecto a la misión del Señor. Porque a pesar de todo, en realidad, Jesús vino a traer paz a la tierra. Recordemos el coro de ángeles cuando el nacimiento del bebé: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace» (Lucas 2:14, BJ). Y el propio Jesús, antes de dejar a sus amigos, les dice: «Os dejo la paz,

[68] Pierre BONNARD, *Evangelio según san Mateo*, *op. cit.*, p. 240.

mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Juan 14:27, BJ).

Si la palabra de Cristo provoca la contradicción es porque resuena en el seno de un mundo donde reina el pecado. Por el contrario, la paz es ofrecida como un regalo de Dios.

Isaías escribe: «¡Yahveh, Tú nos concedes paz, e incluso todas nuestras obras las has hecho a favor nuestro» (Isaías 26:12, CI). En hebreo encontramos veinticinco términos diferentes para decir *paz*. Pero una sola palabra griega se usa para todos los casos en la traducción llamada de los Setenta. Y este es el término que emplea el Nuevo Testamento. Se intuye su riqueza.

Se usa en las fórmulas para votos (Marcos 5:34); expresa las buenas relaciones que deben unir a los miembros de una misma comunidad (Romanos 14:19); la paz está considerada como un don de Dios.[69] Pablo precisa: «Y la paz de Dios, que supera toda inteligencia custodiará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús» (Filipenses 4:7, BJ). Por último, está relacionada con la intervención última de Dios en la historia y debe entenderse como la salvación dada al hombre (Lucas 19:42).

Las palabras con las que Jesús se despide de los suyos: «Os dejo la paz, mi paz os doy…», comprenden todo lo que el hombre necesita en sus relaciones con Dios y con los hombres. No es la paz del mundo, a menudo obtenida con las armas, por poco tiempo y con limitaciones. No viene a sancionar el orden natural. Es el resultado de la reconciliación de los hombres con Dios gracias a «…la sangre de su cruz…» (Colosenses 1:20, BJ).

Efectivamente, para cumplir su misión, fue necesario que Jesús aceptase ir hasta la muerte. Es significativo que el texto paralelo de Lucas, Mateo 10:34-36, asocia la muerte de Cristo a la división producida por la predicación de su palabra: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya hubiese prendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla! ¿Creéis qué estoy aquí para poner paz en la tierra? No, os lo aseguro, sino división» (Lucas

[69] Gálatas 5:22; 1 Corintios 14:33.

12:49-51, BJ). Es evidente que la presencia de Jesús en el mundo ha provocado una tensión dramática. Es precisamente lo que vamos a examinar.

5.4. La predicación del reino

Recopilemos. Jesús nos invita a creer en Dios. La fe es un don puesto a disposición de todo el mundo. Pero, para obtenerlo hay que entrar en sí mismo y tomar conciencia de nuestra miseria sin Dios, ya que el único sentido de la vida, sin él, acaba en la muerte. La fe es una especie de apuesta. Y cuando decidimos sinceramente entrar en relación con Dios, la fe crece sin parar acompañada de una gozosa luz.

Una experiencia básica se impone entonces. Jesús lo llama el nuevo nacimiento. Desde su perspectiva, el bautismo no tiene valor si no expresa un compromiso (1 Pedro 3:21). Bajo esta condición, Dios ofrece el Espíritu Santo que ilumina la conciencia y produce la renovación de la inteligencia, permitiendo discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, agradable y perfecto (Romanos 12:2). A partir de entonces, el creyente se beneficia de una vida nueva. Los errores que ha cometido son perdonados. La gracia de Dios purifica nuestro pasado y nos hace capaces de vivir el futuro en armonía con la voluntad de Dios que es quien revela los principios de la felicidad. En el sermón de la montaña, Jesús describe esta vida nueva.

Es realmente tan nueva que incomoda. Jesús informa a sus discípulos. Las tinieblas del mundo son tales que la luz de Dios corre el riesgo de deslumbrar. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que resiste al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él» (Juan 3:36, BJ). Bajo este punto de vista la proclamación del Evangelio va acompañada de un juicio. Hay que entender que se opera una separación entre los que abren su corazón a Dios y los que lo cierran. Entendido así, el juicio se aplica a todos los hombres. Jesús colocará unos a su derecha y otros a su izquierda. Pero la palabra *juicio* puede conllevar la idea de condena. Es obvio que los elegidos escapan a dicha condena. Ellos heredarán el Reino de Dios. Vamos a seguir la enseñanza de Jesús al respecto.

«Decía: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!”» (Marcos 1:15, RVR95). No olvi-

demos el gran error cometido por el pueblo de Israel al escoger un rey para gobernarlo. Hemos recordado el doloroso fracaso de esta opción. El reino cayó en manos de los paganos. Pero todavía creían que el mesías devolvería la supremacía a Israel. Y vino el tiempo anunciado por los profetas. El aire estaba cargado con todas las efervescencias de la espera.

Cuando se iba a la sinagoga, la despedida se hacía recitando el *Qadish:* «…llegue su reino pronto… En vuestra vida, y en vuestros días y en vida de toda la casa de Israel, pronto y en tiempo cercano.» Cada uno se preparaba a su manera; lo más frecuente era forjando armas en secreto. Las grutas de Galilea escondían a los que formaban la resistencia. Incluso los religiosos de Qumrán, en el calor del desierto, esperaban la guerra de los Hijos de las Tinieblas y los Hijos de la Luz. Los fariseos, por otro lado, pensaban que la práctica fiel de la ley apresuraría la llegada de este tiempo.

Juzgad entonces el efecto producido por las palabras de Cristo: «El reino de Dios está cerca.» Gracias a sus milagros su fama se expandió por todas partes (Mateo 4:24; 9:31). Estaban todos fascinados por las palabras de gracia que salían de su boca (Lucas 4:22). Seguramente, poseía todas las cualidades indispensables en un libertador. Los apóstoles mismos estaban convencidos. Si Judas entregó a su Maestro al sanedrín, no era en absoluto para entregarlo a la muerte, ya que no suportó la crucifixión. Muerto Jesús, su vida carecía de sentido. Mejor acabar con todo enseguida. Y corrió a colgarse.

En cuanto a los otros apóstoles, la muerte de Jesús era el toque lúgubre de sus sueños. Muchos se veían ya directamente asociados al vencedor; a su derecha y a su izquierda (Mateo 20:21). Los discípulos que encuentra en el camino de Emaús lo confiesan sin rodeos: «Nosotros esperábamos que iba a ser él el que iba a librar a Israel.» (Lucas 24:21, BJ) Y con el gozo de la resurrección, la ambición renace: «Los apóstoles, estando reunidos preguntaron a Jesús; «Señor, ¿es en este momento cuando le vas a restablecer el Reino a Israel?» (Hechos 1:6, BJ) Parece claramente que de todas las profecías del Antiguo Testamento solo habían retenido esta.

Reconozcamos que las descripciones triunfales del Mesías sobrepasan, de largo y con creces, a las que anuncian su muerte. Y estas últimas, como el texto célebre de Isaías 53, se aplicaban generalmente al pueblo judío y no al gran libertador. En consecuencia, nada podía entusiasmar tanto como el anuncio del reino. Acabaría por fin la infernal espera que duraba seis siglos bajo los sucesivos yugos de los paganos babilónicos, medo-persas, griegos y romanos. La movilización general pronto empezaría.

Pero ninguna palabra podía ser más peligrosa para el orden público. La idea del reino era subversiva. «Llevaba en ella el fuego de las sublevaciones y de la insurrección.»[70] La luz verdadera vino al mundo y el mundo no la conoció (Juan 1:10). Jesús vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron porque menospreciaron su misión.

Juan el Bautista, elegido por Dios como precursor, también sintió la mordedura de la duda en lo profundo de la mazmorra. En su predicación, cuando era libre, no dudaba en clamar «Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mateo 3:10, BJ). Es del todo evidente que presentía la llegada del final de los tiempos.

Jesús lo considera el mayor de los profetas. Sin embargo, da la impresión de haber percibido en Juan un error de perspectiva y de método en relación al reino. Dice: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12, BJ). Esta frase pudiera presentar un estímulo dirigido a los que le seguían. La palabra *violencia* describiría, pues, el valor indispensable para entrar por la puerta estrecha. Pero esta interpretación cuadra mal con el contexto, donde Jesús se queja de los que lo rodean. «¿Pero, con quién compararé a esta generación? […] Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores"» (Mateo 11:16-19, BJ). El tono es de reproche y no de cumplido. Por lo tanto, es prudente admitir que hablando de los violentos Jesús hace alusión a los que esperan impacientemente la señal de la revolución.

[70] Gérard BESSIÈRE, *Jésus le dieu inattendu* (París: Gallimard, 1993), p. 51.

«El reino de Dios está cerca.» ¿Qué sentido daba Jesús a esta expresión?[71] La respuesta no es evidente porque la palabra *reino* tiene varios significados. En arameo, lengua hablada por Jesús, se emplea una sola palabra, *malkut*, traducida en griego por *basileia*. ¿Pero de qué se trata? Puede ser la *realeza* o la dignidad del rey, término abstracto que expresa el conjunto de lo que hace un rey. Puede ser el *reino*, o el ejercicio del poder real, con un aspecto temporal. Y puede ser también el *territorio y las personas* sobre las que el rey ejerce su autoridad.

Los tres términos en hebreo, *melukah* para realeza, *malkut* para reinado, y *mamlakah* para reino aparecen en el Antiguo Testamento y en Qumrán. Pero en arameo, se dispone únicamente de *malkut* para los tres sentidos, lo que es también válido para el griego *basileia*. Y Jesús dice a los suyos: «A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios…» (Marcos 4:11, BJ). Nosotros debemos elegir entre tres sentidos: realeza, reinado o reino. ¡Y es un misterio! En la Biblia, entendemos por «misterio» algo que ha estado escondido durante siglos pero que al fin es revelado.[72] Dios ahora da a conocer su plan, establecido desde la eternidad y revelado por los profetas. Publica «…cosas escondidas desde la creación del mundo» (Mateo 13:35, RVR95).

Así, Daniel ha descrito las cuatro naciones paganas que iban a esclavizar al pueblo judío, el desmembramiento del cuarto reino y las vicisitudes que resultarían, seguidas por la venida de Cristo, suscitando un reino que jamás sería destruido.[73] Cuando Dios establezca su reino, todos los demás desaparecerán para siempre. Los oyentes de Jesús sabían esto. ¿Qué digo yo? Solo soñaban con esto confundiendo la primera y la segunda venida de Jesús.

Juan el Bautista proclama: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado…» (Mateo 3:2, RVR95). No albergaba ninguna duda

[71] Para Adolf von Harnack, es del dominio subjetivo, la relación del espíritu humano con Dios. Para C.H. Dodd, es lo absoluto, el todo-otro entrado en el tiempo y el espacio en la persona de Jesucristo. Para A. Schweitzer, es el reino apocalíptico inaugurado por un acto divino sobrenatural. Para San Agustín, es la Iglesia. Sugerencias que no están confirmadas por las Escrituras.

[72] Romanos 16:25,26.

[73] Daniel 2:31-35,44,45.

en su mente: la profecía de Daniel estaba a punto de cumplirse. Hablando del Señor, él explica: «En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga» (Mateo 3:12, BJ). ¡El juicio final se acerca! Si ha tenido dudas en la prisión es porque los acontecimientos seguían otra vía.[74]

De hecho, la palabra *reino*, en los labios de Jesús, raramente hace relación al dominio donde se ejercerá totalmente el poder divino. Hay que pensar mejor en el *reino* de Dios. Cuando envía a los setenta discípulos en misión, les hace decir a la gente: «El Reino de Dios está cerca de vosotros» (Lucas 10:9, BJ). Y en seguida añade: Si no os reciben, marchad. «Sabed, de todas formas, que el Reino de Dios está cerca» (Lucas 10:11, BJ). Está aquí, pero se puede rechazar. Dios reina solo en la medida en que se lo recibe. Jesús está en guerra con la soberanía de Satanás pero todavía no con la de los hombres. Todos son libres para elegir. Solo molesta la presencia de Jesús. El reino se ha acercado porque el Hijo actúa siempre en armonía con su Padre.

Desde este punto de vista, debe entenderse que «La venida del Reino de Dios no se producirá aparatosamente» (Lucas 17:20, BJ). No se manifiesta a través de fenómenos astronómicos, sino a través de realidades espirituales. Se ha acercado; (Lucas 10:9) ha venido a los judíos (Mateo 12:28); está presente en medio del pueblo (Lucas 17:21). El pecado consiste precisamente en rechazarlo. Por el contrario, la salvación consiste en acogerlo de nuevo. Dios reina en la medida en que nosotros andamos con él. Empleemos la palabra tan discutida: Dios reina si nosotros le obedecemos.

El último versículo citado, Lucas 17:21, puede ser también traducido así: «El reino de Dios está dentro de vosotros», es decir, en vuestro corazón. El deseo de Dios, nuestro Padre, es conmovedor, cuando pide «Hijo mío, confía en mí…» (Proverbios 23:26, BJ). El Antiguo Testamento está lleno de súplicas parecidas, llamamientos al corazón, porque «Yahvé ve el corazón» (1 Samuel 16:7, BJ). La Nueva Alianza está definida por un corazón nuevo (Ezequiel 36:26) donde se inscribe la ley de Dios (Hebreos 8:10). El apóstol Pablo lo entiende bien: «…el Reino de Dios no es

[74] Mateo 11:7-19.

comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17, BJ). «…el cumplimiento de la Ley es el amor» (Romanos 13:10, RVR95).

El Reino es una forma nueva de vivir, donde se pone fin a hacer daño por palabra y por obra, porque el amor tiene la última palabra. Como decía Stan Rougier, para esto es necesario que Dios, que está «por encima de todo» viva también en nosotros, en el hueco de nuestro ser.

Esto se corresponde tanto con el deseo de Cristo, que hizo para nosotros el siguiente modelo de oración: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu Voluntad, así en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:9,10, BJ). Desde entonces, estamos preocupados por el cumplimiento de esta oración. Sin embargo, debemos darle también otro sentido, el escatológico, porque se aplica al fin del mundo y del reinado de Satanás. Es la oración de la esperanza. De hecho, una corona sin dominios es vana. Pedir que venga el reino de Dios, es orar por la venida de Jesucristo. Por ello la Biblia habla también de un dominio en el que se nos invita a entrar.

Muchos quieren entrar, pero, ¿cuántos lo desean de verdad? Escuchemos a Jesús: «No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos…» (Mateo 7:21, BJ). «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!» (Marcos 10:23, BJ). «Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios» (Marcos 14:25, BJ). Dios está dentro de nuestro ser pero también está por encima de todo. Este reino no es de este mundo.

Abstengámonos de imaginarlo bajo criterios que solo son fantasías nuestras. Si se pudieran juntar todas las imágenes que los hombres tienen del cielo, tendríamos una fabulosa colección de ilusiones. El reino, ¿será nuestro mundo mejorado? Es poco probable. Cuando Jesús vino, el Reino se acercó a nosotros pero fue rechazado. Al crucificar a Cristo, los hombres rechazaron el Reino. Vivimos en el mundo donde murió y no tenemos otra esperanza que la espera de otra venida, la inauguración de otro mundo, donde el tiempo se sumergirá en la eternidad. Si, otra dimensión

de vida nos es ofrecida. Las cosas más bellas conocidas hoy no son más que pálidas imágenes de lo que nos aguarda.

En este reino futuro, los elegidos experimentarán al fin la plenitud del reino divino. Transcenderá todas las descripciones maravillosas que nos ha dado el profeta Isaías. Según Daniel, el profeta, los que entrarán en este reino «…brillarán como el resplandor del firmamento…, como las estrellas para siempre» (Daniel 12:3, BJ). El amor estará en todas partes. «*Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos,* y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.» (Apocalipsis 21:4, BJ) Todas las virtualidades de las que el hombre era capaz desde su creación podrán por fin prosperar en la paz y en el gozo. Ningún deseo se encerrará más en límites infranqueables. Podrá realizarse porque Dios será «…todo en todos». (1 Corintios 15:28, BJ) Por todo ello, repitámoslo, el Evangelio es portador de alegría.

6. La perspectiva de la muerte

Tras muchos decenios, se consagran numerosas investigaciones a la crucifixión de Cristo. «La muerte en la cruz de Jesús de Nazaret ha vuelto a ser un tema de reflexión.»[75] Los especialistas reconocen que Jesús ha puesto en primer lugar en su misión, la predicación del Reino. Poco después de su llegada a Galilea, cuando se había retirado para orar, sus amigos empezaron a buscarlo. «…al encontrarle, le dicen: "Todos te buscan". Él les dice: "Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido"» (Marcos 1:35-39, BJ). Para esta importante proclamación, los discípulos fueron elegidos sus colaboradores. Había que llamar Israel a la conversión. En estas condiciones, hubiera sido ilógico e inconsecuente anunciar públicamente la muerte de Cristo como algo inminente.

Por el contrario, está fuera de dudas que Jesús habló de ella en el círculo cercano, con sus amigos, a veces de forma velada y cada vez más de forma abierta, frente a la muerte inevitable. Esta observación saca a la luz una verdad importante y a menudo descuidada: la misión de Jesús era,

[75] Heinz SCHUERMANN, *Comment* Jésus *a-t-il vécu sa mort?* (París: Cerf, 1977), p. 11. El autor está considerado como uno de los maestros de la exégesis alemana.

sobre todo dar a conocer a su Padre y su voluntad. Esto es ante todo por lo que vino.

6.1 El esposo quitado

Desvelemos la manera discreta en que la muerte fue evocada por primera vez. Fue en ocasión de una controversia a propósito de su comportamiento. Sus adversarios le reprochan de no ayunar como lo hacían Juan el Bautista y sus discípulos. Jesús responde: «¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán» (Mateo 9:15, BJ).

Sabemos por el *Targum* de los Salmos que las bodas del rey, cantadas en el Salmo 45, se aplicaban al Mesías. El propio Jesús relacionó su misión con la imagen de las bodas (Mateo 22:2,8,10-12). Quiere decir que los tiempos mesiánicos deben ser gozosos. La aflicción vendrá más tarde con la pasión. Pero los fariseos no discernieron en él al esposo mesiánico.

6.2. La amenaza de Herodes

Lucas es el único que menciona un episodio en el que hallamos también una discreta alusión a la pasión:

> «…se acercaron algunos fariseos y le dijeron: "Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte." Él les contestó: "Id a decir a ese zorro: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén"» (Lucas 13:31-33, BJ).

La actitud aparentemente simpática de los fariseos no debe engañarnos. No es la preocupación por la seguridad de Jesús lo que los anima. ¿A lo mejor esperaban ver a Jesús huir ante la amenaza y quedar mal? Es imposible conocer su verdadera intención. Sea cual sea, Jesús responde con humor: un zorro no es un león; no da miedo. Lo que nos importa es la convicción claramente expresada por Jesús de que su misión acabará cruelmente. Encara la muerte como la consecuencia inevitable de su

mandato. El lamento sobre Jerusalén pronunciado inmediatamente después (13:34) no deja ninguna duda al respecto.

6.3. La copa que hay que beber

Cronológicamente estamos al final del ministerio de Jesús en la tierra. Por última vez, sube a Jerusalén.

> «Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se postró como para pedirle algo. Él le preguntó: «¿Qué quieres?» Dícele ella: "Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu Reino." Replicó Jesús: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?" Dícenle: "Sí, podemos." Díceles: "Mi copa, sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre» (Mateo 20:20-23, BJ).

Una vez más, los que siguen al Maestro son víctimas de su falso concepto mesiánico. Para ellos, si Jesús vuelve a Jerusalén es que el Reino de Dios debe estar próximo. Esto explica la ambición expresada por la madre de Santiago y Juan. Vale la pena notar que la respuesta de Jesús no comporta ningún reproche. Contiene, sobre todo, un llamamiento a la reflexión. En la Biblia, en efecto, la copa es una imagen tradicional sobre un destino feliz (Salmos 16:5,6; 23:5) o desdichado (Salmos.11:6). También es elegida para ilustrar la cólera de Dios (Jeremías 25:15). Aquí, hace alusión al sufrimiento de Jesús en su conjunto y no solo a la crucifixión. Puede que anuncie a sus discípulos que ellos también participarán.

Los discípulos dicen estar preparados para sufrir pruebas dolorosas. Saben que la toma de poder no siempre va asociada a un proceso fácil. Pero ellos, ciertamente, estaban entre los que sabían que iban a morir por su fe. Hoy conocemos que los contemporáneos de Cristo esperaban tiempos difíciles de sufrimiento. Vemos que Jesús anuncia aquí su pasión pero de forma alusiva aún.

6.4. El rescate a pagar

Basta continuar la lectura del capítulo 20 del evangelio de Mateo para entender una declaración mucho más precisa. Frente a la ilusión egoísta

con la que se alimentaban los suyos, Jesús denuncia los móviles habituales de los gobernantes:

> «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, que será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mateo 20:25-28, BJ; *cf*. Marcos 10:45).

A la demanda insensata de sus discípulos de obtener los primeros puestos en la gloria, Jesús contrapone el emotivo tema del servidor. La imagen está sin duda inspirada en el libro de Isaías.[76] Obsoleta hoy, entonces estaba de rabiosa actualidad, a causa de lo extendido de la esclavitud. También es una de las más explícitas, empleadas por Cristo, para explicar el sentido que él da a su muerte.

Jesús da un emotivo ejemplo de su vocación de siervo el día en que, antes de instituir la sagrada comida de la Nueva Alianza, se arrodilló delante de cada uno de los apóstoles para lavarles los pies. Habitualmente un esclavo estaba en la puerta para acoger a las visitas y lavarles los pies. Esto era necesario porque las sandalias no protegían los pies del polvo de los caminos. Pero la cámara alta estaba vacía. Ningún esclavo en la puerta. Ningún apóstol ha hecho amago de rebajarse hasta el punto de sumir este trabajo penoso. Pues bien, el papel del esclavo lo asume Jesús.

> «…sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. [...] se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego, echó agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido» (Juan 13:1-5, BJ).

El gesto del Maestro hace vibrar las cuerdas más sensibles de nuestro corazón. Él que había participado en la creación del mundo y que sentía

[76] Pensamos particularmente en Isaías 53:10-12. Notemos que el texto griego de la Setenta difiere del original hebreo. No encontramos las palabras *diakonein* (servir), ni *dounai tén psychèn* (dar su vida), ni *lytron* (recate). Son numerosos los comentaristas que inconscientemente han proyectado en estos textos la idea de un sacrificio de sustitución.

en él vibrar la capacidad de imponerse a los elementos descontrolados, lo encontramos a los pies de hombres pecadores, con el gesto más humillante. Todo lo que ha dicho y todo lo que ha hecho se encuentra resumido en este gesto que anuncia la última sumisión ante la cruz. Jesús va hacia la muerte. Sabe que forma parte de su destino.

La palabra clave: *rescate***,** es comúnmente empleada para designar la suma exigida por un amo en contrapartida por la liberación de un esclavo. Hay que encontrar quien es el amo del que Jesús ha querido liberarnos. A los Padres apostólicos no les preocupaba y la Iglesia jamás ha decretado un dogma al respecto.

Las primeras discusiones datan del comienzo del siglo III. Se ha pensado que el rescate había sido pagado a Satanás.[77] San Pablo escribe que el «…Señor Jesucristo, que se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Dios y Padre…» (Gálatas 1:3,4, BJ). Por su parte, el apóstol Pedro confirma el mismo pensamiento al decir que «*…habéis sido rescatados* de la conducta necia heredada de vuestros padres…» (1 Pedro 1:18, BJ). Así se cumple el famoso anuncio de Juan el Bautista cuando presentó a Jesús como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29).

Satanás es el gran tentador, el padre de la mentira, el responsable del mal. Se le ha visto como el amo del cual debemos ser rescatados. Arrancando a los hombres del pecado se los arranca de Satanás. Pero Dios no puede despojar a Satanás sin ofrecerle una compensación. La vida de Cristo es precisamente el rescate ofrecido al diablo.

He aquí pues a Dios sometido al diablo y forzado a empezar con él una horrible negociación que termina con la agonía de Jesús en la cruz. Sin embargo, cuando Pablo escribe que somos vendidos «…al poder del pecado…» (Romanos 7:14, BJ), no imagina evidentemente una transacción comercial. No es posible imaginar a Dios vendiendo los hombres al diablo. ¿Cómo es posible representarlo rescatando a los hombres de Satanás al precio de los innumerables sufrimientos de su Hijo?

[77] Es el caso de Ireneo, obispo de Lyon; de Orígenes, teólogo de Alejandría; de Gregorio de Nisa, uno de los Padres de la iglesia griega...

Vendidos «…al poder del pecado…» es una imagen. Así como la imagen inversa, *rescatar*, no debe tomarse en sentido literal. Satanás no es el propietario de los hombres y la vida de Cristo no es el equivalente a una moneda.

Además, si la muerte de Jesús es el resultado de una transacción comercial cerrada entre Dios y Satanás, Satanás ha sido engañado porque Dios ha devuelto la vida a su Hijo con la resurrección. Dios no solo carece de corazón, también es tramposo. Además, si Jesús había sido ofrecido al diablo, se habría convertido en su esclavo, lo que es absolutamente impensable. Esta teoría responde a una fría lógica, completamente ajena a la realidad. No se sostiene en pie. Pero aunque parezca extraño, ha perdurado a través de los siglos, hasta el punto que la reencontramos muchas veces en nuestros días.

Sin embargo, no se tardó en reaccionar. En el siglo XI se propuso otra explicación. La debemos a San Anselmo, un monje italiano que llegó a ser arzobispo de Canterbury. En un pequeño libro responde a la pregunta «¿Por qué Dios se hizo hombre?» *(Cur Deus homo)* Como bien ha dicho André Gounelle en una reciente exposición,[78] él no se inspira en el derecho mercantil sino en el derecho feudal. La situación del mundo ha cambiado mucho. Ya no se ve de manera habitual los mercados de esclavos que habían inspirado la imagen del rescate. Impera el sistema feudal, con los señores y los vasallos. Anselmo ve a Dios bajo los rasgos de un señor feudal y a los hombres como sus vasallos.

En las Escrituras, el pecado es entendido como una enfermedad del hombre de la que debe ser curado. Pero para Anselmo, es una ofensa hecha a Dios. El pecado es un crimen de lesa majestad. Al no obedecer, el hombre ofende a Dios y le inflinge un daño insoportable. La Redención debe, pues, comportar ante todo una reparación a Dios. El problema está completamente desenfocado: no se trata ya de liberar al hombre del pecado –lo que la Biblia repite sin cesar–, sino de satisfacer a Dios, herido en su honor. Aquí, el rescate ya no es ofrecido al diablo sino que es una exi-

[78] Se trata de una conferencia hecha en Orleans, y publicada por la Iglesia Reformada de Orleans con el título: «2000 después, ¿Qué queda?» 1 marzo 2000. Ver: Georges STÉVENY, *Le mystère de la croix*, *op. cit*.

gencia de Dios. Hay que indemnizarlo por las ofensas que ha recibido y vengar su honor burlado.

Es evidente que los hombres son responsables y deben ofrecer la reparación oportuna. Pero son incapaces porque el mal que han hecho es infinito y están limitados. Afortunadamente, Dios consiente en tomar su lugar en la persona de Jesús. Su muerte es el rescate pagado a Dios, una expiación para vengar su honor y una sustitución porque él toma el lugar de los pecadores al sufrir la maldición que ellos merecen. La Redención aparece como un drama metafísico que se desarrolla entre el cielo y la tierra.

Esta teoría, largamente retomada por los reformadores, ha tenido el efecto de concentrar toda la salvación en la cruz. Somos salvos por los sufrimientos del Hijo de Dios y por le sangre que vertió. Su vida, su obra y su enseñanza pasan a un plano posterior, hasta el punto de ser prácticamente ignorados. Tener fe viene a ser aceptar la cruz. Se olvidan de los llamamientos patéticos al arrepentimiento que son muchísimos en la revelación. Sin embargo, según la Biblia, el juicio se basa en la conversión de los hombres, produciéndose así los frutos del Espíritu Santo.

En la visión de la Pasión propuesta por Anselmo, la entrega de Cristo es grandiosa y su amor inefable. No se conoce nada tan emocionante en todo el universo. ¿Pero, qué pasa con el Padre? ¿Podemos seguir presentando el perdón como un don gratuito (Romanos 5:15)? Esto tiene un costo ya que Dios lo ofrece tras haber exigido y recibido un precio infinito. «Dios se comporta como un señor feudal y no como un padre que ama, que tiene piedad, que ve en los humanos no solo seres culpables, sino también personas desdichadas que hay que socorrer, débiles que hay que ayudar, enfermos a curar, etc. El Dios bíblico jamás olvida a los hombres.»[79] Jesús jamás concibió la idea de que su muerte pudiera ser un medio de presión sobre Dios para obtener la gracia. Pensar así es desconocer el amor del Padre tan profundamente evidenciado a través del don de su Hijo amado. No olvidemos que una de las razones de la venida de Cristo fue justamente dar a conocer a Dios y su amor desinteresado.

[79] André GOUNELLE, *op. cit.*, p. 7.

Esta teoría apela a otra crítica. Si la muerte de Jesús ha sido exigida por Dios, ¿cómo hay que considerar a los actores de la cruz: Judas, Caifás, Pilato, los soldados? ¡Lejos están de ser enemigos de Dios ya que cumplen su voluntad! Dios no habría podido pasar sin ellos. Luego, las Escrituras inspiradas fomentan cómplices de Satanás; particularmente en la traición de Judas. Pero es Satanás quien pone en su corazón el deseo de entregarlo (Juan 13:2,27). Es en este sentido que Jesús le dice a Pilato «…el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado» (Juan 19:11, BJ). ¿Se puede creer que el plan de salvación concebido por el Dios tres veces santo exija la colaboración de Satanás hasta el pleno cumplimiento del más grande de los pecados? Todo esto pone a Dios en plena contradicción consigo mismo, sobre todo cuando expresa su deseo de que los hombres respeten la vida de su Hijo (Lucas 20:13).

Otra crítica más a la teoría de Anselmo. Esta pretende que la muerte del Salvador era indispensable para satisfacer la justicia de Dios hipotecada por la desobediencia de los pecadores. Ver aquí un acto de justicia es un terrible desafío. Creer que Dios exige la muerte de su hijo amado para satisfacer su justicia es desconocer su justicia. Si la muerte de un inocente subleva en la justicia de los hombres; ¿cómo imputar tal trato a un Dios misericordioso? ¿Cómo podría decir Dios: «Absolver al malvado y condenar al justo son dos cosas que detesta Yahvé» (Proverbios 17:15, BJ), y dar el ejemplo contrario con el acto que domina todas las épocas y hacia el cual convergen todas las miradas? Un crimen abominable no puede satisfacer la justicia. La solución de Anselmo es completamente insostenible.

Ciertamente, el amor de Dios no puede separarse de su justicia. Solo la victoria sobre el pecado puede satisfacer esta necesidad. Veremos más tarde como el apóstol Pablo demuestra que el «…Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree… Porque en él se revela la justicia de Dios…» (Romanos 1:16,17, BJ).

Dios había anunciado claramente a través del profeta Ezequiel:

> «En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá. Ninguno de los crímenes que cometió se le recordará más, vivirá a causa de la justicia que ha practicado. ¿Acaso

> me complazco yo en la muerte del malvado –oráculo del Señor Yahvé– y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?» (Ezequiel 18:21-23, BJ).

Jesús vino no solo para repetir este llamamiento sino para encarnarlo en su vida y en su muerte. Reconoció en el servidor de Isaías el prototipo y la profecía de su propio destino. Cuando dice que da su vida en rescate, afirma que la liberación de los pecadores le ha costado la vida. En el lenguaje del Nuevo Testamento, la palabra rescate *(lytron)* es a menudo empleada en el sentido figurado de *liberación*.[80] Es vano retener el sentido literal pues genera numerosas dificultades.

En español podemos decir que un hombre salva a otro a costa (al precio) de su vida. Tal es el sentido y el propósito de Jesús. Él vino como siervo de Dios para llamarnos al arrepentimiento y salvarnos. Por desgracia, en vez de ser comprendido, suscitó la maldad y el odio (Juan 7:7; 19:6). Por ello, «…se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (Filipenses 2:8, BJ). No podía llamarnos a la obediencia más que dándonos ejemplo de obediencia hasta la muerte. No olvidemos que debemos andar como él lo hizo (1 Juan 2:6), ya que vino a darnos ejemplo para que nosotros siguiéramos sus pasos (1 Pedro 2:21).

Algo más a propósito del rescate. Cuando el amo de un esclavo recibe el rescate que libera a uno de los suyos pierde todos los derechos sobre él. El esclavo liberado no tiene ninguna cuenta pendiente con él. En consecuencia, si Dios había recibido la muerte de su Hijo como rescate por los pecadores, habría que admitir que los pecadores no tendrían ningún deber hacia él; Dios habría perdido todos sus derechos sobre la humanidad. Y es todo lo contrario. El bello cántico dirigido a Cristo de los seres celestiales en el Apocalipsis lo demuestra: «Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación…» (Apocalipsis 5:9, BJ). Es para Dios que los hombres han sido rescatados. Y no rescatados de Dios. La meta deseada era la de restablecer la unión de los hom-

[80] *Lytrôsis* y *apolytrôsis* derivan de *lytron.* Las encontramos en Lucas 2:38 con el sentido de liberación.

bres con Dios y no la de romperla. Hemos establecido ya el carácter esencial y vital de esta unión.

6.5. La parábola de los viñadores

La importancia de esta parábola queda subrayada por el hecho que los tres evangelios sinópticos la mencionan.[81] Llegamos a los últimos momentos del ministerio de Jesús. Jesús se esfuerza en hacer comprender las disposiciones tomadas por Dios para salvar a su pueblo y la manera en que este responde al Señor. En efecto, el hombre del que se habla[82] es el mismo del que se habla en la parábola anterior (Mateo 21:28) y representa a Dios. La viña es una imagen muy conocida para representar al pueblo de Israel (Isaías 5:1-7).

Esta parábola describe todos los cuidados que Dios prodiga a su pueblo muy amado. Rodea la viña con un cierre, cava un lagar, erige una torre en el centro y la confía a los viñadores. Todas las precauciones requeridas se toman para que la viña pueda desarrollarse en las mejores condiciones. ¡Sin embargo, el propietario parte, se va! Alusión al Dios que se esconde (Isaías 45:15; Salmos 10:1). Salomón se percató muy bien de la ausencia de Dios «¿Habitará Dios con los hombres en la tierra?» (1 Reyes 8:27, BJ). ¡No! Dios no mora más en la tierra de los hombres que le han vuelto la espalda. Pero responde a la oración del rey: sus ojos están abiertos día y noche para los suyos. La desgracia de los hombres es precisamente la de haberse separado de su Creador. Sin embargo, este último elige representantes que se ocupen de ellos.

Los viñadores son los responsables del pueblo, los sacerdotes, el sanedrín. Regularmente Dios envía profetas para rendir cuentas. La parábola puntualiza que son mal recibidos. Efectivamente, en todas las épocas los han perseguido, rechazado, masacrado (Lucas 13:33,34). Recorriendo el Antiguo Testamento se nos revela que ambas facciones se enemistan cada vez más: la institución sacerdotal y la predicación profética. Jesús confirma esta situación de crisis.

---

[81] Mateo 21:33-46; Marcos 12:1-12; Lucas 20:9-19.

[82] Mateo 21:33; Marcos 12:1; Lucas 20:9.

Llegamos a la cumbre del texto: «Dijo, pues, el dueño de la viña dice: "¿Qué haré? Voy a enviar a mi hijo querido; tal vez le respeten» (Lucas 20:13, BJ). En ninguna otra parte Jesús abre tanto su corazón. Nadie mejor que él puede desvelarnos los sentimientos de su Padre ya que estaba con él en los cielos y vive con él la perplejidad cuando comprende que la historia de la salvación pasará por el Gólgota. ¿Cómo podría olvidar esta amarga reflexión? No es literatura: Dios ha explotado todos los medios humanos para llevar a su pueblo por el buen camino. Una última tentativa se impone y la discute con su Hijo: «Voy a enviar a mi hijo querido; tal vez le respeten.»

No puedo leer esta confidencia del Señor sin experimentar una dolorosa compasión. Con absoluta seguridad Dios sabía cuál sería la suerte de Jesús. El apóstol Pedro lo afirma dos veces: «…fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz…» (Hechos 2:23, BJ). En su epístola, presenta a Cristo «…cordero sin tacha y sin mancilla. Cristo, predestinado antes de la creación del mundo…» (1 Pedro 1:19,20, BJ). Sin duda alguna, la cruz forma parte del plan divino. Pero el mérito de la confidencia consiste en enseñarnos que Dios habría preferido otro desenlace. La crucifixión no es exigida por él para satisfacer no sé qué necesidad. «…tal vez le respeten.» El deseo expresado no debilita la decisión tomada: «Voy a enviar…»

Hay que destacar que estas palabras de Jesús sobre su muerte son la única ocasión en que los evangelistas saben que los destinatarios han entendido su significado. Los tres sinópticos dicen que inmediatamente reconocieron al *heredero***.** Y el Maestro aprovecha la ocasión para revelarles su propia responsabilidad aunque Dios «…entregará la viña a otros» (Lucas 20:16).

> «Al oír esto, dijeron: "¡Dios no lo quiera!" Pero él, clavando en ellos la mirada, dijo: "Pues, ¿qué es lo que está escrito:
> *La piedra que los constructores desecharon,*
> *en piedra angular se ha convertido?*
> Todo el que caiga sobre esta piedra se destrozará, y aquel sobre quien ella caiga quedará aplastado» (Lucas 20:16-18, BJ; cita del Salmos 118:22,23).

La atención ahora se concentra en Cristo, «…piedra elegida, angular, preciosa […], piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y roca de escándalo» (1 Pedro 2:6,7, BJ). El verbo que describe este rechazo es un término técnico empleado para rechazar una moneda que es falsa. Así, lejos de ser accidental, el rechazo del Mesías es fruto de una reflexión, es deliberado. Para Caifás, se trata incluso de un cálculo frío (Juan 11:49,50). Además, Jesús ve en su muerte una traición del pueblo que debía haberlo acogido y presiente la pérdida que resultará. La viña será confiada a otros (Lucas 20:16). Dicho de otro modo, la misión que Dios había confiado a los judíos será, a partir de ahora, confiada a los cristianos.

«Los escribas y los sumos sacerdotes comprendieron que aquella parábola había sido dicha para ellos y trataron de echarle mano en aquel mismo momento, pero tuvieron miedo del pueblo» (Lucas 20:19, BJ).

7. Los tres anuncios explícitos de la muerte del Mesías

Aproximadamente, seis meses antes de su arresto, Jesús siente la necesidad de alejarse de los sitios donde es conocido. Sabiendo que su hora se acerca, se preocupa de formar a sus apóstoles para la abrumadora tarea que deberán asumir. Lo vemos lejos de Jerusalén, en el camino de Cesarea de Filipos. La conversación es sobre un tema candente. Se informa a través de los suyos para conocer los rumores que circulan respecto a él. El momento es propicio para descubrir también lo que ellos han entendido. Afortunadamente, Pedro es serio: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mateo 16:16).

7.1. El primer anuncio. Mateo 16:21; 17:22; 20:17,18

«Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (Mateo 16:21, BJ).

Vemos que esta vez Jesús habla de su muerte de forma precisa. No emplea más imágenes como las del esposo, la copa a beber, el siervo que ofrece su vida o el hijo asesinado. Hay que preguntarse por qué. La res-

puesta es evidente. Pedro acaba de reconocer en él al Mesías, al Hijo de Dios; pero todavía no ha entendido en qué consiste su verdadera misión. Todavía espera un desenlace rápido y glorioso. El mejor medio de desengañarlo es decirle abiertamente lo que va a pasar. De golpe, Pedro se escandaliza. Responde: «¡Lejos de ti Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (Mateo 16:22). Y Jesús debe reprenderlo con fuerza: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mateo 16:23, BJ).

Si el reproche es tan duro es porque Jesús reconoce en el propósito de su amigo la táctica elegida por Satanás desde el comienzo de su misión. Poco después de su bautismo, en un misterioso cara a cara con el diablo, fue tentado a tomar otra vía, la de la violencia. Pues tal es el sentido de la invitación a prosternarse ante el príncipe de este mundo para obtener todos los reinos. ¡Pobre Pedro! Todavía no está convencido. Será el primero en sacar una espada contra el soldado Malco para proteger a su Maestro. Y a pesar de la orden de guardar el arma, raros son aquellos que, tras dos mil años de guerra, han entendido la vanidad envenenada de la locura de los hombres.

La cuestión principal que suscita nuestro texto es sobre la manera en que Jesús se expresa: ¿Por qué dice que era necesario sufrir mucho y que lo matarían? Estos temas son tratados en los tres sinópticos. Son pues importantes. En Lucas, encuadran la pasión: los encontramos tres veces antes de la cruz (9:22; 17:25; 22:37) *y* tres veces después (24:7,26,44).

La pluma del profesor Bernard Sesboüé[83] nos pone en guardia contra una falsa interpretación de estas palabras: «Estos "hay que" [es necesario, debe, tendrá que…] es necesario entenderlos bien. No expresan ni la fatalidad de un destino ni la voluntad arbitraria del Padre que necesitará apaciguarse con la sangre.»

Efectivamente, el estudio de ciertos pasajes permite establecer su verdadero significado. Los encontramos en el discurso de Jesús sobre el final de los tiempos, narrados también por los tres sinópticos. Citemos a Mateo: «Oiréis también hablar de guerras y rumores de guerras. ¡Cuidado

[83] Bernard Sesboüé, teólogo jesuita, Decano de la Facultad de Teología en Centre-Sèvres. Bernard SESBOÜÉ, *Les récits du salut* (París: Desclée, 1991), p. 214.

no os alarméis! Porque eso *es necesario* que suceda, pero no es todavía el fin.»[84] Es evidente que las guerras no corresponden a una fatalidad decretada por Dios. ¿Quién osaría imaginar tal horror? La necesidad de la que trata es de otro orden. Corresponde a la situación del mundo a causa del pecado de los hombres. Dicho de otra manera, los hombres se comportan de tal modo que las guerras son desgraciadamente inevitables, engendradas por sus errores. El fracaso de hoy prepara las hostilidades del mañana porque se acaricia la venganza. La situación no es el resultado de la fatalidad divina, impuesta desde arriba sino que son los hombres los que tejen su propio destino.[85]

Y así ocurre con la muerte de Cristo. En mi libro: *Le mystère de la croix* he consagrado todo un capítulo a este problema con el título: «¿Historia humana o predestinación divina?»[86] El lector atento de los evangelios descubre fácilmente dos pistas. La primera es humana y conduce inevitablemente a la cruz. En efecto, desde su nacimiento Jesús es buscado por el rey Herodes para matarlo. Y a lo largo de todo su ministerio, tanto su conducta como su enseñanza no han dejado de suscitar odio (Juan 7:7). Siempre ha escapado a complots asesinos, aunque no sabemos demasiado de cómo lo logró. Ya al final de su vida, la decisión del sumo sacerdote Caifás pone fin a las tergiversaciones: «Desde ese día, decidieron darle muerte. Por eso Jesús no andaba ya en público entre los judíos…» (Juan 11:53,54, BJ).

Dos verdades se desprenden de este versículo

1. El proyecto de matar a Jesús proviene de sus enemigos y es decretado con firmeza.

2: Jesús podía escapar también esta vez. Lo afirma abiertamente a Pedro y ante Pilato.[87] Siempre permanece dueño de la situación. Si se deja arrestar es porque ha decidido dar su vida. Este es el sentido de una

---

[84] Mateo 24:6, BJ, énfasis añadido; Marcos 13:7; Lucas 21:9.

[85] *Cf*. Georges STÉVENY, *La no violencia de Dios y de los hombres* (Barcelona: Aula7activa, 2014), http://www.aula7activa.org/edu/libros/documentos/la_no_violencia.pdf (consultado 2 julio 2017).

[86] Georges STÉVENY, *Le Mystère de la Croix*, p. 137-148.

[87] Mateo 26:53; Juan 18:36; 19:11.

declaración enigmática: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre (Juan 10:17,18, BJ). Vemos que el verbo traducido por: «tengo poder» significa también: «tengo el derecho». Es evidente que Jesús tiene derecho a la resurrección porque jamás pecó (Hechos 2:24). ¡Su resurrección no será una gracia!

La primera pista, que aboca a la decisión tomada por Caifás de hacer morir al Señor está inspirada por el temor a perder les ventajas de las relaciones más o menos irénicas que existían entre los judíos y los romanos. Desde este punto de vista, Jesús es peligroso. Arriesga el compromiso de algunos privilegios. Caifás oculta sus intenciones: «…conviene que muera uno solo por el pueblo…» Y en un sentido más general, el mundo lo odia porque protesta contra el pecado del mundo (Juan 7:7).

Ahora nos interesa dar a conocer una segunda pista que explica la actitud de Jesús frente a la amenaza. Tras haber escapado misteriosamente durante más de tres años, ahora decide ir a Jerusalén a pesar de la protesta de sus amigos, muy conscientes de los peligros a los que está expuesto (Juan 11:8). Enfrentándose a los jefes de su pueblo se mete en la boca del lobo.

Jesús sabe que tiene «un día» para vivir, día que Dios ha hecho (Salmos 118:24). Y cuando se es fiel a Dios, la doceava hora no suena antes que las once anteriores no hayan sido enteramente consumidas. Había hecho alusión a ello cuando su madre pidió su intervención en las bodas de Caná. Primero declinó la invitación diciendo: «Todavía no ha llegado mi hora» (Juan 2:4, BJ). Y empleó la misma expresión en varias ocasiones cuando querían prenderlo.[88] Explícitamente quería dar a entender así que su destino no estaba determinado por la voluntad humana sino que dependía de la voluntad de Dios. La «hora» en cuestión concierne al punto culminante y final de su ministerio. La hora no es para la gloria sino para la cruz.

Nuestras dos pistas se cruzan y se enfrentan. Por un lado, Dios que quiere salvar a sus hijos enviándoles a su Hijo amado para traerlos de

[88] Juan 7:30; 8:20; 12:23,27; 13:1; 17:1.

nuevo a él. Por otro lado, Satanás y todos sus secuaces que se levantan contra el Enviado para hacerle la vida imposible hasta que se la quitan. ¿Qué hacer? ¿Renunciar a la salvación de los hombres? ¡Impensable! Su amor lo impide. ¿Prohibir actuar a los malos? El contrato de libertad que tiene con ellos lo impide. Solo hay una solución y solo Dios conoce el secreto: hacer salir un bien del mal, así como José les dijo a sus hermanos que habían querido matarlo: «Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso» (Génesis 50:20, BJ).

Hemos citado más arriba unas líneas de Bernard Sesboüé afirmando que los «hay que» [es necesario] de los tres anuncios del final no expresan ni la fatalidad del destino, ni la voluntad arbitraria del Padre. La cita termina así:

> «Se sitúan en el cruce entre el propósito de salvación pacientemente querido por Dios tras la elección de Abraham y la terquedad humana. Lo que les pasó a los profetas, lo que habían anunciado del Mesías, debía pasar inevitablemente porque Dios es Dios y los hombres se convirtieron en hombres pecadores. Jesús se sabe fiel a su misión porque "es necesario" que el hombre sea salvo, cueste lo que cueste.»[89]

Llegados a este punto, debemos hacer una observación capital respecto a la voluntad de Dios. Podemos evocar la voluntad de Dios expresándola con verdades muy diferentes. Hemos hablado antes al hacer alusión a un cirujano que *quiere* salvar la pierna del herido pero que puede ser llevado a *querer* amputarla. Ambas voluntades son diametralmente opuestas en los hechos: ¡por un lado no cortar, y por otro cortar! Pero están profundamente unidas en cuanto al fin que es salvar al enfermo.

Es lo que llamamos la voluntad de derecho y la voluntad de hecho. La primera expresa el ideal, el deseo, el bien supremo. La segunda viene marcada por las circunstancias, por la situación. Creo que es imposible comprender al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesucristo, sin reconocer ambas caras de la voluntad. Muchas páginas de la Biblia se iluminan si las examinamos a la luz de esta distinción.

---

[89] Bernard SESBOÜÉ, *Les récits du salut*, *op. cit.*, p. 214.

Ahora ya podemos enunciar una verdad maravillosa. Jesús no vino al mundo para morir ya que esta muerte se oponía a la voluntad ideal de Dios y al amor hacia su Hijo. Por razones de su justicia se impone el respeto sagrado de su vida. Y al contrario, Jesús quiso esta muerte y nada lo desvía de su hora porque su Padre la ha querido, de hecho, al integrarla en su plan de salvación. No podía evitarla sin quitarles a los hombres el don de la libertad. Tras haber pedido en tres ocasiones que le fuera evitada –lo que jamás habría hecho si esta muerte estuviera inscrita en una voluntad de derecho– dice con humildad y valor: «…no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lucas 22:42, BJ). «…no sea como yo quiero, sino como quieres tú» (Mateo 26:39, BJ). Desde esta perspectiva, sabiendo él también lo que le pasaría, ¡también vino para morir!

Lejos de ser una derrota, esta muerte debe ser una victoria... sobre la muerte. Porque Jesús anuncia también su resurrección. Sin embargo, llama la atención a sus discípulos acerca del hecho de que no pueden seguirle sin estar, de algún modo, comprometidos con su destino dramático. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mateo 16:24,25, BJ). Tomar su cruz no significa prepararse para un sacrificio redentor sino aceptar el destino del justo que pasa por el sufrimiento, llegando a veces hasta el martirio.

Renunciar a seguir a Cristo por el camino de la cruz para salvar la vida temporal es perder la salvación eterna que él trae. Para obtener la vida eterna hay que atreverse a comprometer ciertas ventajas que ofrece el mundo; donde Satanás no para de hacer espejismos de tesoros ilusorios. «Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta» (Mateo 16:27, BJ). «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (Mateo 13:43, BJ).

Esta es la conclusión del primer anuncio explícito de la pasión. Jesús vino a llamar a los hombres a cambiar de conducta. Esta misión gloriosa parece abocar a un fin desastroso. Pero Dios reconduce la situación inaugurando su reino eterno.

7.2 El segundo anuncio. Marcos 8:31; 9:31; 10:33,34

Seis días después, Jesús vivió ante Pedro, Santiago y Juan una especie de prefiguración de su gloria celestial: fue transfigurado. La indicación cronológica –después de seis días– es poco habitual. Se le ha encontrado un significado particular muy razonable. Sería una alusión a los seis días que separaban el gran día del *Yom Kipur*, la fiesta del gran perdón, de la fiesta de los Tabernáculos.[90] Estaríamos en el primer o en el sexto día de esta fiesta.

En aquel tiempo, la fiesta de los Tabernáculos era por excelencia una celebración mesiánica. Se salía de las casas y se construían cabañas de enramadas bajo las que se vivía con alegría durante una semana. El sexto día señalaba la víspera del final litúrgico. La excitación mesiánica estaba en su apogeo. Es posible que la iniciativa tomada por Pedro de querer montar tres tiendas, una para Jesús, otra para Moisés y una para Elías esté inspirada en esta fiesta. Para los judíos, era el momento más feliz del año.

Además, el relato sitúa el encuentro en una montaña alta, expresión que únicamente encontramos en la escena de la tentación (Mateo 4:8). Como el sentido es más simbólico que geográfico,[91] podemos leer entre líneas que Jesús está de nuevo confrontado a la tentación de poder. Pero habla con sus visitantes celestiales «…de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén» (Lucas 9:31, BJ). Todo pasa como si Dios le ofreciera el derecho de restablecer su gloria celestial mientras que sus seguidores soñaban para él la gloria terrenal. Él, el Salvador, decide volver a Jerusalén junto a los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas. Esta decisión (*cf*. Juan 10:18) hará de su muerte un sacrificio. Ni suicidio, ni asesinato únicamente, un sacrificio único en todo, tanto en su forma como en su significado. En este momento, Jesús aún es libre. Controla la muerte que sus enemigos se apresuran a cometer. Le da un sentido.

Mateo y Lucas traducen las palabras del Maestro con el mismo giro que en la lengua griega *«mellei paradidosthai»* (Lucas 9:44; Mateo 17:22) que es una especie de futuro atenuado. El verbo *mellô* significa

[90] *Cf*. Pierre BONNARD, *Evangelio según san Mateo*, *op. cit*., p. 379.

[91] No hay ninguna montaña alta en esta región.

estar a punto de, estar en situación de.[92] La mejor traducción es pues «está en situación de ser entregado», lo que confirma la interpretación que hemos propuesto de los «hay que» [es necesario]. Necesidad circunstancial y no metafísica.

7.3 El tercer anuncio. Lucas 9:22,43,45; 18:31-34

En Mateo, Marcos y Lucas, los tres anuncios siguen el mismo esquema: la Pasión del Hijo del hombre, su muerte y su resurrección al tercer día. Y cada vez Jesús hace precisiones adicionales. La primera vez habla del rechazo por el sanedrín, la segunda añade que será librado «en manos de los hombres», y la tercera precisa: «…le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará» (Marcos 10:33,34, BJ).

Vale la pena observar que el texto original no emplea el verbo «es necesario» *(dei)*, ni «a punto de» *(mellei)*, sino el futuro simple. Jesús era, sin lugar a dudas, seguido por una multitud de discípulos que esperaban en esta subida a Jerusalén la realización de sus deseos. Por eso toma aparte a los doce apóstoles, con la esperanza de evitar sueños locos. Deben saber a qué atenerse. Jesús no será víctima de una emboscada. La condena oficial será programada por los jefes y aplaudida por el pueblo ciego. Los evangelistas han de notificar varias veces que los discípulos no entendieron nada.[93] No es extraño pues leer la petición de la madre de los hijos de Zebedeo que Mateo cita a continuación.

8. La cena del adiós que funda la Nueva Alianza[94]

No volveremos hablar más del sublime ejemplo de humildad dado por el Maestro en la cámara alta. Solo lo haremos para recordar que tras

---

[92] Traducciones BJ: «va a ser entregado»; MI: «va a ser entregado»; RVR95: «será entregado»; Peregrino: «será entregado»; Nueva Biblia Española: «lo van a entregar».

[93] Mateo 16:22,23 y Marcos 8:32,33; Marcos 9:32 y Lucas 9:45; Lucas 18:34.

[94] *Cf.* COMITÉ DE INVESTIGACIÓN BÍBLICA, DIVISIÓN INTEREUROPEA, ASOCIACIÓN GENERAL DE LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA, *Cena y ablución de pies* (Barcelona: Aula7activa, 2014), http://www.aula7activa.org/edu/libros/documentos/Cena_y_ablucion_de_pies.pdf consulta 2 julio 2017.

haber lavado los pies de los apóstoles, dijo: «Pues si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. [...] dichosos seréis si lo cumplís» (Juan 13:14-17, BJ).

La cena, comúnmente llamada «santa cena»,[95] nos es relatada en cinco textos, que podemos reagrupar en dos tradiciones, la de Mateo-Marcos, y la de Lucas-Pablo (Mateo 26:26-29; Marcos 14:22-25; Lucas 22:15-20; 1 Corintios 10:14-17; 11:23-25). Cada autor le da su sello personal. Disponemos así de un relato completo de esta iniciativa tan importante tomada por Jesús poco antes de su arresto. Mateo y Marcos cuentan el acontecimiento. Pablo y Lucas hacen referencia, sin duda, a la tradición de la iglesia de Antioquía, en Siria. Incluso Pablo ha recibido del Señor la enseñanza que da al respecto (1 Corintios 11:23). Gracias a estos textos esenciales conocemos el sentido que Jesús da a su muerte.

Es evidente que hay que inscribir esta cena en el contexto de la Pascua judía. El propio Maestro ha tomado medidas para tener un local a su disposición, el aposento alto. Sin embargo, no se cita ningún ingrediente necesario en la Pascua judía. Lo que le importa a Jesús es la importancia teológica de esta ceremonia para el pueblo de Israel. Recuerda la creación de la luz, al comienzo de la historia, la alianza con Abraham, el Éxodo y la venida del Mesías al comienzo de la salvación escatológica.[96] Celebra la renovación de la alianza. Estamos a un paso de la historia de la salvación porque se trata de la inauguración de la Nueva Alianza. Jesús es explícito: «Esta copa es la *nueva* alianza en mi sangre» (1 Corintios 11:25, BJ; Lucas 22:20).

Debemos a Jeremías el primer anuncio de la renovación (Jeremías 31:31-34). ¡Imaginar la gravedad de su mensaje! Hablando de una Nueva Alianza, matiza el comentario del Señor: «…no como la alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos –oráculo de

[95] *Cena,* en latin = comida de la tarde.

[96] *Cf*. Roberto BADENAS, «Antecedentes de la Cena», en *Cena y ablución de pies*, ed. COMITÉ DE INVESTIGACIÓN BÍBLICA, *op. cit*., p. 15.

Yahvé–» (Jeremías 31:32, BJ). Sin duda alguna, esto implica una ruptura dolorosa pero necesaria por la infidelidad del pueblo.

Poco tiempo después de Jeremías, Ezequiel renueva esta profecía, acusando también a su pueblo de haber profanado el nombre de Yahvé entre las naciones (Ezequiel 36:23). Estos dos hombres tan valientes tuvieron también el gozo de anunciar el mayor de los milagros: «…pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jeremías 31:33, BJ). «Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas» (Ezequiel 36:26,27, BJ). «…haré que...» contiene una promesa extraordinaria.

Recordemos que el Señor predicó sobre esta necesidad en su maravilloso sermón de la montaña. «…si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos.» Al proclamar la Nueva Alianza durante esta solemne ceremonia da la bienvenida al cumplimiento de su misión. Ha venido para esto.

Veamos ahora las particularidades de la cena cristiana. Básicamente hacen referencia al pan y al vino.

> «Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: "Tomad, éste es mi cuerpo." Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: "Ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios» (Marcos 14:22-25, BJ)

> «Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "Tomad, comed, éste es mi cuerpo." Tomo luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: "Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (Mateo 26:26-29, BJ).

> «Porque yo recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, dando gracias, lo partió y dijo: "Éste es mi cuerpo, que es por vosotros; haced esto en memoria mía."

> Asimismo el cáliz después de cenar, diciendo: "Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía." Pues cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga» (1 Corintios 11:23-26, BJ adaptado).

> «Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles y les dijo: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios.
> Tomó luego una copa, dio gracias y dijo: "Tomad esto y repartid entre vosotros; porque os digo que no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios."
> Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en recuerdo mío." Y el vaso de igual modo, después de cenar, diciendo: "Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros» (Lucas 22:14-20, BJ adaptado).

Se puede ver la relación del texto entre Marcos y Mateo, por un lado, y entre Pablo y Lucas, por otro. Además, la versión francesa de Segond introduce en Pablo un verbo que no está en el texto original: «Este es mi cuerpo que es (roto) por vosotros» (1 Corintios 11:24). En el análisis que propone de las diferentes versiones, Jean-Claude Verrecchia demuestra muy bien como el texto se enriquece de Marcos a Lucas.[97] Resumamos lo esencial.

Vemos ya, a través de Marcos, que Jesús presenta su muerte como deliberada. La ceremonia cristiana se inscribe en el cuadro de la Pascua judía pero la sobrepasa con su seguro cumplimiento. La copa representa la sangre de la alianza. Solo Pablo y Lucas puntualizan que se trata de la Nueva Alianza. El memorial de la muerte debe ser vivido como la promesa de una comida triunfal en el reino de Dios. La muerte es el destino paradójico que desemboca en la gloria.

Mateo refuerza la enseñanza en cuestión al recordar los imperativos del Maestro: tomad, comed, bebed. Muestra así la necesidad de una parti-

[97] Jean-Claude VERRECCHIA, «Los relatos de la institución de la última Cena», en *Cena y ablución de pies*, ed. COMITÉ DE INVESTIGACIÓN BÍBLICA, *op. cit.*, pp. 27-44.

cipación de parte de los discípulos. Además, según Mateo, Jesús precisa que la sangre de la alianza es vertida para la remisión de los pecados.

Pablo no hace alusión a la Pascua judía. Para él, en el corazón de la Nueva Alianza, está el cuerpo de Cristo *que es para nosotros*. Describe la copa como una «comunión» con la sangre de Cristo (1 Corintios 10:16). En griego, la palabra traducida por comunión es muy rica: *koinônia* define una comunión arraigada en una participación. Este es el sentido fuerte de la afirmación: «el cuerpo es para nosotros»; lo necesitamos.

Para acabar, Lucas enfatiza el ardiente deseo de Jesús de celebrar esta Pascua.[98] Habla de los sufrimientos que va a padecer y declara que esta Pascua se cumplirá en el reino de Dios. Con los textos esclarecidos ya podemos intentar entenderlos.

Hemos visto que Jesús ha querido poner la Pascua judía como trasfondo de la santa cena. Pero la ceremonia cristiana difiere totalmente de la comida judía porque el acento se pone en el pan y en la copa; símbolos elegidos para su cercana muerte. La alusión a la sangre vertida lo prueba claramente. Pero los imperativos: «tomad», «comed», «bebed» nos hacen comprender que el cuerpo y la sangre de Cristo deben ser apropiados por los participantes. Constituyen ante todo un alimento espiritual. El célebre discurso sobre el pan de vida (Juan 6:22-59) anunciaba ya esta verdad capital: «No fue Moisés quien os dio el pan del cielo –dice Jesús–, es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Juan 6:32,33, BJ).

Sin duda alguna hay que ver aquí una invitación a examinar las Escrituras y alimentarse de ellas. Pero más que un alimento, la Biblia actúa como un exorcista sagrado, desvía el poder del mal. Aún debemos ir más lejos. La carne y la sangre no son dos sustancias extrañas sino una referencia a la persona entera de Cristo que nos es dada, no muerta sino viva. Si Dios se encarnó en Jesucristo es para que Jesús pueda encarnarse en nosotros. Pablo lo entendió maravillosamente al presentar la cena como una participación en la vida de Cristo. Lo dice admirablemente al escribir: «…ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2:20, BJ). No exagera al afirmar que Jesús vino para esto. La obra de Cristo es incom-

[98] El texto griego dice literalmente: «He deseado de deseo.»

pleta hasta que su participación no se cumpla en nosotros (*cf.* 2 Pedro 1:4).

Efectivamente, toda la enseñanza del Señor, con exigencias inquietantes como: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial», serían absolutamente vanas si no tuviéramos la seguridad que Cristo puede y quiere venir a vivir en nosotros misteriosamente para cumplir en nosotros y con nosotros la perfecta voluntad del Padre. Este es el punto culminante del sentido de la cena.

Se entiende entonces la importancia de que la cena sea precedida por el lavamiento de pies. Hemos visto que esto fue para el Maestro el comienzo de la última etapa de su camino hacia la muerte, lo que llamamos su *kénosis.* Esta palabra es la simple transcripción al castellano del verbo griego *kenoô,* empleado por Pablo en Filipenses 2:7, y generalmente traducido por «se despojó». Podemos, sin temor a equivocarnos, reforzar el sentido. *Kenoô* significa limpiar, vaciar, despojar. Viniendo a la tierra, Jesús se vació de sus atributos divinos. Durante su encarnación es plenamente hombre y no dispone de atributos divinos. Es el precio a pagar por su encarnación. Este desprendimiento voluntario es hasta la muerte en la cruz. La institución de la santa cena abre la última fase de este don total con un gesto de humildad. La humildad consiste en vaciarse del orgullo. Sin ello, participar en la cena es estéril.

Resumiendo, esta última institución actualiza y concreta de una forma dramática y a la vez solemne el llamamiento fundamental al arrepentimiento,[99] que recorre toda la Biblia. Dramática porque la muerte de Jesús constituye para nosotros un don inefable y un itinerario indispensable. Porque nosotros también debemos morir al yo. «…si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Juan 12:24, BJ). Solemne, porque la santa cena celebra a la vez la muerte y la venida del Señor, punto final de su misión. Memorial de un moribundo y discurso fundador del vencedor que con seguridad ha de volver como Rey de reyes y Señor de señores.

[99] Recordemos que la palabra *arrepentimiento* traduce la palabra griega *metanoia* que implica una transformación total del hombre por dentro: un cambio de mentalidad.

Si todos los escritores sagrados sitúan esta comida en relación con la alianza, Pablo y Lucas son los únicos que detallan que se trata de la Nueva Alianza (1 Corintios 11:25 y Lucas 22:20), gracias a la cual el Espíritu Santo prometido por Jesús nos transforma para borrar la oposición entre nuestra voluntad y la voluntad de Dios. Por lo tanto, la santa cena garantiza el perdón de los pecados. Es la conclusión del texto que relaciona la cena con la Nueva Alianza: «*Porque me apiadaré de sus iniquidades y de sus pecados no me acordaré ya*» (Hebreos 8:12, BJ). La alianza es imposible sin ello. Dado que restaura la armonía entre el Creador y las criaturas, conduce a la felicidad de la vida eterna. Entonces se celebrará la comida mesiánica; cuando todo el pueblo de Dios sea reunido

9. Jesús frente a su muerte

Hemos visto hasta aquí el porqué y el cómo la misión de Jesús desemboca en la cruz. Jesús es perfectamente consciente y lo anuncia poco a poco, primero de forma alusiva. Pero la necesidad de hablar con más franqueza a los apóstoles se impone porque en el último viaje a Jerusalén todavía nacen en ellos sueños insensatos de hegemonía política ya que en la tradición mesiánica son muy fuertes. Además, la festividad de la Pascua judía ofrece al Señor la ocasión de fundar la Nueva Alianza sobre el acto salvífico de su muerte. En el corazón de la cena, la persona de Cristo toma el lugar del cordero pascual en los emblemas del pan y el vino. Tras el bautismo, esta será la segunda y última ceremonia cristiana que marcará la vida de la iglesia hasta la cena nupcial en el reino restaurado de Dios. Leeremos ahora algunas páginas donde veremos el comportamiento del Maestro frente a su muerte muy próxima.

9.1. El perfume de la sepultura

Los evangelios nos ofrecen cuatro relatos sobre el ungimiento de Jesús por una mujer (Lucas 7:36-50; Mateo 26:6-13; Marcos 14:3-9; Juan 12:1-8). No es nuestro propósito discutir sobre las relaciones desde el punto de vista histórico y literario. Nos basta mostrar cómo interpretó Jesús el gesto en cuestión. Probablemente ocurrió en Betania, en casa de Simón el Leproso.

Una mujer, a la que Juan llama María, entra con una libra de perfume de nardos auténtico, de gran valor. Según Marcos y Mateo, ella rompe el frasco y vierte el perfume en la cabeza de Jesús. Lucas y Juan dicen que el perfume se vertió en los pies. ¿Estamos ante dos tradiciones diferentes? Lo más lógico es admitir que ambos gestos tuvieron lugar (Mateo 26:12). Gestos espontáneos en los que se manifiestan la gratitud, el gozo, la deferencia, el amor. Todos los invitados tienen su alma llena de estos sentimientos.

Pero hay alguien que contiene el aliento. ¿Se trata de Judas (Juan 12:4), de varios discípulos (Mateo 26:8) o de unos pocos (Marcos 14:4)? No importa: la desaprobación es general aunque sea sentida de un modo más egoísta por Judas Iscariote.

Jesús interviene inmediatamente para proteger a esta mujer. Evidentemente no porque no tenga interés por los pobres sino porque percibe como un generoso estímulo el don incalculable que ella le ofrece ante hombres incapaces de comprenderla. Su apego a Jesús es tan profundo que afronta sus críticas sin importarle. Su ejemplo es emocionante. El perdón que ha obtenido abre ante ella una vida nueva. Y esto vale todo el oro del mundo. Puede ser que ella entienda, solo ella, que el fin se acerca para Jesús. No es sobre un cadáver que quiere esparcir su perfume. Quiere decirle a su Salvador que para ella nada tiene más valor que él.

Lo que nos llama la atención también, es la manera como Jesús interpreta su comportamiento:

> «Porque pobres tendréis siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Y al derramar ella este ungüento sobre mi cuerpo, en vista de mi sepultura lo ha hecho. Yo os aseguro: dondequiera que se proclame esta Buena Nueva, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para memoria suya» (Mateo 26:11-13, BJ)

¿No estamos demasiado inclinados a pensar que Jesús vivió esto de una manera cuasi insensible? ¡Completamente erróneo! La perspectiva de lo que va a ocurrirle lo hace estremecer. Aunque viva una comida festiva, el pensamiento de su muerte lo abruma. Interpreta el ungimiento de María como una anticipación de su sepultura. ¿Sabe lo que harán de sus despojos? La costumbre no era muy generosa con los condenados...

Este episodio «no dice nada del sentido que Jesús da a su muerte, pero deja entrever que esta domina su pensamiento y que padece humanamente cualquier infamia».[100]

9.2. La traición de Judas denunciada

Los cuatro evangelistas narran la extraña conversación de Jesús con los doce, respecto a Judas, durante la santa cena. Es Juan quien da más detalles y precisa que el Maestro «…se turbó en su interior…» (Juan 13:21, BJ). Convengamos que su verdadera intención no es fácil de descubrir. ¿Ha querido denunciar a Judas? Es fácil imaginar la gran emoción que produjo entre los suyos. En cuanto a Judas, ¿no trata de convencerse, según las creencias de la época, que debe servir de pieza clave indispensable para la venida del Mesías? Sin duda Cristo necesita ser empujado un poco para tomar el poder. Porque, no olvidemos, para el traidor, la muerte del Maestro es impensable. Es su soberanía lo que él busca.

Además, no nos equivoquemos sobre el sentido de las palabras de Jesús. Cuando le dice a Judas: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (Juan 13:27, BJ), no es una invitación a la traición sino un llamamiento a salir de la ambigüedad. Nada es más funesto para él y más perjudicial para los demás. Ninguna toma de conciencia es posible si nos encerramos en los *a priori*, sin transparencia.

Era de noche... revela el texto (Juan 13:30). Pero como muy bien lo vio Orígenes: «La oscuridad perceptible solo era una imagen de la noche espiritual que se había extendido por el alma del desventurado.» La noche estaba en su corazón. En el último momento, los apóstoles con toda seguridad percibieron la extraña longanimidad del Señor hacia el traidor. Pudieron reflexionar sobre la paciencia de la que es objeto todo pecador.

Como conclusión, Jesús expresa un deseo: «Os lo digo desde ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que Yo Soy.[101] En verdad, en verdad os digo que quien reciba al que yo envíe, me acoge a mí, y quien me acoja a mí, acoge a aquel que me ha enviado» (Juan 13:19,20, BJ).

---

[100] Augustin GEORGE, *La mort du Christ* (Lyon: Lumière et vie, 1971), p. 42.

[101] No «lo que yo soy» como lo ha traducido la versión francesa de Segond, sino «que yo soy».

He aquí lo que Judas precisamente no entendió. Para él, Jesús solo era un hombre elegido por Dios para restablecer la supremacía de Israel. Ningún hombre ha podido ni podrá jamás afirmar: «Habéis de creer *que yo soy*.» Esto implica que el propio Dios ha venido al encuentro con los hombres en la persona de Cristo. Jesús es Dios encarnado. Sin él, solo tendríamos ideas acerca de Dios. Podemos y debemos comprender a Dios en Jesucristo. Y esta verdad concierne a todos los discípulos. Porque la unión entre Jesús y Dios se prolonga entre Jesús y los suyos.

Llegados a este punto, dejamos el terreno de la historia y entramos en las maravillas de la fe. Los enviados de Cristo, testigos del Evangelio, son los representantes autorizados del Hijo. Acoger su testimonio es acoger al Hijo de Dios. No se trata de añadir un capítulo cualquiera a la historia de las religiones, donde se nos propone cada vez más, una síntesis sincrética. El cristianismo no es una doctrina sino una persona, la persona de Jesucristo, revelación única de la persona de Dios. Y el testimonio de los cristianos, es a la vez palabras y acciones inscritas en la prolongación de la misión de Jesús. ¡Cuánta responsabilidad!

Así pues, al tratar la cuestión que nos preocupa: «¿Por qué ha venido Jesús?», el episodio que acabamos de relatar no está exento de un gran valor. Confirma la proximidad de la muerte de Cristo en conformidad con las Escrituras. Precisa que esta pertenece al proyecto salvador del Padre. Sin embargo, «…¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!» (Mateo 26:24, BJ). Por el contrario, dichoso el que aprende a conocer a Dios en Jesucristo, hasta en su muerte y a vivir para él como un auténtico testigo. A través de él, Dios prolonga la obra empezada por el Mesías.

9.3. El pastor herido. Mateo 26:31; Marcos 14:27

¿Os habéis dado cuenta que la Santa Cena se produce entre dos advertencias? Antes de ella, Jesús anuncia la traición de Judas; después, advierte a Pedro de su negación. El relato no está organizado por casualidad. Quiere protegernos de la participación ilegítima en esta ceremonia sagrada. El apóstol Pablo lo repite de forma grave y solemne: «…quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y

de la sangre del Señor. [...] Por eso hay entre vosotros tantos enfermos y muchos achacosos, y mueren no pocos» (1 Corintios 11:27-30, BJ).

Sin querer eliminar el sentido literal de esta advertencia, creo tener el deber de encontrar su sentido espiritual. Si las iglesias viven a menudo en una tibieza enfermiza, entre angustiosas tensiones, es porque no se teme tomar parte en esta conmemoración olvidando totalmente lo que quiere representar en nuestras vidas. Cuantos enfermos espirituales, roídos por el orgullo, se arrodillan en un gesto de humildad para lavar los pies de alguien. Y cuantos estómagos llenos de críticas toman el pan y el jugo de la uva, emblemas de la persona de Jesús, dulce y humilde de corazón. «…eso no es comer la cena del Señor…», lloraba el apóstol Pablo (1 Corintios 11:20, BJ). Yo sueño, también, con santas cenas auténticas.

Marcos y Mateo revelan que Jesús y los apóstoles cantaron cánticos tras la cena. En efecto, los cantos de alabanza, que los judíos llaman *Hallel* (Salmos 113-118), tenían un lugar particular en la liturgia de las tres grandes fiestas: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Al final de la comida pascual se cantó la segunda parte del *Hallel* (115-118). Después, el grupo salió de la cámara alta para ir al monte de los Olivos.

«Entonces les dijo Jesús: «Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*. Más después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea» (Mateo 26:31,32, BJ).

Aquí estamos frente a un texto espinoso. Jesús es el pastor. ¿Quién herirá al pastor? Una lectura precaria da a entender que Dios ha herido a Jesús. Es una falsedad obvia. De hecho, son los enemigos más acérrimos de Dios los que actúan, manipulados por Satanás en persona.

La explicación más simple consiste en aplicar una regla hermenéutica[102] según la cual el autor atribuye a Dios un hecho que Dios no ha impedido. Dios no ha impedido la crucifixión, luego la crucifixión es atribuida a Dios. Modo de hablar muy extendido, aunque extraño, ya que

[102] Hermeneútica: palabra que viene del griego y significa explicar, interpretar. Este principio es a menudo aplicado por los escritores del Antiguo Testamento. Ejemplo clásico 2 Samuel 24:1 y 1 Crónicas 21:1.

termina con una afirmación inexacta. Esto nos hace pensar en un famoso tópico: ¡el sol se levanta y el sol se acuesta!

Sin embargo, hay que saber que este versículo cita Zacarías 13:7, cuyo significado correcto es muy difícil encontrar. Esta es la traducción de la TOB: «Espada, despiértate contra mi pastor» (traducción de la versión francesa TOB). Se explica a pie de página: «Este fragmento sobre el pastor, aislado del plano contextual del libro, puede constituir la conclusión de la alegoría del capítulo 11.»[103]

Veamos el final de esta alegoría: «¡Ay del pastor inútil qua abandona a las ovejas! ¡Espada contra su brazo, contra su ojo derecho; que su brazo se seque del todo, que del todo se ciegue su ojo!» (Zacarías 11:17, BJ) Bajo mi punto de vista, esta explicación no puede sostenerse porque Dios ve a su pastor como el hombre que le es muy cercano: «¡Despierta espada, contra mi pastor, contra mi ayudante!» (Zacarías 13:7, BJ). No se puede decir lo mismo del mal pastor. El principal interés de tal sugerencia es mostrar la incomodidad de los traductores. ¡El pasaje es desconcertante!

André Lacoque y algunos otros, me parecen más cercanos a la verdad al escribir: «13:7,8 se refieren al buen pastor que ha sido muerto (12:10,11), estableciendo así un paralelismo legítimo entre el mártir del capítulo 12 y "mi pastor" del capítulo 13, como hay también un paralelismo entre el mal pastor de 11:15ss. y el falso profeta de 13:3ss.»

Lo siguiente contiene lo esencial: «Luego, en 13:7 no se trata de una maldición sobre el pastor sino sobre las ovejas; el contexto es perfectamente claro al respecto. El pastor está cerca de Dios pero contrasta que las ovejas están alejadas y dispersas [...]. El pastor herido (v. 7) es pues el pastor mártir y no el pastor castigado.»[104]

Esta explicación, basada en el análisis literario del texto, cuadra perfectamente con el contexto histórico en que se encontraba Jesús cuando citó a Zacarías. Marcos y Mateo han podido explicar los propósitos del Maestro de acuerdo con el principio hermenéutico referido más arriba. Y

---

[103] *Ancien Testament,* edición completa, TOB (París: Cerf, 1983), p. 1242.

[104] André LACOQUE, en *Aggée, Zacharie, Malachie* (París: Delachaux et Niestlé, 1981), p. 196.

añaden, lógicamente la predicción del Maestro: vais a ser escandalizados[105] y las ovejas dispersadas. Previsión exacta de lo que se produjo. En el momento de la prueba, Jesús no puede contar con sus amigos. Mientras que él se entrega por su fidelidad a la obediencia en amor, es entregado vergonzosamente por uno de sus allegados por dinero.

9.4 La crisis del Getsemaní.
Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:40-46

La decepción no se hace esperar. Retirado a un lugar llamado Getsemaní[106] para orar, Jesús se hace acompañar de Pedro, Santiago y Juan y les pide que velen con él. Pero en seguida los encuentra dormidos. Es la ocasión para hacerles una observación: «…el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» ¿Cómo entenderla? Es inconcebible ver aquí un eco del dualismo de Platón que pone el cuerpo en contraposición al alma. Toda la Biblia defiende y afirma la unidad de la persona humana. No es posible reconocer en las frases del Maestro ninguna alusión al dualismo iranio.[107] Esta hipótesis, sancionada por los escritos esenios, consiste en considerar dos espíritus, un espíritu de verdad y un espíritu de perversidad, puestos en el hombre por Dios.

De hecho, si queremos permanecer fieles a la enseñanza de la palabra de Dios sobre la naturaleza humana, conviene entender el espíritu como el hombre entero pero en su disposición espiritual. El espíritu es el mayor poder del hombre para vencer las tentaciones. En cuanto a la carne, representa también al hombre completo, pero caído por su separación con Dios y a menudo dominado por sus deseos sensuales.

Pensando en ello, el célebre fragmento de Pablo sobre el hombre alienado (Romanos 7:14-25) que vuelve al espíritu. Pablo ha vivido dolorosamente el penoso desgarro que, en el hombre, opone el bien y el mal. «Pues bien sé yo que nada bueno hay en mí, ...en mi carne» (7:18, BJ), es decir en el hombre caído que somos todos por naturaleza. Hasta el punto

---

[105] El verbo griego, en activo, significa «hacer caer», y en pasivo, como aquí «tropezar».

[106] Getsemaní, es la transcripción de una expresión aramea que significa «prensa de aceitunas».

[107] Pierre BONNARD, *Evangelio según san Mateo*, *op. cit.*, p. 574.

que incluso el deseo honesto y sincero de obedecer a Dios puede volverse en contra nuestra si creemos poder y llegar sin Cristo. «…el espíritu está pronto…»: podemos estar animados por las mejores intenciones, por los deseos más santos... y dejarnos vencer por la tentación, porque «…la carne es débil». El hombre natural no tiene ninguna posibilidad de escaparse de esta alienación.

La solución está maravillosamente descrita por Jesús en la luminosa parábola de la vid y los sarmientos. Esta es la palabra clave: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése dará mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Juan 15:5, BJ). La conclusión es lógica: «Velad y orad, para que no caigáis en tentación…» (Marcos 14:38, BJ).

La noche vivida por Jesús muestra hasta qué punto la tentación puede ser terrible. Él también sintió esa noche cuan débil es la carne. No olvidemos la revelación tan desconocida sobre la encarnación de Cristo: «…como los hijos comparten la sangre y la carne, así también compartió él las mismas…» (Hebreos 2:14, BJ).

Lucas, es sin duda, el evangelista más emotivo respecto a este tema de Jesús. Lo adivinamos por los detalles que solo él da: «Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lucas 22:43,44, BJ). Aunque este pasaje esté ausente de ciertos manuscritos antiguos, no es una razón suficiente para rechazarlo porque aporta detalles singularmente pertinentes bajo la pluma de un médico.

Como anunciábamos más arriba, Jesús no habría podido vivir semejante prueba si no hubiera heredado de María la plenitud de la naturaleza humana. Guardémonos, por lo tanto, de introducir en el texto lo que este no dice. No tenemos derecho, dadas las circunstancias, de dar libre curso a nuestra imaginación. Lo que hay que subrayar es el extremo dolor que experimenta Jesús. La razón es evidentemente, la proximidad de su muerte representa para él muchísimo más que los términos de su existencia. La muerte, es la señal en este mundo del principado de Satanás, la marca de

su infame poder sobre los hombres. Y hasta el presente, este poder no ha tomado posesión de Cristo.

Añadamos, además, que la muerte es la paga del pecado (Romanos 6:23). La muerte de Jesús, que jamás pecó, tiene una dimensión única y desconocida. Recordemos que desde su concepción, el Hijo de Dios mantuvo contacto directo con su Padre sin interrupción alguna, a pesar de los estigmas de nuestros pecados que llevaba en su carne. Por lo tanto, la proximidad de su muerte presagia para él una situación indescriptible. Un misterio que ningún hombre puede explicar y ante el cual solo podemos guardar un respetuoso silencio.

Queda por mencionar el hecho más inesperado, a saber, la oración del Señor. Tras varios meses, había tenido numerosas ocasiones de iluminar la inteligencia de los suyos sobre lo que anunciaban las Escrituras. Y cuando estaba a punto de ocurrir, en tres ocasiones, pide a su Padre que aparte de él la copa prevista. Su petición es muy sorprendente porque acaba de invitar a los apóstoles a participar de dicha copa. La copa es la prueba que viene, la muerte con todo el horror que esta inspira a todos los hombres.

Para Jesús significa, además, el aparente fracaso de su misión. La pérdida del pueblo que ha venido a salvar.

> «¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido! Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa. Porque os digo que ya no me volveréis a ver hasta que digáis:
> *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*» (Mateo 23:37-39, BJ).

Con total seguridad ¡un final así es casi insoportable! Pero Jesús lo conocía, lo había aceptado y anunciado. ¿Cómo puede ahora tratar de escapar?

Se han sugerido varias explicaciones. Algunos piensan[108] que Jesús está de nuevo confrontado con la tentación zelote[109] que consiste en diri-

[108] Oscar CULLMANN, *Dieu et César* (París: Delachaux et Niestlé, 1956), pp. 21ss.

[109] Zelote: grupo de partidarios judíos muy nacionalistas, que preparaban la guerra en secreto, contra los romanos.

gir la revolución antirromana para salvar al pueblo. Tentación de poder rechazada desde el cara a cara con Satanás en el desierto y a lo largo de todo su ministerio. Es verdad que haríamos mal si subestimamos esta prueba. Ver a su pueblo ocupado por ejércitos crueles debía de trastornarlo. Pero es difícil admitir que esta situación, vivida durante tanto tiempo, haya podido provocar en él una perturbación tan grave, tan cerca del desenlace de su misión.

Otros piensan que Jesús pide «un tiempo antes de morir, una prolongación de su misión, un nuevo esfuerzo para probar de salvar a su pueblo».[110] Suponemos que el rechazo de los suyos producía una profunda herida en el corazón de Cristo. Pero sabía que la Antigua Alianza había caducado y que su Padre iba a dar la viña a otros (Lucas 20:16). Para él, había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre (Juan 13:1) y no prolongar su estancia en la tierra. Además, tal petición no justificaría los sufrimientos sicosomáticos que padecía.

Tratemos de avanzar más en el corazón de esta crisis memorable. Varios elementos nos perturban, además de los que ya hemos señalado. Si el silencio de Dios nos oprime, la oración del Salvador nos desconcierta. «…no sea lo que *yo quiero***,** sino lo que *quieres tú*» (Marcos 14:36, BJ, énfasis añadido). Jesús jamás dijo nada,[111] ni hizo nada,[112] sin estar en perfecto acuerdo con su Padre. ¿Hay ahora contradicción entre la voluntad de uno y otro?

Sin embargo, Jesús había dicho: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida [...]. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente» (Juan 10:17,18, BJ). ¿Qué velo ha caído sobre el espíritu del Salvador? ¿Entre qué dudas se debate? ¿Cómo puede decir: «…si es posible, que pase de mí esta copa»? (Mateo 26:39, BJ). ¿Ignora lo que es posible?, ¿lo que es necesario?

Aceptemos que ha sufrido sin ser comprendido y ahora sufre sin comprender. Y me parece que es el misterio de esta muerte lo que lo abruma. Había aceptado y comprendido su necesidad lógica. El grano de

---

[110] Augustin GEORGE, *La mort du Christ, op. cit.*, p. 46.

[111] Juan 7:16; 8:28.

[112] Juan 5:19,30.

trigo permanece estéril si no muere. Cuando se acepta servir hay que querer ir hasta el final. La obediencia no es verdadera sin la condición de incondicionalidad. Todo esto está perfectamente claro a los ojos de Cristo.

En estos momentos, pocas horas lo separan del terrible final. Y «…comenzó a sentir pavor y angustia… Mi alma está triste hasta el punto de morir…» (Marcos 14:33,34, BJ). La angustia lo atenaza. Todos sabemos cómo la conciencia puede perturbarse en tales circunstancias. La razón se obnubila. No se distingue bien lo que ocurre.

Me es imposible admitir que el Hijo no quiera ya lo que quiere su Padre. Además, no da lugar a ninguna ambigüedad al respecto. ¿Es que su preocupación no va más bien en la línea de la necesidad de lo que está por suceder sintiendo en él el odio cruel de Satanás? ¿Es así que va a salvar a los hombres? ¡Por esto ha venido! Si ha renunciado a la gloria del cielo es para venir a liberar a los hombres del poder del mal. Hay que erradicar el pecado que compromete universalmente la obra de su Padre. Y mientras la muerte se acerca, también siente acercarse a él a aquel que tiene el poder de la muerte, es decir el diablo (Hebreos 2:14). Ofreciéndose a la muerte, ¿no va a conceder la victoria al enemigo? ¿Habría podido orar, frente a la muerte, sin ser invadido por todas estas preguntas?

En el desierto de la tentación, Satanás había tratado de comprometer la *naturaleza de la misión* de Cristo. Ahora que está sobresaltado ante el sufrimiento, Cristo se pregunta si no está en vías de *poner en peligro la conclusión de su misión*. Y mientras está prosternado en el suelo, un ángel le es enviado para socorrerlo porque su sudor es como gotas de sangre que se derraman. De pronto, cesa de llorar, se levanta con calma y va al encuentro de Judas.

Este episodio trágico es uno de los más reveladores. Descubrimos la angustia de Jesús ante la pérdida de su pueblo, su mirada humana sobre su muerte, su terror ante el drama del pecado, la necesidad de su obediencia hasta la cruz.

9.5. Del huerto a la cruz

Aunque el tiempo sea relativamente breve desde el huerto a la cruz, haría falta un libro entero para comentar las diversas etapas que jalonan el

corto camino cuando Jesús es maniatado. Es de una densidad significativa. Arresto; comparecencia ante Anás y Caifás; negación de Pedro; comparecencia ante el Sanedrín; desesperación y suicidio de Judas; comparecencia ante el gobernador Pilato; reenvío a Herodes, tetrarca de Galilea; puesta en libertad de Barrabás; flagelación; corona de espinas; angustiosa duda de Pilato; condena; crucifixión. Jesús es tratado como un vulgar malhechor.

Hagamos hincapié en la nobleza y en la dignidad del Señor. Su rechazo a las armas ilustra su enseñanza sobre la no violencia, y confirma que su muerte pertenece al proyecto de Dios. Sin embargo, protestando contra la manera grotesca con que lo tratan (Mateo 26:55), Jesús muestra su reprobación respecto a la crueldad y el cinismo de los hombres. Qué decir de su pena al ver a todos los discípulos abandonarlo y huir (Mateo 26:56).

Además de su nobleza, recordemos también su divinidad manifestada en ocasión de su arresto. «"¿A quién buscáis?" –pregunta a la cohorte y a los guardias enviados–. Le contestaron: "A Jesús el Nazareno." Díceles: "Yo soy"» (Juan 18:4-6, BJ). Su respuesta, en griego, se resume en dos palabras: *«Egô eimi»*, «yo soy», expresión que de sobras es sabido que en Biblia guarda una constante relación con *Yahvé*. Procede de la revelación suprema de Yahvé a Moisés en la llama de la zarza ardiente. Al oír estas palabras «…retrocedieron y cayeron en tierra». ¡El hombre queda tambaleante cuando Dios se revela!

La dignidad de Jesús destaca también en su reacción cuando recibe un latigazo del alguacil del sumo sacerdote. «Jesús le respondió: "Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Juan 18:23, BJ). Esta reacción demuestra que no hay que tomar al pie de la letra la célebre cita sobre la no violencia, tan a menudo tomada con ironía: «…al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra…» (Mateo 5:39, BJ). El principio enunciado consiste en hacer todo para abrir la conciencia del otro en caso de conflicto, y si hace falta, consentir sufrir un daño mayor.

De hecho, el interrogatorio que se lleva a cabo es una parodia. Por lo tanto, Cristo juzga inútil responder a su interlocutor y lo renvía a sus in-

formadores. Su enseñanza circulaba por todas partes y era conocida de todos. No es tonto y sabe que es víctima de la hipocresía; sabe que lo consideran ya un condenado y no esconde su desaprobación.

Cuatro puntos fuertes aparecen a lo largo de la intervención de Pilato. Llama a Jesús y le dice:

> «"¿Eres tú el rey de los judíos?" Respondió Jesús: "¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?" Pilato respondió: "¿Es que soy yo judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?" Respondió Jesús:
> "Mi Reino no es de este mundo.
> Si mi Reino fuese de este mundo,
> mi gente habría combatido
> para que no fuese entregado a los judíos;
> pero mi Reino no es de aquí."
> Entonces Pilato le dijo: "¿luego tú eres rey?" Respondió Jesús:
> "Sí, como dices, soy rey"» (Juan 18:33-37, BJ).

Primer punto fuerte.

Jesús no ha bajado del cielo para conquistar el mundo. Su autoridad es de otro orden, sin riesgo alguno de rivalidad con el poder del gobernador. Sin embargo, él es rey, y la inscripción puesta en la cruz lo proclamará (Juan 19:19-22). No se trata de un estado, de un privilegio sino de una función, de una misión.

Jesús lo explica sin ambigüedad: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Juan 18:37, BJ). Segundo punto fuerte.

La verdad que Jesús ha venido a revelar y a defender no pertenece solamente al mundo en el que nos movemos. No la descubrimos a través de los sentidos o de la razón, tampoco gracias a la intuición. De hecho, nuestra existencia tiene dos dimensiones, una visible y otra invisible. Para percibir la realidad invisible, la fe es indispensable. La verdad en cuestión concierne al mismo tiempo a una persona, a un acontecimiento histórico y a una revelación. Esta persona no es otra que Jesús de Nazaret; el acontecimiento histórico es el nacimiento, aquí abajo, de este hombre llamado Jesús. No es un mito, una especie de secreto que se murmura y cuyo conocimiento sería redentor. Jesús es la intervención de Dios en el mundo de los hombres. En cuanto a la revelación, esta reside en el hecho sor-

prendente que la creación entera está directamente asociada a la vida de Cristo.

Resumiendo, digamos con Claude Molla que la verdad es «a la vez histórica, actual y existencial ya que es el encuentro, el paso de Dios hacia el hombre, que transforma la vida y el comportamiento de la criatura, la libera de la servidumbre del príncipe de este mundo y le da una razón para existir».[113]

Pilato está incómodo. No comprende pero no descubre ninguna falta en Jesús. Y recurre a un subterfugio. El inculpado es entregado a los soldados para ser flagelado. Este horrible suplicio podía acabar en muerte. ¿Los acusadores se dejaron apaciguar? ¡No! Se muestran aún más excitados. Por tercera vez, el gobernador clama la inocencia de Jesús. Entonces, quitando el terreno político en que se habían situado para acusarlo de agitador, se pasa al terreno religioso invocando blasfemia: «…se tiene por Hijo de Dios.»

Esta vez surge efecto: Pilato se inquieta. Es supersticioso y teme a los dioses. Y hace otra pregunta. Había preguntado: «¿Qué has hecho?» (Juan 18:35, BJ), y ahora pregunta: «¿De dónde eres tú?» (Juan 19:9, BJ) Jesús no entra en el debate porque sabe que es inútil. Hace falta fe para comprender alguna cosa. Algo irritado, el representante de César evoca su poder de vida o de muerte. Con calma, Jesús lo llama al orden: «No tendrías contra mí ningún, si no se te hubiera dado de arriba…» Y Jesús revierte la situación: Pilato depende de César, pero César no es el señor de la vida. En cambio, Jesús depende de Dios y toda vida depende de Dios.

Sin embargo, alguien en la concurrencia es más culpable que Pilato: «…el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado» (Juan 19:11, BJ). La traducción del texto griego destaca el carácter impreciso de quien es acusado. ¿En quién piensa Jesús?: ¿en los soldados?, ¿en el Sanedrín?, ¿en Caifás?, ¿en Judas? ¿No será en todos los que se obstinan en cerrar los ojos a la verdad revelada, haciendo inútil para ellos el testimonio aportado de lo alto del cielo por el Hijo de Dios? El autor de la epístola a los Hebreos declara que los que se libran al mal tras haber probado la buena

[113] Claude F. MOLLA, *Le Quatrième Évangile* (Ginebra: Labor et Fides, 1977), p. 254.

palabra «…crucificando de nuevo al Hijo de Dios… y exponiéndolo a pública infamia» (Hebreos 6:6, BJ). Sea lo que sea, participar de una manera u otra de la muerte de Cristo es un gran pecado. Tercer punto fuerte. ¡Qué decir de los teólogos que ponen la responsabilidad en Dios! ¿Dios culpable del mayor de los pecados?

Lo siguiente sobrepasa toda imaginación. Forzado Pilato, lo vemos temblar al verse en una situación comprometida. Ante su resistencia, se echa la última carta: «…todo el que se hace rey se enfrenta al César» (Juan 19:12, BJ). El magistrado no es pues amigo de César si no condena. «Amigo de César» era el título oficial de los protegidos del Emperador. Pilato sabe que Tiberio no es precisamente delicado con los que no se doblegan ante él. Sin embargo, hace un último intento: «"¿A vuestro rey voy a crucificar?" Replicaron los sumos sacerdotes: "No tenemos más rey que el César." Entonces se lo entregó para que fuera crucificado» (Juan 19:15,16, BJ). El Gobernador queda en jaque. Son los representantes legales de Dios que escogen a César para ir en contra de Jesús. No conozco ningún ejemplo más trágico de cómo la locura puede conducir a la ceguera espiritual. Cuarto punto fuerte.

10. Las siete palabras de Jesús en la cruz

A las nueve de la mañana, el viernes que precede a la Pascua judía, Jesús es crucificado. Lo que Dios no ha exigido a Abraham, los hombres pecadores se lo exigen a Dios; el sacrificio de su Hijo. Al mediodía, las tinieblas invaden la tierra, señal de la indignación del Padre. El universo está de luto (Amós 8:9) durante las tres horas que dura la agonía del Salvador. Antes de expirar, habla siete veces.

10.1. «¡Perdona!»

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

El primer pensamiento de Jesús es acerca del perdón. ¿Por qué sorprenderse? No ha venido para juzgar sino para salvar. Toda la esencia del cristianismo está contenida en el perdón. El perdón es el único poder capaz de restaurar el mundo. El pecado ha puesto el mundo al revés. El perdón lo pone en su sitio. El mundo está roto por las divisiones de todo

tipo. El perdón borra las divisiones y restablece la unidad. El perdón es el don supremo de Dios a los hombres y de los hombres entre sí. Solo él, es fuente de paz y de gozo.

En cambio, ¿qué piensa cuando afirma «que no saben» lo que hacen? ¿Es para mostrarse como el príncipe bueno que absuelve a los culpables? No, un proceder así es incompatible con su idea de la verdad. Él ha visto cómo han pasado de no entender nada al odio y sus aclamaciones convertirse en vociferaciones. No se le ha escapado nada de las tretas que han usado con el Gobernador para someterlo a su voluntad. Saben muy bien lo que hacen concentrando toda su habilidad para obtener lo que quieren. ¡Sin duda! Este es el aspecto humano de la situación.

Sin embargo, no han entendido lo esencial. El comportamiento de los hombres está enteramente determinado por su concepto de la vida. Si caminan con Dios o sin Dios, su visión de la vida es completamente diferente. Pero si creen en Dios, todo depende también de su idea de Dios. La mayoría de los judíos no han descubierto a Dios el Padre a través de Jesucristo.

Recordemos la entrevista de Jesús con Nicodemo. Cuando la conversación pasa de las cosas terrenales a las cosas celestiales, Jesús le dice: «Tú, que eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas?» (Juan 3:10, BJ). Con cuanta mayor razón los que se oponen a Jesús sistemáticamente son prisioneros de un pasado que no entienden y donde los resbalones los han alejado de Dios. En verdad, no se dan cuenta hasta qué punto oponiéndose al Padre se oponen a su Hijo. También los que cometen el mayor crimen de la historia son objeto de la intercesión de su víctima. La cruz toma el valor del perdón. Será para la iglesia primitiva ocasión para la reconciliación y fuente maravillosa de la única esperanza.

10.2. «…he ahí tu hijo»

> «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo." Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre." Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Juan 19:25-27, BJ).

No podemos ignorar la tensión que aparece entre Jesús y su familia. Los evangelios muestran algunas manifestaciones. Tras la elección de los doce apóstoles, el grupo queda rodeado por la multitud hasta tal punto que apenas pueden tomar su comida. «Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: "Está fuera de sí"» (Marcos 3:21, BJ). Esta grave oposición solo tiene una explicación. José y María, advertidos por el cielo del mandato divino confiado a su hijo y perfectamente imbuidos de la espera mesiánica, fundan en él todas sus esperanzas.

El ángel Gabriel no se anduvo con rodeos: «Él será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:32,33). Sin embargo, Jesús caminaba en la dirección opuesta. Para ellos, las gentes que frecuentaba, los discursos que pronunciaba, todo en su vida probaba que se había producido un desorden en su alma. Ciertamente, había perdido la razón. ¿No le había pasado esto también a Saúl, el primer rey? Fuera lo que fuera, el comportamiento de Jesús no iba por el camino anunciado por el ángel. Había que intervenir...

En varias ocasiones, Jesús mostró el desacuerdo entre su madre y él (*Cf*. Marcos 3:31-35; Lucas 11:27,28). Discretamente, pero de manera inequívoca, mostró que María no había comprendido su verdadera misión. Sin embargo, y por fortuna, se produjo un giro inesperado. María está cerca de la cruz y Jesús le habla. Se ha propuesto todo tipo de hipótesis para explicar estas palabras. Lo más seguro, sin embargo, es tomarlas tal como son. A la joven mamá llena de felicidad que fue a Jerusalén a presentar a su hijo al Señor, Simeón le predijo: «…una espada te atravesará el alma…» (Lucas 2:35, BJ)

Los clavos no desgarraron solamente la carne del hombre, también traspasaron el corazón de su madre. De ahí, que un simple acto filial brota de los labios del moribundo: no solo hay que consolar, también rodear, proteger. Un gesto que fue muy a menudo olvidado a lo largo de los siglos.

10.3. «…estarás conmigo…»

> «Uno de los malhechores colgados lo insultaba diciendo: "¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!" Pero el otro le increpó: "¿Es

> que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio éste nada malo ha hecho." Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino." Jesús le dijo: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lucas 23:39-43, BJ).

La ejecución colectiva no era rara entre los romanos. Flavio Josefo cuenta que después de la muerte de Jesús, Tito había rodeado la ciudad con una corona de cruces. Se crucificaba alrededor de quinientas personas por día. Ese año, el *sabbat* pascual coincidía con el *sabbat* semanal. Se llamaba un gran *sabbat*. Los suplicios del viernes no podían pues seguir. «Los judíos… rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran» (Juan 19:31, BJ). Tras los terribles abusos que había padecido, Jesús murió rápidamente, de forma que escapó a esta tortura suplementaria. No se podía profanar el *sabbat*.

Dos crucificados flanqueaban la cruz, llamados ladrones por Marcos y Mateo y malhechores por Lucas. Su presencia no es fortuita, sin duda. Son probablemente héroes de la resistencia antirromana. Su muerte debía herir al pueblo. Adivinamos los sentimientos de Pilato. Los judíos obligan a Pilato, Pilato enfada a los judíos. En cuanto a los condenados, Jesús no es para ellos un desconocido. Pero si uno se encierra en la mofa insultante, el otro sorprende mucho por su actitud piadosa. Estas son sus palabras, según Lucas, traducidas literalmente: «Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino."»[114]

La familiaridad del ladrón no se explicaría si no hubiera tenido contactos con el Señor. Y el evangelio culmina alrededor de la promesa del «reino». No es un dominio mítico, accesible solo a espíritus etéreos. Será en la hora gloriosa cuando los imperios desaparecerán y cederán su sitio al reino de Dios. Podemos decir con Martín Lutero: «Este malhechor se convirtió en el primer santo del Nuevo Testamento gracias a la pasión de Cristo.»

Dudo que podamos encontrar un acto de fe más sorprendente. Nuestra fe, la nuestra, puede apoyarse en la resurrección que fue el sello de la intervención del Padre en la prueba de su Hijo. Pero el ladrón solo tenía

[114] *eis tèn basileian sou* = en tu reino o realeza o reinado.

ante sus ojos el espectáculo inaguantable de un condenado como él, sufriendo la misma pena infernal. Y saluda la realeza de Cristo en el momento en que la cruz está destruyendo a ambos. Nosotros conocemos el triunfo, él solo ve la agonía; nosotros conocemos la gloria, él solo ve la ignominia. En consecuencia, su único punto de apoyo en su fe se limita a las palabras de Jesús, el que salva: «Padre, perdónalos…»

Este es el momento de examinar la respuesta que ya hemos citado según la muchas versiones: «De verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43, MI). Tal como está, esta respuesta está en contradicción con toda la Biblia

1. La Biblia se opone firmemente a la idea que la muerte permite el paso inmediato de una forma de vida a otra. La inmortalidad del alma, enseñada por Platón es rebatida por todos los autores sagrados. Dios solo es inmortal (1 Timoteo 6:16). El acceso inmediato al cielo, al purgatorio o al infierno es un invento de los hombres.

2. Jesús no pudo prometer al ladrón que estarían juntos ese mismo día en el paraíso. Tenemos la prueba el domingo por la mañana, cuando le dice a María: «Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre»[115] (Juan 20:17, BJ). Si aún no había subido al Padre el domingo, no pudo estar en el paraíso el viernes.

3. Conviene releer el texto correctamente: «Hoy yo te lo digo, tú estarás conmigo en el paraíso.» Este «hoy» es cuando se hace la promesa y no cuando se realiza. Veamos la traducción literal de este texto: «En verdad yo te lo digo hoy». Se empleaba la expresión «en verdad» *(amen)* para acompañar una promesa cuya realización parecía ilusoria. En el pasaje que nos ocupa, podríamos parafrasear las frases de Cristo de la siguiente manera «Hoy, aunque mi situación parezca desesperada porque estoy a punto de expirar, al límite de la debilidad, yo te prometo, sin embargo, que tú estarás conmigo en el paraíso, cuando se instale el reino de

[115] «No me toques» debe ser entendido en el sentido oriental. María tenía miles de preguntas para hacer a su Maestro. En estas condiciones, el tiempo no cuenta. Pero Jesús le asegura: tendremos ocasión para volvernos a ver. Aún no me he ido. De momento, corre rápidamente a anunciar a los apóstoles que he resucitado.

Dios.»[116] ¿Qué peso tiene a los ojos de los hombres la promesa de una vida gloriosa que surge de un condenado a muerte, piadosa víctima que está expirando bajo sarcasmos?

El ladrón ha entendido la oración generosa de Cristo; admira su paciencia. Todo en él queda desbordado por la emoción. Su memoria despierta y su conciencia se esclarece. Es el primer converso de la cruz, es el primer misionero de la cruz, intentando llevar a su infortunado compañero al que perdona. En una palabra, entra en la intimidad del Salvador: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.» La luz surge de las profundidades de la noche.

10.4. «Eli, Elí, por qué...»

> «Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: *Eli, Eli, ¿lemá sabactaní?*, esto es: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*» (Mateo 27:45,46, BJ).

De todas las palabras salidas de los labios de Cristo, estas son las más misteriosas.

> «La interpretación de este versículo es importantísima. Porque compromete la propia imagen de Dios. Después de la Reforma, hay una tradición interpretativa muy extendida comúnmente entre protestantes y católicos, que ve un abandono justiciero de Jesús por parte de su Padre. Jesús, en efecto, se convirtió en maldición a los ojos de Dios (Gálatas 3:13), lo hizo pecado (2 Corintios 5:21). Se sometía a la venganza del Padre por el pecado que representaba Jesús bajo su mirada. Jesús era pues castigado por el propio Padre. Luego, los verdugos de Jesús se convertían en una especie de aliado objetivo, incluso, ejecutores de obras elevadas, a pesar de que sus intenciones fueran otras.»[117]

De hecho, la oración de Jesús, pronunciada en el momento de expirar, viene del Salmo *22, y* pertenece a una categoría de textos llamados de

---

[116] En el fondo, basta desplazar la coma. No hay ninguna puntuación en el texto original. Se retoma la traducción de Manuel Iglesias (MI) y se cambia de sitio los dos puntos: «De verdad te digo hoy: estarás conmigo en el paraíso»; o en otras versiones la coma: «Te lo digo en verdad hoy, estarás conmigo en el paraíso.»

[117] Bernard SESBOÜÉ, *Jésus-Christ* l'unique *médiateur* (París: Desclée, 1991), p. 203.

cruel abandono.[118] La oración en cuestión es una de las más extraordinarias. Se habla de la súplica del *jasid*.[119] David reclama el socorro de Dios: «¡No te alejes de mí, que la angustia está cerca, que no hay quien me socorra!» (22:12, BJ). «Pero tú, Yahvé, no te alejes, corre en mi ayuda, fuerza mía…» (22:20, BJ). Es como una bestia acorralada (22:13), como un enfermo devorado por la fiebre (22:15).

Sin embargo, al lamento (22:2-22) sigue sin transición la acción de gracias (22:23-32). La queja generalmente se asocia al abandono de Dios. David se encuentra en la situación de Jeremías (14:9). Dios se calla y se mantiene lejos. Como Jeremías, pregunta y su Dios no responde. Pero, de súbito, la oración cambia. La alabanza estalla y la posteridad de Jacob está invitada a cantar con él su alegría. Estamos lejos del cuestionamiento trágico de Job. David está familiarizado con la presencia del Altísimo. Es por lo que la dolorosa cuestión queda rápidamente atrás.

En la cruz, para Jesús, no es hora para discusiones filosóficas. Los hechos son de por sí tan abrumadores que conmocionan el mundo. El sol se apaga. Los amigos íntimos han desaparecido, huyeron. Las burlas envenenan el aire que se respira. ¿Y Dios? ¿Qué hace? La dolorosa pregunta asume y trasciende todos los porqués de los hombres en los cuatro rincones de la tierra.

En un contexto así, eminentemente existencial, sería una ausencia total de sabiduría querer construir una teología jurídica, basada solo en unas pocas palabras. En cambio, una pregunta hiriente surge: ¿cómo Jesús puede sufrir la muerte, consecuencia inevitable del pecado, sin haber jamás pecado? (Romanos 6:23; Hebreos 5). El hombre pecador muere por haber abandonado a Dios, única fuente de vida (Hechos 17:28). Jesús, el único hombre justo, no puede morir si no es porque Dios lo abandona y lo deja morir. Y bajo este punto de vista, otra oración de Jesús alcanza toda su dimensión. «…habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente…» (Hebreos 5:7, BJ).

---

[118] Jeremías 14:9; Salmos 27:9; 37:28,33; 38:22; 71:9,11,18; 94:14; 119:8.

[119] *Jasid* viene de *jesed que* expresa la idea de piedad, de amor, de misericordia, de solidaridad, de fidelidad, de lealtad.

Este abandono es vivido por Jesús en la paradójica seguridad de la proximidad paterna. Su séptima palabra en la cruz lo probará.

10.5. «Tengo sed»

> «…sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura dice:
> *"Tengo sed"*» (Juan 19:28, BJ).

Jesús acababa de pasar una peligrosa turbulencia. Hasta el final, el tentador se encarniza, pero en vano. No llega nunca a hacer a Dios responsable de lo que solo él es el verdadero culpable. Muy al contrario, el Hijo del hombre siente contra él todo el peso de su humanidad caída. Un débil quejido, apenas perceptible[120] se le escapa: «Tengo sed.»

Sabemos que la sed es la tortura de los agonizantes. Pero también es síntoma de otra angustia. Un día que sediento estaba al borde del pozo de Jacob, Jesús había pedido de beber a una mujer samaritana y había *orientado* la conversación de manera que él pudo decirle: «…pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna» (Juan 4:14, BJ). Existe un agua que suprime la sed; y existe una sed que el agua no puede saciar.

Un poco más tarde, el último día de la fiesta de los Tabernáculos a la que acababa de ir, hizo una declaración fundamentalmente vital. Cada día, conducido por un sacerdote, el pueblo bajaba a la fuente de Siloé.[121] El sacerdote llenaba una jarra de agua que llevaba al atrio del Templo en medio de gritos de gozo y al son de címbalos y trompetas. Subía al altar y derramaba el agua que acababa de traer cantando las palabras de Isaías «Sacaréis agua con gozo de los hontanares de salvación…» (Isaías 12:3, BJ).

Según Juan, el último día de la fiesta, Jesús se puso en medio de la multitud y gritó con voz potente:

> «"Si alguno tiene sed,
> que venga mí, y beberá

[120] Solo Juan la menciona, Juan 19:28.

[121] Siloé = el envíado.

> el que cree en mí,
> como dice la Escritura:
> De su seno correrán ríos de agua viva."
> Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado» (Juan 7:37-39, BJ).

Se trata de la sed de Dios, sed del Dios vivo (Salmos 42:3). Cuando ya siente la desgarradora separación acercándose, confiesa: «Tengo sed». Jesús comprende mejor las magulladuras de todos los separados. Más allá de la crucifixión llega la glorificación, y con ella, el Espíritu. Y el amor, fruto del Espíritu (Gálatas 5:22), instalará ya en la Iglesia un anticipo del cielo.

10.6. «Todo está cumplido»

> «Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: "Todo está cumplido"» (Juan 19:30, BJ).

Se citan a menudo estas palabras de Jesús en la cruz dándoles el sentido de una constatación. Un poco como si él hubiera memorizado todas las declaraciones en la Biblia que le concernían, pudiendo así ser el garante del perfecto cumplimiento final. Vigilemos de no encerrar a Jesús en una orquestación demasiado rígida de la misión sagrada y no permitir que la vida espontánea conserve todos sus derechos.

Sin embargo, Jesús sabe que su existencia se desarrolla de acuerdo con el plan de su Padre, concebido para la salvación de los hombres. La historia de los hombres se convierte así en la historia de la salvación y de cuando en cuando el cruce de caminos está señalado. Por ejemplo «Tomando consigo a los Doce, les dijo: "Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre…» (Lucas 18:31, BJ). Por lo tanto, asume fielmente y con valentía su misión. Es a esta misión a la que adhiere su fidelidad y no a una especie de lista que habría llegado a controlar punto por punto.

Al tratarse de la sexta palabra de Cristo en la cruz, el texto original es más simple que en la traducción habitual: un solo verbo *(tetelestai)* es traducido por las tres palabras: «Todo está cumplido». Este verbo significa: acabar una tarea, llegar al final porque la meta se ha cumplido, alcan-

zar la medida. Hemos descrito las etapas, una tras otra, de la vocación del Señor. Debía ser Luz para alumbrar a las naciones, y la gloria de Israel, su pueblo (Lucas 2:32), Salvador del mundo. Y, ¡«Hecho está»! Una sola palabra expresa su alivio y su gozo de haber llegado hasta el final. Una palabra que no aporta un matiz administrativo pero que conlleva la alegría del trabajo hecho. Algunas horas más tarde, le decía a su Padre: «Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese» (Juan 17:4,5, BJ). Gracias a Dios, la meta está cumplida. «¡Hecho está!»

10.7. «Padre, en tus manos pongo mi espíritu»

> «Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «*Padre, en tus manos pongo mi espíritu*» (Lucas 23:46, BJ).

Entre mediodía y las 15 horas, mientras Jesús agoniza, se producen dos acontecimientos significativos. Uno, del que ya hemos hablado, es el oscurecimiento del sol. La luz del sol puede verse como la imagen maravillosa de otra luz, con la que Dios ilumina el mundo. Jesucristo es la luz verdadera, que viniendo al mundo, ilumina a todo hombre (Juan 1:9). Mientras que Jesús se apaga, el sol se eclipsa. Y tenemos que comprender que no existe separación entre el dominio de la fe y el de la inteligencia. Todo está unido a todo.

«…Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu» (Mateo 27:50, BJ). Lucas hace una precisión muy importante: «Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: "*Padre, en tus manos pongo mi espíritu*"» (Lucas 23:46, BJ). Algunas verdades nada banales se desprenden de aquí:

1. La relación entre el Padre y el Hijo no queda interrumpida. Jesús puede aún decir: «…no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Juan 16:32, BJ). «El abandono de Dios» está cubierto por la presencia del Padre. Por otro lado, Pablo escribe: «…en Cristo estaba Dios…» (2 Corintios 5:19, BJ). Una vez más, ellos son uno. El Padre no se desolidariza de su Hijo en el momento más crucial. Esta muerte fue aceptada como el acto de fe en Dios más grande que haya sido jamás vivido hasta el fin.

2. El Eclesiastés explica lo que pasa en la muerte: «…y vuelva el polvo a la tierra, a lo que fue, y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio»[122] (Eclesiastés 12:7, BJ). Es exactamente lo que pasó en la muerte de Esteban. Tratándose de Jesús, su espíritu *(pneuma)* retorna a su Padre, y su cuerpo confiado a la tumba, hasta el domingo por la mañana.

3. Esto disipa una oscuridad preocupante. Dios es inmortal. Jesús es Dios. ¿Jesús-Dios pudo morir? La respuesta se encuentra en la séptima palabra sobre la cruz. Si su espíritu regresó a su Padre, su muerte no fue una aniquilación. El conoció, también, una especie de sueño, sin obras, sin pensamiento, sin ciencia y sin sabiduría, una verdadera muerte, pero no una destrucción (Eclesiastés 9:10). La inmortalidad divina queda pues intacta, a pesar de la autenticidad de la crucifixión.

Según Mateo, un segundo hecho sobrenatural se produjo tras expirar. «Pero Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu. En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las rocas se hendieron, Se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron» (Mateo 27:50-52, BJ).

El velo en cuestión es sin duda el que separaba el lugar santo del lugar santísimo (Éxodo 26:31-33), en el templo. El acceso al lugar santísimo estaba estrictamente prohibido, salvo al sumo sacerdote que debía entrar una vez al año, cuando el *Yom Kipur*. Desgarrado de arriba abajo, el velo es roto por Dios, que proclama así universalmente que tenemos, gracias a Jesús, libre la entrada a él. La reconciliación con Dios es a partir de ahora posible.

Además, la resurrección de varios santos hace patente ya la victoria de Cristo sobre la muerte. Sirve como primicias a la convulsión que producirá su regreso tan solemnemente anunciado. El tiempo de la iglesia es el tiempo de espera que separa la ascensión de la parusía. La manera cómo se desarrolló la muerte de Cristo da a su obra un alcance universal y cósmico, admirablemente iluminado por su propia resurrección y ascensión.

---

[122] Espíritu: La Setenta emplea la palabra *pneuma. Y* es el que nos encontramos bajo la pluma de Lucas, en relación a Jesús, en Lucas 23:46, y en relación a Esteban, en Hechos 7:59; ver también Mateo 27:50.

11. La resurrección

11.1. La confesión del centurión[123]

Mientras Jesús expiraba en la cruz, la tierra entera se sumió en tinieblas. Algunas mujeres miraban en la distancia. Pero el centurión encargado de ejecutar al condenado estaba ante él y recibía su último aliento. Entonces se le escaparon unas palabras totalmente inesperadas: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Marcos 15:39, BJ). ¿Es un simple grito de admiración o una confesión de fe?

Recordemos que Marcos comienza su evangelio explicando el bautismo de Jesús, coronado por la voz de Dios desde los cielos anunciando: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (Marcos 1:11, BJ). Aprendemos de entrada que la misión del Mesías depende de su unión con Dios. Y todo el relato se estructura alrededor de esta relación entre el cielo y la tierra. Un usurpador se instaló en el mundo creado por Dios. Hay que destronarlo sino todo está perdido. Jesús vino para combatir los poderes demoníacos, sean cuales sean sus manifestaciones.

Es decir, la misión de Jesús no puede aislarse de su naturaleza. Él solo puede rehabilitar al Creador porque es el único que lo conoce cara a cara. Hemos visto que incluso los seguidores de Jesús no lo entendieron. Para ellos, el Mesías debía rehabilitar Israel entre las naciones. Su religión, arraigada en la política, había perdido su dimensión vertical. Su ambición era la de instalar a Jesús como rey del mundo, antes que seguirlo al lado del Padre, en el reino de los cielos. Hasta la cruz, este error contaminó su fe, incluso cuando aceptan llamar a Jesús «Hijo de Dios» (Mateo 16:16) Su esperanza permanecía ligada a la tierra.

En el momento en que el centurión pagano declara: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios», esta confusión ya no es posible. ¿Cómo un hombre experimentado en el manejo de las armas para defender a César habría podido ver en la cruz a un rival de César? Semejante interpretación es absolutamente impensable. Sus frases solo tienen sentido en el plano religioso. ¿Pero cuál? Los evangelistas que citan al centurión

[123] *Cf*. Yvan BOURQUIN, *La confession du centurion* (Poliez-le-Grand: Éditions du Moulin, 1996), en Lucas 23:46, y en relación a Esteban, en Hechos 7:59; ver también Mateo 27:50.

ponen el acento sobre los aspectos diferentes de los sentimientos que los inspiraron. Mateo insiste en el efecto producido por los elementos cósmicos: «…el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: "Verdaderamente este era Hijo de Dios"» (Mateo 27:54, BJ).

En la Antigüedad, se creía que la muerte de los seres divinos estaba rodeada de prodigios. La tierra tiembla, las tumbas se abren, el templo se mueve, el sol se apaga. La naturaleza rinde homenaje al crucificado. Sin duda alguna: Jesús no es un don nadie.

Marcos llama nuestra atención sobre otra cosa. Escribe: «Al ver el centurión, que estaba frente a él, que había expirado *de esa manera*, dijo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"» (Marcos 15:39, BJ, énfasis añadido). Según Marcos, es la conducta de Jesús en su muerte lo que impresiona al soldado. Se acuerda que el moribundo rechazó el brebaje que un grupo de mujeres tenía la costumbre de preparar para suavizar los dolores. Jamás había visto ningún condenado morir con tanta dignidad.

Además, las oraciones de Jesús desvelan el estado de su alma. Ningún odio para con los hombres; ninguna crítica respecto a los suyos que lo han abandonado; ninguna rebelión contra Dios. Al contrario, las palabras del moribundo revelan una maravillosa relación de confianza entre el Padre y el Hijo. Jesús se comporta verdaderamente como el que está en el Padre, y en quien está el Padre (Juan 10:38).

Si nos vamos al relato de Lucas, obtenemos una nueva información: «Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: "Ciertamente este hombre era justo"» (Lucas 23:47, BJ). Tal afirmación es debida, sin duda, a todo lo que el centurión había vivido durante sus largas horas de guardia. Su grito aparece primero como una protesta. Quiere proclamar la inocencia del condenado y protestar contra la injusticia que acaba de cometerse: «…este hombre era justo». Pero hay más porque glorificó a Dios. Denunciar el error humano no implica glorificar a Dios.

Con toda probabilidad, este militar al servicio de Pilato debía estar al corriente de lo que ocurría en Jerusalén. Había seguido el proceso de Jesús y sabía que lo acusaban de blasfemo por hacerse pasar por Hijo de Dios (Juan 19:7). ¡Qué irrisorio para un pagano! Pero a partir de ahora, su

convicción es firme: la pretensión de Jesús de ser Hijo de Dios es legítima. ¡Qué descubrimiento! Por lo tanto, este oficial pagano es la primera persona para quien la muerte de Jesucristo conduce a la gracia de Dios. El centurión es primicia del pueblo de la cruz.

Al comienzo del ministerio oímos a Dios clamar de lo alto de los cielos: «¡Este es mi Hijo!» Al final del ministerio al pie de la cruz, un oficial romano, digno representante de los paganos, ratifica el testimonio del Padre. Es paradójico que se haya necesitado la cruz, último grado del desprendimiento *(kénosis)* para que los hombres puedan confesar «que Cristo Jesús es el SEÑOR para gloria del Dios Padre» (Filipenses 2:11, BJ).

11.2. Las apariciones del Señor

A la muerte de Jesús le siguen unos hechos extraños. María de Magdala es la primera en descubrir la tumba vacía, seguida por Pedro y Juan. Los cuatro evangelistas rememoran a continuación una decena de apariciones durante los cuarenta días transcurridos entre la resurrección y la ascensión. Y cada vez lo encontramos parecido a él y sin embargo, diferente. No es reconocido.[124]

A veces tienen la impresión que Jesús lleva una especie de disfraz. Lo toman por un jardinero, un viajero, un desconocido al borde del lago. Aún está en el mundo, dominando en todo al mundo, escapando a las leyes que nos tienen a todos sujetos. Entra al interior donde está el grupo sin abrir la puerta que está cerrada. Da la impresión que posee una vida soberana, a pesar de su comportamiento familiar. Parecido a los suyos, y sin embargo, más parecido que nunca a Aquel a quien llama su Padre.

En verdad, la fe en el Cristo resucitado no encuentra ningún apoyo en el hombre natural. Esta fe solo puede ser una victoria conseguida sobre la incredulidad instintiva, tal como la sintió Tomás. Los testigos están turbados por el carácter insólito de los hechos. Pueden ver a Jesús, tocarlo (Lucas 24:36-40), comer con él (Lucas 24:30; Juan 21:9-13). No es un

[124] Marcos 16:8,11,13,14; Lucas 24:11,25-37; Juan 20:25-27.

fantasma pero aparece y desaparece sin que se sepa cómo. Y de repente, se vuelven conscientes que ignoran todo sobre su apariencia.

Nada podía ponerlo más cerca de los hombres que la muerte. Nada revela mejor la diferencia que su resurrección. Si el evangelio empieza con la revelación de su nombre, Emmanuel, Dios con nosotros, el final del evangelio es indispensable para comprender toda la magnitud. ¡Cuánta paciencia y amor necesita Dios para ponernos en condición de creer! Si los incrédulos se extrañan a veces que se pueda ser creyente, los creyentes a su vez se extrañan a menudo de las resistencias a las que han tenido que hacer frente.

11.3 La ascensión

> «…los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verlo le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:16-20, BJ).

El domingo por la mañana, tras el *sabbat*, las dos Marías[125] fueron al sepulcro con ungüentos y perfumes para acabar de dar sepultura al cuerpo de Jesús. El Maestro vino a su encuentro y les hizo esta recomendación: «Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mateo 28:10, BJ). El gran encuentro tuvo lugar en el marco familiar del ministerio terrenal, en el mismo sitio donde los apóstoles habían recibido la consagración (Mateo 10).

En toda la Biblia, la montaña es escogida como el lugar de la revelación de Dios. Jesús escoge la montaña para revelar los secretos del Reino de los cielos (Mateo 5-7). Es en la montaña que da a conocer su verdadera gloria con la transfiguración ante Pedro, Santiago y Juan (Mateo 17). Y ahora, en la montaña, Jesús pronuncia su último discurso. Discurso que contiene un verdadero compendio de la predicación del Reino y que es

[125] Las dos Marías: María de Magdala (Marcos 15:47). La otra María era la madre de José (Marcos 15:47) y de Santiago (Marcos 16:1).

también la carta constitutiva de la iglesia. Este mensaje puede servir de bisagra entre el Evangelio de Jesucristo y la predicación de la iglesia apostólica.

La reacción de los discípulos es doble y ambigua. Mateo, que estaba presente, escribe: «Y al verlo le adoraron…» Pero entonces, ¿qué pasa? El autor emplea una proposición enigmática,[126] generalmente traducida por «algunos sin embargo dudaron». Pero un análisis profundo reciente del texto demuestra que se puede decir con mayor precisión:[127]

1. Los que han dudado no son solo algunos discípulos sino todos. Hay que traducir: «Cuando lo vieron, lo adoraron, pero dudaron.»

2. ¿Cómo hay que entender que los discípulos hayan dudado? El verbo traducido así solo aparece dos veces en todo el Nuevo Testamento, aquí y en Mateo 14:30, donde es aplicado a Pedro. En un arrebato de fe, el discípulo intrépido va a encontrarse con su Maestro, caminando sobre el agua. Pero, enfrentado a la tormenta le entra el miedo y empieza a hundirse. Es entonces cuando clama «¡Señor, sálvame!» (Mateo 14:30, BJ). Dándole la mano para arrancarlo del abismo, Jesús le reprocha su falta de fe «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» (14:31, BJ).

No se trata aquí de incredulidad porque el apóstol pide auxilio. Pero su fe es imperfecta, vacila frente a la prueba. La coexistencia de la fe y la duda parece ser inherente a la condición de la naturaleza humana en estado de pecado. Así, incluso en el momento de la ascensión, el hecho de ver a Jesús resucitado no elimina la posibilidad de dudar. Afortunadamente la presencia permanente del Señor y el sostén de su poderoso brazo nos son prometidos.

El testimonio de los evangelios es unánime. Todos dan cuenta de cuál es la reacción natural del hombre en estado de pecado sobre la realidad de la resurrección, es decir de la vida más allá de la muerte. Pero la acción soberana del Espíritu Santo la trasciende y se impone (Juan 16:8-11).

---

[126] *Hoi de edistasan:* Mateo utiliza siempre esta construcción para referirse a un grupo de personas mencionadas antes.

[127] Keith H. REEVES, *Cahiers de traduction biblique*, n.º 32 (2.º semestre 1999), pp. 3-9, del que resumo las conclusiones.

Las últimas palabras de Jesús son la conclusión de su ministerio y aportan una respuesta complementaria y verdaderamente decisiva a la pregunta: «¿Por qué vino?» Una vez más nuestra atención va dirigida a él. La vida de la iglesia debe estar anclada en su poder sobre el universo: «Me ha sido dado todo poder –dice– en el cielo y en la tierra.»

Existen en griego varias palabras para poder.[128] La que el Señor emplea evoca la autoridad del dirigente. Durante su ministerio terrenal, Jesús hablaba con «autoridad» (Mateo 7:29). Tenía «el derecho» de perdonar los pecados (Mateo 9:6). Su autoridad estaba limitada por su encarnación. Pero más allá de su resurrección, los límites desaparecen. En vez de participar solo de la autoridad, recibe *toda autoridad*. Con su ascensión, retoma toda la gloria que disfrutaba antes de dejar el cielo. Esta se extiende por encima «…de todo principado, potestad, virtud, dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este mundo sino también en el venidero» (Efesios 1:10,21, BJ).

Desde entonces, Jesús puede dar órdenes. Dios «*Sometió todo bajo sus pies* y le constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo» (Efesios 1:22, BJ). No hemos dicho nada de la iglesia hasta el momento. Y efectivamente, se habla poco en los evangelios. Mateo es el único que hace alusión, primero en relación con la profesión de fe del apóstol Pedro (Mateo 16:18), y después en relación con la gestión de la iglesia (Mateo 18:17).

Y sin embargo, sin iglesia la obra de Cristo desaparecería como una nube llevada por el viento. La Nueva Alianza sería efímera. Como una pompa de jabón que estalla, su ministerio no dejaría ninguna huella. Habría venido para nada. Incluso la cruz, en vez de ser una señal de esperanza, no tendría ningún valor, porque nadie sabría que cierto viernes santo, el Hijo de Dios fue cruelmente clavado en una cruz. La iglesia nace de la cruz y la iglesia da a conocer la cruz.

Sabiendo que él era la piedra que rechazaron los constructores, Jesús prometió que sobre la roca del escándalo, edificaría su iglesia (1 Pedro

[128] Uno de ellos es *kratos,* que implica la fuerza física. El que Jesús emplea es *exousia* que implica la autoridad, la libertad, el derecho, la capacidad; el matiz es más moral que físico.

2:7-10; Mateo 16:18[129]). Etimológicamente, la iglesia es la asamblea de todos los que Cristo llama a seguirle. Y a ellos dirige la orden: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado » (Mateo 28:19,20).

Esta sola frase define a la iglesia de tres maneras complementarias

1. Vocación misionera: predicar el Evangelio en el mundo entero. Recordemos que esta era la vocación de Israel (Isaías 49:6; 56:7).

2. Vocación sacerdotal: bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Hebreos 9:1-10).

3. Vocación profética: enseñar a observar todo lo que Cristo ha prescrito. No se trata de revelar secretos esotéricos sino de dar a conocer a Cristo y su interpretación de la voluntad de Dios (Deuteronomio 18:15-22).

La iglesia está destinada a llevar la auténtica vocación del nuevo Israel tal como lo describen los profetas (Isaías 60:1-5; Ezequiel 36:23; 39:7).

La última frase es una maravillosa promesa: «…estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» El tiempo de la iglesia queda definido, acaba en «el fin del mundo», coincidiendo con la llegada del Reino de Dios. Lo esencial es perseverar hasta el fin (Mateo 24:13; Hebreos 3:6; 1 Pedro 1:5), apoyándose en Cristo (Mateo 11:28-30), porque todas las cosas le han sido dadas (Mateo 11:27).

12. Conclusión: Los puntos fuertes del Evangelio

12.1. Jesús viene de Dios

¿Por qué Jesús, el Cristo, vino? Esta pregunta suscita un primer misterio. En efecto, según las Escrituras, Jesús vino del cielo. Su historicidad como hombre que fue es hoy generalmente reconocida. No ocurre lo

[129] En Mateo 16:18, la palabra «roca» traduce el griego *petra. Es* el mismo término *petra* que Pedro emplea en 1 Pedro 2:7b.

mismo con su divinidad o con su relación con Dios. Presentamos este problema en nuestro libro *Descubriendo a Cristo*.[130]

12.2. Jesús es Dios

Si se acepta considerar la Biblia como inspirada por Dios (2 Timoteo 3:16), argumentos no faltan para entender la eterna divinidad de Cristo. «Dios cerca de Dios», participó activamente en la creación. Pero un patético drama trastornó la obra divina. Queriendo tomar el lugar de Dios, el hombre rompió el lazo vital que lo unía al Creador. Así, el sufrimiento y la muerte irrumpieron en el mundo. Pero el Padre y el Hijo concibieron un plan de salvación, el Hijo debía quitar la gloria del cielo y venir con los hombres, revestido de su misma naturaleza, con todas sus debilidades.

12.3. Jesús es hombre como nosotros

Sin perder jamás su esencia divina, Jesús, sin embargo, recibió de María una naturaleza humana caída. Tras su encarnación, estuvo sometido a todas las tentaciones. La última y la más infernal fue su crucifixión. Tratamos este difícil tema, pero de suma importancia, en otro libro, titulado *Le mystère de la croix*.[131]

12.4. Jesús sirve de unión entre Dios y los hombres

Tenemos el propósito ahora de ayudar al lector a entender mejor *por qué* vino Jesús. Demasiados cristianos piensan aún que vino para morir en la cruz. Escándalo insostenible para unos, su muerte sería para otros la causa única y suficiente para nuestra salvación. Desde este punto de vista se corre el riesgo de menospreciar ciertos aspectos determinantes del Evangelio. El primero es que fue restablecida, gracias a Jesús, la unión vital entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra. Desde entonces, el cristianismo presenta la ventaja incontestable y preciosa de estar fundado en un hecho histórico. La creencia en el más allá no es un sueño insensato sino una teoría racional.

---

[130] Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo*, *op. cit*.

[131] Georges STÉVENY, *Le mystère de la croix*, *op. cit*.

12.5. El Antiguo Testamento prepara su venida

El Antiguo Testamento tiene el inmenso mérito de explicar al hombre de dónde viene y a dónde va. No estamos pues abandonados a una inevitable crisis existencial. Al respecto la experiencia de Jacob es sintomática. En el momento cuando se creyó más fuerte es cuando manifestó su desesperada debilidad. Con la complicidad de su madre, Rebeca, obtuvo de su padre, Isaac, la bendición que le aseguraba un maravilloso porvenir. Pero, amenazado de muerte por su hermano Esaú, Jacob debe huir, perdiendo instantáneamente todo lo que le era más precioso.

Llega a un sitio para pasar la noche y se acuesta invadido por la desesperación. Entonces, tiene un sueño sorprendente: «…una escalera apoyada en tierra, cuya cima tocaba los cielos, y vio que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Vio también que Yahvé estaba sobre ella y que le decía: "Yo soy Yahvé, el Dios de tu padre Abrahán y el Dios de Isaac. […] Y llamó a aquel lugar Betel» (Génesis 28:10-13,19, BJ).

Así, del seno de las tinieblas surge la luz. Y la iluminación de Jacob alcanza también la noche de todo hombre. No estamos abandonados en una tierra condenada a ir a la deriva. La escalera de Jacob, uniendo la tierra al cielo, revela que Dios está en relación estrecha con los hombres. Sea cual sea el lugar de nuestras pruebas, tiene un nombre *Betel*, «casa de Dios y puerta del cielo».

Desde el comienzo de su ministerio, cuando encontró a sus primeros discípulos, Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo; veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre» (Juan 1:51, BJ). En Jesucristo, el símbolo de la escalera se hace realidad. Jesús viene a buscar al hombre y arrancarlo de su noche. Por él, en el Betel donde me encuentro, tengo relación con Dios. Él es *Yehosua*,[132] el que salva y *Emmanuel*, por quien descubro al verdadero Dios más allá de toda proyección y suposición humanas.

[132] *Yehosua = Yah* salvará.

12.6. Su mensaje empieza por el llamamiento al arrepentimiento o kerygma

El *kerygma* es la proclamación de la gracia y el llamamiento al arrepentimiento (Mateo 4:17). A todos los que lo reciben y creen en él, Cristo les da poder de llegar a ser hijos de Dios (Juan 1:12). Es el misterio del nuevo nacimiento (Juan 3). Transformado, el hombre puede cumplir la voluntad de Dios, revelada en la *Torá* (Mateo 5:17).

Frente al mundo donde ha sido enviado por Dios, Jesús tiene una doble responsabilidad: denunciar su degradación, porque Satanás es el príncipe, y proclamar el amor de Dios, porque Dios es nuestro Padre. Jesús ha venido al mundo para un juicio. La luz que irradia su presencia lleva a todo hombre a una elección (Juan 9:39). Ha venido a traernos la vida. Solo hace falta que aceptemos caminar con él.

«…y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio» Juan 5:28,29, BJ). Virtualmente unidos desde ya al reino de Dios, se instalarán definitivamente en él en el momento la parusía. Entonces, «…brillarán… como las estrellas para siempre» (Daniel 12:3, BJ). Dios será todo en todos (1 Corintios 15:28).

12.7. Jesús da a conocer a Dios

El Salmo 23 es probablemente el que presenta el más bello retrato de Yahvé. «Yahvé es mi pastor…» El primer deber de un pastor palestino es el de encontrar buenos pastos. Ciertas regiones son áridas, otras están llenas de plantas venenosas, invadidas de víboras, llenas de chacales o hienas. El terreno bueno tiene que estar también regado por un río que corra lentamente; un agua estancada es insana, un torrente rápido es peligroso. Cada imagen cuenta.

«Yahvé es mi pastor…» Provee todas mis necesidades (23:1), me ofrece descanso y paz (23:2), me da un gozo desconocido por el mundo (23:3), me evita los falsos caminos (23:3b). De él recibo el valor (23:4), la protección, el confort y la vida (23:4-6).

Las imágenes más simples son las más elocuentes. Presentándose bajo los rasgos del buen pastor (Juan 10:14), Jesús describe con una palabra

lo esencial de su misión. Es el pastor que no deja de ir a buscar su oveja perdida. Sin forzar la imagen, podemos considerar nuestro planeta, minúsculo en el seno de incontables galaxias, como la oveja perdida que no quiere perder. Y no duda al decir: «El buen pastor da su vida por las ovejas» (Juan 10:11, BJ).

Buscando las ideas que son la fuerza de los evangelios, estamos irremediablemente conducidos a la cruz. He aquí ahora el momento de resumir cómo Jesús ve venir su crucifixión.

12.8. Jesús prevé su muerte

En primer lugar, viniendo entre los hombres, se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo, asumiendo semejanza humana (Filipenses 2:7). Esta solidaridad le permitió tomar la medida de la gravedad del mal que se vive aquí abajo. Ha llevado en él nuestros pecados y sufrimientos. Esto significa que ha tomado muy en serio liberarnos de los unos y de los otros. «… expulsó a los espíritus con una palabra, y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: *Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades*» (Mateo 8:16,17, cita de Isaías 53:4). Su vida y su muerte están inspiradas por el amor (Mateo 9:13; 12:7).

Además, al aceptar obedecer hasta la muerte, ha colmado el propósito de la justicia divina. Y como veremos más tarde, quitó todo poder al que tenía el dominio sobre la muerte, es decir, al diablo (Hebreos 2:14).

12.9. Jesús anuncia su muerte

Ha previsto una muerte violenta. Tras haberla evocado con imágenes –el esposo quitado, la copa que hay que beber, el rescate a pagar, la masacre de los viñadores–, Jesús lo anuncia claramente a sus discípulos en tres ocasiones. Jesús lo anuncia porque puede adivinarse que la muerte es inevitable.

12.10. El sentido de su muerte

La lucidez humana de Jesús bastaría para hacerle presentir la proximidad del drama.

> «La hostilidad de las autoridades religiosas de su pueblo, el abandono de las gentes decepcionadas por sus exigencias, la complicada situación política de la Palestina de su tiempo, lo conducían por lógica a la muerte. Sus propios discípulos, tan lentos para comprender, se daban cuenta del peligro (Marcos 10:32; Juan 11:8,16). Para él, como para los profetas, el profetismo consiste menos en describir el futuro que en darle un sentido.»[133]

12.11. «Escrito está»

Sin embargo, él se funda generalmente en las profecías cuando habla (Lucas 24:27).

12.12. Su hora ha llegado

Habría podido esconderse fácilmente entre los campamentos de peregrinos de la Pascua para escapar de la amenaza, pero no hace nada. Sabe que su hora ha llegado. La muerte tiene su lugar en su ministerio y él lo acepta sin dudarlo (Marcos 14:41,42; Mateo 26:45,46).

12.13. Su muerte pertenece al plan de salvación

Acepta esta muerte porque cree en su fecundidad para la salvación de los suyos (Juan 12:24,32).

12.14. Sin embargo, su muerte es un pecado

Sin embargo, él ve en ella un mal, un pecado, la última intervención de Satanás. Los que toman la iniciativa cometen un crimen (Juan 13:2,27; 19:11; Lucas 22:3). Antes de la pasión, ha denunciado a los verdugos de los profetas (Mateo 23:29-37), ha dejado ver su horror ante la traición de Judas (Marcos 14:18-21). En la cruz, Jesús ora a su Padre para que sean perdonados.

---

[133] Augustin GEORGE, *La mort du Christ*, *op. cit*., p. 49.

12.15. Pero de un mal, Dios hace salir un bien

Jesús sabe que su Padre incorpora esta muerte a su plan de salvación. Sirve de fundamento de la Nueva Alianza (Lucas 22:20). Está encargado de juntar al pueblo de Dios, a quien promete el Reino. Si él es la cabeza de la iglesia, la iglesia es su cuerpo, llamado a vivir en perfecta armonía con él. En consecuencia: «Él no muere en nuestro lugar sino encabezándonos, abriéndonos el camino de nuestra salvación.»[134]

12.16. La santa cena, fundamento de la Nueva Alianza

La santa cena es instituida por Jesús para ser regularmente celebrada en la vida comunitaria de la iglesia. Recuerda a la vez la muerte y la resurrección de Cristo (anamnesis). El servicio se acaba con cánticos que conmemoran el gozo pascual y exaltan el gozo de la liberación definitiva, la vida eterna. Viniendo a vivir entre nosotros la voluntad de amor de su Padre, Jesús viene a sellar la nueva relación de alianza entre Dios y los hombres. No es víctima del capricho de un tirano sino «primera cordada» de una humanidad donde la voluntad de Dios está definitivamente grabada. La *Torá* toma valor de revelación. Jesús no abole la ley; la sitúa a la luz del amor, de la misericordia y de la justicia. A la influencia de la *Razón* que nace en Grecia y al *Poder político* que edifica Roma, debemos a Jesús de Nazaret el *poder de la fe* en el Dios de amor.

[134] Augustin GEORGE, *La mort du Christ*, *op. cit.*, p. 52.

Tercera parte

La misión de Jesús en la iglesia apostólica

I. De la dispensación judía a la iglesia cristiana[135]

1. La consigna del Maestro a los apóstoles

El nombre de Jesucristo sobrepasa todo nombre. Su fama es universal. No hay ninguna religión o filosofía, incluida la más atea, que no experimente la necesidad de medirse con Él. Además, la obra que realizó con los hombres nos interpela a todos. Por lo tanto, lo que nos sitúa con firmeza bajo la perspectiva bíblica, lo primero que escuchamos a los profetas del Antiguo Testamento es la promesa de un Mesías. Es el corazón de su mensaje. Ungido por Yahvé, debe traer buenas nuevas a los infelices, curar a los que tienen el corazón roto, proclamar la liberación a los cautivos y a los reclusos la libertad (Isaías 61:1). Resumiendo, va a salvar a los hombres de la confusión en la que se mueven y va a restablecer la paz entre el cielo y la tierra.

Es evidente que su misión solo es posible gracias a su relación con Dios, Maestro de la historia. Por lo tanto, debe venir del cielo. Su misión conlleva un doble aspecto: uno es alegre y glorioso; el otro, al contrario, es sombrío y doloroso. Jesús debe sufrir antes de entrar en su gloria (Lucas 24:26). Efectivamente, vino a los suyos y estos, una gran mayoría, no lo reconocieron al no comprender que la cruz precede a la gloria. Aunque sea Dios quien termine la historia, deja a las naciones seguir sus propios caminos (Hechos 14:16).

Esta es la enseñanza que hemos encontrado en los evangelios. Jesús no ha cesado de predicar, de manera que «*El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido*» (Mateo 4:16, BJ). Su preocupación principal y constante es el llamamiento al arrepentimiento (*cf*. Marcos 1:38).

---

[135] *Cf*. Matthieu SCHYNS, *L'Église de Jérusalem*, prefacio de Maurice Gogel, (Bruselas: Librairie Évangélique, 1931).

Si escogió y consagró doce apóstoles es para que la predicación del reino no sea jamás interrumpida: «Yendo proclamad que el Reino de los Cielos está cerca» (Mateo 10:7, BJ). Su iglesia está edificada «…sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo…» (Efesios 2:20, BJ). Hemos visto que en el momento de dejarla, Jesús le confía la carga de llevar el Evangelio al mundo entero. Así queda establecida la iglesia por la propia intervención de Dios «Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (Isaías 49:6, BJ).

Según el sicólogo Xavier de Maistre, nada puede pasar por santo a los ojos de su ayuda de cámara. Jesús vivió más de tres años con sus apóstoles y compartió todo con ellos. Y estos hombres fueron los más entusiastas a la hora de predicar y testificar de la integridad espiritual de Jesús. Con sus llamados a la pureza y al amor, a través de los siglos y los continentes, Jesús no cesa de atraer los corazones a él, incluso a veces, los más endurecidos.

2. Los Hechos de los apóstoles

Veamos como se hizo el paso de la economía judía a la iglesia cristiana. El primer documento que hace referencia al respecto es el libro de los Hechos de los apóstoles, escrito por el evangelista Lucas, médico griego que fue uno de los preciosos colaboradores de san Pablo. Este libro cubre un período que va del año 31 al 62, fecha del final de la estancia de Pablo en Roma, donde pidió ser juzgado aprovechando su derecho de ciudadano romano.

Hombre culto y preciso en sus informes, Lucas fue testigo ocular de parte importante de los hechos que relata. Su libro fue publicado antes de que la mayoría de los actores muriesen. Su autenticidad queda así garantizada.

Los ocho primeros capítulos están dedicados a Pedro y a los doce, a Esteban y a sus discípulos y narran los hechos de la iglesia de Jerusalén. La segunda parte habla del desarrollo del Evangelio bajo el primer impulso de los discípulos de Esteban. La tercera parte describe los viajes mi-

sioneros de Pablo en países paganos. Y la cuarta y última parte está consagrada al cautiverio de Pablo en Cesarea y en Roma.

Notamos con admiración como las recomendaciones de Jesús fueron seguidas escrupulosamente. Los evangelios sinópticos acaban con la orden de misión confiada a los discípulos hasta el fin del mundo. El libro de los Hechos se abre con el llamamiento a los testigos: «…seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1:8, BJ). Y el Nuevo Testamento acaba con la proclamación del Evangelio eterno «…a los que están en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo» (Apocalipsis 14:6, BJ). No se puede mostrar con mayor evidencia el carácter absolutamente universal de la misión de Cristo y la sorprendente autoridad que acompaña a cada una de sus iniciativas.

3. Una lenta evolución

Conviene también insistir en el hecho de que no hubo una ruptura clara y brutal entre judaísmo y cristianismo. La primera comunidad era a la vez judía y cristiana. Pero pronto se desarrolló el movimiento helenista, un movimiento tolerante entre los judíos convertidos de origen griego. Esteban parece haber tenido un papel importante. Algunos años más tarde, en sentido contrario, aparece en Jerusalén una tendencia muy judaizante, contraria a la manera en que Pablo presentaba el Evangelio a los paganos. Los judaizantes exigían que los paganos convertidos se sometieran a la autoridad de las tradiciones del judaísmo y se circuncidaran.

4. El Pentecostés

El Pentecostés marcó un giro decisivo. Jesús había anunciado la venida de un «Consolador»[136] que lo sustituiría ventajosamente (Juan 16:5-15), el Espíritu Santo. Bajo su inspiración, un hombre miedoso y cobarde como Pedro se puso a predicar con un poder y una audacia totalmente inesperados. Toma la palabra para explicar y justificar la actitud de los discípulos afirmando que su entusiasmo era el resultado de la acción del

[136] «Consolador» es la traducción de la palabra griega *paraklétos* (Juan 14:16,26; 15:26; 16:7; 1 Juan 2:1), que significa literalmente: llamado de parte de. En el evangelio de Juan se traduce siempre por «consolador». Pero en 1 Juan 2:1, se ha traducido por «abogado».

Espíritu enviado por Dios conforme a las promesas de los profetas (Hechos 2:14-21).

Los cristianos debían también hacer frente a una grave objeción: ¿cómo pueden proceder tales cosas de alguien que ha sufrido el suplicio de la cruz? Según la ley judía, ¡el crucificado estaba maldito (Deuteronomio 21:23)! En tales condiciones, ¿se puede, sin blasfemar, ver al Mesías en alguien que ha muerto clavado en un madero? La respuesta de Pedro es concisa pero admirable. Está en perfecta armonía con las conclusiones que hemos sacado de los evangelios,

1. Los que han hecho morir a Jesús por manos impías son los culpables de la crucifixión.

2. Dios había previsto el crimen y lo había incorporado a su plan de salvación.

3. El Padre resucita a su Hijo ya que no merecía la muerte. En efecto, la muerte es la paga del pecado y Jesús jamás pecó.

4. Además, Cristo está a la diestra de Dios. «Sepa, pues, con certeza todo Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Hechos 2:22-36, BJ).

5. En consecuencia, es necesario arrepentirse y ser bautizado para perdón de nuestros pecados (Hechos 2:37-40).

5. Las señales de la presencia de Dios

Curiosamente, el entusiasmo del Pentecostés y la constitución de la primera comunidad cristiana no tuvieron una repercusión importante en Jerusalén. Lo que atrajo la atención sobre los doce fue la curación de un hombre cojo de nacimiento. Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración. Un inválido les pide limosna pero no tienen dinero. Lleno de compasión, Pedro le coge la mano y lo hace levantar en el nombre de Jesucristo. La gente reconoce al mendigo que estaba habitualmente en la puerta Hermosa y se agrupa alrededor de Pedro y de Juan, en el Pórtico de Salomón.

Desde entonces los apóstoles gozaron en Jerusalén de cierta fama. Pedro aprovecha la ocasión para hacer un nuevo llamamiento

> «Vosotros renegasteis del Santo y del Justo...; matasteis al jefe que lleva a la vida. Pero Dios le resucitó de entre los muertos; nosotros somos testigos de ello. […] Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os estaba predestinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal…» (Hechos 3:14-26, BJ).

Entonces vinieron los sacerdotes, el comandante del templo y los saduceos, descontentos con lo que enseñaban al pueblo. Al tener que hacer frente a una férrea oposición, Pedro reforzó su testimonio: «Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hechos 4:12, BJ). ¡Descubrir a Cristo es un privilegio que no puede perderse!

Una vez más, Dios tiende la mano a su pueblo. Pero los jefes no ven nada mejor que hacer que prohibir que se predique más en el nombre de Jesús. Pedro y Juan no dudan: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hechos 4:19,20, BJ). Esta actitud valiente nos da la medida de la fe de los primeros testigos y transmite a todo cristiano un deber absolutamente fundamental: hay que obedecer a Dios siempre antes que a los hombres, sean quienes sean. En cambio, hay que obedecer a las autoridades en la medida en que estas respeten la voluntad de Dios.

Dando testimonio de su Maestro, los apóstoles explican por qué creen en él y actúan en su nombre. Fundan así los elementos de una nueva doctrina basada en la persona de Jesús. Dios ha dado testimonio a través de las señales que él manifestó. Respecto a su muerte, es por ignorancia que los jefes lo han condenado (Hechos 3:17). Sucumben a la influencia de Satanás pero no pueden impedir que el plan de Dios se cumpla. La prueba es la resurrección. La muerte no puede vencer al Justo. Jesús es, sin duda, el Mesías prometido por Dios, el Rey de Israel y el Servidor glorificado.

Cuando Jesús empieza a predicar, había muchos predicadores religiosos que agitaban el ambiente y amenazaban al poder romano. ¡Sin éxito! Pero la divinidad de la misión de Cristo era puesta en evidencia a través de los milagros que hacía. Se cuentan en los evangelios veintisiete relatos de milagros de toda clase: sanaciones, exorcismos, tormentas que se cal-

man, desórdenes de la naturaleza dominados, panes y peces multiplicados, resurrecciones… El poder sobrenatural de Cristo no podía ponerse en duda.

Desde el comienzo de la acción apostólica, la divinidad de su ministerio se pone en evidencia. Como en los evangelios, el libro de los Hechos está plagado de hechos extraños, inexplicables sin la intervención sobrenatural de Dios. ¿Cómo un joven desconocido, sin cultura, pudo en poco más de tres años dejar en el mundo una marca que no ha parado de extenderse y crecer tras dos mil años? Y es que, no solo con su vida y enseñanza dejó al mundo la imagen más pura e ideal del hombre, tal como debería este ser, sino que ofreció a todos el maravilloso poder de crecer y parecerse a él cada vez más.

A través de él podemos ir al Padre (Juan 14:6) y llevar los frutos de la fecunda unidad del hombre con Dios (Juan 15:16) hasta el punto de participar de la maravillosa unidad del Padre y del Hijo (Juan 17:20-23). Luego, ¿cómo extrañarse de que el libro de los Hechos de los apóstoles esté también, repleto de relatos milagrosos? El apóstol Pablo cita de nuevo la importancia de los milagros en su ministerio:

> «Pues no me atreveré a hablar de cosa alguna que Cristo no haya realizado por medio de mi para conseguir la obediencia de los gentiles, de palabra y de obra, en virtud de signos y prodigios, en virtud del Espíritu de Dios, tanto que desde Jerusalén y su comarca hasta Iliria he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo» (Romanos 15:18,19, BJ).

Otra vez, escribiendo a los corintios, aún es más preciso: «Las características del apóstol se vieron cumplidas entre vosotros: paciencia perfecta en los sufrimientos, signos, prodigios y milagros» (2 Corintios 12:12, BJ). Además, el autor de la epístola a los Hebreos confirma: «…testificando también Dios con signos y prodigios, con toda suerte de milagros y dones del Espíritu Santo repartidos según su voluntad» (Hebreos 2:4, BJ).

Todos estos milagros que la Biblia testifica culminan en el de la resurrección de Jesucristo. Pedro no cesa de repetirlo.[137] El apóstol Pablo

[137] Hechos 2:24,32; 3:15; 4:33; 5:30; 10:40; 1 Pedro 1:3; 3:21.

insiste también.[138] A través de la resurrección de su Hijo, el Padre ha coronado su poder divino de manera fulgurante.

6. El judeocristianismo y los helenistas

Convenimos en llamar judeocristianismo a la religión de la iglesia primitiva en Jerusalén. Era la unión inocente de la piedad judía, la del Templo y la de la ley, con una piedad nueva, inspirada en la persona de Jesús. A pesar de la dificultad de romper con la tradición, los apóstoles, sin embargo, inauguraron una vía espiritual original porque el Espíritu Santo había hecho nacer en sus corazones predisposiciones totalmente nuevas. Pero todavía imbuido en el judaísmo, el cristianismo corría el riesgo de convertirse en un movimiento particular dependiente del destino del pueblo judío. Para cambiar la orientación de la fe faltaba una nueva inspiración únicamente fundada en la persona de Cristo.

Tras haber ganado para Cristo judíos palestinenses, los apóstoles bautizaron también judíos provenientes de la diáspora, llamados *helenistas*. Uno de ellos, Esteban, murió lapidado bajo la acusación de blasfemia contra Moisés y contra Dios. Convencido de la autonomía del Evangelio, Esteban rompió con el judaísmo. Le siguió una violenta persecución porque el judaísmo debía reaccionar. Y aquí aparece por primera vez Saulo de Tarso, el perseguidor feroz e implacable de los discípulos de Cristo.

La persecución de Esteban propició la dispersión de sus partidarios escondidos en Jerusalén. Felipe se fue a predicar a Samaria. Otros encontraron refugio en Antioquía, capital de Siria, y fundaron una iglesia que más tarde se convirtió en un centro importante de las misiones en tierras paganas.

[138] Hechos 13:37; 17:31; Romanos 4:24; 8:11; 10:9; 1 Corintios 6:14; 15:15; 2 Corintios 1:9; 4:14; Gálatas 1:1; Efesios 1:20; 2:6; 1 Tesalonicenses 1:10…

7. La puerta abierta a los paganos: Pedro y Pablo

Pedro fue elegido por Dios para abrir la puerta de la conversión a los paganos. Este comienzo era tan delicado e importante que Dios hizo intervenir a los ángeles para probar el origen divino de tal evolución. Un centurión romano llamado Cornelio de la cohorte Itálica estaba en Cesarea. Aunque pagano, este hombre era piadoso. Temía a Dios y hacía mucho bien a su alrededor. Un día tuvo una visión. Un ángel le sugiere ir a buscar a Pedro a Jope.

Simultáneamente, Pedro recibe también una visión destinada a borrar sus tenaces prejuicios para ir al encuentro de los paganos.[139] Mientras tanto, llegan los servidores de Cornelio y Pedro se va con ellos. En casa de Cornelio anuncia el ministerio de Jesús, su muerte y su resurrección y el Espíritu Santo desciende sobre los que lo escuchan. Cornelio y su familia fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús (Hechos 10).

De regreso a Jerusalén, Pedro tuvo que enfrentarse con la oposición de los hermanos de Judea (Hechos 11:1-18). Sin embargo, finalmente impresionados por lo que había pasado, «…glorificaron a Dios diciendo: "Así pues, también a los gentiles les ha dado la conversión que lleva a la vida."» ¡Esto fue más significativo que la caída del muro de Berlín!

¡No es una exageración suponer la importancia que este giro tuvo en la historia de Israel! Tras el judeocristianismo: 1) Los helenistas contribuyeron poderosamente a la expansión del cristianismo. 2) Pedro fue elegido para abrir la puerta a los incircuncisos. 3) Enseguida, algunos helenistas de Chipre y de Cirene llegados a Antioquía se pusieron también a predicar a los griegos. 4) Habiendo sido informados, los apóstoles de Jerusalén enviaron a Antioquía a Bernabé, originario de Chipre. Al llegar, estuvo feliz al constatar la obra de la gracia de Dios. Enseguida se le ocurrió la idea de ir a buscar a Saulo a Tarso. 5) Efectivamente, un milagro se había producido en la vida de este hombre que había dado su voto a la muerte de Esteban y que tras esta muerte, respirando aún la

[139] Pedro vio un cesto en el que se encontraban animales puros e impuros, simbolizando los judíos (puros) y los paganos (impuros). Una voz le dice: «…sacrifica y come». Esto ocurre hasta tres veces. Y Pedro entiende que Dios no hace acepción de personas. El evangelio es ofrecido a todos.

amenaza y el asesinato, buscó al sumo sacerdote para obtener más órdenes de arresto contra los cristianos de Damasco (Hechos 9:1,2).

Pero en el camino se le apareció Jesús bien vivo. En un instante todas sus cóleras desaparecen. Y también los prejuicios. Vivo, Jesús había realmente vencido a la muerte. ¡Esto no podía venir más que de Dios! Ahora, solo una cosa contaba para el hijo de Abraham: «Señor ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 9:6, RVR95). Tocado por el amor de Cristo (2 Corintios 5:14), ya solo vivía para participar en su obra (Colosenses 1:24). Inmediatamente se puso a testificar. Pero no se borra la reputación en un día. Tras dos tentativas de evangelizar en Damasco, el fariseo convertido fue obligado a volver a casa, a Tarso. Pasados diez años tras su conversión fue llamado a Antioquía y emprendió su primer viaje misionero con Bernabé y Juan Marcos, bajo la influencia del Espíritu Santo.

Aquí comienza una nueva fase de la obra apostólica emprendida bajo la demanda formal de Cristo y del Espíritu Santo (Hechos 13:2). Habiendo atravesado la isla de Chipre y llegado a Pafos, Saulo es llamado Pablo por primera vez. San Agustín piensa que Saulo deseaba cambiar su nombre tras su conversión. Saulo es la traducción griega del hebreo *Shaul*, el Deseado. Al contrario, *Paulus,* en latín, significa Pequeño. El apóstol habría pues cambiado su nombre por humildad.

Hay otra explicación que parece más probable. Desde su infancia, Pablo habría recibido dos nombres, uno recordando su origen judío y que había usado mientras vivía en Palestina; el otro, su nombre latino que debía tener como ciudadano romano y que toma para su misión en el seno del mundo griego. No es imposible asociar ambas explicaciones. Sea la explicación que sea, después de Pafos, usa siempre su nombre latino: Pablo (Hechos 13:9).

Pablo tenía mucho cuidado en predicar primero a los judíos. A donde iba, primero buscaba la sinagoga. Desgraciadamente, aunque la acogida fuera generalmente calurosa, el ambiente cambiaba rápidamente al oír el mensaje. Pablo y Bernabé tomaron una resolución importante. Oigámosles:

> «Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os consideráis

> dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles. Pues así nos lo ordenó el Señor:
> *Te he puesto como la luz de los gentiles, para que tú seas la salvación hasta el fin de la tierra*» (Hechos 13:46,47, BJ).

8. ¿Cuál es el Evangelio para los paganos?: De Jerusalén a Antioquía

Semejante decisión parece simple y lógica. Sin embargo, se necesitó mucho tiempo. ¿Qué había que predicar a los paganos? ¿Había que hacerlos judíos aceptando a Jesucristo a la manera de los judaizantes? ¿Era esa la voluntad del Señor? ¡Pero el propio Jesús había reaccionado contra un aspecto demasiado formalista del judaísmo que no gustaba a todo el mundo! El problema, como podemos ver, era espinoso.

Bernabé y Pablo tomaron otra dirección. Juzgaron inútil imponer a los paganos la circuncisión y todo el ritual del cual ella era señal. Pero, ¿era el camino correcto? Hombres venidos de Judea enseñaban a los hermanos diciendo: «Si no os circuncidáis conforme a la costumbre mosaica, no podéis salvaros» (Hechos 15:1, BJ). Hubo que hacer frente a una verdadera crisis. «Se produjo con esto una agitación y una discusión no pequeña de Pablo y Bernabé contra ellos…» (Hechos 15:2, BJ).

Convencidos que el Evangelio era privilegio de Israel, los hermanos de Judea no podían admitir la conversión de los paganos sin la condición de que se hiciesen judíos por la circuncisión. Por el contrario, los creyentes de Antioquía pensaban que el Evangelio pertenecía también a los paganos, independientemente del judaísmo. Para ellos, los neófitos de origen pagano no tenían que aceptar el yugo de las tradiciones judías. Dos tendencias convivían: la judeocristiana en Jerusalén, representada por la circuncisión y la pagano-cristiana en Antioquía que rechazaba la circuncisión.

En tales circunstancias, la única solución residía en el estudio, la meditación y la oración. Hay que aprender a escuchar al otro y todos juntos, buscar el consejo del Espíritu Santo. Tal fue la sabia elección de los apóstoles. Se organizó una especie de concilio en Jerusalén, en el año 49.

9. El concilio de Jerusalén y los falsos hermanos

Pablo, Bernabé y algunos amigos fueron invitados a subir a Jerusalén junto con los apóstoles y los ancianos con la orden de representar a la iglesia de Antioquía. Atravesando Fenicia y Samaria, explican la conversión de los paganos, produciendo mucho gozo en los hermanos que los escuchaban. Esto prueba la importancia que se concedía a la solidaridad entre las iglesias. Llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia, los apóstoles y los ancianos (He15:4). El concilio se juntó y se produjo una viva discusión (Hechos 15:6,7), dando la oportunidad a todos de defender su causa.

Pero el título de «cristiano» no basta para cambiar al hombre. Pablo denuncia «…falsos hermanos que solapadamente se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, con el fin de reducirnos a esclavitud…» (Gálatas 2:4, BJ). En tales circunstancias, hizo falta valor y tacto para responder a las expectativas de Dios.

> «…ni por un instante cedimos, sometiéndonos –dice Pablo–, a fin de salvaguardar para vosotros la verdad del Evangelio [...], en todo caso los notables nada nuevo me impusieron. Antes al contrario, viendo que me había sido confiada la evangelización de los incircuncisos, al igual que a Pedro la de los circuncisos [...], y reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé, para que nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos» (Gálatas 2:5-10, BJ).

10. Un rudo combate

Convengamos que hubo un gran conflicto donde Pablo se mostró irreductible afín que la pureza del Evangelio fuera puesta en su justo valor.

El libro de los Hechos presenta únicamente las conclusiones de la discusión (Hechos 15). Pedro se levantó para declarar que el propio Dios le había revelado la legitimidad de la evangelización de los paganos. El presidente de la asamblea, Santiago, hermano de Jesús, se apoyó en una declaración del profeta Amós (9:11) para justificar la conversión de los paganos. Sin embargo, pidió que los pagano-cristianos se abstuvieran de

los alimentos a los ídolos, de ser deshonestos, de los animales ahogados y de la sangre. La asamblea, tras orar, aprobó este consejo. En consecuencia, se escribió una carta que fue enviada a los hermanos de Antioquía, solicitándose la intervención del Espíritu Santo (Hechos 15:28).

Y para demostrar que la reconciliación había sido completa, Lucas añade que Judas y Silas fueron elegidos delegados de los apóstoles para ir a Antioquía, leer la carta a la iglesia y comentarla. Además, Judas y Silas, que eran profetas, los exhortaron y los fortalecieron con varios discursos. Los hermanos se alegraron con los ánimos que recibieron (Hechos 15:30-33). «Sin embargo, a Silas le pareció bien quedarse allí» (Hechos 15:34, RVR95), lo que demuestra que no estaba del todo tranquilo ante dicha situación.

De hecho, los judíos apenas entendían que todos los sacrificios ceremoniales a los que estaban profundamente atados no tuvieran ya ningún sentido. Los símbolos se habían cumplido definitivamente en Cristo. En consecuencia, las ceremonias que lo prefiguraban habían perdido su razón de ser. Lo que anunciaban había llegado; ya no había nada que predecir. Además, la vida comunitaria de los cristianos llegados del judaísmo y de los que venían del paganismo, corría el riesgo de producir graves tensiones a causa de las grandes diferencias en la vida práctica, particularmente en las prácticas alimentarias.

La carne consumida por los paganos provenía de animales ahogados y contenía sangre. El consumo de sangre estaba estrictamente prohibido a los judíos porque representa la vida que solo pertenece a Dios (Levítico 3:17; 7:27; 17:10-14). Además de este significado religioso, tenemos también razones científicas hoy para comprender tal prescripción. Los mandamientos tenían también un fin sanitario. No hemos tenido jamás hasta hoy tantas razones sólidas para tomar en serio las decisiones tomadas entonces.

11. El compromiso de Pedro

Desgraciadamente, los judíos sectarios de la metrópoli consideraban una relajación la nueva actitud adoptada respecto de las leyes ceremoniales. Jerusalén y Antioquía no vivían en perfecta armonía. Pablo no duda

en decirlo. Un día Pedro va a Antioquía y se gana las simpatías observando las decisiones del concilio. Animado con sentimientos fraternales, se complace participando en sus ágapes. ¿Los creyentes de Antioquía no eran, como él, discípulos de Jesús?

Llegan de Jerusalén personas enviadas por Santiago. Inmediatamente, Pedro se aparta por temor a los judíos. Otros, como Bernabé, «disimularon» llevados por «la hipocresía». Entonces, el apóstol Pablo interviene y reprende abiertamente a Pedro. «Pero en cuanto vi que no procedían rectamente, conforme a la verdad del Evangelio, dije a Cefas en presencia de todos: "Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?» (Gálatas 2:14, BJ).

Estaba claro, Pedro y sus amigos de Jerusalén de paso por Antioquía, habían obviado las leyes ceremoniales judías abolidas por la decisión del concilio. Pero tras haberse liberado de prejuicios judíos, Pedro se dejó llevar por sus antiguas costumbres, por temor a las críticas. En su intervención, Pablo hace referencia a las decisiones del concilio. Lo que reprocha es la falsedad, la duplicidad.

> «Este incidente de Antioquía merece ser tenido en cuenta porque aclara una característica de la mentalidad de Pedro. Hasta su llegada a Antioquía, durante su ministerio en Jerusalén, había sido un sincero judeocristiano, unido sin duda alguna a la persona de Jesús y al mismo tiempo fiel a las tradiciones judías. En Antioquía, parece liberarse de sus antiguas ataduras. Sin embargo, tal liberación es aún precaria; es más bien el resultado de una adaptación al medio; en efecto, la sola presencia de los emisarios de Judea hace que recaiga en sus antiguos prejuicios.»[140]

12. La fe y las obras

El paso de la Antigua Alianza a la Nueva costó serios esfuerzos al apóstol Pablo. Estando en Éfeso durante su tercer viaje misionero, supo que algunos judaizantes habían emprendido una campaña de calumnias contra él en Galacia. Afirmaban que el Evangelio de Pablo era de origen puramente humano (Gálatas 1:11,12). Su mensaje era contrario a la verdad (Gálatas 2:16) y, en consecuencia, peligroso (Gálatas 5:13).

[140] Matthieu SCHYNS, *L'Église de Jérusalem, op. cit.*, p. 74.

Según los judaizantes, la salvación dependía de la obediencia a la ley. No olvidemos que para ellos, la Ley-*Torá* no era otra que el contenido del Pentateuco entero, los cinco primeros libros de la Biblia atribuidos a Moisés. Pablo, que conocía las leyes de memoria, había entendido el peligro inherente al formalismo. La fidelidad a las leyes ceremoniales revelaba una esclavitud a ceremonias que no tenían ya ningún sentido tras su cumplimiento en Jesucristo. Los judaizantes actuaban como si Jesús no hubiera venido. Porque, «…la ley fue nuestro pedagogo hasta Cristo; para ser justificados por la fe. Más, una vez llegada la fe, ya no estamos bajo el pedagogo» (Gálatas 3:24,25, BJ).

En ausencia de un ser amado, uno se complace contemplando su foto. Cuando está presente, su foto ya no nos es útil. El ser amado podría incluso ofenderse si la foto hiciera olvidar su presencia. Este es el primer aspecto del combate de Pablo contra los judaizantes. La fe nos une al Cristo viviente y no a ceremonias estériles.

Además, su teología comporta un aspecto más importante aunque mucho más sutil. El apóstol de la Nueva Alianza sabe que, si la circuncisión no es nada, «…lo que importa es el cumplimiento de los mandamientos de Dios» (1 Corintios 7:19, BJ). Cristo no ha venido para abolir los mandamientos de Dios. Su venida no ha cambiado los principios de la vida y las leyes de las que dependen. La ley de la gravedad es la misma después de Jesús que antes de Jesús. Y lo que es verdad para las leyes cósmicas, también lo es para las leyes espirituales condensadas en los Diez Mandamientos salidos de la mano de Dios (Éxodo 31:18; 32:16).

Pero aquí hay una trampa para el creyente. Consiste en creer que la salvación depende de nuestra obediencia y que nuestra obediencia depende de nuestra voluntad. Si este fuera el caso, nadie podría esperar alcanzar la eternidad en el Reino de Dios porque «*No hay quien sea justo, ni siquiera uno*» (Romanos 3:10, BJ). Bajo esta mirada, el creyente vive en tensión permanente entre el desespero frente al fracaso y el orgullo en la ilusión del éxito (Lucas 18:11,12). El Evangelio predicado por Pablo es claro: «…conscientes de que el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las

obras de la ley, pues por las obras de la ley *nadie será justificado*» (Gálatas 2:16, BJ).

Las obras de la ley a las que Pablo hace alusión no implican solo la observancia de los ritos ceremoniales judíos, sino también una cierta manera de observar los Diez Mandamientos de Dios. Los fariseos obedecían estos mandamientos cuando fueron acusados por Jesús de parecer sepulcros blanqueados (Mateo 23:27).

Un ejemplo dramático puede ilustrar esto. Cuando Jesús fue entregado por Judas era la víspera de un *sabbat* especial. Primero, era el séptimo día de la semana, memorial de la creación (Éxodo 20:11) y de la liberación de Egipto (Deuteronomio 5:15). Pero este *sabbat* era también la famosa fiesta anual de la Pascua (Levítico 23:5), celebración sagrada del Éxodo.

«Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado –porque aquel sábado era muy solemne–[141] rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran» (Juan 19:31, BJ). Cuando las piernas se rompían, los condenados no podían levantarse más para liberar el pecho y tomar un poco de aire. Está claro, los judíos querían acelerar la muerte de los crucificados para evitar transgredir el *sabbat*.

Es pues posible observar los mandamientos de Dios teniendo el corazón devorado por el odio. Pablo lo sabía bien por su recuerdo lacerante de la época cuando perseguía a los cristianos. Como Nicodemo, tuvo que aprender la regla de oro de toda vida espiritual auténtica: morir al yo y renacer en Cristo. «…Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo[142] en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios, pues si por la Ley viniera la justicia, entonces en vano murió Cristo» (Gálatas 2:19-21, RVR95).

---

[141] La palabra griega traducida por «preparación» significa también «viernes».

[142] «…lo que ahora vivo…» La primera persona describe la condición cristiana en general, tal como la entiende, y no su experiencia individual. No se trata de un estado espiritual excepcional reservado a los místicos (*cf.* Pierre BONNARD, *L'Epitre de Saint Paul aux Galates,* París: Delachaux et Niestié, 1953, p. 56).

¡Qué extraña afirmación: dentro del creyente no vive más el hombre! ¿Qué quiere decir? Primero, que el creyente no depende más de sí mismo y de la ley para asegurar su felicidad eterna; no es su yo el que se presenta ante Dios. Dios no ve más a este hombre tal como es en su soledad legalista, sino como un hombre por el que Jesús se dio. Dios ve a Jesús vivir en mi lugar, en la medida en que por la fe, yo sigo unido a él. Este es el secreto del Evangelio al cual tendremos ocasión de volver.

Los judaizantes de ayer y hoy no han entendido hasta qué punto la ley puede estar viciada. «Porque el pecado, aprovechándose del precepto, me *sedujo*, y por él, me dio muerte» (Romanos 7:11, BJ). Para explicar esto no basta decir que somos tentados por lo que está prohibido. No necesitamos la Revelación para saberlo. Los filósofos lo dijeron en la Antigüedad. Lo que Pablo recibió «…por revelación de Jesucristo» (Gálatas 1:12, BJ),

> «…el pecado toma vida en nuestro esfuerzo de obediencia, y alcanza su último grado de gravedad con nuestra tentativa de cumplir la ley de Dios. No es la en la medida en que quiero transgredir la ley de Dios, sino en la medida en que deseo cumplirla, donde radica el poder del pecado. Es en la medida en que quiero hacer el bien que el mal se ata a mí y me hace cautivo.»[143]

¡Curiosa paradoja!

13. La cuerda floja: Fe y obediencia

Caminamos aquí sobre una cuerda floja. El abismo está a los dos lados. Podemos naufragar con facilidad. De un lado está el extremo judaizante, el cual Pablo ha sufrido intensamente y que consiste en hacer depender la salvación de los esfuerzos humanos para obedecer. Por otro lado está el extremo laxista, que consiste en rechazar la ley en nombre de la fe. El catolicismo tiene tendencia a seguir a los judaizantes, mientras que los protestantes, en general, descuidan la ley, acusando de legalismo a los que la toman en serio. El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer denunció este concepto como gracia barata.

[143] Roland DE PURY, *Ton Dieu règne* (París: Delachaux et Niestié, 1946), p. 10.

En verdad, solo la gracia de Dios nos puede salvar. «Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres…» (Tito 2:11, BJ; 1 Timoteo 2:4; Hechos 20:24). Esta gracia comporta el olvido del pecado (Hebreos 8:12); pero además:

> «…que nos enseña a que renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente, aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo; el cual se entregó por nosotros a fin de *rescatarnos de toda iniquidad*...» (Tito 2:12-14, BJ).

Qué importante y reconfortante es disfrutar de ambos aspectos de la gracia. La gracia que perdona y la gracia que realiza en nosotros «…el querer y el obrar» (Filipenses 2:13, BJ). Cuando Pablo habla del pecado da la impresión que lo personifica: el pecado entra en el mundo (Romanos 5:12); el pecado reina para traer muerte (Romanos 5:21); que el pecado no reine en vuestro cuerpo (Romanos 6:12); el pecado no volverá a dominaros (Romanos 6:14)… Es evidente que el pecado conlleva un poder que contiene un verdadero veneno mortal. Solo Dios puede librarnos de él. Para ello es necesario que tengamos fe, la fe que une a Cristo. Debemos experimentar el nuevo nacimiento para que Cristo pueda vivir en nosotros.

Por lo tanto, Pablo puede escribir: «Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley» (Romanos 3:28, BJ), porque sabe que la fe engendra una obediencia fecunda. Cuando Santiago escribe que «…el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente» (Santiago 2:24, BJ), da la impresión que contradice a Pablo. Pero solo es una impresión. Ciertamente no somos salvados por nuestras obras. La Biblia es clara al respecto.[144] Pero las buenas obras forman parte de una relación auténtica e indispensable con Cristo.[145] Si nos hemos injertado en Cristo por la fe (Romanos 6:5) recibimos una energía vital que nos transforma por dentro (Romanos 8:29). El Evangelio es poder de salvación (Romanos 1:16). Nuestras obras, o sea nuestra manera de vivir, constituyen entonces la señal de la autenticidad de nuestra fe.

---

[144] Gálatas 2:16; Efesios 2:8,9; Romanos 4:2,4,5; 9:31,32; 11:6.

[145] Efesios 2:10; Mateo 5:16; Santiago 2:20.

Es desde este punto de vista que Santiago declara que el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente. Cuando Dios nos previene que seremos juzgados según nuestras obras, no suprime el Evangelio de la gracia que trabaja con dificultad en nosotros, sino que toma como aval los frutos que la gracia ha producido. El apóstol Pablo resume todo su pensamiento al respecto cuando escribe a los Gálatas: «…porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6, BJ). El texto original dice literalmente: «…la fe obrante por el amor.»[146]

Al contar la parábola del sembrador, Jesús mostró el peligro de la cizaña en medio del grano bueno. Pablo vivió esa dolorosa experiencia. Los Gálatas se volvieron hacia otro Evangelio (Gálatas 1:6-10). El judaísmo con sus ceremonias se parecía mucho a las religiones místéricas que los gálatas habían abandonado para seguir a Cristo. Y así, la ruptura con las tradiciones religiosas del entorno encontraba una compensación con la integración en la tradición judía. Las ceremonias judías recordaban mucho las fiestas de sus antiguas creencias. Esto explica el éxito de los predicadores itinerantes venidos de Jerusalén. Este giro espiritual hizo mucho daño al apóstol Pablo.

14. Los judaizantes en Corinto

De Asia, los judaizantes pasaron a Grecia para continuar su campaña. Esta vez atacaron sobre todo a la persona de Pablo. Decían que el apóstol ni era justo ni era sincero. Que no era el mismo cuando estaba lejos que cuando estaba cerca. Cuando escribía que cuando hablaba. Enérgico en la distancia, estaba falto de autoridad cuando estaba presente (2 Corintios 11:5,13; 12:11). Lo calumniaron acusándolo de duplicidad (2 Corintios 10:2,10), de astucia (2 Corintios 12:16), de actuar por interés (2 Corintios 11:7; 12:13).

Y sobre todo, niegan su cualidad de apóstol. Ha usurpado un ministerio que no le pertenece (2 Corintios 11:23). Solo es un resentido (2 Corintios 13:5,6). La situación era tan grave que Pablo tuvo que ir a Grecia

[146] Romanos 3:28: «sin las obras de la ley» = *chôris ergôn nomou.* Gálatas 5:5: «la fe obrante» = *pistis energoumenê.*

para defenderse. Incluso sostuvo una afrenta pública (2 Corintios 2:5; 7:12). Afortunadamente, los judaizantes acabaron siendo vencidos gracias a la intervención enérgica de Tito. Los corintios reconocieron sus errores y el apóstol les escribió una carta llena de emoción para celebrar la reconciliación.

Las epístolas de Pablo a los Gálatas y a los Corintios permiten comprender la mentalidad de la iglesia de Jerusalén. Los judaizantes emprendieron una contra-misión para comprometer la obra de Pablo e imponer a los pagano-cristianos la fidelidad a las costumbres de Moisés. Tras haber sido simplemente judeocristiana, la comunidad pasa a ser judaizante, considerando el judaísmo la condición necesaria del cristianismo. Afortunadamente la crisis duró poco, probablemente entre los años 55 al 57. Escrita en este momento, la epístola a los Romanos presenta una exposición magistral e irénica de la teología cristiana.

A menudo se dice que combate la obediencia en nombre de la fe y de la gracia. Este juicio es completamente inexacto. El llamamiento a la obediencia la atraviesa de parte a parte.[147] Pablo no combate la obediencia, sino la obediencia peligrosa que procede de la voluntad humana y aboca en el orgullo, en la autosuficiencia. Lo que él llama la obediencia de la ley que engendra el legalismo tan temido por Jesús. Sustituye la obediencia de la ley por la obediencia de la fe. (Romanos 1:5) Esta procede de nuestra comunión con Cristo. Es entonces cuando Dios realiza en nosotros «…el querer y el obrar» (Filipenses 2:13, BJ). La transformación parte del interior para alcanzar el exterior. Lo de fuera refleja lo de dentro con perfecta autenticidad. Tal es la verdadera gracia a la que tenemos acceso por la fe. Esta gracia tiene un precio porque engendra la transformación esperada por el Señor.

15. ¡Por fin la iglesia!

Estas referencias muestran que la historia del cristianismo no empezó con una unidad pacífica, en perfecta armonía. Se levantaron algunos movimientos que le hacían la competencia con controversias confesionales importantes. Tras la muerte y resurrección de Jesús, sus adeptos se

[147] Romanos 1:5; 2:13; 3:31; 6:17; 7:12; 8:4; 13:8,10; 15:18; 16:26.

reunieron en varios movimientos. Los historiadores distinguen al menos cuatro: el judeocristianismo jerusalemita (los apóstoles), el judeocristianismo helenista (Esteban y Felipe), el judeocristianismo palestinense misionero que se reagrupó en Antioquía y la misión con los paganos, al marchar de Antioquía (Bernabé y Pablo).

Y así se formó la iglesia cristiana, edificada desde lo alto del cielo por Jesucristo (Mateo 16:18), reteniendo del judaísmo su meollo sustancial, al que hemos llamado profetismo, y abandonando el clericalismo con todos sus ritos ceremoniales. Esta es la Nueva Alianza fundada por Jesucristo, liberada de los «…dones y sacrificios incapaces de perfeccionar en su conciencia al que da culto, y sólo son prescripciones carnales que versan sobre comidas y bebidas y sobre abluciones de todo género, impuestas hasta el tiempo de la renovación» (Hechos 9:9,10, BJ).

16. La Nueva Alianza y la ley

Hay que hacer un alto aquí para intentar precisar el papel de la ley en la vida del cristiano. Hay una fuerte tendencia a contraponer el Evangelio y la ley. Jesús no se opone jamás a la ley, sino a la manera cómo la tratan los escribas y los fariseos. «La Ley y los Profetas» es una expresión corriente para definir el conjunto de las relaciones de Dios con su pueblo, de las que la Biblia es la expresión escrita. La palabra *ley* aparece sin cesar en la Biblia. Está llena de preceptos de toda clase. ¿Qué debemos hacer como cristianos? En un estudio riguroso, Erwin Ochsenmeier, director académico del Instituto Bíblico Belga,[148] recuerda muchas teorías propuestas al respecto.

1. «Todos los mandamientos del Antiguo Testamento siguen vigentes a menos que estén explícitamente revocados por el Nuevo Testamento.» Es fácil entender que este principio no es realista. Por ejemplo, leemos en el Antiguo Testamento: «No…, ni recortéis los bordes de vuestra barba» (Levítico 19:27, BJ). Ningún creyente sensato tiene en cuenta esta orden que jamás ha sido suprimida.

[148] Erwin OCHSENMEIER, Director Académico del Instituto Bíblico Belga, en *Le Maillon,* julio 2000, pp. 5, 6.

2. «Todos los mandamientos del Antiguo Testamento son revocados a menos que estén explícitamente reafirmados en el Nuevo Testamento.» Esta propuesta es más seria. Sin embargo, encontramos en el Antiguo Testamento recomendaciones válidas que no están reafirmadas en el Nuevo Testamento. Como ejemplo podemos citar las advertencias contra el ocultismo (Levítico 19:26,28,31; Deuteronomio 18:9-12). Jamás se han contradicho y siguen teniendo todo su valor. El ocultismo es muy peligroso.

3. «La moral del Antiguo Testamento sigue vigente, la ley civil y ceremonial está revocada.» Erwin Ochsenmeier piensa que este «principio parece resolver fácilmente el problema de la Ley y del creyente cuando resulta inaplicable».[149] Convengamos, sin embargo, que descansa sobre textos sólidos. Recordemos los hechos.

Tres meses después de haber salido de Egipto bajo la dirección de Moisés, el pueblo de Israel recibe de Dios, sobre dos tablas de piedra la ley comúnmente llamada los Diez Mandamientos (Éxodo 19:1; 20:1-17). Poco después, Moisés recibe la orden de construir un santuario, donde Dios se encontraría con su siervo para comunicarle sus órdenes (Éxodo 25:8,22). El servicio del santuario estaba regulado por las leyes llamadas ceremoniales, aunque este adjetivo no sea bíblico.

Además, este pueblo fue llevado a organizarse como una nación. Era necesario promulgar leyes civiles. El Antiguo Testamento hace una distinción muy clara entre el Decálogo por una parte, escrito por el propio Dios sobre dos tablas de piedra y depositado en el interior del arca de la alianza (Deuteronomio 10:1-5) y por otra parte, las leyes escritas por Moisés en un libro depositadas al lado del arca (Deuteronomio 31:24-26).

Las dos categorías de leyes están, digámoslo, claramente diferenciadas

1. El Decálogo (Deuteronomio 10:1-5):
    1. escrito por Dios con el carácter de lo absoluto;
    2. grabado en la piedra, señal de perpetuidad;

[149] Ibídem, p. 5.

3. depositado en el interior del arca de la alianza, signo visible de la presencia sagrada de Dios.

2. Las leyes de Moisés (Deuteronomio 31:24-26):
    1. escritas por Moisés, con la marca de la relatividad humana;
    2. escritas en un libro, signo de caducidad;
    3. depositadas al lado del arca, no participando del mismo grado de santidad.

Las decisiones tomadas por el concilio de Jerusalén muestran que las leyes de Moisés, resumidas en la circuncisión, han perdido para el creyente su carácter normativo. Aquí debemos volver a una importante declaración de Jesús «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mateo 5:17, BJ).

Jesús no ha pronunciado ninguna palabra con mayor contundencia para describir la misión que Dios le ha confiado aquí abajo. Vino para cumplir la ley. 1) Tratándose de las leyes ceremoniales, su cumplimiento conlleva un ir más lejos: el tipo queda sustituido por el antitipo, la realidad se impone a las figuras. 2) En cuanto a las leyes civiles, ya no están en vigor porque la iglesia ya no es una nación. 3) Queda el Decálogo, cuyo cumplimiento exige algo más que la forma exterior, una interiorización intensa. Esta ley solo se cumple cuando se graba en el corazón gracias, y, por el Espíritu Santo. Entonces se confunde con la propia naturaleza del creyente regenerado hasta el punto que se restablece plenamente la armonía entre él, su Creador y la creación.

Notamos como el Decálogo se menciona explícitamente muchas veces en el Nuevo Testamento.[150] A él hace alusión Pablo cuando afirma perentoriamente que la observación de los mandamientos de Dios es todo (1 Corintios 7:19). Resumiendo, con Jesucristo las leyes civiles salen de la historia; las leyes ceremoniales se cumplen en la historia vivida por Jesucristo; las leyes morales deben entrar en los corazones.

---

[150] 1) Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16; Mateo 15:4; Marcos 7:10; Efesios 6:2,3. 2) Éxodo 20:12-16; Deuteronomio 5:16-20; Mateo 19:18,19; Marcos 10:19; Lucas 18:20. 3) Éxodo 20:13; Deuteronomio 5:17; Mateo 5:21; Santiago 2:11. 4) Éxodo 20:13-15,17; Deuteronomio 5:17-19,21; Romanos 13:9. 5) Éxodo 20:14; Deuteronomio 5:18; Mateo 5:27; Santiago 2:11. 6) Éxodo 20:17; Deuteronomio 5:21; Romanos 7:7.

Para terminar con este tema conviene recordar un principio fundamental: la Biblia entera debe ser leída, comprendida y vivida a la luz de Jesucristo. Jesús lo afirma claramente: «Vosotros investigáis las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5:39, BJ). La religión cristiana es pues inseparable de la persona de su divino fundador.

Su ejemplo debe ser la llave que abra la Revelación y la guía que oriente nuestra vida. Para él, el amor a Dios y al prójimo resume toda la ley (Mateo 19:16-26). Pero el amor tal como él lo vivió es un hecho absolutamente nuevo «…que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Juan 13:34,35, BJ).

De hecho, Moisés había dado ya esta orden (Levítico 19:18). Pero con Jesús, el mandato recibe fundamento: «Nosotros amamos porque él nos amó primero» (1 Juan 4:19, BJ). «…si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Juan 4:11, BJ). El amor que se nos pide cobra sentido en el gesto de Dios, en Jesucristo. Nuestra obra, nuestra misión, es la de continuar lo que el Padre y el Hijo empezaron. Y nos prometen la fuerza que nos capacitará para la obra (Mateo 19:25,26).

Al enseñar la perfección de la Ley en su Reino, Jesús predice también el cumplimiento de los profetas. Ya que él hace y cumple lo que los profetas habían predicho que haría el Mesías. La alianza de Dios con Israel quería ser la preparación de la que deberá hacerse un día con la humanidad entera. Recordemos la insistencia que Jesús tenía en mostrar que todo lo que le ocurrió era «…según las Escritura…» (Juan 20:9, BJ).

En una de sus primeras cartas escrita unos quince años después de la muerte de Cristo, Pablo anuncia ya una terrible apostasía bajo la responsabilidad de alguien que él llama «…el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que *se eleva sobre todo* lo que lleva el nombre de *Dios*…» (2 Tesalonicenses 2:3,4, BJ). La expresión griega traducida por «el Hombre impío»[151] describe un movimiento antinómico que se opone a

[151] *Ho anthrôpos tês anomias. Nomos* = ley.

la ley. En la misma línea de pensamiento, el Apocalipsis predice la venida de un tiempo cuando solamente un «resto» de los creyentes será fiel: «…la paciencia de los santos, de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:12, BJ).

Es evidente que la apostasía en cuestión llega a su plenitud ya que pocos creyentes viven en armonía con los mandamientos de Dios. Esto significa que un aspecto importante de la misión de Jesús se ha obviado.

17. Organización

Nuestras fuentes dan poca información sobre la organización de la iglesia primitiva. Su origen divino revelado con claridad –su misión profética era la de predicar el Evangelio– y hubo que tomar rápidamente directrices para descargar a los apóstoles de todas las responsabilidades sociales.

> «Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: "No está bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de saber, y los pondremos al frente de esa tarea…» (Hechos 6:2,3, BJ).

Este fue el origen del diaconado en la iglesia.

Hay constancia de que al comienzo había mucha libertad que solía ser contenida por la autoridad confiada por Jesús a los apóstoles. Por ello, cuando los apóstoles supieron que la palabra había sido predicada, enviaron a Pedro y a Juan a Samaria (Hechos 8:14). Fueron aún los apóstoles los que tomaron la iniciativa de reunir el concilio de Jerusalén para estudiar las dificultades surgidas en la predicación a los paganos. Cuando Pablo fue a Éfeso, rebautizó algunos discípulos de Apolos a los que no se les había hablado del Espíritu Santo.

Cuando nació la iglesia en sitios poco evolucionados y complejos, se necesitó una organización más precisa. En estos casos, Pablo tomó las iniciativas oportunas para que en cada iglesia, fueran hombres irreprochables los que fueran establecidos como «ancianos» (Hechos 14:23; 20:17,28; Tito 1:5-9). El apóstol Pedro actuaba igual en los sitios donde

ejercía su responsabilidad (1 Pedro 5:1-4). El concilio de Jerusalén no fue presidido por Pedro sino por Santiago.

Señalemos de pasada que tres términos aparecen como sinónimos en el libro de los Hechos. Los responsables de las iglesias locales eran llamados «ancianos» (Hechos 20:17). Estos «ancianos» eran también obispos (Hechos 20:28) encargados de la supervisión y de la enseñanza (Hechos 20:28-31; 1 Timoteo 3:1-7; Tito 1:5-9). Además, eran los encargados de «…pastorear la Iglesia de Dios…» (Hechos 20:28, BJ), lo que permite llamarlos «pastores». Pastor, anciano y obispo son términos que describen diversas funciones ejercidas por los mismos hombres.

Es tras la conversión de Constantino, en el siglo IV, cuando el clericalismo extendió su influencia y creó gran confusión entre el poder religioso y el poder político. Después, la Iglesia Católica «puso en primer lugar la legitimación de la función al sacralizar al Papa. Los obispos son una institución divina».[152] Desde entonces, la Iglesia Católica es un modelo institucional ritual, mientras que el protestantismo es un modelo institucional ideológico. La primera ha seguido el ejemplo de los judaizantes. La segunda ha desacralizado la institución para fundarse en la Palabra de Dios, la Biblia. Su valor depende de su fidelidad a la Revelación. Al descuidar la inspiración de la Biblia, se favorece un peligroso subjetivismo.

18. Conclusión

Querida por Jesús, la iglesia es la asamblea de creyentes que aceptan a Cristo como su Salvador y la Biblia como Revelación de Dios, regla de fe y de conducta. Se diferencia sustancialmente del judaísmo en que este confiaba a la religión la carga de gobernar la nación, se servía de la fuerza para hacerlo y fundaba su enseñanza en los ritos.[153]

Su misión consiste: 1) en conservar la verdad con cuidadoso celo, particularmente las Escrituras canónicas que son el documento inspirado

[152] Jean-Paul WILLAIME, *La précarité protestante* (Ginebra: Labor et Fides, 1992), p. 17.

[153] Hemos visto que se han necesitado varios decenios y muchos esfuerzos para realizar esta reforma. La primera iglesia, con pleno significado del término, se constituyó en Antioquía de Siria, tras la destrucción del Templo de Jerusalén el año 70.

(1 Timoteo 3:15; 6:20; 2 Timoteo 2:14; Romanos 3:2; 9:4,5); 2) debe también predicar el Evangelio al mundo entero para constituir el pueblo de Dios (Marcos 16:15,16), 3) e instruir a sus miembros hasta que lleguen a la estatura perfecta de Cristo (1 Corintios 14:12; Efesios 4:13,14; Colosenses 1:28); 4) contribuyendo así a apresurar el regreso de Cristo (2 Pedro 3:12) y el restablecimiento del Reino de Dios donde ya no habrá más lágrimas, penas, separaciones ni duelos (Apocalipsis 21:4).

II. La iglesia cristiana y la cruz

1. Recapitulemos

El nombre de Jesús es conocido universalmente y a menudo, admirado. Su vida entre los hombres ha dejado una huella imborrable. Sin embargo, pocos son los que tienen una idea precisa de lo que vino a hacer a este mundo. Se ha puesto tan a menudo el acento sobre su muerte que el resto de su vida pasa a un segundo plano, hasta el punto de ser obviado.

Hasta ahora, investigando el Antiguo Testamento y los evangelios, hemos visto cuánto desea Dios ser conocido mejor. La rebelión de Adán y Eva se explica únicamente por un falso concepto sobre la naturaleza de las relaciones que el Creador se propone establecer con sus criaturas. El hombre rechaza cualquier dependencia

Es precisamente el rechazo de la unión Padre-hijo lo que ha reducido al hombre a un verdadero esclavo. El temor de ver a Dios como un tirano ha ocultado completamente el amor infinito que Dios tiene por los hombres. Como el de un padre por sus hijos.

Al escoger al pueblo de Israel, Dios ha querido primero restablecer esta verdad. «Así dice Yahvé: Mi hijo primogénito es Israel» (Éxodo 4:22, BJ). «…no abandonaré a mi pueblo Israel» (1 Reyes 6:13, BJ). «Manifestaré mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel…» (Ezequiel 39:7, BJ). «Te voy a poner por luz de las gentes...» (Isaías 49:6, BJ).

Por su parte, Jesús también ha venido para dar a conocer a los hombres el nombre de su Padre, es decir su carácter. (Juan 17:6). Un abismo se ha producido entre el cielo y la tierra y hay que llenarlo. Jacob vio en

sueños una escalera que unía la tierra al cielo. Jesús es esta escalera. La epístola a los Hebreos insiste en el hecho de que gracias a Cristo, tenemos libre entrada en el santuario donde está Dios (Hebreos 10:19,20).

Poco antes de expirar en la cruz, Jesús le dice a su Padre: «Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad» (Juan 17:19, BJ). Tras su resurrección, justo en el momento de regresar al cielo, confía a su iglesia la responsabilidad sagrada de terminar su obra. Para ello recibirá el poder indispensable del Espíritu Santo. Las últimas palabras de Jesús antes de su ascensión son pues, una orden de marcha. El mandato es sublime.

Gracias al libro de los Hechos de los apóstoles y a algunos pasajes de las epístolas, hemos descubierto como fue el paso del judaísmo al cristianismo. La organización de la iglesia al margen de la nación judía no fue fácil. La resistencia de los judíos fue encarnizada. Si Jerusalén queda como la sede del judaísmo, Antioquía de Siria organiza la primera iglesia cristiana separada del judaísmo. Durante todo un año, Bernabé y Pablo predicaron en esta ciudad. El nombre de Cristo estaba tantas veces en su boca que los discípulos de Jesús fueron llamados «cristianos» (Hechos 11:25,26).

2. Antioquía, la primera iglesia cristiana

Antioquía se convirtió en el centro de influencia del cristianismo para los paganos. Sirvió también de puerto base para el apóstol Pablo, ahora misionero. Numerosas iglesias fueron fundadas, primero en Asia, luego en Europa y después en el mundo entero. Tal era el deseo de Cristo.

Podemos preguntarnos cómo los creyentes concibieron y vivieron su nueva fe cuando el cristianismo se separó del judaísmo pero no tenemos ningún documento preciso al respecto. Sin embargo, los textos más antiguos del Nuevo Testamento contienen preciosas referencias. Nos muestran cuales eran las preocupaciones de los creyentes, fueran de origen judío o pagano.

3. La fe pagano-cristiana

Recordemos que el orden de los libros en el Nuevo Testamento no es histórico sino lógico. Históricamente, los más antiguos son las dos epísto-

las de Pablo a los Tesalonicenses.[154] La muerte de Jesús se menciona en el contexto de los sufrimientos que fueron infligidos a los profetas (1 Tesalonicenses 2:14,15). El hecho se indica sin más. No se pone en relación con la salvación. En cambio, el autor insiste sobre la enseñanza que dispensó. Lo que nos lleva a pensar en los primeros contactos de Jesús con la gente.

> «Por lo demás, hermanos, os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesús a que, a partir de lo que aprendisteis de nosotros sobre cómo comportaros y agradar a Dios,… Sabéis, en efecto, las instrucciones que os dimos de parte del Señor Jesús. Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os alejéis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, [...] el que esto desprecia, no desprecia a un hombre, sino a Dios, *que os hace don de su Espíritu Santo*» (1 Tesalonicenses 4:1-8, BJ).

El texto toma enseguida un tono escatológico. Pablo ratifica a los tesalonicenses la suerte de sus hermanos muertos (4:13-18). Después los apremia a afrontar el día del Señor con sangre fría y conciencia. «…nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con él» (5:9,10, BJ). Vienen después exhortaciones morales muy exigentes: «…que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo» (5:23, BJ). Y aquí, también, el secreto del Evangelio nos es firmemente recordado: «Fiel es el que os llama y es él quien lo hará» (5:24, BJ).

Es maravilloso constatar que las primeras líneas del Nuevo Testamento, inspiradas por el Espíritu Santo, ya ponen el acento en el papel esencial de Jesucristo en la ética y en la esperanza cristiana. Jesús vino para llenar el abismo que separaba el hombre de Dios. Y Pablo no quiere que ignoremos la esperanza que nos está reservada (4:13). Sabiendo que Pablo estuvo poco más de tres semanas en Tesalónica, donde tuvo que hacer frente a una viva oposición por parte de los judíos, uno se maravilla por la riqueza de la enseñanza y de como esta se extendió en tan poco tiempo.

[154] 1 Tesalonicenses data de 49-50; 2 Tesalonicenses data de 51.

La segunda epístola a los Tesalonicenses, que sigue a la primera en muy pocos meses solamente, es totalmente escatológica. Su contenido se parece a las profecías de Daniel, al discurso escatológico de Jesús (Mateo 24) y al último libro de la Biblia, el Apocalipsis. Describe la apostasía que cuajó en la iglesia cristiana. Así, el famoso conflicto entre Dios y Satanás, predicho desde el comienzo del libro de Génesis (Génesis 3:15), no se frena con la llegada del cristianismo. La historia del cristianismo permite hacer un seguimiento de los pérfidos ataques del enemigo. Recordemos que es el antinomismo o infidelidad a la ley de Dios, lo que permite identificarlo.

4. La fe judeocristiana

Tratándose de los judíos, podemos pensar que su conversión era más simple. ¿No les bastaba reconocer en Jesús al Mesías anunciado por los profetas? Esta es la impresión que nos da la conversación de Felipe con el ministro etíope de la reina Candace (Hechos 8:26-40). Este pagano se había convertido al judaísmo y fue a Jerusalén a participar en la fiesta de la Pascua. De regreso a casa, leía el libro del profeta Isaías. Era la ocasión perfecta para explicar los acontecimientos que acababan de producirse.

Al encontrar agua, el eunuco expresa el deseo de ser bautizado. «Si crees con todo tu corazón, es posible», dice Felipe. «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios», respondió el eunuco (Hechos 8:37, RVR95). Entonces, bajaron al agua, y el nuevo creyente fue sumergido. Este episodio es importante porque nos revela la condición exigida para el bautismo de un judío: creer que Jesucristo es el Hijo de Dios, dicho de otra forma, reconocer su divinidad. La importancia del monoteísmo era tan grande para un judío que tal creencia implicaba una profunda convulsión.

Aquí, la epístola de Santiago requiere nuestra atención porque es también una de las más cercanas a la ascensión de Cristo[155] y porque se dirige «…a las doce tribus de la Dispersión» (Santiago 1:1, BJ). De hecho, la mayoría de judíos no vivía en Palestina desde hacía mucho tiempo. La dispersión remontaba a la toma de Jerusalén por Nabucodonosor,

[155] Algunos piensan que ya estaba escrita hacia el año 35. Pero la fecha más probable es el año 62.

al comienzo del siglo VI antes de Cristo. A esto hay que añadirle las cantidades de emigrantes voluntarios.

Santiago, autor de la epístola, es el hermano de Jesús. Pero jamás se jacta de tal dignidad. Al contrario, se nombra a sí mismo «…siervo de Dios y del Señor Jesucristo…». Él que rechazó reconocer a Jesús como el Mesías durante su ministerio terrenal, ahora le da su título completo: «el Señor Jesucristo». Más que ninguna, su epístola se parece al sermón de la montaña: encontramos no menos de veinte referencias a este. Su texto, siempre elocuente, está a veces lleno de ardor. Abunda en instrucciones prácticas. Se lo ha comparado a un collar de perlas.

He aquí algunas: el gozo en la prueba (1:2,12); la oración de la fe (1:5-8; 5:15-17); la ley perfecta (1:25); la religión pura y sin mancha (1:27); ricos y pobres (1:9-11; 2:2-7); la ley real (2:8-13); la fe y las obras (2:14-16); el poder de la lengua (3:1-12); el celo amargo (3:13-18); la predicación del sufrimiento (4:4-10); las riquezas corrompidas (5:1-6); la venida del Señor (5:7,8); el sufrimiento de los santos (5:9-11); la confesión de los pecados (5:16) la salvación de los pecadores (5:19,20).

Estos temas muestran que la preocupación mayor de Santiago es la vida práctica. Si Pablo subraya la importancia de la santificación (1 Tesalonicenses 4:3) y la preparación para el regreso de Cristo, vemos que Santiago se esfuerza también en llevar al cristianismo a la vida práctica. Sin recurrir a un argumento teológico, nos confronta a las exigencias morales del Evangelio, para que seamos capaces de andar de una manera digna de la vocación que nos es dada.

5. Importancia de la cruz

Es durante el tercer viaje misionero de Pablo (53-58 d.C.) que la crucifixión es puesta particularmente en valor. Esta tradición se remonta a poco más de diez años solamente tras la muerte de Jesús. Sus cuatro grandes epístolas vieron la luz en esta época (Gálatas, 1 y 2 Corintios, Romanos).

> «Así, mientras los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado –dice san Pablo–: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; más para los llamados, lo

> mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que las personas, y la debilidad divina, más fuerte que los hombres» (1 Corintios 1:22-25, BJ).

Hay que destacar que cuando fijamos la atención en la muerte de Cristo, tenemos mucho cuidado en decir que esta muerte llega «según las Escrituras». Oigamos a Pablo: «…os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras...» (1 Corintios 15:3,4, BJ). ¿Por qué «según las Escrituras»? Primero, para desechar la idea de que esta muerte llega por casualidad, accidentalmente.

Respecto a los judíos, era necesario disipar el escándalo que constituía esta muerte. No solo estaba en el plan de Dios, sino que el propio Dios participa en persona. Pablo lo afirma claramente: «Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres…» (2 Corintios 5:19, BJ). Si Dios está en Cristo, la crucifixión atañe al propio Dios. El Dios inmutable, impasible y apático es sustituido, en la cruz, por un Padre dominado por su amor y angustiado por el pecado de los hombres. Dios se muestra solidario con los pecadores que aceptan venir a él fervientes de arrepentimiento.

En la lengua griega, la palabra *escándalo* significa un objeto que hace caer. Pero, el Dios de la cruz, en vez de hacer caer, levanta. Como el Padre de la parábola del hijo pródigo, hace de nuestro regreso una fiesta maravillosa. Nos viste con el vestido de justicia conquistado por su Hijo bien amado, nos pone el anillo de la alianza y el calzado de quien puede andar en la casa del Padre como estando también en la suya. Resumiendo, el Dios de Jesucristo nos reinstala con alegría a nuestra dignidad de hijo. Afirmar que Jesús ha muerto según las Escrituras debería abrir los ojos a los judíos para ver que esta muerte es un acto salvífico.

¿Por qué la cruz es una locura para los paganos? En el corazón de la cultura griega brillan la fuerza, el éxito, la felicidad. Luego, Cristo muere en el fracaso, el sufrimiento y en la vergüenza. «Dios ha resucitado a un crucificado y lo ha hecho esperanza al mundo; el recuerdo debe ayudar a las iglesias a romper sus alianzas con los poderosos y a entrar en fraterni-

dad con los humildes. Estos han tenido bastantes abogados: lo que necesitan son hermanos.»[156]

En la cruz, Dios no tenía nada que atrajera las miradas y sedujera a los hombres, ni belleza, ni poder. Para reconocerlo en tales condiciones hay que aceptar el transformar la idea clásica de Dios.

> «Los apóstoles no podían reconocer en la Cruz de Jesús la revelación de Dios a menos que purificaran radicalmente su idea de Dios. Tuvieron que renunciar a lo que les parecía lo más seguro en su tradición de fe, a lo que daba orgullo a su raza, a lo que parecía asegurarles su futuro y su seguridad como individuos y como pueblo. Concretamente, tuvieron que romper con la idea de un Dios triunfalista, victorioso, vengador, combatiendo por los suyos con mano fuerte y brazo extendido, con el estallido de una gloria y un poder que se imponía en la historia con la victoria y el triunfo de sus enviados y de su pueblo elegido. Tuvieron que aceptar ver remodelado todo su concepto de la gloria y del poder de su Dios y toda su idea de su propia redención y salvación.»[157]

Es verdad que los judíos esperaban un Mesías poderoso y vencedor con los romanos. Al revelarse en la cruz, Dios sacude su tradición sacrosanta y tutelar. La fe cristiana consiste en descubrir el verdadero carácter de Dios en la cruz. Si, es importante entender que Dios se revela en Jesucristo sobre la cruz. Y este Dios, el único verdadero, es un Dios desarmado, no violento.

> «Es un Dios –y esto determina todo– que hace estallar su *señorío* a través y en el desprendimiento de sí mismo; su *riqueza* a través y en el abandono de sí mismo; su *sabiduría* a través y en la locura que sale de sí mismo para tomar la condición de esclavo para arrancarnos de nuestra esclavitud; su *poder* a través y en la debilidad de nuestra condición de hombre; su *fuerza resucitadora* a través y en el desenlace de la cruz; su *plenitud* sin fondo a través y en la kénosis. Resumiendo, su *gloria*

---

[156] Jürgen MOLTMANN, «Stations et signaux», *Études théologiques et religieuses* 46, n.º 4 (1971), p. 362.

[157] Mg, Joseph DORÉ, arzobispo de Estrasburgo, conferencia presentada ante los obispos, *La documentation catholique,* 5 diciembre 1999, N' 2215, p. 1037.

> **e**n la cruz: la gloria del Dios todopoderoso, trascendente y tres veces santo, en la Cruz de Jesús, su Servidor.»[158]
>
> «Dios no es todopoderoso según el concepto de poder que es inherente en nosotros. Dios es todo amor. Es el amor que tiene el poder de ir hasta el fondo del amor "Jesús, sabiendo que venía de Dios y que volvía a Dios [...] nos amó hasta el extremo". También hay un aspecto por el cual puede parecernos débil y desarmado como ocurre con todo amor verdadero, como ocurre con Jesús niño y con el Jesús moribundo.»[159]

A la mayoría de los creyentes les cuesta aceptar esta verdad, que conserva, a sus ojos, una parte de escándalo y de locura. La revelación más inesperada de Dios se manifiesta en el acto de entregar a Jesús a la muerte. Es yendo hacia la cruz que Jesús le dice a Felipe: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? Él que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre?" ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?» (Juan 14:9,10, BJ). Cuanto más se acerca Jesús a la muerte, más paradójica es su relación con Dios a ojos de los suyos.

Puede que nosotros disfrutemos de una preciada libertad social, al contrario que los judíos que estaban ocupados por los romanos poderosos y devastadores. Pero, ¿quién entre nosotros en las pruebas de la vida no hace nacer en el fondo de su alma el deseo de encontrar un Dios sin cruz? Un Dios capaz de resolver todos los problemas. Si a menudo la fe flaquea, cuanto más cuando se presenta la cruz que Jesús nos invita a llevar al seguirlo (Mateo 16:24). El Evangelio no es opio para el pueblo. Jesús no esconde la verdad. Acerca de los acontecimientos del mundo, incluso osa decir: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra» (Mateo 10:34, BJ).

Su reino no es de aquí abajo. Pero su reino llegará y no habrá más cruces. La fe consiste en saber esto con una firme seguridad (Hebreos 11:1). «Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Juan 14:3, BJ). La debilidad de la cruz abre un campo donde se despliega un

---

[158] Ibídem, 1041. Recordemos que la palabra *kénosis* describe el desprendimiento del Hijo de Dios en su encarnación (Filipenses 2:7).

[159] Ibídem.

poder más fuerte que todos los poderes, el poder de la vida que triunfa sobre la muerte, la resurrección y del cual solo Dios posee el secreto.

En poco tiempo la predicación de la cruz y la fascinación por su muerte se volvieron tan importantes que prácticamente la vida y la enseñanza de Jesús cayeron en el olvido. Con el transcurrir de los siglos, la cultura quedó marcada por el cristianismo y es en la cruz donde los artistas encontraron su mejor inspiración. En el arte romano y bizantino, Cristo aparece con un rostro pacífico y sereno. Al final de la Edad Media, por el contrario, domina su rostro torturado, marcado por el dolorismo de la teología. Se enseña que Cristo nos salva a través de sus sufrimientos. El perdón y la gracia dependen ya de la cruz.

Paradójicamente, la Biblia habla con fuerza acerca de la importancia de la cruz pero no explica por qué fue necesaria. Además, ningún concilio se aventuró a proponer una explicación formal. Sin embargo, la historia registra numerosas explicaciones desde el final del siglo II. Esquemáticamente, se pueden resumir en dos tesis antagónicas.[160]

III. Por qué la muerte de Cristo: Una mirada a la historia

1. La salvación por la cruz para satisfacer la justicia

1.1. El rescate

Unas veinte veces en el Nuevo Testamento se hace la afirmación de que Jesús ha dado su vida en rescate. Ha rescatado con su sangre a los pecadores tocados por la maldición. La afirmación de base está hecha por el propio Jesús: «…el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos» (Mateo 20:28, BJ).

[160] Es lo que ha hecho el profesor André Gounelle, en una conferencia presentada el 1 de marzo del 2000, en el Templo de Orléans. *Cf*. André GOUNELLE, «Jésus devait-il mourir pour nous sauver?» en, *2000 ans aprés, qu'en reste-t-il?* Iglesia Reformada de Orléans, marzo 2000. *Cf*. Georges STÉVENY, *Le mystère de la croix, op. cit*., pp. 19-42, presenta un vistazo histórico de las principales explicaciones.

Con el transcurso del tiempo, los creyentes han sido llevados a preguntarse por el precio que se ha pagado. La primera respuesta aparece al final del siglo II.[161] Hablando acerca de la idea de que los hombres son entregados, vendidos a Satanás al pecar, se concibió como algo indispensable, entregarle una indemnización para obtener la liberación de los pecadores. La vida de Jesús representa el precio que Dios ofrece al diablo para salvarnos. Huelga decir que esta teoría surge por el uso habitual en la época de la esclavitud. Para liberar un esclavo hay que pagar el precio exigido por su amo.

Esta explicación supone que Satanás es el legítimo propietario de la humanidad y que tiene derechos a los que el mismo Dios está sometido. Una extraña negociación habría habido entre Dios y el diablo basada en los usos y costumbres del comercio.

Surge una primera objeción ya que Satanás está sometido a Dios como las demás criaturas. Además, si ha habido una transacción comercial entre Dios y el Príncipe de este mundo, este último ha sido engañado. Habría recibido la vida de Jesús el viernes y Dios se le habría quitado el domingo. Satanás habría sido víctima de un engaño. Además, esto implicaría la subordinación de Cristo al diablo. Es inconcebible. Esta explicación es absurda: no satisface ni la razón, ni el corazón. Pero volveremos a ella más tarde.

1.2. La sustitución

El patriarca de Alejandría, Atanasio, doctor de la Iglesia, reaccionó ya en el siglo IV contra la idea de un rescate pagado por Dios al diablo. Habrá que esperar al siglo XI para tener una explicación coherente. Es presentada por el monje italiano Anselmo, arzobispo de Canterbury, en su pequeño libro: *Cur Deus homo* (¿Por qué Dios se hizo hombre?) Su respuesta no se inspira ya en el derecho mercantil sino en el derecho feudal.

No olvidemos lo que se ha llamado «la mutación del año mil». Asistimos a una profunda modificación en la manera de funcionar la sociedad. El señor y su vasallo dirigen los acontecimientos. El vasallo se compromete por juramento a servir a su señor. Pobre de él si no cumple con su

[161] La encontramos en Ireneo, Orígenes, Gregorio de Nisa, León el Grande…

deber. Este es el modelo que hará servir, a partir de ahora, para imaginar las relaciones de Dios con los hombres. El hombre es un vasallo con deberes hacia Dios, su soberano a quien debe sumisión y respeto.

Cuando peca el ser humano priva a Dios de lo que se le debe. Ofende doblemente a Dios: primero, al causarle un perjuicio porque le roba su merecido servicio; luego, lo ofende con un crimen de lesa majestad al privarle del honor al que tiene derecho. Un vasallo sorprendido en semejante situación debe imperativamente una reparación.

Lo mismo ocurre con el hombre. Para escapar del castigo que merece, primero debe indemnizar a Dios pagando su deuda, y, por otra parte, rendirle el honor del que ha sido privado. Pero se encuentra con la incapacidad de satisfacer la exigencia de Dios. Todas las buenas obras de las que es capaz, se las debe. Y además, se encuentra ante la imposibilidad de producir nada que pueda suplir sus carencias.

Además, la majestad de Dios es infinita. Cualquier falta cometida contra él toma una dimensión infinita. Ningún hombre, dada su condición de finitud, puede reparar la injuria. La situación del hombre pecador es desesperada porque la justicia de Dios exige una reparación imposible. En consecuencia, la humanidad entera cae bajo la condenación de Dios. El perdón sin castigo no es posible.

Es verdad que Dios es justo pero no olvidemos que también es misericordioso. Tiene piedad de los hombres y quiere salvarlos. «Tendrá que ser a la vez Dios y hombre o ser un Dios-hombre que cumpla lo que no podrían hacer Dios ni el hombre por separado.»[162] Jesús viene en el lugar de los hombres, paga la deuda y la indemnización que los hombres no pueden ofrecer.

No es al diablo a quien va dirigido el rescate sino a Dios. Siendo hombre, Jesús puede llevar el castigo en lugar de los hombres. Siendo Dios, su vida tiene un valor infinito y compensa a la vez la pérdida y la ofensa infligidas a Dios por los hombres.

---

[162] E. POUGET, *Doctrine de la satisfaction vicaire d'après le Cur Deus homo?: de Saint Anselme* (Ginebra: Imprimiere Hamboz et Schuchardt, 1875), pp. 9, 10.

«Es lo que se llama expiación sustitutiva: Jesús inocente sustituye a los humanos culpables, expía su falta y los dispensa de su sentencia asumiéndola él.»[163] Esta tesis ha estado largamente admitida por los protestantes y por los católicos. Hoy, sin embargo, ha sido por lo general dejada al margen, dice el profesor Gounelle, y explica por qué.

1.3. Crítica a la sustitución

1) Esta tesis concentra el Evangelio en la cruz y obvia el resto. Para ser salvo, basta aceptar la muerte sustitutiva de Cristo. La transformación del hombre importa poco.

2) La cruz responde a una especie de fatalidad, como un drama entre el Padre y el Hijo. Los responsables de la cruz se convierten en cómplices indispensables de la crucifixión. Dios ha necesitado a Satanás para castigar a Jesús en el lugar de los hombres, para restablecer su honor. Hasta el punto que algunos consideran a Judas como el verdadero salvador.

3) Para satisfacer su honor, el Padre envía a su Hijo a una muerte horrible, asegurándose de satisfacer a la vez la justicia y el amor. De hecho, destruye lo uno y lo otro. ¿Cómo podemos ver como justo un acto que consiste en castigar a un inocente en lugar de los culpables? Hay que tener la conciencia distorsionada para admitir esto. Por otra parte, ¿cómo podemos considerar un acto de amor el hecho de no perdonar al culpable sin la condición de haber sido vengado? Hablar de gracia en estas circunstancias no tiene sentido. Si una deuda ha sido pagada, sea quien sea quien la pague, esta queda saldada. Ya no hay más un «don gratuito». Si esta explicación engendra una gran ternura hacia Jesús, genera repugnancia respecto a Dios. El suplicio de un inocente en el lugar de un culpable, lejos de satisfacer la justicia por amor, satisface la venganza en medio de una escandalosa iniquidad.

La tesis de una expiación sustitutiva entra en contradicción flagrante con las cláusulas fundamentales de la alianza de Dios

1) No tiene al culpable por inocente (Éxodo 34:7).

[163] André GOUNELLE, *op. cit*., pp. 6.

2) «Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes…» (Éxodo 34:6,7, BJ).

3) Lo que Yahvé desea no es que el impío muera –y aún menos un sustituto–, sino que cambie de conducta y viva (Ezequiel 18:23).

4) Aquel que absuelve al culpable y el que condena al justo, ambos, son abominación a Yahvé (Proverbios 17:15).

Creo que la mayor crítica que merece la teoría de Anselmo es la idea que tiene de Dios y del pecado. Trata el pecado en relación a Dios –el hecho de no haberle rendido el honor que se le debe, es lo que reclama una venganza– y debiera ser, sobre todo, tratado en relación al hombre que rechaza la soberanía de Dios, que es lo que exige el arrepentimiento. No es por parte de Dios que debe haber un cambio sino por parte del hombre. La Biblia dispone de un vocabulario muy rico para describir el pecado. Lo esencial consiste en reconocer al pecado como la enfermedad mortal del hombre separado de Dios desde su nacimiento (Salmos 51:7). El principal término utilizado significa «errar el fin». El fin es la vida, errar el fin es morir (Romanos 6:23). Así, desde su nacimiento, todo hombre está virtualmente condenado a muerte.

En consecuencia, la redención no consiste en restablecer el honor al Padre infligiendo a su Hijo sufrimientos crueles y mortales. Su función es la de cambiar al hombre, curarlo de manera que se restablezca entre él y Dios una relación filial. Para ello, hace falta que de forma perentoria el hombre renuncie a su voluntad de independencia. Jesús dice que la vida eterna consiste en conocer a Dios. Y conocer a Dios consiste ante todo reconocerlo como Dios. Para alcanzar esta meta es absolutamente necesario que desaparezca el concepto de Dios inspirado en las autoridades humanas. Dios no es un rey tirano, ni un señor feudal. Dios es nuestro Padre, capaz de un amor inconcebible. Cualquier explicación de la muerte de Cristo inspirada en el derecho comercial o en el derecho feudal parte de un falso conocimiento de Dios.

Tanto en sus sermones, como en sus parábolas, Jesús se esforzó en restaurar la imagen del Dios verdadero. Desafortunadamente, las tradi-

ciones humanas son duras porque van en el sentido de los deseos instintivos del hombre. Hoy, más que nunca, la educación del hombre tiene por meta asegurar su autonomía, algo que seguramente tiene su valor. Pero la gran verdad que se desprende de la Biblia es que ninguna libertad es posible sin una auténtica sintonía con las leyes de la Biblia. Como dijo Baudelaire, «Fecunda disciplina, te debemos muchos cantos de libertad».

Para poder volar hay que respetar las leyes de la aeronáutica. Y esto sirve para cualquier dominio. Lejos de esclavizar, las leyes espirituales reveladas por Dios liberan. Debemos considerar un precioso privilegio el hecho de conocer las leyes de Dios. No puedo hacer de la existencia un camino de gozo hacia la vida eterna, sin pedir que mi ser íntimo sea puesto en consonancia con la voluntad de aquel que da la vida.

El apóstol Pablo no cesa de insistir sobre esta verdad.

> «Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos unos a otros por amor. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto; *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. […] Os digo esto: proceded según el Espíritu, y no deis satisfacción a las apetencias de la carne» (Gálatas 5:13-16, BJ).

2. La salvación a pesar la cruz

2.1. El fracaso de Dios

En la conferencia presentada en Orleans (Francia), André Gounelle expone una segunda manera de entender la relación entre la cruz y la salvación. Y para hacerlo toma como referencia a dos protestantes franceses, Auguste Sabatier y Henri Bois, ambos profesores de teología. Su explicación es radicalmente opuesta a la de Anselmo. Van al extremo opuesto, como hace también la corriente del protestantismo americano llamada teología del proceso.[164]

[164] La teología del proceso tiene «el deseo de armonizar la fe cristiana con la aproximación científica de lo real, reavivándola con una visión metafísica de esta realidad. Se trata de repensar la relación de Dios con el mundo natural y de reinterpretar la doctrina de la creación de esta manera.» (Klauspeter BLASER, La *Théologie au XX^e siècle*, Lausana: L'Age de l'Homme, 1995, p. 455).

Desde este punto de vista, Dios no solo no quiso la cruz, sino que tampoco la había previsto.

> «La Cruz no salda una deuda, no apacigua ninguna necesidad metafísica ni responde a ninguna necesidad teológica. Cuando perdona y salva, Dios lo hace gratuitamente. No pone ninguna condición. No exige nada, ni rescate, ni reparación, ni sacrificio expiatorio, ni ofrenda propiciatoria, ni castigo sustitutivo. Nada de esto le interesa. Solo pide que se le escuche, abrirse a su palabra, dejarse inspirar, transformar, dejarse llevar por ella. Busca siempre ganar los corazones, los espíritus, las voluntades, convencer y persuadir. Con este fin suscita testigos, profetas, sabios que hablen en su nombre y de su parte. Lentamente, pacientemente, progresivamente, Dios actúa en la humanidad para que esta avance, se acerque a él y el mundo se vuelva mejor. La salvación se produce, llega cuando en nosotros y alrededor nuestro aparecen la verdad, la justicia, la paz y el amor. No consiste en un procedimiento jurídico que abocaría a una absolución ante un tribunal, sino en una transformación del mundo y del ser humano.»[165]

Jesús vino a Palestina para hacer comprender el llamamiento de Dios, no solamente con sus predicaciones, también con su comportamiento. A través suyo, Dios puede decir por fin, sin ambigüedad todo lo que la humanidad debe saber. Jesús es la Palabra hecha carne; la encarnación perfecta de lo que Dios es y de lo que Dios quiere. Dios esperaba ver a la humanidad seguir a su Hijo para que su Reino pudiese ser, por fin, restablecido.

Entendido de esta manera, el rechazo de Jesús no cuadra ya con el plan de salvación. La cruz representa un fracaso inesperado y terriblemente doloroso. Si aceptamos la idea de la sustitución presentada por Anselmo, la cruz marca el triunfo de Dios, pues el honor queda al fin restablecido. Todo lo contrario según Henri Bois, «el pecado de los hombres ha hecho fracasar el plan de Dios».

2.2. El poder de Dios limitado

Se nos presenta aquí la ocasión de repensar la gravedad del pecado, infravalorada muy a menudo. Al crear el hombre a su imagen, Dios le ha

[165] André GOUNELLE, *op. cit*., pp. 8, 9.

confiado la dirección del mundo: «Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que repta sobre la tierra» (Génesis 1:28, BJ). He aquí al hombre encargado de administrar la creación.

Pero para ejercer correctamente esta responsabilidad, el hombre necesitaba la sabiduría de Dios. Y esta solo podía obtenerla de Dios permaneciendo constantemente en contacto con su Creador. Esta comunicación era concebida a nivel del espíritu. Toda la inteligencia de Dios quedaba a disposición del hombre. El libro de Génesis evoca un drama del que solo tenemos una idea muy somera. Ansioso de escapar a cualquier dependencia, en nombre de su libertad, el hombre ha roto el nexo que lo unía a la fuente de sabiduría. «La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió…» (Romanos 8:20, BJ).

Debemos calibrar las consecuencias de esta ruptura entre el hombre y Dios. Puesto que el hombre ya no actúa más en armonía con la sabiduría de Dios, sino según sus propios deseos, «…cuyo Dios es el vientre…» (Filipenses 3:19, BJ), van a producirse acontecimientos en el universo contrarios a la voluntad del Altísimo. He aquí Dios es abocado al fracaso por sus criaturas. Es evidente que la cruz es el punto culminante de la voluntad del hombre alzado contra la voluntad de Dios. El apóstol Pablo se expresa claramente al respecto: «…hablamos de sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los jefes de este mundo –pues de haberla conocido, no habrían crucificado al Señor de la Gloria–» (1 Corintios 2:7,8, BJ).

La cruz, pues, contradice la tesis filosófica de la omnipotencia absoluta de Dios.

> «Dios no determina el mundo y su historia como un programador que regula el funcionamiento de un ordenador. No es alguien que tira de los hilos de unas marionetas y que dirige a su voluntad personajes y acontecimientos. Está inmerso en una difícil empresa, en un combate donde todo no ocurre según sus planes y sus deseos, recibe muchos golpes y heridas aunque acabará teniendo la última palabra. Los hombres tienen la capacidad de decirle "no", de oponerse a él, aunque solo sea provisionalmente. No se caracteriza por una dominación total, sino por un

> amor activo y militante, por un sentimiento doloroso, una lucha perseverante que persistirá hasta el final.»[166]

Dicho esto, ¿hay que llegar a la conclusión que «el pecado de los hombres hace fracasar el plan de Dios»?[167] ¡Rotundamente no! Si el pecado de los hombres complica la tarea del Salvador, si Jesús se enfrenta a Satanás en un cara a cara angustioso que le hace sudar sangre, el plan puesto en marcha por el Padre y el Hijo no se acaba en la cruz.

2.3. La victoria de Dios

Dios no se inclina ante esta derrota. Reconduce la situación resucitando a Jesús para que su Palabra permanezca viva. Además, la iglesia suscitada por Cristo está encargada de continuar la obra interrumpida en la cruz.

Se nos invita a no confundir *potencia* y *poder*. La potencia trata de persuadir, mientras que el poder lleva a la coacción. La cruz y la resurrección elevan la potencia divina. Provocan en nosotros el gozo y la apacible seguridad de la salvación.

Si Dios no rechaza a los hombres después de lo que han hecho a su Hijo, debemos tener la seguridad de que nada lo hará apartarse de nosotros. Su amor es inconmensurable.

> «Continuará sin descanso su obra porque, incluso, la cruz no lo ha descorazonado. Que Dios haya sabido superar y derrocar en la Pascua una situación de bloqueo y desesperación como la del Gólgota, hace nacer en nosotros una inmensa confianza, nos da la seguridad que nada logrará hacerlo fracasar [...]. La Cruz va unida a la salvación, no porque esta le dé a Dios la satisfacción de restablecer su honor o lo conforme con las reglas de una justicia formalista, sino porque da testimonio de un amor que jamás rechaza y de una potencia que acaba triunfando.»[168]

Resumiendo, al enviar a su Hijo a un mundo perdido, Dios pone en marcha una nueva vida que hace de nosotros nuevas criaturas, aptas para vivir en su Reino.

---

[166] André GOUNELLE, *op. cit*., pp. 11,12.

[167] Henri BOIS.

[168] André GOUNELLE, *op. cit*., p. 12.

2.4. Conclusión

Me parece difícil negar la concordancia que existe entre esta explicación y el Evangelio. El maravilloso canto de confianza del apóstol Pablo me parece que va en la misma dirección:

> «Si Dios está por nosotros ¿quién estará contra nosotros? [...] Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:31,38,39, BJ).

Sin embargo, no podemos negar ciertos puntos débiles que, muy resumidos, son:

a) Esta teoría no toma demasiado en cuenta varios pasajes de las Escrituras como son las imágenes que sirven para unir la cruz con la salvación. Las estudiaremos más tarde.

b) Afirmando que somos salvados «a pesar de la cruz» olvidamos que Dios ha hecho entrar la cruz en su plan de salvación. Repitamos una vez más que esta es el resultado dramático de la oposición de los hombres al llamamiento patético hecho por Jesús. Pero Dios interviene más allá de la muerte, allí donde la libertad de los hombres ya no tendría poder. E incorpora en la cruz un último, insondable y poderoso llamamiento. La cruz asume pues, una misión positiva en el plan de salvación por muy misteriosa que esta sea.

Aunque esta misión escape en parte a la lógica cartesiana, está firmemente anunciada por el propio Jesús. «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Juan 12:24, BJ).

Tras haber tomado una imagen del reino natural, Jesús, bajo la misma óptica, habla todavía en un plano más sicológico: «Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan 12:32, BJ).

c) La salvación no consiste en un perdón pagado a un costo muy caro, sino en una vida nueva ofrecida trágicamente por Dios. Debemos entender bien las exigencias de la justicia divina que conciernen a esta nueva vida.

d) Desde este punto de vista, los teólogos del proceso tienen razón al insistir en la importancia de la Palabra. También es justo decir que la cruz depende de razones históricas. Sin embargo, es ir muy lejos pretender que Jesús habría podido salvarnos sin la cruz. Esto no responde a ninguna necesidad teológica ni metafísica. Si Dios hubiera podido salvarnos sin la cruz, sin duda alguna, lo habría hecho. Si Pablo ha llevado una espina en su carne, Dios ha llevado una espina en su corazón.

Podemos decir que la cruz ocupa dos sitios opuestos en la historia de las relaciones entre la salvación y la muerte de Cristo. La mayoría de los teólogos han creído que somos salvos *por la cruz*. La tendencia actual llega hasta decir que somos salvos *a pesar de la cruz*. Antes de ir más lejos en el examen de estas dos respuestas, trataremos de entender como los autores inspirados del Nuevo Testamento se expresaron al respecto. Estaremos entonces en nuestro derecho de afirmar que las dos respuestas son insuficientes, a pesar de los puntos fuertes que ambas contienen.

IV. La muerte de Cristo en el Nuevo Testamento

Las imágenes empleadas en el Nuevo Testamento para explicar la relación entre la cruz y la salvación sitúan a los intérpretes en un arduo problema. Primero, porque han estado inspiradas por las costumbres en boga cuando fueron elegidas por los escritores. Y luego, porque los intérpretes están naturalmente inclinados a entenderlas también en función de su propio tiempo.

Así, la imagen del rescate y del precio pagado es absolutamente bíblica. Pertenece a la Revelación.[169] Pero está ligada a la esclavitud, generalmente muy habitual en esa época cuando se comerciaba con los seres humanos. La misma situación ocurre cuando nace la idea de una relación comercial entre Dios y Satanás. Pero, caemos en el absurdo hoy si hacemos dependiente la misericordia de Dios de una transacción comercial con el diablo.

[169] Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:6; 1 Corintios 6:20; 7:23; Gálatas 3:13; 4:5; Tito 2:14.

Anselmo estuvo profundamente influido por el derecho feudal que dominaba su tiempo. Pero considerar que Dios exige la muerte infame de su Hijo para vengar su honor ultrajado es incompatible con la revelación de Dios como Padre celestial que Jesús vino a revelarnos.

1. El rescate

Nos tenemos derecho a ignorar estas imágenes, pero no es sabio interpretarlas sin buscar su intencionalidad más allá de las palabras que las vehiculan. Con este propósito, el Nuevo Testamento emplea dos imágenes opuestas: por una parte, somos vendidos «…al poder del pecado» (Romanos 7:14, BJ), y por otra, somos «*rescatados* de la conducta necia heredada de vuestros padres…» (1 Pedro 1:18, BJ).

Jamás nadie ha imaginado que la primera imagen: vendidos al poder pecado, pudiera tener un sentido literal. La intencionalidad de la imagen es evidente: la influencia ejercida por la tentación en nosotros es tan fuerte que es como si nos hubiéramos vendido al poder del mal. Entonces, la liberación, de la que Jesús se encarga, se expresa con la imagen inversa. Vendidos al pecado, debemos ser rescatados. La imagen no puede ser tomada en sentido literal, sino simbólico. Jesús baja del cielo «…para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Dios y Padre…» (Gálatas 1:4, BJ). Por precepto y por ejemplo, Jesús nos revela el camino a seguir. Quien, además, es el camino, un camino que lleva a una meta (Juan 14:6). Cuando se compara a un camino, Jesús no había cesado, durante tres años, de recorrer con los suyos, los caminos de Judea y Galilea. Los discípulos esperaban un cambio. Un poco de reposo. La santa cena había puesto el fundamento de nuevos tiempos. Y, he aquí que con una palabra, el Maestro los vuelve a la lucha. Cansados como estaban les propone nuevas carreras: «¡Yo soy el camino!»

La meta de la carrera es el reino de los cielos. Es tan peligrosa para su guía que, incluso, perderá su vida. De un bombero que arranca un niño de unas llamas pero que muere a causa de sus heridas, decimos que ha salvado al niño *al precio* de su vida. Esta es la imagen del rescate. Jesús marcó el camino pero puso precio a su vida. Además, al unirnos a él nos entrega el beneficio de su victoria. Viéndolo desde este punto, él es un camino que llega a la meta. Sin él, nada podemos hacer (Juan 15:5), pero

con él, todo es posible (Filipenses 4:13). Su muerte tiene un lado misterioso del cual jamás conoceremos toda su importancia.

2. El sacrificio

La imagen del rescate procede del mercado de esclavos. Varios términos más tienen su origen en los sacrificios ofrecidos en el atrio del Templo. René Girard, cuyos estudios sobre Cristo presentan un gran interés, considera, sin embargo, la lectura sacrificial de la cruz como el malentendido más colosal de la historia. Para él, nada en los evangelios sugiere que la muerte de Jesús sea un sacrificio en el sentido de expiación y sustitución.

De hecho, lo que Girard rechaza es inculpar al Padre y al Hijo en la violencia de la cruz. Dios es no-violento. Luego, no puede ser responsable de la muerte infame de su Hijo. Hasta aquí, Girard tiene razón. A mi criterio, no es el concepto de sacrificio que debe rechazarse, sino el de expiación en el sentido habitual del término.

Efectivamente, la palabra *sacrificio* es aplicada en rarísimas ocasiones a la muerte de Cristo, pero la encontramos tres veces:

- «…vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como *oblación y víctima de suave aroma*» (Efesios 5:2, BJ).
- «…se ha manifestado ahora una sola vez, al fin de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante su sacrificio» (Hebreos 9:26, BJ).
- «…habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, *se sentó a la diestra de Dios para siempre*…» (Hebreos 10:12, BJ).

Está claro que la muerte de Jesús no es un suicidio. Tampoco es un simple asesinato porque ha sido oficialmente decretada por las autoridades civiles y religiosas. Y sobre todo, ha sido querida por el Padre y el Hijo. Es verdad que no desde una voluntad ideal y absoluta, de derecho, sino desde una voluntad circunstancial de hecho. Visto así, podemos hablar de sacrificio. Además, debemos tener en cuenta que hay una diferencia substancial entre un sacrificio y lo que pasó en el Gólgota. Jamás repetiremos bastante –porque se ha olvidado demasiado– que Satanás fue

el artífice de las cruces. Eliminad a Satanás y la cruz de Jesús desaparece del horizonte.

Añadamos que el fin esencial del sacrificio es restituir una comunicación rota. Si aporta algo en sí mismo es para que se produzca una unión sólida. El Antiguo Testamento abunda en descripciones y prescripciones relativas a los sacrificios. Raramente se explica su sentido pero siempre tienden a restaurar la comunión con Dios que o bien tiene problemas o ha sido destruida por el pecado. Al considerar el gozo de la unión restablecida se habla de olor agradable (Génesis 8:21).

El pecado no solo es un acto exterior al hombre, la transgresión de la ley, conlleva un cambio en nuestra personalidad, una pérdida de nuestra integridad vital. Luego, el perdón no será eficaz si no repara aquello que él mismo ha deformado.

Con algunas indicaciones generales, consideremos los textos que ven la crucifixión como un sacrificio.

2.1. Efesios 5:2

Démonos cuenta que estamos en plena exhortación moral. Pablo nos invita a convertirnos en imitadores de Dios. Su intención no conlleva pretensiones ambiciosas (siempre vigorosamente combatidas). Más bien nos habla como a hijos muy amados de Dios. La imitación se refiere a la práctica del amor, al ejemplo de Cristo. Y desde esta óptica, hace referencia al sacrificio de Cristo porque pone su amor en evidencia. El buen pastor da su vida por sus ovejas.

Si Pablo hubiera dado a este sacrificio un valor redentor, divino y único, ¿hubiera podido invitarnos a imitarlo? «Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante » (Efesios 5:2, RVR95). Cristo nos es dado como ejemplo de amor a imitar porque se entregó hasta la muerte. Supo muy pronto que su ministerio lo conduciría a la muerte y que esta, por muy dolorosa que fuera para él y para su Padre, sería aceptada con gozo por las consecuencias vitales que produciría: «Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan 12:32, BJ).

La muerte de Cristo fue la última consecuencia de su amor por los hombres. Esta es la conclusión a la que llega Pablo: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, y agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Romanos 12:1, BJ; 6:13; 1 Pedro 2:5). Este culto conlleva el sacrificio de alabanza, «…es decir, *el fruto de los labios* que confiesan su nombre», y el sacrificio de beneficencia y la comunión de bienes (Hebreos 13:15,16, BJ). Algunos teólogos expresan esta verdad cuando dicen hoy que Cristo ha muerto *encabezándonos*, a saber, para servirnos de ejemplo.

El sacrificio no es una especie de medio mágico destinado a ejercer una coacción en Dios por medio de la sangre. Es la cima más alta del amor al servicio de la convicción. «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. [...] Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás,[170] y nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:17,27,28, BJ).

2.2. Hebreos 9:26; 10:12; 10:10,14

- «…se ha manifestado ahora una sola vez ahora, al fin de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante su sacrificio» (Hebreos 9:26, BJ).
- «Él, por el contrario, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, *se sentó a la diestra de Dios para siempre*…» (Hebreos 10:12, BJ).
- «...quedamos santificados, merced a la *oblación* de una vez para siempre del *cuerpo* de Jesucristo. [...] Mediante una sola oblación, ha llevado a la perfección definitiva a los santificados» (Hebreos 10:10,14, BJ).

La epístola a los Hebreos es una demostración potente de la soberanía de Cristo en el mundo. A lo largo de sus discursos, el autor insiste en la ineficacia de los sacrificios antiguos. Luego cita al propio Cristo que al entrar en el mundo dice a su Padre: «*Sacrificio y oblación no quisiste;*

[170] Juan 10:28, traducción literal = «…no perecerán para siempre…» (RV1909).

pero me has formado un cuerpo. [...] vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Hebreos 10:5-10, BJ).

Efectivamente, Jesús había protestado contra los sacrificios: «Id, pues, a aprender qué significa *Misericordia quiero, que no sacrificio*» (Mateo 9:13, BJ). «Si hubieseis comprendido lo que significa *Misericordia quiero, que no sacrificio*, no condenaríais a los que no tienen culpa» (Mateo 12:7, BJ).[171]

Según el autor de la epístola a los Hebreos, Jesús ha querido sustituir la Antigua Alianza, básicamente sacerdotal, por la Nueva, basada en la obediencia auténtica y que en otro lugar la llama cumplimiento de la ley (Mateo 5:17-20). Mostraremos más adelante que aunque es el único que ha cumplido siempre la voluntad de Dios, su obediencia no solo es ejemplar sino que también es salvífica. «…así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos» (Romanos 5:19, BJ).

Frente a una desobediencia fecunda, Jesús viene a producir fecundidad en la obediencia. Y esta misión lo lleva a la muerte. En consecuencia, con una única ofrenda, tenemos acceso a la santificación (Hebreos 10:10) y a la perfección (Hebreos 10:14).

Jesús vino para borrar el pecado con su sacrificio. El verbo griego significa literalmente: «se ha manifestado». Esto implica que existía antes de su ministerio en la tierra –Él era; él ha venido; él volverá–. «…ahora, al fin de los tiempos» significa que ha inaugurado el nuevo orden querido por Dios.

En cuanto a la abolición del pecado, no está evocada en ningún otro sitio con tanta fuerza. Esta es la traducción literal del final del versículo 26: «…se ha manifestado ahora una sola vez ahora, al fin de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante su sacrificio.»

El sustantivo *athetêsis* está empleado en 7:18 para describir la revocación de una ordenanza anterior. Indica que la desaparición es definitiva. Aquí se aplica al pecado.

---

[171] *Cf*. Georges STÉVENY, «La protestation prophétique», en *Le mystère de la Croix*, *op. cit*., pp. 115-119.

> «En razón del contexto y del uso de la palabra *pecado* en singular *(ha-martia*, el pecado en su principio), es necesario entender no solamente el perdón de los pecados [...] o su cancelación, [...] sino también el fin del reino del pecado: la abolición va en este sentido. El hombre escapa por fin a la tiranía.»[172]

Una vez más, el texto inspirado dice claramente que Jesús vino para cambiar al hombre por la gracia de Dios. El pecado que ha echado todo a perder, está vencido. Pero esta victoria debidamente ganada por Cristo, no puede extenderse al hombre sin su colaboración. Un día, la gente con la que Jesús hablaba, le preguntó: «"¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?" Jesús les respondió: "La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado"» (Juan 6:28,29, BJ). Para que el plan de Dios en favor nuestro se realice, basta con que nos mantengamos en comunión viva con Jesús.

3. La expiación

Durante siglos, los cristianos han estado obsesionados con la idea de la compensación. El perdón gratuito es hasta cierto punto contra natura y no podía ser aceptado viniendo del Señor. Las teorías de la expiación penal tienen sus elocuentes defensores: Calvino, Bourdaloue, Bossuet. Inspiraban bellas piezas de oratoria pero se olvidan de explicar por qué el castigo de Cristo es agradable para su Padre. Cuando Bossuet escribe que Dios saciaba su venganza con Jesús, no nos extraña saber que muchas almas sinceras hayan vuelto la espalda a semejante divinidad. Un Dios egoísta y sanguinario puede asustar, jamás tranquilizar.

De hecho, Dios esperaba de la muerte de Cristo el efecto liberador que esperaba de los sacrificios ofrecidos en el atrio del Templo. Cuando vio el efecto perverso de estos sacrificios, percibidos como un medio práctico para librarse del castigo, Dios protesta a viva voz. Ningún profeta ha callado jamás al respecto. Pero en esto, encontramos en la historia de la iglesia los mismos errores que encontramos en la historia de Israel.

Ello es debido principalmente a la dificultad proveniente del vocabulario bíblico, a menudo influenciado por las instituciones que acompaña-

[172] Samuel BÉNÉTREAU, *L'Épître aux Hébreux*, vol. 2 (Vaux-sur-Seine: Edifac, 1990), p. 93.

ban al escritor o a su intérprete.[173] Hemos hablado del concepto de *rescate*, inspirado en los mercados de esclavos y la de *sacrificio*, influenciado por el sistema sacerdotal. Llegados a este punto, conceptos como expiación y propiciación requieren una revisión.

El estudiante se encuentra con una primera sorpresa. Mientras que la expiación es a menudo contemplada como un pilar fundamental de la salvación, solo aparece cuatro veces en todo el Nuevo Testamento (Romanos 3:25; Hebreos 2:17; 1 Juan 2:2; 4:10).

3.1. Romanos 3:24,25

> «…son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención [liberación] realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación [*propiciatorio*] por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios…» (BJ).

1) Redención. Hemos visto ya que el término griego debe entenderse en el sentido de liberación. Se emplea la misma palabra en Lucas 21:28 para hablar de la salvación que llega. Dios nos ofrece pues, en Jesucristo, el medio para ser liberados de la esclavitud del pecado. Establecido ya de antemano como «propiciatorio».

2) Propiciatorio. La palabra griega *hilastêrion*, traducción de la hebrea *kapporeth*, es el nombre de la cubierta del arca de la alianza, llamada acertadamente en inglés *mercy seat*,[174] sede o asiento de la misericordia. El nombre hebreo *kaporet* proviene de la raíz que significa cubrir y purificar. Es el acto concreto que se emplea, a menudo, en la lengua hebrea para expresar el perdón.

En efecto, la consecuencia del pecado estuvo marcada por la desnudez (Génesis 3:7). Normalmente la curación se describe como una «cubierta» que borra y purifica. Bajo la Antigua Alianza, la gran fiesta del

---

[173] *Cf.* Georges STÉVENY, «La magie des mots », en *Le mystère de la* Croix, *op. cit.*, pp. 41-82.

[174] *Mercy seat*, sede o asiento de la misericordia, es una traducción fiel para la cubierta en cuestión, llamada en hebreo *kaporet*. En español se la ha llamado *propiciatorio*, porque se ha creído que la sangre de Cristo aplaca la cólera de Dios, satisface su necesidad de venganza, y nos hace a Dios «propicio». El nombre de la cubierta del arca de la alianza, tanto en hebreo como en griego, no conlleva esta noción semántica.

perdón se llamaba *Yom Kipur*. Existía un ceremonial muy preciso, la sangre que representaba al pecador arrepentido era transferida sobre la cubierta del arca (Levítico 16:15) que prefiguraba a Cristo.

Simbólicamente, el pecador expresaba así a Dios, su deseo de unirse a él definitivamente en la gracia que perdona y libera. Jesucristo es el medio elegido por Dios para operar este milagro.

3) Por medio de la fe en su sangre. La fe no solo es un credo, una fórmula teórica. En este estadio no produce ningún milagro. Como en la Biblia la sangre simboliza la vida (Levítico 17:11), la fe en la sangre de Cristo representa una conexión viva con él, de nuestro ser entero, cuerpo, alma y espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). Esto quiere decir que en todos los aspectos de nuestra vida –física, síquica y espiritual– debemos comportarnos como si formáramos con Cristo una única persona. Él es, no solo nuestro modelo, también es el motor de nuestra existencia.

Pablo usa múltiples imágenes para ilustrar esta verdad del todo esencial:

- «…nos hemos injertado en él» (Romanos 6:5, BJ).
- «Más el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él» (1 Corintios 6:17, BJ).
- «…el que está en Cristo, es una nueva creación…» (2 Corintios 5:17, BJ).
- «…ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2:20, BJ).
- «…y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y os llenéis de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:19, BJ).
- «…para mí la vida es Cristo…» (Filipenses 1:21, BJ).
- «…y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe…» (Filipenses 3:9, BJ).
- «Todo lo puedo con Aquel que me da fuerzas» (Filipenses 4:13, BJ).

- «…Cristo en vosotros la esperanza de la gloria... a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Colosenses 1:27,28, RVR95).

Estos pasajes podrían ser fácilmente muchos más. No corremos el riesgo de equivocarnos al afirmar que contienen el Evangelio, poder de salvación para todo aquel que cree (Romanos 1:16).

4) A fin de mostrarnos su justicia. El amor y la justicia en Dios son inseparables. No puede aplicar la justicia olvidando el amor, ni salvar por amor descuidando la justicia. La única forma de asociar la justicia y el amor en la historia de la salvación es llevando al hombre a la conversión.

5) «…para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios…» Este pasaje no es fácil de traducir ni entender porque Pablo emplea para describir el tiempo de la paciencia de Dios un término que no significa «perdonar», sino «pasar por alto».[175]

Algunos dicen que Pablo piensa en los pecados cometidos antes de la venida de Jesucristo y que de alguna manera quedaron en suspenso, no pudiendo ser perdonados antes de su muerte. El sacrificio de Cristo habría tenido efecto retroactivo. Pero tal idea presenta algunas dificultades. ¿Hay que admitir que el perdón está materialmente unido a la muerte de Cristo? Si así es, ¿por qué? ¿Cómo? ¿Qué sentido darle entonces al *Yom Kipur*, que garantizaba el perdón recibido a lo largo de todo el año? ¿Qué decir de los pecados cometidos tras la crucifixión? ¿Qué podemos decir de los numerosos textos que insisten en el hecho de que Dios olvida los pecados y los lanza al fondo del mar?

Para mí, esta interpretación no tiene muy en cuenta el contexto. Pablo afirma que Dios debía mostrar su justicia porque durante todo un tiempo había cerrado los ojos a las faltas. Había dejado pasar. Como ejemplo tomemos la pregunta trampa planteada a Jesús respecto al divorcio. Jesús lleva a sus interlocutores desde Moisés al huerto del Edén. Les recuerda lo que Dios quería al principio (Mateo 19:1-12). A este tiempo de la paciencia, Pablo contrapone ahora el tiempo de la justicia desvelada por

[175] Para designar el perdón, Pablo emplea siempre la palabra *aphesis*. Aquí, emplea *paresis*, que jamás usa en otro sitio (*hapax*), y que significa tolerancia, impunidad.

Jesús. De hecho, el conocimiento de Dios se ha degradado con el tiempo. Se ha desconocido su voluntad, nos hemos equivocado sobre sus deseos. Por lo tanto, hay que hacer imperativamente una revisión de conceptos.

Esta es precisamente la preocupación que destaca en el sermón de la montaña, donde el Maestro revela en qué consiste la verdadera justicia. Lo que importa es que nuestra justicia sobrepase la de los escribas y fariseos. Resumiendo, la venida del Mesías es indispensable para poner en evidencia la naturaleza de la verdadera justicia de Dios. ¡Final del tiempo de la paciencia! Ha llegado el tiempo del cumplimiento, cuando la iglesia debe aparecer resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada (Efesios 5:27). Jesús viene por y para esto.

3.2. Hebreos 2:17,18

> «Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus *hermanos*, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo pasado él la prueba del sufrimiento, puede ayudar a los que la están pasando» (BJ).

El autor insiste en el hecho de que Jesús ha venido para socorrer a los hombres. Por eso, porque tuvo que hacerse semejante a los hombres, los eleva a la dignidad de hermanos. No es una simple conveniencia, ni una restricción: el verbo empleado *(ôpheilen)* indica una obligación moral. Su título de sumo sacerdote conlleva una doble misión: representar a Dios ante los hombres y a los hombres ante Dios. Para representar a Dios debe tener la naturaleza de Dios y lo demuestra en el capítulo primero. Pero para representar a los hombres, debe ser absolutamente semejante a los hombres. Su misión es la de vencer al pecado en la condición misma en que se encuentran los hombres, a fin de restaurar la relación filial de los hombres con su Padre celestial.

Esta victoria está evocada en la expresión «hacer la expiación» cuyo significado ya hemos explicado: cubrir el pecado, perdonarlo, olvidarlo y corregir el fracaso en cuestión; es decir, curar la enfermedad del pecado. Esta explicación está debidamente confirmada al final del versículo al ser introducida por la conjunción «pues [porque]» y es una explicación a todo lo que la precede. Puede socorrer a los que son tentados o probados

porque él mismo fue tentado y probado. Nuestras victorias actualizan las suyas gracias a la fe-adhesión que nos une a él.

3.3. 1 Juan 2:2

> «Él es *víctima de propiciación* [expiatoria] por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.»[176]

1) Desde el principio vemos que la expresión «víctima expiatoria», traducida en otras versiones como «víctima propiciatoria», traduce una sola palabra griega *(hilasmos).* La palabra *víctima* está ausente del texto original.

2) Si esta palabra describe una disposición salvífica de Dios, hay que llegar a la conclusión que el mundo entero está salvado porque Jesús es «*hilasmos*» para el mundo entero. Esto no es lo que enseña la Biblia.

3) *Hilasmos* es un término-imagen acompañado de la preposición *peri*. Esta es la traducción que se impone: «el que cubre todo alrededor». «El fin es mostrar la total eficacia del procedimiento elegido para separar el pecado del pecador y quitarlo de la presencia de Dios.»[177]

4) Esta explicación es confirmada por el especialista Büchsel:

> «*Hilasmos* no implica la propiciación de Dios. El término se aplica al proyecto realizado por el propio Dios de enviar a su Hijo. Por lo tanto, se apoya en el hecho de que Dios es misericordioso; es decir, sobre su amor (*cf.* 4:10). En consecuencia, *hilasmos* consiste en quitar el pecado como culpabilidad en relación a Dios. [...] El resultado subjetivo para el hombre es su libertad, su confianza frente al juicio divino (4:17; 2:28) o la victoria en relación con la culpabilidad.»[178]

Así, gracias a la intervención de Jesús a nuestro favor, podemos esperar el juicio con la conciencia tranquila e ir hacia el futuro con total confianza. Nuestra relación con Dios se mueve en la serenidad.

---

[176] 1 Juan 2:2, BJ, énfasis añadido, y 1 Juan 4:10, *cf.* Georges STÉVENY, *Le mystère de la* Croix, *op. cit*., pp. 78,79; 373-384.

[177] Ibídem, p. 79.

[178] BÜCHSEL, *Dictionnaire Théologique du Nouveau Testament*, vol. III, p. 317.

De hecho, Juan afirma que Cristo ofrece su ayuda a todo el mundo, al mundo entero. Su ayuda, ¡pero no la salvación! Desafortunadamente, hay «…muchos son llamados, mas pocos escogidos» (Mateo 22:14, BJ).

3.4. 1 Juan 4:10

> «En esto consiste el amor: no en que hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como *víctima de expiación* por nuestros pecados» (BJ, énfasis añadido).

Todo lo que hemos dicho de *hilasmos* en 1 Juan 2:2 continúa siendo válido aquí. A lo largo de su epístola, Juan desarrolla una exhortación práctica y positiva para mostrarse coherente en la vida cristiana. Nos convertimos en creyentes por el nuevo nacimiento, que introduce una nueva vida. Gracias a ella, el vínculo con el Espíritu Santo nos ata a Dios ya que el pecado nos había separado. La única exigencia para el hombre es la fe (Juan 3:16,36). Cristo glorificado nos envía al Espíritu Santo de parte del Padre (Juan 16:7), que será el encargado de continuar y acabar la obra salvífica de Cristo.

Juan insiste en la necesidad de «permanecer» en Cristo. Esta idea está 112 veces en el Nuevo Testamento y 67 veces en Juan. Dios nos ha enviado a su Hijo para que nosotros vivamos en él. Un creyente no puede vivir de incógnito. Esta es la señal por excelencia: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros.» El privilegio del cristiano no depende de un arreglo mágico o misterioso entre el Padre y el Hijo en la noche de la cruz. Este privilegio consiste en una transformación que permite al carácter de Cristo manifestarse en nuestro comportamiento en el seno de la sociedad.

Una amarga confesión nos obliga a decir que esto no se reconoce en los hechos. Si el cristianismo no tiene más fuerza hoy, no debemos buscar la razón fuera de él. Y la teología tiene una gran responsabilidad. No es casualidad si la Biblia termina con el fantástico libro del Apocalipsis, donde desde el principio, se juzga a la iglesia de forma alarmante. ¿Hay algo más terrible que descubrir que el trono de Satanás está instalado en la iglesia? ¿Podemos dejar de cuestionarnos ante tales acusaciones? En la situación enmarañada en que se encuentra el mundo, los creyentes están

advertidos de preguntarse si contribuyen a la enfermedad del mundo o a su curación.

4. La justificación

Aún a riesgo de repetirnos inútilmente, recordemos una vez más las circunstancias que forjaron el vocabulario bíblico de la redención. La imagen del rescate sale de la esclavitud. La del sacrificio procede del hecho de que todas las religiones antiguas fundan sus creencias en el misterio o la magia de la sangre. Los cultos paganos han hecho correr ríos de sangre. Y cuanto más preciosa era, más valor tenía. Citemos como ejemplo el célebre sacrificio de Ifigenia en Áulide. Lo encontramos también en la Biblia (Jeremías 7:31).

Desde este punto de vista, se ha creído en el deber de saciar a los dioses de sangre para apaciguar su cólera y aplacar su necesidad de venganza. Es evidente que el vocabulario ha estado fuertemente influenciado con tales ideas. Y así vemos como palabras hebreas y griegas han sido traducidas al español, y a otras lenguas, como expiación y propiciación. Hay que destacar que en la Biblia cada vez que aparece el verbo *expiar* siempre tiene a Dios como sujeto y jamás como complemento de objeto. Porque es Dios quien perdona y libera al pecador del poder del pecado. En un sentido literal es Dios que expía y no el que hace expiar. Siempre es el pecado o el pecador que se beneficia de le expiación. Expiar es perdonar y purificar. Es curar. Abordemos otra imagen.

No olvidemos que el pecado *entró* en el mundo (Romanos 5:12). Esto implica la idea que existen más lugares. Además, contiene un poder que domina al hombre. Solo Dios puede erradicarlo. Por ello, precisamente, ha enviado a su Hijo al mundo. Llegamos así a la cuarta imagen que usan los redactores de la Biblia para ilustrar la obra de Jesús en favor nuestro. Esta vez, la imagen procede de un tribunal donde hay acusados, condenados y justificados. Páginas enteras están tratadas con este enfoque en la Biblia. Para nosotros será suficiente resumir lo esencial.

Siendo todos pecadores, estamos todos virtualmente condenados a muerte porque «…el salario del pecado es la muerte…» (Romanos 6:23, BJ). Sin embargo, Dios no cesa de repetir que no quiere la muerte del

culpable sino su arrepentimiento (Ezequiel 18:23; 2 Crónicas 7:14; Romanos 3:24). Nos ha enviado a Jesucristo para que podamos ser justificados gratuitamente por medio de la liberación que hay en él. Tratemos de entender esto. Encontramos aquí una de las diferencias existentes entre el catolicismo y el protestantismo.

El verbo griego *justificar* significa considerar como justo,[179] dicho de otra manera, olvidar el pecado y ver al pecador como justo aunque no lo sea. El concilio de Trento, reaccionando contra Lutero, ve las cosas de otro modo. En su concepción, la Iglesia posee el poder de administrar los sacramentos, cuya naturaleza es producir lo que estos anuncian. Los sacramentos «confieren una gracia.»[180] Así, desde el punto de vista católico, el hombre es *hecho justo* por la justificación.

La última edición del *Catecismo de la Iglesia Católica* explica: «La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos [justificarnos, ed. fr.], es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos "la justicia de Dios por la fe en Jesucristo" (Rm 3, 22) y por el Bautismo.»[181] Si fuera así, todos los bautizados en la iglesia católica serían auténticamente justos.

A menudo he hecho el siguiente experimento. Estando en una comunidad para hablar de la justificación, pregunto lo que significa el verbo *justificar*. Casi siempre la respuesta es: «justificar es hacerlo justo».

---

[179] Justificar = dikaioô = considerar como justo. Todos los verbos griegos en -oô significan «considerar como».

[180] Consejo ecuménico..., Sacrosanctum concilium, p. 59.

[181] Párrafo 1987, de «La justificación», *Catecismo de la Iglesia Católica*, http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s1c3a2_sp.html#I La justificación (consultado 14 julio 2017). En la edición francesa del catecismo, que es la que usa el autor, Georges Stéveny, la palabra en francés se traduce como «justificar» [*justifier*]: «La grâce du Saint-Esprit a le pouvoir de nous *justifier*, c'est-à-dire de nous laver de nos péchés et de nous communiquer "la justice de Dieu par la foi en Jésus-Christ" (Rm 3, 22) et par le Baptême» (Párrafo 1987, de «La justification», *Catéchisme de l'Église Catholique*, http://www.vatican.va/archive/FRA0013/__P6S.HTM [consultado 14 julio 2017], énfasis añadido). La traducción francesa es más fiel a la versión oficial en latín, la palabra en latín se traduce como «justificando» [*iustificandi*]: «Spiritus Sancti gratia vim habet nos *iustificandi*, id est, nos a nostris lavandi peccatis nobisque communicandi iustitiam Dei per fidem Iesu Christi [219] et per Baptismum» (Párrafo 1987, de «Iustificatio», *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, http://www.vatican.va/archive/catechism_lt/p3s1c3a2_lt.htm#I.%20Iustificatio [consultado 14 julio 2017], énfasis añadido). [*N. del E.*].

Entonces pregunto cuántos de los creyentes presentes están seguros de ser o estar justificados –casi todo el mundo levanta la mano con una sonrisa–. Y voy más allá al preguntar: «¿Quiénes entre vosotros sois justos?» Curiosamente ninguna mano se alza. Se nota en el ambiente una gran duda.

Entonces hago la siguiente reflexión: si justificar consiste en hacer justo, ¡los que han sido justificados deben ser justos! Y desaparecen las sonrisas porque se descubre el problema. La teología globalmente admitida no se ha desarrollado hasta ese punto. Es conveniente clarificar este tema.

La clave consiste en respetar el verdadero sentido del verbo justificar, que es *considerar como justo* y no *hacer justo.*

Jesús vino para obedecer a la perfección la ley de Dios.[182] Ningún hombre lo ha hecho jamás. Ningún hombre puede esperar hacerlo sin la ayuda de Cristo. Pero el que se une a Cristo por la fe dispone de una fuerza divina gracias a la cual puede dejar de vivir en la esclavitud del pecado (1 Juan 3).

Cuando un hombre acepta a Jesús como Salvador (Hechos 8:37), ya puede recibir el bautismo y ser justificado. Para Dios sus pecados no existen más. Es considerado como justo. Gracias a su fe ya no es juzgado tal como es sino en lo que se ha convertido Cristo para él. Y Cristo es justo. En uno de sus primeros discursos, Pedro dice: «Vosotros renegasteis del Santo y del Justo…» (Hechos 3:14, BJ). Y en su epístola, Juan dice: «…tenemos un abogado ante el Padre: a Jesucristo, el Justo» (l Juan 2:1, BJ).

El don de la gracia, al que tenemos acceso por la fe, es pues, la justicia de Cristo. Está puesta a nuestra cuenta en los lugares celestiales. El apóstol Pablo explica que la fe nos es imputada como justicia. «…al que, sin trabajar, cree en aquel que justifica al impío, su fe se le reputa como justicia» (Romanos 4:5, BJ). Esta justicia se compara a menudo a un vestido que nos ofrece Jesús y que nos da acceso al banquete de las bodas del cordero (Mateo 22:1-14).

[182] Volveremos un poco más tarde.

Digámoslo de nuevo: este vestido está tejido con la obediencia perfecta de Jesús a lo largo de su vida en la tierra. Es su justicia y *nuestro* perdón. Y también es nuestra imagen justa, vista por Dios cuando nos mira a través de su Hijo, al que nos hemos asociado con el bautismo.

Conviene además considerar un punto importante. El conocido refrán: «el hábito no hace al monje», no puede aplicarse aquí. De entrada, porque la ropa en cuestión no es solo un vestido exterior, también es una manera de ser. Cuando recibimos el vestido de justicia es porque el propio Cristo está en nosotros y transforma nuestro interior. En consecuencia, progresivamente debemos hacernos parecidos a él. Lo que le permite a Juan escribir que el lino fino con el que está adornada la esposa de Cristo son «…las buenas acciones de los santos» (Apocalipsis 19:8, BJ; *cf.* 1 Juan 3:7).

Esta gran paradoja es descrita por Pablo minuciosamente, gracias a la elección de un vocabulario adecuado, en su epístola a los Romanos. Ya lo hemos dicho antes, cuando habla de la justificación, emplea un vocabulario que significa «considerar como justo», y no «hacer justo». Un matiz decisivo aparece, sin embargo, en su discurso: «…así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos *serán constituidos justos*»[183] (Romanos 5:19, BJ, énfasis añadido).

A causa de la desobediencia de uno, muchos se han hecho pecadores. No son pecadores porque Adán pecó. Son pecadores porque, habiendo nacido separados de Dios a causa de la caída de Adán, no han resistido a la tentación al estar privados del auxilio divino. Son pecadores porque han pecado.

Del mismo modo, a causa de la obediencia de uno, muchos han sido hechos justos. No son justos porque Jesús es justo. Pueden ser considerados como justos (justificados) si tienen fe en Jesucristo. Además, serán hechos justos progresivamente, porque en Cristo, quedan de nuevo unidos a Dios y Dios les asegura la victoria sobre el pecado.

---

[183] Esta vez, el verbo empleado no es ya *dikaioô,* sino, la expresión *dikaioi katastathêsontai* = serán constituidos [hechos] justos.

La ley ha puesto en evidencia la abundancia del pecado. Pero allí donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia, para que cese el reino del pecado que trajo la muerte y que reine la gracia, en virtud de la justicia, para procurarnos vida eterna a través de Jesucristo nuestro Señor (Romanos 5:19-21).

Así, gracias a la venida de Jesús, la muerte deja de ser nuestro último destino. Más allá de la muerte, el discípulo de Cristo accede a otra vida, eterna y libre de todas las penas que ensombrecen nuestra existencia actual. Todo hombre gozará de las maravillosas atribuciones que han hecho de Jesús el Santo y el Justo.

V. Examen de las teorías expuestas

Cuando buscamos poder entender por qué Jesús muere, vemos que existen numerosas respuestas con multitud de matices. Todas ellas dependen de dos principios: para unos, era necesario satisfacer la justicia de Dios, para otros, había que demostrar el amor de Dios. Los primeros alteran a menudo las exigencias de la justicia; los otros las olvidan casi siempre.

1. La salvación a través de la cruz para satisfacer la justicia de Dios

1.1. Un contrasentido: Justicia y castigo

Un extraño contrasentido ha triunfado al instalarse en el corazón de la teología de la cruz. Consiste en ver en la muerte de Jesús un acto que responde en sí mismo a las exigencias de la justicia de Dios. El inocente cargaría con la culpa de los pecadores y sería castigado en su lugar. Dicho de otro modo, algo que para los hombres es sumamente abominable en materia de justicia: condenar a un inocente en lugar de los culpables. Esto es precisamente lo que se pone a cuenta de Dios. El Dios justo y tres veces santo se complace en condenar al inocente en el lugar de los culpables.

Seamos conscientes: ¡esta explicación hace de Dios un asesino! En nombre de la ley que prohíbe matar, el mismo Dios mata. Y, es más, mata

un inocente imaginando que carga con los pecados del mundo. Y para conseguir sus fines emplea a hombres malos o mal instruidos en los que mora Satanás. ¿Cómo podemos aceptar tal crimen contra el que la conciencia se rebela?

El contrasentido del que hablamos a menudo se apoya en dos declaraciones de san Pablo:

- «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21, BJ).
- «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: *Maldito el que cuelga de un madero*. Y esto para que la bendición de Abrahán llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, y para que, por la fe, recibiéramos el Espíritu de la promesa» (Gálatas 3:13,14, BJ).

En nombre de la justicia, a menudo, se pretende que la venganza del Padre caiga sobre el Hijo para castigarlo hasta la muerte. Desde hace mucho tiempo, la cruz sirve para glorificar un suplicio infame. Lutero comenta de la siguiente manera el texto de Gálatas 3:13,14:

> «Todos los profetas vieron que Cristo sería el mayor malhechor del mundo, el mayor homicida, adúltero, ladrón, sacrílego, blasfemo, etc., que ha existido jamás en el mundo, porque ya no es más la persona que era, no es el Hijo de Dios nacido de la Virgen sino un pecador que lleva el pecado de Pablo que fue blasfemo, perseguidor y violento; de Pedro que renegó de Cristo; de David que fue adúltero, homicida y que hizo blasfemar el nombre del Señor a los paganos; total, él es el que lleva los pecados de todos en su cuerpo. No es que él haya cometido esos pecados, pero los que hemos cometido nosotros, él los ha cargado en su cuerpo a fin de satisfacer por ellos a través de su sangre.»[184]

Lutero no –duda en describir dramáticamente a Cristo maldecido por su Padre. Calvino hace el mismo razonamiento. Para él, Cristo está también sometido a la maldición. «… para cumplir con su oficio de Redentor –dice Calvino– ha dado su alma como sacrificio expiatorio por el pecado,

[184] Martín LUTERO, *Comentaire de l'épitre aux Galates*, cap. 3, vers. 13; vol. XV, *OEuvres* (Ginebra: Labor et Fidès, 1969), p. 282.

como dice el profeta (Is. 53, 5.11), a fin de que toda la maldición que nos era debida por ser pecadores, dejara de sernos imputada, al ser transferida a Él.»[185]

El Concilio de Trento ha definido también la satisfacción como el pago integral de nuestras deudas. La satisfacción «ha apaciguado a Dios y nos ha hecho propicios. Y solo a Jesucristo debemos estar agradecidos. Porque es él quien en la cruz ha pagado la deuda de nuestros pecados y ha satisfecho sobradamente la justicia de Dios con nosotros.»[186]

Vemos como la idea de castigo y maldición fue asociada a la justicia divina en nombre de un legalismo jurídico. Reconocemos que esta convicción se ajustaba fácilmente a las creencias de aquel tiempo. Pero después se produjeron profundos cambios. El teólogo Sesboüé no duda en criticar a su iglesia y denuncia que esta idea es un error.[187]

Mucho más grave es el hecho de que muchos cristianos sinceros han rechazado la fe a causa de esta doctrina. El célebre escritor Henri Guillemin declara: «Cristo no vino para morir, sino para hablar y para atestiguar. Idea que aún no ha hecho –rehecho– su camino y que la institución parece poco dispuesta a acoger. Sigue subsistiendo, todavía, para numerosos espíritus legítimamente inquietos la imposibilidad de creer en une redención-rescate.»[188]

Nadie puede ignorar el libro del gran periodista Jacques Duquesne *Le Dieu de Jésus*. Él pregunta: ¿Quién es el Dios de Jesucristo? «¿Es el Dios de las lágrimas y de la sangre que sacrifica a su hijo para salvar el mundo? ¿Es el Dios que puede hacer todo por el hombre y todo contra él? ¿Es, en fin, el Dios del infierno y del pecado?[189]

---

[185] Juan CALVINO, *Institución de la religión cristiana*, libro II, cap. XVI; vol. 2 (Barcelona: Fundación Editorial de Literatura Reformada, 1999), p. 378.

[186] *Catéchisme romain*, llamado del Concilio de Trento, cap. 24.1; citado por Bernard SESBOÜÉ, *Jésus-Christ l'unique médiateur* (París: Desclée, 1988), p. 70.

[187] Bernard SESBOÜÉ, *Jésus-Christ l'unique médiateur*, *op. cit*., p. 66.

[188] Henri GUILLEMIN, *L'affaire Jésus* (París: Seuil, 1982), p. 82.

[189] Jacques DUQUESNE, *Le Dieu de Jésus* (París: Grasset, Desclée de Brouwer, 1997), p. IV.

Hablando de la teoría del rescate escribe: «Tratar a Dios así es medirlo con la medida de los hombres y de los más malvados de todos ellos. Es un insulto. Lo extraño es que la Iglesia haya acogido esta tesis.»[190]

> «¿Cómo un Dios que perdona, según el Evangelio hasta setenta veces siete, es decir siempre, puede inventar un plan, un proceder en el cual para aplacar su ira contra la humanidad pecadora se hace cómplice, incluso instigador, del asesinato de su hijo? ¿Cómo un Dios que dio a Moisés esta ley: "No matarás", puede desear que maten a su propio hijo para satisfacción propia tal como se ha dicho y dicen aún tantos teólogos (en un lenguaje que es fuente de confusión)?»[191]

> «No es que Jacques Duquesne se rebele. Es que esta es una figura deformada que conocen desde hace dos mil años la mayoría de los hombres, también los propios cristianos. Durante demasiado tiempo se ha presentado a Dios como una divinidad fría, perfecta y sin piedad. Mientras que el Dios revelado por Jesús es un Dios de amor, un Dios que libera.»[192]

Otro periodista belga muy conocido y con una fe viva nacido en el seno de una familia muy creyente, explica por qué en materia religiosa tiró todo por la borda.

> «La idea de un Dios Padre, del que se nos asegura que es todo amor, envíe a Su hijo para ser masacrado como un cordero como sacrificio para sí mismo para rescatar los pecados del mundo, –perdonad mi vehemencia, pero se quiera o no, yo lo siento así y la sinceridad de un propósito tiene este precio– me parece totalmente inaceptable, insoportable, indecente [...]. Con todas mis fuerzas, con todo mi ser, repudio, rechazo y aborrezco tal mito. Sin embargo, es el fundador de una religión que pretende ser la religión del perdón y del amor.»[193]

Estas reacciones, de las que no se puede dudar de su sinceridad, hacen mucho daño al lector reflexivo de las Santas Escrituras porque estas se basan en tradiciones tan falsas como aquellas a las cuales Jesús se opu-

---

[190] Ibídem, p. 172.

[191] Ibídem, p. 177.

[192] Ibídem, p. IV.

[193] Paul DANBLON, Au *bonheur de vivre,* Libres propos d'un mécréant, (Tournai: Éditions complexe, 1999), p. 46. Paul Danblon, químico, músico y actor de formación hizo carrera como periodista científico en la Radiodifusión-Televisión belga.

so en su tiempo (Mateo 5:21; Marcos 7:1-13). Todo lo que hemos escrito ya al comienzo de este libro y en los otros,[194] abre una visión de Dios totalmente diferente. Pero no olvidemos los dos versículos citados al comienzo del capítulo: Gálatas 3:13,14 y 2 Corintios 5:21.

Deseosos de construir nuestra exposición progresivamente y con lógica, dejamos por ahora estos dos pasajes de lado. Pero hay que insistir en la paradoja que es poner a Dios en situación de utilizar a Satanás para satisfacer su justicia. ¿No es sorprendente ver al Dios tres veces santo aliarse con el diablo?

En la teoría en cuestión, Dios se muestra incapaz de perdonar sin castigar. Necesita del gran asesino, encarnación de la injusticia y de la rebelión, para mostrar su justicia al universo entero. ¡Qué terrible paradoja! ¡Qué insoportable contradicción! ¿Dios no ha dicho que el que condena al inocente es abominación para él (Proverbios 17:15)? ¿Puede hacer él mismo lo que condena tan duramente en otros? Cuando Jesús nos invita a ser perfectos como su Padre es perfecto, es Dios quien está invitándonos a «imitarlo», sin restricción alguna.

No puedo dejar de pensar en el hijo mayor de la grandiosa parábola que ilustra la verdadera actitud de Dios en relación con los hombres perdidos. Los religiosos que rodeaban a Jesús murmuraban entre ellos porque el Maestro acogía a los pecadores y comía con ellos (Lucas 15:2). En tres parábolas inolvidables, Jesús nos muestra a Dios infinitamente mejor que muchos teólogos. Ellas contienen el misterio del Reino de Dios. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesucristo es tan diferente del Dios gélido de los filósofos en el que se ha convertido el de la teología clásica.

Me gusta la opinión de Alphonse Maillot sobre el relato de Jesús: «Esta parábola es probablemente su última palabra sobre Dios y su última palabra sobre el hombre [...]. Todo está dicho en la tierra y en el cielo,

[194] Ver: Georges STÉVENY, Descubriendo a Cristo*; Le mystère de la croix; El enigma del sufrimiento; La fragilité de Dieu.*

cuando Jesús nos revela que Dios es padre y que los hombres son sus hijos.»[195]

Hay que lamentar que olvidamos muy a menudo al hijo mayor de la parábola, quien sin embargo, representa el conjunto de los creyentes. El padre de la parábola no espera al hijo mayor para empezar la fiesta en honor del hijo que regresa del libertinaje. Solo a ojos del padre el regreso del pródigo es de gran importancia. Tras entregarse sin límites a los placeres del mundo, la nostalgia de su padre se despierta en su corazón. Y esto basta. Dios no exige nada más. Ningún castigo, nada de cuarentena, sin censuras y sin comité de disciplina.

Las consecuencias de su locura ya las ha sufrido y sin duda, sufrirá más. El arrepentimiento no interrumpe el proceso del mal desencadenado por el pecado ya que las leyes son inmutables. No se pueden transgredir y quedar impune. El criminal que se arrepiente no devuelve la vida quitada. El drogadicto que se arrepiente continúa sufriendo los efectos del veneno. Sin embargo, el pecador que se arrepiente encuentra la paz en el corazón. Tal es la experiencia del hijo pródigo.

Está en casa. Su Padre estalla en gozo. Es cierto que no podía tomar al culpable por inocente. Las lágrimas del pecador sobre su locura tampoco son suficientes. Hace falta el arrepentimiento; ese vuelco interior que opera en la vida un cambio radical de dirección. En la Biblia este giro se llama conversión (Hechos 15:3; 26:20). La justicia de Dios exige el arrepentimiento y la conversión que en la parábola se expresan con el regreso del hijo a casa. Regreso difícil de afrontar... Pero el padre corre a su encuentro y lo acoge en sus brazos.

El maravilloso pintor Rembrandt pintó *El retorno del hijo pródigo*. Lienzo que se encuentra en San Petersburgo, en el Museo del Ermitage. Conscientemente o no, dio a su imagen la forma de un nueve, como sugiriendo que de este encuentro va a explosionar la vida. Así ocurre con el arrepentimiento. El arte se sumerge, a menudo, en el corazón de la realidad.

---

[195] Alphonse MAILLOT, *Les paraboles de Jésus aujourd'hui* (Ginebra: Labor et Fidès, 1973), p. 136.

1.2. Justicia y perdón

El pastor que ha perdido una oveja sale a buscarla. La oveja simboliza a los sentimentales, los que se alejan del rebaño sin haberlo querido. Para volver necesitan ser encontrados y traídos. Están dominados por el sentimiento. Los razonamientos no les sirven mucho.

La dracma grabada con la imagen del rey simboliza a los «intelectuales». Los que necesitan conocimiento y explicaciones. Como la oveja, la dracma está perdida por casualidad, sin querer. La mujer que la ha perdido la busca y enciende su lámpara para encontrarla. Es indispensable que haya buena luz; es decir explicaciones claras. En cuanto al padre del hijo pródigo, es paciente. Su hijo le conoce y ha decidido marchar. Su padre no puede hacer nada por él si no cambia de actitud. Debe entrar en sí mismo para distinguir la diferencia que hay entre el príncipe de este mundo y el Señor del Reino (Lucas 15:17).

Hasta aquí todo es gozo. Pero el hijo mayor está furioso, dominado por una justicia sin amor. Habría aceptado, sin duda, participar en un comité de disciplina encargado de evaluar el castigo. Pero no puede aceptar un perdón gratuito. Triste lector del Antiguo Testamento que ha olvidado la misericordia de Jehová. La palabra hebrea para *misericordia (rajamim)* viene del término que evoca el útero materno *(rejem),* y aquí es puesta en plural para subrayar la plenitud. Es difícil describir mejor el sentimiento profundo de Dios. La naturaleza de Dios es descrita como una plenitud de ternura maternal.

A partir de aquí, las imágenes abundan para ilustrar la naturaleza del perdón: «…como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros crímenes» (Salmos 103:12-17, BJ). «Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán. Y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán» (Isaías 1:18, BJ). «¡Yo, yo mismo limpiaba tus delitos por mi respeto, y de tus pecados no me acordaba!» (Isaías 43:25, BJ).

«He disipado como una nube tus rebeldías, como nublado tus pecados. ¡Vuélvete a mí, pues te he rescatado!» (Isaías 44:22, BJ). «…cuando perdone su culpa y de su pecado no vuelva a acordarme» (Jeremías 31:34, BJ). Hay una única y firme condición, siempre la misma, simple pero necesaria: cambiar de conducta (Ezequiel 18:23). Y esta depende enteramente solo de la libertad del hombre.

En la noche de sus pensamientos dolorosos, David comprendió que no había otra condición.

> «Pues no te complaces en sacrificios,
> si ofrezco un holocausto, no lo aceptas.
> Dios quiere el sacrificio de un espíritu contrito,
> un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias.
> [...]
> Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
> renueva en mi interior un espíritu firme…» (Salmos 51:18,19,12, BJ).

Sería fácil prolongar esta lista y encontrarla en el Nuevo Testamento, cuando san Pablo resume todo en el célebre pleonasmo: «don gratuito»[196] (Romanos 5:16). Perdonar es dar por encima de las exigencias de la justicia, olvidar las exigencias del pasado pero asegurar que estas sean aceptadas en el futuro. Perdonar es borrar la deuda y no hacerla reembolsar por otro que no sea el deudor. El perdón que debemos ofrecer es la misma medida del perdón que Dios nos ofrece (Mateo 18:21-35). Jesús hace entender a los suyos que no hay límite en el perdón (setenta veces) mientras permanezcamos abiertos a la acción del Espíritu Santo.

1.3. Justicia y encarnación de Cristo

> «…Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez *para quitar los pecados de la multitud*…» (Hebreos 9:28, BJ).

> «…*el mismo que*, sobre el madero, *llevó nuestros pecados* en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; *con cuyas heridas habéis sido curados*. Erais *como ovejas descarriadas*, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas» (1 Pedro 2:24,25, BJ).

Algunos teólogos establecen una relación entre estas declaraciones y la ceremonia del macho cabrío para Azazel en el *Yom Kipur* (Levítico 16:8-10). La regla bíblica en relación a este tema es:

> «Acabada la expiación del santuario, de la Tienda del Encuentro y del altar, Aarón hará traer el macho cabrío vivo, impondrá ambas manos

[196] Pablo en Romanos 15:6 usa la palabra *charisma* que muchas versiones bíblicas en francés traducen por un pleonasmo «don gratuit», «don de grâce»… [*N. del E.*].

> sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades de los israelitas, todas sus rebeldías y todos sus pecados; los cargará sobre la cabeza del macho cabrío y lo enviará al desierto por medio de un hombre designado para ello. Así el macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos, hacia una tierra desierta; y (el encargado) soltará el macho cabrío en el desierto» (Levítico 16:20-22, BJ).

¡Está claro! En este caso hay transferencia de los pecados. Les son quitados a los que los han cometido para ponerlos jurídicamente sobre el macho cabrío por Azazel... Tras la acción, ningún hombre tiene el derecho ni el poder de destruirlo. Debe ser llevado al desierto donde Dios se encargará de destruirlo.

¿A quién simboliza, pues, este animal? Esta es la opinión de un teólogo evangélico:

> «Algunos comentaristas cometen el error de interponer una cuña entre los dos machos cabríos, el que era sacrificado y el que llevaba los pecados, desconociendo el hecho de que ambos animales conjuntamente se describen como una sola "expiación", en singular (v. 5; *cf.* VRVA "el sacrificio por el pecado"). Tal vez T. J. Crawford tenía razón cuando sugirió que cada uno de los machos cabríos representaba un aspecto distinto del mismo sacrificio, "uno exhibiendo el medio, el otro el resultado de la expiación". En este caso la proclamación pública del día de expiación no ofrecía dudas, expresaba que la reconciliación era posible sólo llevando los pecados en forma sustitutiva. El autor de la Carta a los Hebreos no tiene inhibiciones en cuanto a ver a Jesús como "misericordioso y fiel sumo sacerdote" (2.17) y a la vez como las dos víctimas: el macho cabrío sacrificado cuya sangre se llevaba a la segunda parte del santuario (9.7,12) y el que llevaba los pecados del pueblo al desierto (9.28).»[197]

No podemos estar de acuerdo con esta opinión, He aquí por qué:

1) Está probado que el nombre *Azazel* se aplica a Satanás

2) La sangre del macho cabrío no se vierte. La sangre de los sacrificios simboliza la vida. Aquí, cargado con la culpa de los pecados, el ani-

[197] John STOTT, *La Cruz de Cristo* (Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1996), p. 163. Ver Thomas J. CRAWFORD, *Doctrine of Holy Scripture*, p. 225. Ver también Leon MORRIS, «The Day of Atonement», en *The atonement: Its meaning and significance* (Leicester: Inter-Varsity Press, 1984), pp. 68-87.

mal debe desaparecer para siempre. Esta es la suerte predicha para Satanás (Apocalipsis 20:10). No se espera nada de su vida pero se espera todo de su muerte.

3) Si los pecados habían sido puestos jurídicamente sobre el macho cabrío que representaba a Cristo, no habrían podido ser puestos sobre el macho cabrío vivo.

4) Los evangelios no hablan de ningún acontecimiento que pueda corresponderse, ni de cerca ni de lejos, con la ceremonia relativa al macho cabrío vivo.

De hecho, todo lo que se corresponde con el perdón y la regeneración está simbolizado por el macho cabrío para Yahvé, que representa a Jesús. Una vez vencido el pecado, la responsabilidad y la culpa se aplican al macho cabrío vivo, emblema de Satanás. ¡Dios reenvía el mal al diablo! Dios es el único Señor del mundo. Satanás, usurpa sus poderes. Muchos son los que le siguen y refuerzan su posición de príncipe de este mundo. Dios no tiene más remedio para salvar el bien y al mundo que destruir el mal. El *Yom Kipur* ilustra esta verdad con potencia.

No hay razón alguna para recurrir al macho cabrío vivo para explicar los textos que dicen que Jesús ha llevado nuestras enfermedades y nuestros pecados.

Estas últimas declaraciones a menudo se relacionan con el último canto del Siervo narrado por Isaías. Pero frecuentemente omitimos una información importante en el propio canto:

> «Despreciado, marginado,
> hombre doliente y enfermizo,
> como de taparse el rostro por no verle.
> Despreciable, un Don Nadie.
> ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba
> Y nuestros dolores los que soportaba!
> *Nosotros* lo tuvimos por azotado,
> herido por Dios y humillado.
> Él ha sido herido por nuestras rebeldías,
> molido por nuestras culpas.
> Él soportó el castigo que nos trae la paz
> y con sus cardenales hemos sido curados» (Isaías 53:3,4, BJ).

Mateo cita este pasaje para explicar las curaciones hechas por Jesús (Mateo 8:16,17). El sentido más evidente se impone. Jesús ha querido volverse semejante a los hombres. Ha renunciado a todas sus atribuciones divinas para participar sin reserva en la naturaleza de los hombres. Ha conocido nuestras tentaciones. Se ha mostrado solidario con nuestros sufrimientos. Su solidaridad fue plenamente afectiva: cuando curaba a un leproso, no se volvía leproso.

Su relación con el pecado es de igual naturaleza. Participando como nosotros en la sangre y en la carne por su encarnación, fue tentado como nosotros en todas las cosas (Hebreos 4:15). Es en este doble sentido que ha llevado nuestros pecados: por su encarnación en plena hostilidad, y por su tentación en plena iniquidad. La última tentación o prueba[198] se desarrolla en la cruz.

Desde su bautismo, Jesús comprende lo doloroso que será el combate. También, frente a la prueba reclama el bautismo para recibir la ayuda del Espíritu Santo. A Juan Bautista, extrañado por su petición, Jesús le responde con dos palabras griegas cuyo verdadero significado no me parece correctamente traducido en algunas versiones. El verbo empleado es el que aparece en la oración dominical y debería traducirse literalmente por: «…líbranos de nuestras deudas…» (Mateo 6:12).[199]

¿Cuál es, pues, el anhelo de Jesús cuando desciende a las aguas del Jordán? El texto traducido literalmente dice: «Libera ahora; porque importa que así sea cumplida para nosotros toda justicia. Entonces lo libera» (Mateo 3:15). Jesús es, pues, perfectamente consciente del riesgo al que se expone al venir a salvarnos. Constantemente tendrá necesidad de su Padre. Lo dice en numerosas ocasiones: «No puedo yo hacer nada por mí mismo…» (Juan 5:30, RVR95; 7:16; 8:28). Bajó hasta lo más hondo del abismo abierto por la caída del hombre. Su misión consiste en remontar la cuesta. Para hacerlo, deberá recurrir sin cesar al poder de Dios.

---

[198] En griego, la misma palabra: *peirasmos*, tiene los dos sentidos.

[199] Mateo 3:15a: *Aphes arti* = libera ahora.

Mateo 6:12: *Aphes hêmin ta opheilêmata* = líbranos [libéranos] de nuestras deudas. Mateo 3:15b: *Tote apiêsin auton* = entonces lo libera.

Por ello, desde el comienzo de su ministerio clama a su Padre y este le responde claramente. Los cielos se abren y el Espíritu de Dios desciende. «Y una voz que salía de los cielos decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco"» (Mateo 3:17, BJ). No es Dios el que tienta o prueba a su Hijo. Pero muchos son los que lo han considerado erróneamente como herido por Dios y maldito por él. La unidad del Padre y del Hijo jamás ha conocido el mínimo fallo.

1.4. Justicia y sufrimiento

Pedro habla de las magulladuras de las que podemos ser curados. Aquí aún, se hace eco del texto de Isaías que describe los sufrimientos del Mesías. Y, siempre llevados por una mala interpretación del texto, se ha dado al sufrimiento un valor redentor como si este pudiera complacer a Dios. Hasta el punto que, durante siglos y todavía hoy, en ciertos lugares, se inflingen toda clase de sufrimientos con la seguridad de complacer a Dios. ¡Es la misma lógica! Si los sufrimientos de Cristo le han complacido, los nuestros deben complacerle igual.

Si Dios se ha complacido con los dolores de su Hijo, podemos incluso medir la densidad de una vida por la intensidad de los dolores que ha sufrido. Luego, la manipulación del dolor puede servir como instrumento para educar. Los monjes lo saben.

En 1990, el papa Juan-Pablo II publicó una carta sobre:

> «…el sentido cristiano del sufrimiento humano, donde afirma que el sufrimiento redentor de Cristo puede ser constantemente completado con el sufrimiento del hombre, y es por lo que este tiene un valor especial a los ojos de la Iglesia. [...] El sufrimiento es un bien ante el cual la Iglesia se inclina con veneración, con toda la profundidad de su fe en la Redención.»[200]

Esta idea se llevó tan lejos que los médicos tenían escrúpulos para mitigar los dolores de sus pacientes. El profesor Marc-Antoine Petit, en su discurso inaugural pronunciado en la Facultad de Medicina de Lyon en

[200] Roger LALLEMAND, «L'homme face à la souffrance et à la mort», Revue Louvain, n.º 103 (noviembre 1999), p. 14.

noviembre de 1799, declaraba: «Desaconsejo la anestesia porque mis pacientes me han enseñado que nada es más delicioso que el sueño que sigue a la operación más cruel.»[201]

La mentalidad en cuestión es combatida en la actualidad por la sana teología y por la ética laica, de manera que cada vez más recurrimos a los analgésicos. Esto no impide que desviaciones doloristas hayan hecho sufrir cantidad de vidas humanas y sigan haciéndolo aún hoy. Olvidan la invitación del Señor: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mateo 11:28, BJ). El deseo de Cristo es curar a los que tienen el corazón roto (Lucas 4:18).

No se trata, evidentemente, de poner en cuestión los sufrimientos de Jesucristo. Lo que es importante entender, en nombre del amor de Dios, es que el sufrimiento no tiene ningún valor en sí mismo. Jesús lloró cuando su amigo Lázaro murió. Ya hemos mencionado la felicidad que sentía al quitar todos los dolores. Estos desaparecerán completa y definitivamente en el Reino de Dios. De momento, solo podemos unirnos a los profetas y decir: «¿Hasta cuándo Señor?»

El propio Jesús oró para ser librado de la prueba. Pero entendió que esta tenía cabida en su ministerio. Entonces, la integra no porque esta tuviera sentido en sí misma –no tiene ninguno– sino porque se puede desarrollar en un plan más vasto y este sí tiene sentido. Cuando Jesús dice a su Padre en el Getsemaní: «…no se haga mi voluntad, sino la tuya», no pretende, en absoluto, atribuir a Dios su sufrimiento y su muerte.

Emplea un giro bíblico que significa que todo, incluido el mal, puede ser recogido por Dios e integrado a un proyecto dirigido por Él. El sufrimiento tiene entonces un sentido gracias al propósito de amor en el que este participa. «Pues, habiendo pasado él la prueba del sufrimiento, puede ayudar a los que la están pasando» (Hebreos 2:18, BJ). Esto forma parte del plan con el que Jesús nos libera del pecado.[202]

---

[201] Ibídem, p. 16.

[202] En el vocabulario bíblico, una palabra a menudo empleada para nombrar este plan, es generalmente traducida por «expiación» (Hebreos 2:17). Recordemos que esta palabra significa «cubrir y curar». Implica el perdón, el olvido del pecado y la regeneración, victoria sobre el mal.

Es desde esta óptica que debe entenderse la declaración del gran misionero Pablo: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Colosenses 1:24, BJ). Pablo habría blasfemado hablando así si hubiera dado un valor redentor a los sufrimientos del Mesías porque habría también dado el mismo valor a sus propios sufrimientos.

Pedro no dice que Dios se complace en las heridas de su Hijo. Dice que por ellas, podemos ser curados. El sufrimiento tiene el poder de conmover. Y cuando nos emocionamos, estamos más abiertos para entender al otro. Recordemos que la forma de afrontar Jesús los tormentos de la crucifixión abre el corazón de un malhechor y de un centurión romano. También podemos decir que las numerosas torturas infligidas a Pablo hicieron que sus predicaciones tuvieran mayor influencia. Sus pruebas físicas (en su carne) contribuyeron a edificar la iglesia, cuerpo de Cristo.

Jesús no vino a nosotros para sufrir y morir. Vino para ponernos en la condición adecuada para vivir en armonía con la voluntad de Dios en su reino. Pero, en este plan de salvación, tuvo que integrar el sufrimiento y la muerte.

1.5. La justicia y la sangre. Hebreos 9:22

De nuevo, a menudo encontramos un contrasentido en relación a este texto: «…según la Ley, casi todo ha de ser purificado con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay remisión.» Con frecuencia sacamos esta afirmación de su contexto y le hacemos decir que Dios exige la sangre de su Hijo para perdonarnos. Este no es el sentido del texto.

1) Olvidamos el adverbio «casi» y le damos al pasaje un valor absoluto que no tiene. Efectivamente, Levítico cuando habla de las reglas de los sacrificios, explica que la importancia del sacrificio no estaba condicionada por la gravedad de la falta sino por la situación material del pecador. Encontramos que los más pobres no ofrecían un sacrificio de sangre sino «…una décima de medida de flor de harina…» (Levítico 5:11, BJ). La sangre no era pues indispensable.

2) Además, no debemos olvidar el contexto. Desde el principio del capítulo 9, el autor evoca el culto de la Antigua Alianza. Tras describir el antiguo tabernáculo, muestra como se desarrollaban las ceremonias. Es pues a propósito de la Antigua Alianza que hace estas declaraciones acerca de la sangre. La cita es histórica y no teológica. La Nueva Alianza nada tiene que ver con esta declaración. La Nueva exige «…con mejores sacrificios que estos, porque no entró Cristo en un santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el mismo cielo...» (Hebreos 9:23,24, RVR95).

3) En el sacrificio de Jesús no es la sangre material la que purifica. Si así fuera, ¿qué pasaría con todos los que han pecado después de su resurrección y para los que ya no hay más sangre? Su sacrificio comprende el don de su persona desde la eternidad, su encarnación, su atormentada vida y finalmente su muerte. Incluso resucitado, lleva consigo las marcas. Bienaventurado aquel que es reconciliado por su muerte y salvado por su vida (Romanos 5:10). Si la vida de Jesús no es un sustituto de nuestra muerte, no podemos ser salvados. Sin el don de la vida de Cristo, no hay perdón.

4) Además, en la primera alianza, la sangre no sirvió para nada (Hebreos 7:11ss). En la segunda, la sangre es signo de vida. En consecuencia, se consigue la meta: el pecador es reconciliado, justificado, santificado, salvado.

1.6. La obediencia perfecta de Cristo

Pablo afirma que la justicia se revela en el Evangelio (Romanos 1:17). La justicia implica la rectitud, la exactitud, la conformidad con la voluntad de Dios. Jesús se volcó en palabra y en acción a desvelarnos la voluntad de Dios y desembarazar su Palabra de todas las tradiciones que la habían deformado. Lo que tiene valor en su vida es su ejemplo. Cuando Pablo escribe que Dios ha condenado el pecado en la carne (Romanos 8:3), hace alusión al hecho de que Jesús no ha pecado, aunque haya venido como nosotros, en carne y en sangre y haya sido tentado en todas las cosas. La prueba está hecha de tal manera que nosotros podemos cumplir

la justicia de la ley andando según el Espíritu[203] (Juan 3:5,6). Las exigencias de Dios no son exageradas. No tenemos excusa alguna.

Además, san Pablo pone en evidencia la obediencia de Cristo al contrastarla con la desobediencia del hombre. «En efecto, así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos» (Romanos 5:19, BJ). Hay una mórbida gravedad en la caída inicial de la humanidad. Por el contrario, hay un impulso salvífico en la victoria de Cristo sobre la tentación.

Muchos son los que piensan que la obediencia no le costó ningún esfuerzo a Jesús. Se olvidan de las consecuencias de la encarnación. El autor de la epístola a los Hebreos está conmovido cuando describe las pruebas de Jesús. «…y aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen…» (Hebreos 5:8,9, BJ).

Desgraciadamente, la obediencia ha perdido su lugar en nuestro concepto de vida. El hombre se esfuerza en reclamar sus derechos, a la vez que menosprecia sus deberes. Sin embargo, es la obediencia la que dignifica al hombre. Si no fuera libre, el hombre no podría obedecer. La naturaleza del hombre está deformada. Es un verdadero drama. El propio Jesús tuvo que aprender a obedecer. Y no lo hizo sin muchos sufrimientos en su vida.

Pero son los sufrimientos de su muerte, sobre todo, los que ponen en evidencia su obediencia. Una vez más es Pablo el que dice:

> «…se rebajó a si mismo,
> haciéndose obediente hasta la muerte
> y una muerte de cruz.
> Por eso Dios lo exaltó
> y le otorgó el Nombre,
> que está sobre todo nombre.
> Para que al nombre de Jesús
> *toda rodilla se doble*

[203] El pecado no es solamente denunciado de una manera fría y abstracta, gracias a las dos tablas del Decálogo (1 Juan 3:4). También es condenado prácticamente en la carne, por la victoria lograda por Jesús, teniendo la misma naturaleza que nosotros.

en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es el SEÑOR
para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:8-11, BJ).

1.7. La muerte vencida

En el desierto, donde fue tentado enseguida tras su bautismo, Jesús tuvo que aprender lo que sería su ministerio. Se despojó de su manto real, de su corona y de su cetro para convertirse en nuestro servidor. Después, en el huerto de Getsemaní, se enteró de cómo sería su muerte. Tuvo que confiarse enteramente a su Padre para experimentar una vida rota.

Job obedeció en sus pruebas pero no «hasta la muerte». «Respondió Yahvé al Satán: "Lo dejo en tus manos, pero respeta su vida"» (Job 2:6, BJ). Dios detuvo a Satanás ante la muerte. Jesús, al contrario, tuvo que obedecer «hasta la muerte». Satanás fue hasta las fronteras mortales de su reino.

Este libro, uno de los más antiguos de la Biblia, nos aporta una revelación extraña, insólita pero de una importancia fundamental. Dios está lidiando con un enemigo que lo insulta y provoca. No se trata de otro Dios porque solo hay un Dios de quien depende todo, tanto las tinieblas como la luz (Isaías 45:7). Es verdad que sabemos pocas cosas acerca de este extraño enemigo. Nos es presentado como el que se opone, el que acusa, el que divide, mentiroso y padre de la mentira, asesino desde el principio (Juan 8:44), príncipe de este mundo (Juan 12:31). Se trata de una criatura rebelde que dispone de un poder sobrenatural y temible pues se disfraza como un ángel de luz (2 Corintios 11:14).

Quedamos estupefactos al saber que su influencia se extiende sobre una zona de sombras en el cielo y en la tierra, donde ángeles, demonios, espíritus malvados están a su disposición. Sabemos que «…el Dios de la paz aplastará bien pronto a Satanás…» (Romanos 16:20, BJ). Pero mientras, nos «…ronda como *león rugiente*…» (1 Pedro 5:8, BJ), y su actitud más perversa consiste en pretender que los que caminan con Dios lo hacen por interés. Como si la fe en Dios no tuviera otro objetivo que obtener sus favores. La acusación es cruel: ¿cómo defenderse si no es renunciando a los favores?

En la Antigua Alianza, Job fue elegido para probar la falsedad de esta acusación. Dios no ha impedido a Satanás atacar a su siervo íntegro y justo. Sin embargo, ha puesto un límite: no quitarle la vida. Mientras Job respire, Satanás puede mantener su mentira. Para vencer definitivamente a Satanás, Dios necesita de alguien más, alguien que sabrá mantener su fe y su amor a Dios hasta el abandono más inesperado. En la Nueva Alianza, Jesús es atacado en todos los frentes hasta la muerte, la más cruel.

El primer abandono que sufre es el del corazón: en el huerto de Getsemaní sus mejores amigos son incapaces de velar una hora con él. Su segunda laceración es la traición de Judas y la negación de Pedro. Un tercer suplicio es el de hacer la crucifixión honorable, cuando es tomada como una mofa de manera sórdida. Luego, llega el cuarto suplicio, el martirio de la carne. Y cuando el soplo vuelve a Dios en la noche con un grito lúgubre, la luz puede volver. Satanás está vencido.

Cristo redujo «…a la impotencia mediante su muerte al que tenía el dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hebreos 2:14,15, BJ). El apóstol Pablo desarrolla magistralmente este pensamiento en su epístola a los Corintios.

> «El último enemigo en ser destruido será la Muerte. [...] *La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?* El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Corintios 15:26,55-57, BJ).

No obstante, debemos saber que para entrar en el Reino de los cielos debemos atravesar cuantiosas tribulaciones (Hechos 14:22). La fe consiste en ver la salvación a través de la esperanza. Si todas nuestras necesidades estuvieran cubiertas y todos nuestros deseos satisfechos, no tendríamos necesidad de la fe. Sin embargo, una promesa preciosa acompaña esta visión de la realidad: «No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación, os dará modo de poderla resistir con éxito» (1 Corintios 10:13, BJ).

Debo detenerme aquí brevemente para tratar un tema delicado que requeriría un desarrollo más extenso. Notad primero que la tentación no viene de Dios (Santiago 1:13). En cambio, Dios *quiere* que seamos tentados. Volvamos al relato de la tentación de Jesús. «Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y *era conducido por el Espíritu* en el desierto, durante cuarenta días…» (Lucas 4:1,2, BJ, énfasis añadido). Mateo aún es más preciso: Jesús fue llevado por el Espíritu *para* ser tentado por el diablo.

Dios no tienta a nadie pero quiere que seamos tentados porque solamente tendrán acceso a la vida eterna los que hayan vencido la tentación. No hay otra posibilidad de evitar el drama del huerto del Edén. Los elegidos conservarán su libertad pero habrán escogido firmemente caminar definitivamente con Dios. No hay posibilidad de elección sin alternativa. En consecuencia, Dios no tiene otra salida que conducirnos a la tentación. Lo hizo particularmente con Job y volvió hacerlo con su Hijo. Es necesario que todos tengamos la ocasión de probar que, por la gracia y conducidos por Jesús, podemos también conseguir la victoria. Entonces, nuestra eternidad no presentará ya ningún riesgo para Dios ni para nosotros.

1.8. La justicia cumplida

Hemos dicho que la justicia consiste en andar en rectitud, en armonía con la voluntad de Dios. San Pablo constata que «*No hay quien sea justo,*[204] *ni siquiera uno*. [...] todos pecaron y están privados de la gloria de Dios» (Romanos 3:10,23, BJ). Pero, gloria a Dios, hay uno «…al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de Dios, justicia, santificación y redención…» (1 Corintios 1:30, BJ), es Jesucristo.

De aquí en adelante, la justicia no se obtiene a través de la obediencia a la ley sino con la comunión viva y permanente con Jesús (Gálatas 2:20,21). Por nuestro primer nacimiento estamos sometidos a la ley del pecado y de la muerte. «Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte. […] a fin de que la

[204] Sin embargo, este término es, a veces empleado para designar a un hombre reconocido como inocente, recto. Pero Pablo usa un catálogo declarando que todos los hombres son pecadores. Se ha encontrado en Qumrân (1 QH IV, 29 ss.)

justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu» (Romanos 8:2,4, BJ).

Con Cristo, la Vida ha entrado en el mundo y con la Vida, la abundancia de la gracia y el don de la justicia. En él se realiza por primera vez el proyecto de Dios para el hombre. Es el primer hombre que cumple la voluntad del Creador. Sin el pecado, todos los hombres hubieran sido como él. A pesar del pecado y gracias a Cristo, todos los hombres pueden volver al «…estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo» (Efesios 4:13, BJ). Es algo prodigioso.

Por su obediencia, Jesús conquistó la perfección mediante el sufrimiento (Hebreos 2:10). Y «…llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen…» (Hebreos 5:9, BJ). Muchos cristianos se pelean, todavía hoy, en nombre de afirmaciones mal entendidas. El Nuevo Testamento es, sin embargo, muy claro. Tratemos de entenderlo.

La Antigua Alianza descansaba por entero en la ley, es decir, en la obediencia. Pero «…la Ley no llevó nada a la perfección…» (Hebreos 7:19, BJ). Está clara su impotencia e inutilidad (Hebreos 7:18). La Antigua Alianza está, pues, abolida y remplazada por la Nueva, fundada ya no en la ley sino en la fe en Jesucristo.

La verdadera fe es una unión, una comunión: nos convertimos en una misma planta con Cristo (Romanos 6:5), el sarmiento en la cepa. «…el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él» (1 Corintios 6:17, BJ). «…ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2:20, BJ). Chouraqui considera la fe una adhesión. La imagen es elocuente.

Entonces, tal como hemos dicho, Dios nos ve en Cristo y nos juzga en Cristo. Es lo que Pablo llama justificación. Todo pasa como si toda la justicia de Cristo fuera puesta a nuestro nombre. Nos beneficiamos de la perfección adquirida tan duramente por Jesús. La justificación consiste en vernos igual de justos que Jesucristo, gracias a nuestra fe en él. Todos han pecado pero todos son gratuitamente justificados. Todo pasa entonces como si jamás hubiéramos pecado. La justificación no solo es el reencuentro de la relación con Dios, también incluye la victoria final sobre el

mal. Es también la garantía de que en esta relación rehecha reside la desaparición definitiva del mal en el Reino de Dios restaurado.

La vida se estremece cuando se entiende esto, porque el sentimiento de culpabilidad, fundado o imaginario pero siempre terriblemente mórbido, desaparece definitivamente. Y se instala la seguridad de que un día el mal será en todas partes definitivamente vencido.

Este privilegio es tan prodigioso que Pablo se pregunta de súbito si Dios es justo al ofrecérnoslo. Nuestro gozo vacilaría si tuviéramos la mínima duda al respecto. Esta es la respuesta de Pablo: «…Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser justo y justificador del que cree en Jesús» (Romanos 3:26, BJ).

Dios sabe que nuestra unión con Cristo por la fe, pone en marcha una metamorfosis misteriosa pero real. Una imagen sacada de la naturaleza puede ayudarnos a entenderlo según el consejo dado a Job: «…pregunta a las bestias, que te instruirán…» (Job 12:7-12, BJ).

Un fenómeno asombroso se produce en el transcurso de la transformación de una larva en mariposa. En efecto, en la envoltura protectora de la crisálida, constatamos una elaboración extraña llamada histólisis. El cuerpo del insecto se desmaterializa, se disgrega completamente. Sus tejidos desaparecen unos tras otros hasta que no queda de ellos ningún elemento celular visible. El animal pasa a ser una especie de masa blanda uniforme. Y de esta sustancia amorfa se desprende la más brillante de las criaturas, celeste, ligera y coloreada, una mariposa.

Volvamos al apóstol Pablo. Afirma que Dios nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo, afín que su Hijo sea el primogénito de muchos hermanos (Romanos 8:29). El apóstol Juan defiende la misma idea: «Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Juan 3:2, BJ). El cristiano está muy comprometido con un proceso maravilloso de metamorfosis, al final del cual se parecerá plenamente a Cristo.

Mientras tanto, «Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque su germen mora en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios» (1 Juan 3:9, BJ). Interpretamos correctamente el pensamiento de Juan al decir que quien haya pasado por el nuevo nacimiento recibe el poder de vencer la

tentación. Ya no es más esclavo del pecado. «…pues todo lo nacido de Dios vence al mundo. Y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Juan 5:4, BJ).

Resumiendo, el que se une a Cristo por la fe se convierte en hijo de Dios; ha pasado de muerte a vida (Juan 5:24). Está justificado, es decir perdonado, visto como justo a pesar de los errores que todavía puede cometer. Dios es justo actuando así porque sabe que el corazón es regenerado, de forma que producirá una vida nueva iluminada por la victoria de la fe. Su juicio aparece como un anticipo fundado en la verdad.

Así, gracias a Jesucristo, la justicia de Dios queda satisfecha.

> «La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús."»[205]

Acabamos de ver dos conceptos diametralmente opuestos de justicia. Vayamos al primero. En nombre de su justicia, para satisfacer su ley, Dios exige la muerte del inocente en el lugar de los culpables. Rechazando la supresión del castigo, entrega su Hijo al diablo para masacrarlo. ¡Qué horrible alianza entre Dios y Satanás! Cuando Jesús invita a los hombres a ser perfectos como Dios es perfecto, existe una excepción. No tenemos derecho a imitar a Dios en su forma de perdonar. ¿No es esto preocupante? ¿Podemos fundar tal enseñanza en la Palabra de Dios? Este concepto está dominado por un frío legalismo. Veamos dos pasajes usados, generalmente para justificarlo: Gálatas 3:11-14 y 2 Corintios 5:21.

---

[205] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1999.), pp. 710, 711.

1.9. La maldición. Gálatas 3:11-14

Ha llegado el momento de estudiar este texto del que se ha sacado la idea que Dios ha maldecido a Jesús, cargándole todos los pecados del mundo. Muchas dificultades saltan a la vista.

1) La primera, señalada anteriormente, es que Dios habría castigado al inocente en el lugar de los culpables.

2) Si somos rigurosos, los pecados cometidos antes de la cruz podrían jurídicamente ser imputados a Cristo, pero, ¿qué pasa con los que se cometen después?

3) ¿No resulta extraño que Jesús en la cruz, pida a su Padre que perdone a los pecadores si sus faltas le han sido imputadas por su Padre? ¡Es él quien debería ser perdonado y no los culpables!

4) En todos los usos del Nuevo Testamento, el verbo *maldecir* tiene un sentido muy nocivo. Así, el día que Jesús maldice una higuera para que no dé más fruto, el árbol se seca. Sorprendidos, los discípulos le hacen esta observación: «¡Rabbí, mira!, la higuera que maldijiste está seca» (Marcos 11:21, BJ). No nos habría de extrañar, pues, que se prohíba a los cristianos maldecir (Lucas 6:28; Romanos 12:14). Los malditos están destinados al fuego eterno (Mateo 25:41). ¿Y Dios maldeciría a su Hijo? Este no es con seguridad el pensamiento del apóstol Pablo.

Con total seguridad es un error entender así la declaración de Pablo a los Gálatas. Por un lado, Pablo no afirma que Dios haya maldecido a su Hijo Jesús; y por otro lado, no es porque Jesús haya conocido la maldición de la cruz a ojos de los hombres que nosotros seamos salvos. No hay una relación de causa efecto entre la situación de Cristo en la cruz y el beneficio que nosotros recibimos.

La verdad es que a ojos de los judíos, morir en el madero estaba considerado una maldición. De hecho, la muerte no tenía lugar en el madero. Pero el cadáver de un criminal que hubiera cometido una falta particularmente grave se exponía como espectáculo al público para que sirviera de lección. Su comportamiento hacía de él el objeto de la maldición divina (Deuteronomio 21:22,23). Estaba perdido para la eternidad.

Tratándose de Jesús, su muerte en la cruz no es el resultado de una elección del Padre y del Hijo. Al contrario, aceptando esta decisión de los

hombres, uno y otro consienten en dar a los judíos la impresión de que Jesús era maldito de Dios. El profeta Isaías había anunciado este error (Isaías 53:4). Todo lleva a pensar que Saulo de Tarso ha visto en la cruz la señal de la maldición divina. Razón por la cual, ha visto como un deber sagrado perseguir a los cristianos para hacer desaparecer la herejía. Más tarde, Pablo reconduce su juicio. Ha entendido que el fin de Dios era extender la bendición de Abrahán a los paganos y repartir a todos el Espíritu Santo que había prometido. El Padre y el Hijo aceptan ponerse en una situación vergonzosa y despreciada, como si la maldición de Dios pesara en la cruz de Jesús.

La humildad de Dios es puesta aquí en evidencia de una manera, para mí, patética, emocionante. Todos los que han sido víctimas de un error judicial dicen que la muerte en sí es menos difícil de soportar que la falsa mirada acusadora de los demás. Dios estaba en Cristo. El Padre y el Hijo soportaron todo por amor a nosotros, para salvarnos.

1.10. Jesús hecho pecado. 2 Corintios 5:21

> «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (BJ).

1) Esta traducción necesita una puesta a punto. Jesús jamás se «hizo pecado» porque jamás pecó. El texto original dice: «…[Dios] *lo ha* hecho pecado por nosotros…»[206] 2) Cualquiera que sea el sentido de esta afirmación, no puede tener por objeto satisfacer a Dios en un plano jurídico. En efecto, Pablo da inmediatamente la razón: «…para que viniésemos a ser justicia de Dios en él». La meta es nuestra transformación. Hay que curarnos de la enfermedad del pecado para que volvamos a estar en armonía con la justicia de Dios. No podemos vivir con él sin ello.

Este versículo es la conclusión de un maravilloso desarrollo del apóstol sobre la obra de Dios en favor de los hombres. La vida actual no se corresponde al plan de Dios para nosotros. Nuestra vida eterna está al lado de Dios (2 Corintios 5:1), y no en una tierra devastada por el mal, con todas las consecuencias mórbidas que de él se derivan.

---

[206] *Hamartian epoiêsen*.

Es para librarnos de nuestros tormentos que Dios nos ha dado a Jesucristo. Gracias a él podemos ser regenerados (2 Corintios 5:17). Todas las cosas pueden ser renovadas. Pero, viniendo a la tierra, Jesús se ha revestido con una naturaleza caída. Él jamás pecó. Jamás conoció el pecado pero se hizo pecado por nosotros. Vivió en un mundo pecador, con una naturaleza resultado de la posteridad de David, según la carne (Romanos 1:3), pero sin ceder jamás a la tentación.

Esta pequeña frase lapidaria «le hizo pecado» resume toda la encarnación del Señor. La palabra griega para «pecado», *hamartia*, se corresponde con la hebrea *asham*, a menudo usada para nombrar el sacrificio por el pecado, es decir, lo que hace falta para vencer el pecado. Si esta lectura es correcta, podemos creer que Pablo, con su maravilloso talento de síntesis, resume en dos palabras toda la obra de Cristo para arrancar el pecado del mundo. Ha dejado la gloria del cielo, se ha hecho hombre hasta tomar forma de esclavo (Filipenses 2:7) y ha luchado contra Satanás hasta la muerte. Y la muerte que ha conocido –su muerte–, es la situación normal que acompaña al pecado. Aunque jamás pecó, pasó por la experiencia amarga de la muerte, salario del pecado.

Según mi criterio, Bernard Sesboüé tiene razón al escribir:

> «Debo volver a decir firmemente que Cristo no fue ni pecador, ni maldito a título personal. No hay ningún parecido entre "aquel quien no conoció el pecado" y el pecado. En su carne lacerada, Cristo es la viva imagen del resultado del pecado de los hombres cuyo furor se desencadena contra él. Es en este sentido primero y muy real que nosotros le hemos dado nuestro pecado. Jesús acepta así las consecuencias extremas de la solidaridad que su encarnación le ha hecho asumir con nosotros porque ha tomado "una carne semejante a la del pecado" (Romanos 8:3).»[207]

Dios nos ha dado a su Hijo bien amado hasta su muerte. Así, «…quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros,[208] para que viniésemos a ser justicia de Dios en él». La regeneración nos abre de nuevo y de forma definitiva, las puertas del cielo. Jesús ha venido para

---

[207] Bernard SESBOÜÉ, *Jésus-Christ, l'unique médiateur* (París: Desclée, 1988), p. 308.

[208] *Hyper hêmôn* = por [amor a] nosotros.

rehabilitarnos como hijos e hijas de Dios (2 Corintios 6:18). ¿Se puede esperar algo mejor?

1.11. Conclusión

Ahora, nuestra conciencia se tranquiliza y nuestro corazón rebosa de gozo. Quedamos liberados de la idea de un Dios terrible que envía a su Hijo para masacrarlo y satisfacer una justicia que nosotros no podemos imitar. Su perdón es verdaderamente un don que excluye el castigo; pero que se justifica plenamente por el cambio que se opera en nosotros. Así la vocación auténtica del hombre, creado a la imagen de Dios, nos es dada. Y saludamos con gozo la promesa de Pablo: «…firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús» (Filipenses 1:6, BJ).

2. La salvación por la cruz para satisfacer el amor del Padre

Hemos visto el primer concepto de justicia. Según esta idea, Jesús debía morir para satisfacer la ley y vengar el honor de Dios. Veamos ahora el segundo concepto. En este, Jesús muere para poner a prueba el amor de su Padre.

2.1. El milagro del amor

Pedro Abelardo (1079-1142) fue uno de los primeros teólogos en entender la muerte del Mesías como la demostración del amor de Dios. Su aportación se conoce como la teoría de la influencia moral. Numerosos son los teólogos actuales que defienden una idea parecida... Esta tenía ya entonces, sin duda alguna, un valor enorme a los ojos de los apóstoles Pablo y Juan quienes la pusieron particularmente en relieve.

Esto es lo que dice Pablo:

> «En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; –en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir–; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Romanos 5:6-8, BJ).

Esto es lo que dice Juan: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16, BJ). «En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Juan 3:16, BJ).

Que el Padre ha amado con un amor excepcional para darnos a su Hijo, por supuesto. En cambio, debemos hacernos preguntas para tratar de comprender por qué el amor debía llegar tan lejos. La necesidad de satisfacer la justicia en el sentido en que la hemos entendido aporta ya un precioso elemento para la respuesta. Para tener acceso al Reino de Dios, debemos ser capaces de vivir en armonía con las leyes de la vida. Debemos pues, respetar la justicia de Dios.

Es cierto que, podríamos tal vez, aceptar esta situación por temor. Hablamos a menudo de la obediencia como resultado del miedo a la policía. Hay algo de esto en la actitud de los fariseos que se esforzaban en obedecer. Pero sabemos lo que pensaba Jesús: «…si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mateo 5:20, BJ).

La idea fuerza que atraviesa los escritos de Pablo es la del milagro del amor. Desgraciadamente, esta palabra divina ha perdido todo su sentido. En el mejor de los casos se confunde con un sentimiento vago. La Biblia, por el contrario, describe el amor como un principio potente. Contiene una energía agresiva, con una inquebrantable responsabilidad. Decir que Dios es amor es presentarlo como un poder de atracción sometido a condiciones precisas de bondad, pureza, santidad. Solo nuestro regreso a este Dios, como los niños que responden por amor al amor del Padre, puede satisfacer el anhelo de Dios. Para expresar esta idea, Pablo ha creado una palabra nueva: *reconciliación*.

2.2. La ruptura

Esta palabra supone el drama de una disputa, un desacuerdo, una pelea, un conflicto. En el huerto del Edén comienza la ruptura en cuestión. Recordemos que está fundada en el deseo humano de no tener que rendir cuentas a nadie. Es la reivindicación de una autonomía absoluta. Además,

los hombres no tardaron en hacerse una idea falsa de Dios, proyectando en él todos sus defectos llevados a la máxima potencia.

¿Qué idea de Dios se tendría, cuando las piras ardían en las plazas públicas, al son de tambores, para castigar en su nombre a los que no hablaban de él según las normas de la Iglesia? ¡Sí! ¿Qué idea tan horrible de Dios los seudoadoradores no habrán inventado? Es verdad, que en general, los hombres debían elegir entre la capitulación o la rebelión. ¿Y qué decir de los temores malignos engendrados así?

Del lado opuesto, está el rechazo, la indiferencia, el menosprecio. Dios no puede existir en un mundo donde todo va mal. Y que sin embargo, tanto necesita de él. Se prescinde de ello muy fácilmente. A condición, por supuesto, de ver las cosas a corto plazo. Pero llega un día, inevitablemente, cuando las grandes preguntas, largamente obviadas, vienen a la mente. Las circunstancias no son las mismas para todos. Unas veces es un accidente estúpido que nos priva de un ser querido que considerábamos imprescindible. Otras, un virus que destruye una carrera. Otras veces, las guerras o las revoluciones que rompen el orden, trayendo hambres, epidemias. O también, la naturaleza que enloquece, dejando tras ella desastres y calamidades. ¿Qué será de nosotros? ¿Quién es responsable?

A veces, paradójicamente, llega en forma de gran gozo, una especie de iluminación, calificada más tarde de revelación, que arranca de los labios la famosa pregunta: «¿Quién eres, Señor?» (Hechos 9:5, BJ). Para otros, la gran pregunta llega tras una larga reflexión llevada al extremo, una ardiente necesidad de entender. Invocar el azar es fácil, ¡pero poco convincente!

Moisés en Egipto, había adquirido la ciencia de los faraones pero su alma apenas podía contener la amargura. Mientras que sus animales buscaban su alimento, él buscaba respuestas a sus preguntas. Tenía un vacío en el corazón que le hacía daño. Durante cuarenta años pastoreó en la montaña los rebaños de Jetro, su suegro, esperando la señal que buscaba. Pasaron cuarenta años hasta convertirse en alguien; se necesitaron cuarenta años de no ser nadie. Entonces un día, «Allí se le apareció el ángel de Yahvé en llama de fuego, en medio de una zarza» (Éxodo 3:2, BJ). Y el pastor olvidó sus animales, «…para ver este extraño caso…» (Éxodo

3:3, BJ). Al sentir que estaba en presencia de Dios, aprovechó la ocasión para preguntarle su nombre (Éxodo 3:13).

Dudo que haya nadie que jamás se haya planteado la pregunta: ¿Quién eres tú, Señor? –como Saúl–. O ¿cuál es tu nombre? –como Moisés–. El apóstol Pablo lo afirma claramente: «…con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros…» (Hechos 17:27, BJ). Porque si los hombres sufren la separación, Dios sufre también. Pero no se impone a nadie. En cambio, llama: «Buscad a Yahvé mientras se deja encontrar, llamadle mientras está cercano» (Isaías 55:6, BJ). «Se asoma Yahvé desde los cielos hacia los hijos de Adán, por ver si hay algún sensato, alguien que busque a Dios» (Salmos 14:2, BJ).

Si, Dios busca al hombre y se busca problemas para encontrarlo. «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos, nos ha hablado por medio del Hijo…» (Hebreos 1:1,2, BJ) Es por ello por lo que debemos aferrarnos a las cosas que hemos entendido sin dejarnos llevar lejos de ellas. Hoy si oímos su voz, no endurezcamos nuestros corazones. Si hay cosas difíciles de entender, dejemos crecer en nosotros la simiente de la palabra divina. Si nos acercamos con un corazón sincero, encontraremos libre entrada al santuario de Dios a través de la senda viva que ha trazado Jesucristo (Hebreos 2:1; 3:7; 5:11; 10:19-25). Y definitivamente, descubriremos a Dios.

2.3. La reconciliación

En esto consiste el misterio de la reconciliación. Cuando hay una disputa, hay que reconciliarse. Esta es la imagen creada por Pablo para ilustrar la salvación. Tenemos que evitar el error, muy frecuente, de imputar a Dios la necesidad de la reconciliación... Dios no tiene necesidad de reconciliarse con los hombres porque jamás ha dejado de amarlos. Son los hombres que emprenden la experiencia de prescindir de él. Son pues los hombres los que tienen que reconciliarse con Dios. Y para que esto sea posible, no hay otro medio que atraerlos a través del amor.

Surge entonces una dificultad singular: ¿cómo mostrar y demostrar este amor? La respuesta clásica consiste en decir que muestra su amor a través de bendiciones, de bondades, de regalos. Y cuanto más poderoso sea quien ama, más se esperan de su parte soluciones a los problemas en los cuales se debate. Así, Dios queda atrapado en una alternativa luciferina: satisfacer todos los deseos humanos o dejar entender que no existe. Ilustremos nuestra exposición con un ejemplo concreto.

Como hemos visto, Dios primero ha hablado a los hombres por los profetas. La primera parte de este libro muestra todos los cuidados que ha puesto. Pero el propio Jesús explica en la parábola de los viñadores que su Padre, frente al fracaso, ha tenido que elegir otra vía. «¿Qué haré? Voy a enviar a mi hijo querido; tal vez le respeten» (Lucas 20:13, BJ). ¿Qué ha pasado? Jesús ha manifestado el poder de Dios con la palabra y los hechos. Ha curado a los enfermos, liberado a los poseídos, calmado las olas rugientes, llenado las redes de peces, multiplicado los panes y los peces. No podríamos esperar pruebas de amor y de poder más bellas. En consecuencia, el pueblo de Dios quiso hacer de Jesús su rey para vencer a los romanos.

Pero cuando Jesús se entera que lo quieren hacer rey se retira «…al monte, él solo» (Juan 6:15, BJ). Tenía todas las competencias para responder a los deseos del pueblo. Pero el pueblo se obstinaba en querer lo que Dios no podía querer: el reino por la violencia. Cuando quedó claro que el Padre y el Hijo no podían satisfacer este deseo, toman a Jesús por un traidor o un cobarde. Y los suyos no lo han conocido (Juan 1:10), no lo han recibido (Juan 1:11) y se tornó en animadversión (Juan 7:7). Era un impostor y no el Mesías tan esperado.

Sin embargo, el Dios revelado por Jesucristo no es un Dios de violencia sino un Dios de amor y ternura.[209] La gran enseñanza del Señor es la del amor, incluido el amor a los enemigos. Los hombres no podrán reconciliarse con Dios si no aceptan este postulado.

Nuestro mundo está hasta tal punto corrompido por la violencia que Jesús en persona, Dios hecho hombre, no ha podido poner los pies sin

[209] *Cf*. Georges STÉVENY, *La fragilité de Dieu* (Collonges-sous-Salève: Faculté adventiste de théologie, 1998).

dejar su piel, abatido por el odio. A nosotros nos toca elegir la violencia del mundo con su inevitable estallido al que esta nos encadena, o el Dios de Jesucristo, la potencia de cuyo amor lo ha llevado a aceptar la cruz, para que su potencia de vida se manifieste en la resurrección.

> «"La cruz es lo absolutamente inconmensurable en la revelación de Dios. Nos hemos acostumbrado demasiado a ella. El escándalo de la cruz lo hemos adornado con rosas. [...] ante nosotros está en ella la noche de la verdadera, última e incomprensible lejanía de Dios, [...] Aquí triunfa la muerte, el enemigo, la no-iglesia, el estado de injusticia, los blasfemos, los soldados; aquí triunfa satanás sobre Dios." [...] Cuando la fe del Crucificado contradice a todas las ideas de justicia, belleza y moralidad del hombre, entonces la fe del "Dios crucificado" contradice también a todo lo que los hombres, en último término, se imaginan, desean con el término "Dios" y de lo que quisieran asegurarse.»[210]

2.3.1. Romanos 5:10,11

Pablo aborda la reconciliación en cinco pasajes que vamos a leer. El verbo *reconciliar* elegido por él está formado de dos palabras que significan «hacerse otro». Somos enemigos de Dios pero él desea unirnos a él a través de la amistad. «Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!» (Romanos 5:10, BJ) Nuestras ideas acerca de Dios deben ser rectificadas. Nuestros sentimientos hacia él deben ser purificados. Los malentendidos deben ser disipados, el verdadero rostro del Padre desvelado. ¿No es esta precisamente la obra que Jesús se impuso?

Para convencernos, volvamos a la enseñanza del Maestro tal como la explica Mateo. Encontramos en su evangelio cinco discursos y varias parábolas. Preguntémonos sobre los discursos. Todos ellos rectifican el carácter de Dios.

1) El sermón de la montaña (Mateo 5-7): verdadera puesta a punto de la voluntad de Dios, culminando con el amor a los enemigos, con la promesa: «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos…» (Mateo 5:12, BJ). Jesús revela la sabiduría de Dios.

---

[210] Jürgen MOLTMANN, *El dios crucificado,* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1975), pp. 56-59.

2) La misión de los doce apóstoles (Mateo 10). «…yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes [...], hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues…» (Mateo 10:16,30, BJ). Jesús revela el amor de Dios.

3) La regla de oro de la iglesia (Mateo 18). Perdonad setenta veces siete. El reino de los cielos es semejante a un rey lleno de compasión que perdona deudas incalculables. Jesús lo llama «Padre celestial» (Mateo 18:35). Jesús revela la misericordia de Dios.

4) El discurso escatológico (Mateo 24). Anuncia el fin de Jerusalén, tipo del fin del mundo. Pero el Hijo del hombre vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria (Mateo 24:30). Por fin se cumplirán las promesas que subyacen en la Revelación bíblica desde el Génesis al Apocalipsis. Dios no dejará al mundo en la situación en que se encuentra. Nuestros problemas, actualmente insolubles, encontrarán entonces la solución que el Creador prepara. Jesús revela el plan de Dios, su providencia.

5) El juicio de las naciones. (Mateo 25) El regreso de Cristo desencadenará el necesario juicio: los que no hayan tenido caridad irán al castigo eterno, a saber, la aniquilación, mientras que los justos recibirán la vida eterna (Mateo 25:46). En todo hombre en dificultades debemos reconocer a Cristo. Si Dios es nuestro Padre, todos somos hermanos. Jesús revela la justicia de Dios, quien finalmente juzgará al mundo.

Así es como Jesús desvela el carácter de Dios donde «Amor y Verdad se han dado cita, Justicia y Paz se besan». El tiempo de refrigerio llega. Entonces, «Yahvé mismo dará prosperidad…» (Salmos 85:11-13, BJ). Y la armonía que reinaba en el Edén quedará superada.

2.3.2. 2 Corintios 5:18,19

> «Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación» (BJ).

Dios toma la iniciativa de la reconciliación y usa a Cristo para ello. Recordemos que Jesús corrige la idea que se tenía de su Padre, no solo purificando la enseñanza que circulaba al respecto sino personificando sus instrucciones. Así pudo decir: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9, BJ). En Jesús tenemos la perfecta ilustración. Así, el Hijo de Dios disipa todos los malos entendidos que aparecieron entre el mundo (humanidad) y su Padre. Para conocer a Dios hay que mirar a Jesús.

Además, Dios absuelve a todos los hombres de sus iniquidades cuando van a él por la fe en Jesucristo. No imputa más a los hombres sus ofensas, sino la justicia de su Salvador. Incluso en la cruz, Jesús puede afirmar: «El que me ha visto ha visto al Padre», porque el Padre estaba en él. Como dice Paul Claudel: «En la Cruz, el Padre está desnudo.» En Cristo «es el corazón de Dios que late en un cuerpo de carne. [...] Jesús muere por dar a la palabra Dios un contenido de un Amor loco.»[211]

Por lo tanto, es lógico pensar que nuestro deber es el de contribuir a la reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Este es por excelencia el ministerio del creyente. Por eso, un cambio de corazón es necesario. Donde hay enemigos, Cristo está ausente.

2.3.3. Efesios 2:16

Desde este punto de vista, Dios quería la desaparición de la enemistad que reinaba entre judíos y paganos. Quería reunirlos en un solo pueblo «y reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad». Cristo es nuestra paz. Ha hecho que paganos y judíos sean virtualmente una sola familia. La palabra *paz* es la clave de esta epístola. Los creyentes deben esforzarse por conservar «…la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz» (Efesios 4:3, BJ). No se trata de construir muros sino puentes.

2.3.4. Romanos 11:15

La misma idea se expresa en la epístola a los Romanos, donde Pablo describe su dolor al ver a tantos de sus hermanos rechazar al Mesías. Para

[211] Stan ROUGIER, *Quand l'Amour se fait homme*, *op. cit*., pp. IV, 115.

él es un verdadero drama. Pero de un mal, Dios siempre hace salir un bien. Se sirve de las diferencias y de las caídas para reforzar el plan de salvación. Pablo como misionero lo experimentó en diferentes ocasiones. Siente entonces, una paradójica alegría. La actitud de los judíos ha favorecido la conversión de los paganos. «Porque, si su rechazo ha supuesto la reconciliación del mundo, ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?» (Romanos 11:15, BJ).

De hecho, contrariamente a lo que dicen varias traducciones, el apóstol no piensa en una reintegración de los judíos al Evangelio, por la sencilla razón de que nunca estuvieron integrados.

> «En tanto que raza de Abraham, él [Israel] estaba sobre el camino del Evangelio, se apartó (y fue apartado) de este camino; la cuestión que plantea Pablo no es: "¿Qué pasará cuando vuelva al camino?", sino "¿qué pasará cuando se encuentre en el pleno corazón del Evangelio?" [...] Dios abrirá sus brazos como lo hizo jamás y dirá a su hijo (primogénito): "Estaba muerto y ha vuelto a la vida." Las cadenas más sólidas saltarán. Y no es sin razón que Pablo mira entonces la derrota final de la muerte, pero solo la ve de lejos.»[212]

Dios había dotado a su pueblo con prerrogativas sublimes. Pablo, que estaba animado con un celo excesivo por las tradiciones de sus padres (Gálatas 1:14), experimenta un dolor sin límites al verlas puestas de lado. Pero conviene que todo dependa de Dios. Dios es el soberano de todas sus criaturas. Estas proceden de él; subsisten por él; viven por él.

Yahvé no ha actuado arbitrariamente al rechazar a Israel. Únicamente preocupado por establecer su propia justicia fundada en la ley, su pueblo ha ignorado el final de la economía mosaica de la que la venida del Mesías era la señal. Ha rechazado el destino universal de la salvación y el deber de predicar a todos los pueblos. Israel se puso en medio del camino de la gracia.

«*¿Es que ha rechazado Dios a su pueblo?*» (Romanos 11:1, BJ) ¿Su caída es definitiva? (Romanos 11:11) Pablo responde: no, es imposible. Israel no ha rechazado la justicia de Dios. Cada uno de sus pasos está

---

[212] Alphonse MAILLOT, *L'Épître aux Romains* (París: Le Centurion, Labor et Fides, 1984), pp. 288, 299.

inmerso en la historia de la salvación (A. Maillot). Y este paso en falso, ha permitido la entrada de los cristianos en la justicia de Dios. En definitiva, los cristianos son fruto e impulso de Israel.

Pablo puede decir pues que todo Israel será salvo, incluidos en el resto pequeño que Dios se ha reservado. «…*sólo un resto será salvo*» (Romanos 9:27, BJ) «…subsiste un resto elegido por gracia» (Romanos 11:5, BJ). Al referirse a todo Israel piensa en todos los elegidos, sean judíos o paganos. El nombre de Israel es extensivo ahora al pueblo de Dios entero. Como consecuencia de la ceguera de los judíos, la puerta de la gracia se abre a los paganos (Hechos 13:46) sin cerrarse jamás para los judíos.

Y Pablo llama «plenitud» (Romanos 11:12) al conjunto de los elegidos. Son el contingente que cada nación aporta a la iglesia, sea el número que sea. Así, cuando la plenitud de los judíos elegidos se añada a la plenitud de los paganos elegidos, todo Israel será salvo (Romanos 11:26).

2.3.5. Colosenses 1:19-23

> «…pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud,
> y reconciliar por él y para él todas las cosas,
> pacificando, mediante la sangre de su cruz,
> los seres de la tierra y de los cielos.
> Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprensibles delante de Él; con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe...» (BJ).

Pablo presenta un himno cristológico de gran belleza, destacando la preeminencia absoluta del Mesías. Este último, puesto en primer lugar, prepara el cumplimiento total del plan de Dios. En lo inmediato porque Cristo ha sido «…constituido Hijo de Dios con poder,… por su resurrección de entre los muertos» (Romanos 1:4, BJ), y en el futuro, porque gracias a su Hijo, el Padre será todo en todos (1 Corintios 15:28) en el universo restaurado.

Dios ha querido reconciliar todo con él por su Hijo, todo lo que está sobre la tierra y lo que está en los cielos. Esta idea está poderosamente expresada en Efesios 1:10.

> «En este pasaje, el autor usa un verbo de gran colorido: *anakephalaiôsasthai.* El prefijo *ana* significa *de abajo arriba*, con la idea de totalidad en el plano espacial, y *de nuevo*, con la idea de volver a empezar en el plano temporal. *Kephalaiô* deriva de *kephalaion*, que significa el punto culminante, el resumen. La idea es la de reunir un todo y expresarlo resumidamente. Pero no podemos olvidar la palabra *kephalê*, cabeza. A través de Cristo, Dios recrea completamente el mundo y el nuevo Adán es la cabeza. Prodigiosa victoria de Cristo que implica a nuestra tierra pero también todo lo que la ultrapasa, de lo cual nosotros conocemos muy poco: los poderes maléficos contra los cuales Adán y Eva habrían tenido que cuidarse en el jardín (Génesis 2:15) y contra los cuales tenemos que luchar (Efesios 6:12).»[213]

Para obtener dicha reconciliación, Cristo tuvo que enfrentarse a Satanás en persona y resistir todas las tentaciones, hasta la más terrible, la cruz. Pero la victoria está ganada y es definitiva. Satanás está vencido y la muerte virtualmente aniquilada. Por parte de Dios, todo está a punto para los tiempos de refrigerio.

3. Resumen

3.1. La idea del rescate surge del comercio de esclavos. No tratemos de preguntarnos si el precio (sangre, muerte o vida de Cristo) fue pagado al diablo o a Dios. La metáfora apunta a nuestra liberación. Nacemos bajo la influencia del pecado y en consecuencia, todos sucumbimos al peso del mal. Es como si estuviéramos en un pozo. Cuánto más luchamos, más nos hundimos. Por nosotros mismos no podemos salir. Cristo vino para liberarnos.

3.2. Del altar del atrio hemos heredado el vocabulario de los sacrificios. ¿Es Dios quien exige la sangre como enseña el paganismo? No podemos creer tal cosa. La muerte de Jesús es resultado del odio. Cada día tuvo que escapar de la muerte, hasta el momento en que, de común acuerdo con su Padre, se encaminó libremente a la cruz, otorgando a su muerte un carácter salvífico. El vocabulario de los sacrificios debe ser despaganizado: la sangre no produce ningún placer a Dios. Además, si el

---

[213] Georges STÉVENY, en *Creation, Life and Hope: Essays in Honor of Jacques B. Doukhan*, ed. Jiří Moskala (Berrien Springs, Michigan: Andrews University, 2000), pp. 199, 200.

sacrificio es de agradable olor, es por las consecuencias que tiene en la salvación de los hombres. *Expiar* no implica idea alguna de venganza. Los términos hebreos y griegos usados describen el perdón y la purificación.

3.3. De los tribunales sale la idea de la justificación. La justicia perdida por el pecado nos es dada por Cristo, que la ha conquistado con una intensa lucha a través de su perfecta obediencia. Ya considerados como justos por nuestra adhesión a la persona de Cristo, somos llamados a la santidad por el poder de la gracia que Cristo hace habitar en nosotros. Progresivamente, esta gracia nos permite acceder a la justicia. Y así, la justicia de Dios queda satisfecha.

3.4. De las desavenencias que surgen frecuentemente en las familias humanas, Pablo saca la imagen de la reconciliación. El hombre deja de estar separado de su Creador por su indiferencia u hostilidad. La persona de Cristo le hace descubrir en Dios a su Padre celestial y gozar de su compañía. De esta circunstancia se desprenderán una serie de consecuencias prácticas.

4. Conclusión

No podemos adherirnos a la fórmula «salvados por la cruz» en el sentido que describen las razones expuestas por André Gounelle.

Pero tampoco podemos aceptar la otra fórmula «salvados a pesar de la cruz», al referirnos únicamente al amor de Dios revelado en la cruz. Cuando Pablo escribe que «…Cristo murió por nuestros pecados…» (1 Corintios 15:3, BJ), da a la cruz un valor positivo que no podemos obviar. Digamos que somos salvados por la gracia de Dios, por medio de la cruz de su Hijo amado, en la que se condensa todo el contenido del Evangelio.

VI. Más allá de la cruz: La intercesión

1. El Cristo vivo

Numerosos son los teólogos convencidos que la obra de Cristo se acaba en la cruz. Pero el Nuevo Testamento insiste en su ministerio a la diestra de Dios. Lo diremos llanamente, Jesús no está de vacaciones. Pablo lo muestra como el único mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5). Si se dio en rescate para todos los hombres, es precisamente para restablecer la comunión entre estos y su Padre, liberándolos del pecado. Efectivamente, la palabra rescate significa liberación.

Hay numerosos textos que describen el ministerio celestial de Jesús resucitado. Él mismo, en el momento de su condena ante el sanedrín, dijo a sus jueces: «…veréis *al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo*» (Mateo 26:64, BJ). A oídos judíos, tal pretensión era una blasfemia. Pero de hecho, identifica al Mesías Hijo del hombre e Hijo de Dios anunciado por Daniel 7:13 y Salmos 110:1.

La resurrección habría tenido que disipar todas las dudas al respecto. Según Pablo, el poder de Dios se manifiesta en Cristo «…resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud, dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero» (Efesios 1:20,21, BJ).

Por su parte, Pedro predica que Jesús «…le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados» (Hechos 5:31, BJ).

El autor de la epístola a los Hebreos empieza su carta escribiendo que Cristo «…se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas…» (Hebreos 1:3, BJ). Explica también por qué. «Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo, que tenemos un sumo sacerdote tal, que se *sentó a la diestra* del trono de la Majestad en los cielos, al servicio del santuario y de la Tienda verdadera, *erigida por el Señor,* no por un hombre» (Hebreos 8:1,2, BJ).

2. Su ministerio en el santuario celestial

Dos declaraciones precisan en qué consiste su ministerio en el santuario celestial: «…pueda también salvar definitivamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (Hebreos 7:25, BJ). Y: «¿…murió; más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros?» (Romanos 8:34, BJ). Es para interceder por lo que Jesús está a la diestra de Dios. ¿Qué significa interceder?

Eliminemos de entrada la idea que Jesús debe abogar por nuestra causa contra Dios para obtener su perdón. Eso sería poner en cuestión todo el amor de Dios que planifica la acción salvífica de Jesús en nuestro favor. Además, Jesús excluye tal eventualidad en términos formales: «…y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios» (Juan 16:26,27, BJ). Además, sería muy extraño que Jesús se viera obligado a estar cerca de Dios suplicando, estando en su gloria, mientras que en la tierra, no dudaba en perdonar con soberanía, a pesar de su estado de debilidad (2 Corintios 13:4).

2.1. «Abogado»

Es verdad que a menudo nos apoyamos en Juan para afirmar que Jesús nos hace de abogado junto al Padre (1 Juan 2:1). La palabra traducida por abogado es empleada varias veces por Juan en su evangelio y siempre es traducida por consolador[214] (Juan 14:16,26; 16:7). Etimológicamente, esta palabra hace referencia a alguien que se ofrece a socorrer. Se entiende que no es Dios el que debe ser socorrido sino nosotros. No es Dios quien necesita consuelo sino nosotros.

Este es el razonamiento de Juan. Todos somos pecadores (1 Juan 1:10). Pero todos somos llamados en Cristo a vencer el pecado (1 Juan 3). Sin embargo, si pecamos, no olvidemos que Cristo puede socorrernos. Primero, cubriéndonos con su justicia y luego, ofreciéndonos el poder de la gracia para vencer el pecado. Estamos pues, ante la idea de que si pe-

[214] *Paraklêtos,* consolador, significa literalmente: «llamado a socorrernos».

camos no tenemos de que preocuparnos al tener un buen abogado junto al Padre para defendernos. Esta idea la encontramos en este texto y en la epístola entera. No hay ninguna página en toda la Biblia que insista más que esta epístola sobre la necesidad de la victoria por la fe.

Sin embargo, debemos hacer una consideración respecto al contexto. El príncipe de este mundo, nuestro enemigo, es llamado el acusador (Apocalipsis 12:10). El libro de Job describe el drama que representa. Si Jesús debe defendernos, no es contra Dios, sino contra Satanás, el acusador. Y a las acusaciones de Satanás, contrapone su propia justicia, con la que nos cubre.

2.2. La intercesión

Volvamos a la idea de intercesión. El verbo traducido significa «intervenir», «interponerse entre». Es lógico que sea contra alguien. Este es el caso de Hechos 25:24. «…la multitud de los judíos –dice el gobernador Festo– vinieron a mi presencia…» El contexto muestra que la intención era obtener la muerte. El texto original emplea *interceder* que se ha traducido por «se ha dirigido», «acudió», «vinieron a mi presencia», «demandado»… El mismo verbo se emplea en Romanos 11:2, también con un sentido negativo: dirigir una queja. La lógica lleva a partir de un sentido concreto: «interponerse entre», «reencontrar», y considerar el contexto para entender el pensamiento del autor en los dos textos que hemos citado porque podemos también tomar «interceder».

Es la epístola a los Hebreos la que mejor nos lo aclara. Como sumo sacerdote, Jesús es el mediador de una alianza mejor (Hebreos 8:6; 9:15; 12:24). Su misión a la diestra de Dios es la de purificar nuestra conciencia de las obras muertas para que sirvamos al Dios viviente (Hebreos 9:14).

Ciertamente, las obras muertas pueden implicar todas las formas del mal. Pero tenemos que pensar también en el culto legalista exigido por la Antigua Alianza y en el que se apoyaba a menudo para evitar una conversión auténtica. La intercesión de Cristo consiste en purificar nuestra relación con Dios. La purificación de la conciencia abre la puerta a una comunión gozosa con nuestro Padre celestial. No olvidemos que Jesús nos

ofrece el poder de convertirnos en hijos de Dios (Juan 1:12), lo que representa un privilegio incalculable.

A lo largo de las exhortaciones con las que el autor cierra su epístola, vuelve una vez más a los ritos de la Antigua Alianza, particularmente al *Yom Kipur*. El autor teme que los creyentes de origen judío sean tentados a volver a las formas vacías de un culto vacío de sentido. «No os dejéis seducir por doctrinas diversas y extrañas. Mejor es fortalecer el corazón con la gracia que con alimentos, que nada aprovecharon a los que siguieron ese camino» (Hebreos 13:9, BJ).

El autor recuerda que en el *Yom Kipur*, la sangre era llevada al santuario por el sumo sacerdote por el pecado y que los cuerpos de los animales no eran consumidos sino quemados fuera del campamento (Hebreos 13:11). Y continúa: «Por eso, también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Así pues, salgamos hacia él, *fuera del campamento*, cargando con su ignominia» (Hebreos 13:12,13, BJ).

Esta exposición tiene una enorme importancia porque explica de una forma clara que la sangre llevada al santuario no tenía como fin apaciguar a Dios sino santificar al pueblo. Recordemos que la sangre era aspergida sobre la cubierta del arca para simbolizar la unión de Cristo con los pecadores arrepentidos. Podemos decir hoy que Cristo está en el cielo y los creyentes están virtualmente con él. El apóstol Pablo lo afirma categóricamente en su epístola a los Efesios: «…nos hizo sentar en los cielos…» (Efesios 2:6, BJ). Cristo ha sido acogido en el cielo y nosotros con él. Demostrando así que nuestro lugar está allí.

El mundo cazó a Jesús «fuera del campamento». La expresión se repite dos veces (Hebreos 13:11,13). Efectivamente, la muerte de Jesús tiene lugar en el Gólgota que estaba fuera de los muros de Jerusalén y cerca de una puerta, como lo han demostrado las excavaciones arqueológicas.

¿Qué sentido debemos darle a esta expresión? Se trata probablemente de cruzar de una vez por todas los antiguos límites de Israel, renunciar al culto judío.[215] Pero también podemos considerarnos como «exiliados del

[215] Ceslas SPICQ, *L'épître aux Hébreux* (París: Gabalda, 1977), p. 221.

mundo, estancia transitoria y lugar de pecado».[216] Samuel Bénétreau va en la misma dirección. Percibe «una invitación a dejar el mundo terrenal, el de las realidades sensibles y efímeras, para dirigirse resueltamente hacia el mundo celestial.»[217]

Así como Moisés renunció a las ventajas a las que tenía derecho en Egipto, los creyentes se separan del ámbito judío solo para cargar con el oprobio de Cristo, es decir, aceptar la ignominia adjunta a la pasión. Se trata de llevar la cruz (Mateo 16:24; Lucas 23:26; 2 Corintios 4:10). Al igual que Abraham y los demás patriarcas, los creyentes consideran la tierra como un lugar de paso. Son extranjeros y peregrinos en el mundo. Toda su esperanza los lleva a la patria futura, al famoso reino anunciado por Jesús.

Puede llegar a pasar que el campamento que haya que dejar sea un lugar de seguridad religiosa, una determinada iglesia. Al dejar el campamento, renunciamos así a cierto formalismo religioso. Se abandona el mundo religioso que no está en armonía con la cruz y el espíritu de renuncia. No podemos ser santificados por Cristo sin cultivar un espíritu de sacrificio. «Por medio de él *ofrezcamos sin* cesar *a Dios un sacrificio de alabanza*, es decir, *el fruto de los labios* que confiesan su nombre. No descuidéis la beneficencia y la comunión de bienes; ésos son los sacrificios que agradan a Dios» (Hebreos 13:15,16, BJ; *cf*. Romanos 12:1; 1 Pedro 2:5; Hebreos 12:28).

El sacrificio en cuestión no es ni sangriento, ni material. Se trata de la alabanza tal como la presenta el salmista (Salmos 6:6; 7:18; 9:12; 75:2…). ¡No confundir con una euforia sentimental! Todas las oraciones ejemplares de la Biblia empiezan proclamando la grandeza del Señor y expresan la gratitud que le es debida. Por crueles que puedan ser algunas situaciones, estas muestran siempre un pequeño trozo de cielo azul, por el que siempre podemos agradecer a Dios y darle gloria.

El privilegio de poder contar con la intercesión de Cristo es inmensa. Toda su obra en la tierra acabaría en nada sin su ministerio en el santuario celestial. Vive para interceder en nuestro favor (Hebreos 7:25). El apóstol

---

[216] Ibídem.

[217] Samuel BÉNÉTREAU, *L'Épître aux Hébreux*, *op. cit*., p. 224.

Pablo no duda en destacar este aspecto de la obra de Cristo. «¿…Cristo Jesús el que murió; más aún el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros?» (Romanos 8:34, BJ).

Este «más aún» implica dos cosas: primero que la muerte de Jesús reviste una importancia particular y que su victoria sobre la muerte tiene un significado más importante aún; porque es gracias a ella que disfrutamos de la intercesión. Además, la ayuda que nos es prometida nos libera de un peso enorme. Somos más que vencedores gracias a aquel que nos ama y disfrutamos de la paz y del gozo que vienen de lo alto.

VII. El juicio

1. La gracia y las obras

Debemos hacer hincapié en el hecho de que las verdades bíblicas a menudo son paradójicas. Aislando los textos, podemos hacer decir a la Biblia más o menos lo que queramos. Así, tratándose del juicio, encontramos dos teorías enfrentadas. Para algunos, tan pronto como se tiene fe en Jesucristo, todo es gracia. Efectivamente, Pablo afirma que no hay ninguna condena para los que están unidos a Cristo Jesús (Romanos 8:1). Muchos son los textos que van en este sentido (Romanos 3:24,28; Gálatas 2:16; Tito 2:11).

La palabra *gracia* causa problemas. En consecuencia, deducir de aquí que no tenemos que hacer nada es incorrecto. Es lo se ha dado en llamar gracia barata. De hecho, el Señor nos llama a la perfección. Debemos ser perfectos como Dios (Mateo 5:48) y perfectos como Jesucristo (1 Corintios 14:20; Efesios 4:13; Colosenses 1:28; 4:12; Santiago 1:4). La iglesia debe ser irreprochable, sin mancha ni arruga.

Desde este punto de vista, una lectura global de las Escrituras es sorprendente. ¡Cuántas exhortaciones! ¡Cuántos imperativos! ¡Cuántos llamamientos! Los autores inspirados no pierden el tiempo. ¿Qué dicen?

1) El juicio depende de nuestras obras (Romanos 2:16; 2 Corintios 5:10; 1 Pedro 1:17; Apocalipsis 3:2; 20:12).

2) Los injustos no heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:9,10; Apocalipsis 21:8; 22:15,16).

3) Los justos deben cesar de pecar (1 Corintios 15:34; 2 Corintios 7:1; 1 Juan 3:6-10).

4) Deben ser irreprochables, sin mancha, sin defecto (1 Corintios 1:8; Efesios 1:4; 5:25-27; Fi1ipenses 1:10; 2:14-16; 1 Tesalonicenses 3:13; 5:23; 1 Timoteo 6:14; 2 Pedro 3:14).

Ninguna teología tiene el derecho de borrar estas declaraciones. Tanto si nos gustan como si nos inquietan, están ahí, acarreando agudas consecuencias. Hay que entenderlas adecuadamente, sino se pueden convertir en instrumentos de tortura. Ante todo, cuando la Biblia habla de perfección, ¿de qué se trata?

2. La perfección

2.1. El vocabulario

En hebreo, *tamim* significa terminado, completo, entero, íntegro. «La perfección expresa menos la calidad moral de un hombre que su compromiso total, sin fisura, en la fe, su pertenencia sin reservas a Dios.»[218]

En griego, *teleios* significa cumplido, que no varía en sus decisiones y no pone límite a su amor. En la traducción griega del Antiguo Testamento, llamada la de los Setenta, *teleios* es completo, entero, sin mancha. En el Nuevo Testamento, domina la idea de totalidad.

2.2. Una obra perfecta

En su epístola, Santiago hace una extraña afirmación: «Considerad como un gran gozo, hermanos míos, cuando estéis rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce paciencia» (Santiago 1:2,3, BJ). En general, vemos en la prueba un tema de queja. La prueba es, sin embargo, la ocasión de hacer con Dios una experiencia enriquecedora. El autor añade: «…pero la paciencia ha de culminar en una obra perfecta para que seáis *perfectos* e íntegros, sin que dejéis nada que desear» (Santiago 1:4, BJ, énfasis añadido).

[218] Bernard GILLIÉRON, *Dictionnaire biblique* (Aubonne: Éd. du Moulin, 1990), p. 155.

El hombre cuya fe es probada con el sufrimiento, sin embargo, no queda dispensado de cumplir una «obra perfecta», es decir, completa, terminada (Santiago 1:4). Además, Pedro recomienda: «…tened una esperanza perfecta…» (1 Pedro 1:13). Se trata de una esperanza sin fallos. Se dice también que «…el perfecto amor pleno echa fuera el temor…» (1 Juan 4:18, RVR95). Este amor es completo. Nada lo limita. Los enemigos deben ser amados (Mateo 5:44). El adjetivo *perfecto* sugiere plenitud, integridad, lo completo. Nuestra obra, nuestra esperanza, nuestro amor deben ser perfectos, es decir completos, terminados.

2.3. La madurez

En numerosos pasajes, el significado de la palabra *perfecto* presenta un desplazamiento semántico de la noción de plenitud hacia la de madurez, de plenitud en el tiempo. El hombre perfecto es lo contrario a un niño. Ha crecido. Ha madurado. Hay un pasaje interesante al respecto. Pablo explica que Jesús organizó su iglesia:

> «…para la adecuada organización de los santos en las funciones del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo. Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error...» (Efesios 4:12-14, BJ).

Desde esta perspectiva, la perfección no es lo contrario al estado de pecado sino que se contrapone a la falta de creencia. Pablo anuncia a Cristo «…al cual nosotros anunciamos, amonestando e instruyendo a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo» (Colosenses 1:28, BJ). Todo creyente debe saber argumentar sus conocimientos, ya que la fe puede estar expuesta a desviaciones. Si deseamos aumentar nuestras cualidades humanas, debemos desarrollar nuestras facultades espirituales, descubrir «…todo el designio de Dios» (Hechos 20:27, BJ). El conocimiento de las Escrituras aparece aquí como un medio para la perfección.

Desde esta perspectiva, Pablo llama perfectos a los creyentes que tienen un mismo pensamiento con el Evangelio (Filipenses 3:15). Repitá-

moslo, lo contrario de ser perfecto no es ser pecador sino niño, con los límites inherentes a la falta de creencia. «…el manjar sólido es de adultos; de aquellos que, por la costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal» (Hebreos 5:14, BJ). El creyente necesita alimento sólido para acceder a la madurez. La renovación de la inteligencia es imprescindible para acceder al discernimiento que permite descubrir siempre cuál es la voluntad de Dios (Romanos 12:2).

2.4. Perfecto para alcanzar el premio

Bajo esta mirada, estamos confrontados, una vez más a una aparente contradicción. Pablo considera al creyente un hombre perfecto. Escribe: «…todos los perfectos…» (Filipenses 3:15). Sin embargo, acaba de escribir:

> «No que lo tenga por conseguido o que sea ya perfecto; sino que continúo mi carrera para alcanzarlo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí. Yo, hermanos, no creo haberlo ya conseguido. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, al premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús» (Filipenses 3:12-14, BJ).

«Noé es el primer ser humano a quien el autor del Génesis atribuye el calificativo de "perfecto" (*tamim*). Se dice literalmente de él: "Noé fue un varón justo y *perfecto* entre los de su tiempo. Con Dios caminó Noé" (Gén. 6: 9).»[219] La perfección bíblica va unida al caminar.

Así pues, la perfección no es un estado estático. Está en constante movimiento. Es diferente el hoy del ayer y el hoy del mañana. Pablo la compara a una carrera. Y una carrera es una carrera. Cuando se alcanza la meta deja de ser. Y la meta consiste en llegar hasta Jesús, cara a cara. La experiencia cristiana no es inmóvil, está en constante movimiento, en desarrollo. Pero esto no excluye el privilegio y el gozo de saber que se ha alcanzado el grado requerido hoy para su desarrollo. Mañana habrá que sobrepasarlo. La perfección es siempre y a la vez alcanzada y en gestación.

---

[219] Jean ZURCHER, *La perfección cristiana* (Madrid: Editorial Safeliz, 2000), pp. 41, 42.

2.5. La cuestión crucial

Convengamos que al leer los textos de forma rápida y superficial navegamos en una paradoja total. Somos salvados por gracia, gratuitamente, pero seremos juzgados por nuestras obras, llamados a la santificación y a la perfección. ¡Las almas sinceras pueden perderse! Lo esencial es comprender que todo es gracia, incluidas la santidad y la perfección. Salvaguardémonos de rechazar cualquiera de las alternativas, ya sea la gracia o sean las obras. El secreto está en conjugarlas correctamente.

Ante todo, es peligroso admitir que el pecado es inevitable aunque la historia tienda a convencernos de ello. Si tengo tal convicción, aceptaré sin más mis debilidades y no las superaré jamás. El grito de victoria: «Más que vencedor» no será para mí.

Por el contrario, si acepto el concepto moral de la perfección como algo accesible a mi voluntad, permaneceré bajo la ley, en permanente conflicto con Dios y conmigo mismo.

La solución se encuentra 165 veces bajo la pluma del apóstol Pablo y se formula con dos palabras: «¡en Cristo!» Es la clave de su Evangelio. Nuestro trabajo no es luchar moralmente contra el pecado (Efesios 6:12), sino luchar –porque es una dura lucha– para permanecer en comunión con Cristo viviendo en mí (Gálatas 2:20). Abstengámonos de pensar que podemos evitar el combatir. Y evitemos sobre todo equivocarnos de combate. Si no nos equivocamos de combate, la perfección deja de ser un problema o una roca de escándalo y será el gozo sin ambigüedades de una maravillosa comunión. El verdadero combate consiste en mantener la comunión con el Cristo vivo. Y el resultado para uno mismo será «el querer y el hacer» tan deseado;[220] y para los demás, una sincera compasión.

Jesús vino al mundo para revelar a los hombres que pueden alcanzar la perfección y para mostrarles hasta qué punto pueden desarrollarse y vivir como hijos e hijas de Dios. «Cada individuo es una esperanza de Dios», decía Gratry. Y añade Vinet: «La grandeza de Dios es la de ser santo. La grandeza del hombre es aspirar a serlo, y hasta que lo sea, su grandeza es la de sentir que no lo es.»

[220] Filipenses 2:13; 1 Tesalonicenses 5:24.

Pero Jesús vino para manifestar la gloria de Dios, para que el hombre sea provisto con su poder regenerador. Dios se manifestó en él, para que él se manifieste en ellos. Jesús no mostró ninguna cualidad que el hombre no sea capaz de obtener por la fe en él. Sin el músico, yo no conocería las maravillas de la armonía musical. Sin Einstein, yo no conocería el secreto de la constitución de la materia. Sin los historiadores y los arqueólogos, yo no sabría nada de los años que me han precedido. Sin Cristo, yo no conocería el secreto de la vida, no tendría la llave que abre los tesoros de la divinidad.

2.6. La esperada armonía

Nos queda por comprender por qué los autores inspirados pueden expresarse de manera tan contradictoria: salvados por gracia y juzgados por las obras. La respuesta es simple. Todo depende del lugar donde uno se sitúe para expresarlo. Aquel que tiene la suerte de pasear alrededor del Cervino, en el cantón del Valais, Suiza, lo admira bajo formas muy diferentes, según lo observe desde el norte o desde el sur, desde el este o el oeste. Este fenómeno ocurre también en teología.

De arriba, solo cuenta la gracia de Dios, a la que se accede por la fe. Esta es todopoderosa. Todo depende de ella. Somos salvados por gracia y solo por gracia. Pero para saber si la fe es auténtica, si es una verdadera adhesión para dar acceso a la gracia, hay que descender abajo. Si el contacto entre arriba y abajo es estable y sólido, las obras aparecerán abajo, cada vez más maduras y más completas. Por esta razón seremos juzgados por nuestras obras. Ellas revelan el valor de la fe qua da acceso a la gracia.

> «…pues en él habéis sido enriquecidos en todo, en toda palabra y conocimiento, en la medida en que se ha consolidado entre vosotros el testimonio de Cristo. Así, ya no os falta ningún don de gracia a los que esperáis la Revelación de nuestro Señor Jesucristo. Él os confirmará hasta el fin irreprensibles, hasta el Día de nuestro Señor Jesucristo. Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión con su hijo Jesucristo, Señor nuestro» (1 Corintios 1:5-9, BJ).

Cuarta parte

Cristo nuestra esperanza: ¡Volverá!

1. La promesa

Poco antes de morir, sobrecogido por la angustia que traslucían los rostros de los suyos, Jesús quiere consolarlos. Dirigiéndose a ellos, les dice:

> «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Juan 14:1-3, BJ, *cf.* 17:24).

El prometido regreso debe producirse literalmente. Jesús volverá tal como se fue (Hechos 1:9-11) y «…todo ojo le verá…» (Apocalipsis 1:7, BJ), de un extremo a otro del universo (Mateo 24:27). Los justos obtendrán la vida eterna (1 Tesalonicenses 4:13-18; 1 Corintios 15:51-54; 2 Timoteo 4:8) y «…los que *no conocen a Dios* y de los que *no obedecen* al Evangelio de nuestro Señor Jesús... sufrirán la pena de una ruina eterna, alejados *de la presencia del Señor*…» (2 Tesalonicenses 1:8,9, BJ).

Jesús podría haberse apiadado de sí mismo pero no lo hizo. Solo piensa en la angustia de los que va a dejar. Para sobreponerse al descorazonamiento y a la depresión tendrán que creer en Dios y en Jesucristo. El giro gramatical usado en el original (Juan 14:1)[221] demuestra que el Maestro piensa en una comunión dinámica e íntima que consiste en vivir una relación constante y viva con la divinidad. Cuando existe una relación tal, Dios puede guiarnos y evitarnos pasos falsos y peligrosos.

Jesús añade que hay muchas moradas en la casa de su Padre. Con ello quiere decir que hay lugar para todos. Además, va a trabajar para prepararnos un lugar. Oigámoslo bien: ¡no va al cielo a quitar el polvo! Nos va

[221] *Eis* + acusativo

a preparar un lugar para que nosotros podamos estar. Allí no se entra a cualquier precio. Sin su ayuda, no hay opción para entrar.

Jesús hace alusión aquí al ministerio que desarrolla en el santuario celestial sentado a la diestra de Dios. Siempre está presto a socorrernos en nuestras necesidades. Él «…es el Camino, la Verdad y la Vida» (Juan 14:6, BJ). Así el Maestro prepara a sus discípulos para entender la parábola de la viña donde muestra que el Padre y el Hijo trabajan juntos para transformarnos por dentro. Los sarmientos, que somos nosotros, reciben de la cepa la nutrición indispensable para llevar fruto. Pablo describe muy bien este fruto (Gálatas 5:22); nuestra forma de ser y de vivir determinada por el Espíritu Santo (ver también Mateo 7:15-20).

Hemos insistido en la esperanza mesiánica que alimentaban los judíos. La partida de Cristo, y sobre todo su muerte, reduce a la nada todo aquello que para ellos era lo más querido, por lo que vivían. ¡Ah!, ¡si hubieran estado más atentos! Los últimos discursos del Maestro, sermones o parábolas, debieran haberlos iluminado. Un drama terrible desgarrará Jerusalén. Partirá para un largo viaje. Muchos de los que esperan su regreso quedarán sorprendidos por la noche y desprovistos de lámparas.

La iglesia primitiva no siempre ha visto con claridad este tema ya que fundó su fe en el cercano regreso de Cristo. Tampoco tardan mucho en aparecer las críticas. El apóstol Pedro denuncia los escépticos y los burladores que dicen: «¿Dónde queda la promesa de su Venida? Pues desde que murieron los Padres, todo sigue como al principio de la creación» (2 Pedro 3:4, BJ).

Afortunadamente, el apóstol Pablo comprende rápidamente que una herejía terrible debía producirse con anterioridad a la venida. Anunciada por el profeta Daniel, es retomada por Pablo en su segunda epístola a los Tesalonicenses. Pedro insiste en el hecho de que «No retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen; sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión» (2 Pedro 3:9, BJ).

La continuación de este pasaje es de una claridad fulgurante: «El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la

tierra y cuanto ella encierra se consumirá» (2 Pedro 3:10, BJ). Traducida literalmente, la última línea dice que la tierra con las obras que ella encierra será «descubierta», estará «expuesta». Hay que entenderlo como que al final se descubrirá por fin su valor. La esperanza de un desarrollo constante, de un progreso infinito, se esfumará a pesar de los pronósticos optimistas que existen hoy. El regreso de Cristo irá acompañado de un estremecimiento cósmico inimaginable.

Ya se trate del *¿cuándo?* o del *¿cómo?*, la sabiduría consiste en confiar en Dios, sabiendo que sus criterios trascienden los nuestros. Lo fundamental es esperar. «…velad y orad… », dijo Jesús (Marcos 13:33, RVR95). «…os convertisteis a Dios, tras haber abandonado los ídolos, para servir a Dios vivo y verdadero, y esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la ira venidera» (1 Tesalonicenses 1:9,10, BJ).

«Dicho de otra manera, nuestro cómputo del tiempo no sirve en la obra de Dios. No podemos aplicar la misma escala de medidas de Dios a nuestros actos o a nuestras vidas.»[222] Vivimos en el tiempo de la paciencia de Dios. Acusar a Dios de debilidad en función de este retraso manifiesta una mala lectura. La sabiduría consiste, por el contrario, en aprovechar esta oportunidad, sabiendo que la bondad de Dios nos llama al arrepentimiento (Romanos 2:4).

La cólera que está por venir implica un elemento cósmico y un elemento humano. Las leyes de Dios son irreversibles. Ya hemos dicho por qué. La tecnología no sería válida si no fuera así. Las transgresiones de estas leyes conducen inevitablemente a catástrofes. El historiador Arnold Toynbee, en su célebre obra, *La grande aventure de l'humanité*, termina con profundas reflexiones al respecto.

2. Las señales de los tiempos

La cólera que está por venir implica un elemento cósmico y un elemento humano. Las leyes de Dios son irreversibles. Ya hemos dicho por qué. La tecnología no sería válida si no fuera así. Las transgresiones de estas leyes conducen inevitablemente a catástrofes. El historiador Arnold

[222] Jean-Claude MARGOT, *Les Épîtres de Pierre* (Ginebra: Labor *et* Fides, 1960), p. 132.

Toynbee, en su célebre obra, *La grande aventure de l'humanité*, termina con profundas reflexiones al respecto.

> «Desde el alba de la civilización, descubrimos una disparidad cada vez mayor entre los progresos técnicos del hombre y sus realizaciones sociales [...]. La insuficiencia espiritual del hombre ha puesto freno a su progreso social [...]. Hoy, nuestra yuxtaposición mundial de Estados locales soberanos es tan incapaz de mantener la paz como de salvar la biosfera [...]. ¿El hombre va a asesinar Nuestra Madre Tierra o la va a liberar? Podría asesinarla por el abuso de una potencia tecnológica siempre creciente. Paralelamente, podría liberarla ahogando la avaricia agresiva y suicida de todas las criaturas vivas, incluido el propio hombre, pagando el don de la vida hecha por la Gran Madre. Esta es la enigmática cuestión a la que el hombre está ahora confrontado.»[223]

Parecieran palabras inspiradas en la Biblia, ahí encontramos el mensaje dado por el Señor. Aunque no pueda aventurarse ninguna fecha para la segunda venida de Cristo, el propio Jesús y más tarde sus discípulos, revelaron algunas señales que nos permiten situarnos en relación con el esperado acontecimiento. Recordemos una vez más que no debemos confundir las dos venidas, la de su ministerio terrenal, la primera y su venida en gloria, la segunda.

En el Antiguo Testamento, la expresión «los últimos días» sirve para designar los tiempos mesiánicos inaugurados por la primera venida de Cristo. En el Pentecostés, Pedro ve en el derramamiento del Espíritu Santo el comienzo de este período (Hechos 2:16,17), al que llama también «…los últimos tiempos…» (1 Pedro 1:20, BJ). Pablo cree que los contemporáneos del Mesías habían llegado «…el fin de los tiempos» (1 Corintios 10:11, CI). Juan habla de «…la última hora» (1 Juan 2:18, BJ). Se trata del final de un período que llamamos dispensación judía.

Así empieza el tiempo de la iglesia cristiana. Y cuando los apóstoles hablan de los últimos días de este período que lleva a la segunda venida de Cristo, su aparición gloriosa, hablan de un tiempo por venir. «Ten presente –dice Pablo a su discípulo Timoteo– que en los últimos días sobrevendrán momentos difíciles…» (2 Timoteo 3:1, BJ). Pedro dice más o menos lo mismo: «Sabed ante todo que en los últimos días vendrán

[223] Arnold TOYNBEE, *La grande aventure de l'humanité* (Bordas), pp. 559, 561, 563.

hombres llenos de sarcasmo, guiados por sus propias pasiones…» (2 Pedro 3:3, BJ).

Tal como hubo un final del tiempo confiado a los judíos para salvar al mundo, habrá también un fin del tiempo de la iglesia, inaugurado por el don del Espíritu Santo en el Pentecostés.

En su famoso discurso sobre el tiempo del fin, Jesús predijo que habría señales en el Sol, en la Luna y en las estrellas (Lucas 21:25). La tierra sería sacudida en sus cimientos. Tendría que ser uno ciego o tener mala fe para no reconocer que hemos llegado a ese momento. En 1998, la ciudad de Bruselas organizó una exposición elocuente sobre el tema «Vivir o sobrevivir», hecha por el Real Instituto de Ciencias Naturales de Bélgica. Para esa ocasión, se publicó un libro titulado: *Un état des lieux de notre planète* (Un estudio sobre algunos lugares de nuestro planeta)

Lo menos que podemos decir, es que cada vez las voces que oímos adquieren un tono más alarmante. Estas son algunas líneas en la introducción. «La urgencia de actuar está aquí, incluso si en algunos casos, se cree que ya es muy tarde [...]. La incomprensión sigue reinando.»[224] El libro describe la polución atmosférica, el problema de los residuos, el mal estado de los bosques, la tala excesiva de árboles, el cáncer de la selva amazónica, la desertización, el agujero en la capa de ozono, el mar del Norte transformado en un vertedero de basura, los problemas ecológicos del estuario del Escalda… Es evidente que estamos en un callejón sin salida.

Se entiende que el autor denuncie «el inmenso temor de los jóvenes frente un futuro que observan sombrío y sin esperanza».[225] Si no se ve oportuno dar la voz de alarma, es porque algunos, dice el autor, «las Casandras modernas han sabido pintarnos un mundo lleno de amenazas».[226]

[224] Michèle ANTOINE, *Vivre* ou *survivre* (Tielt, Bélgica: Ed. Lannoo, S.A., 1998), p. 6.

[225] Ibídem, p. 6.

[226] Ibídem, p. 7.

Efectivamente, el libro termina con algunos extractos del «Avertissement des Scientifiques du Monde entier à l'Humanité»[227] (Advertencia de los científicos del mundo entero a la humanidad): «Ninguna nación puede escapar a las heridas resultantes de un deterioro de los sistemas biológicos globales. El mayor peligro es el de encontrarse inmerso en una espiral de deterioro ecológico, de pobreza y problemas que llevan al ahogamiento social, económico y ambiental.»[228]

A las señales cósmicas que anuncian la proximidad del regreso de Jesús, conviene añadir el anuncio de desórdenes en el plano social. Jesús profetiza guerras y rumores de guerras (Mateo 24:5,6), hambres y terremotos (Mateo 24:7), pruebas tan grandes que comprometen la salvación de los elegidos (Mateo 24:21,22). El cuadro del fin conlleva también la temeridad y la fiebre de placeres (Lucas 17:26-30), una inmoralidad creciente:

> «…los hombres serán egoístas, avaros, fanfarrones, soberbios, difamadores, rebeldes a los padres, ingratos, irreligiosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, temerarios, infatuados, más amantes de los placeres que de Dios, que teniendo la apariencia de piedad, reniegan de su eficacia» (2 Timoteo 3:1-5, BJ).

Muchas de estas señales han existido siempre, en todos los tiempos. Siempre hubo guerras, hambres, pestes, terremotos. Lo que debe considerarse parte del anuncio del fin, es, por un lado el crecimiento considerable de los acontecimientos en cuestión y por otro, el hecho de que se produzcan al mismo tiempo.

Oscar Cullmann, especialista en este campo, lo ve así:

> «El Nuevo Testamento nos da en los apocalipsis sinópticos y joánicos o en los pasajes apocalípticos de las epístolas paulinas algunas señales que anuncian que el fin está próximo: catástrofes cósmicas, guerras, persecuciones de la iglesia, último llamamiento al mundo al arrepentimiento. Estas señales aparecerán de forma múltiple, por así decirlo,

[227] Union of Concerned Scientists «1992 World's Scientist Warning to Humanity», <http://www.ucsusa.org/about/1992-world-scientists.html#.WW7GsenkXcc> (consultado 17 julio 2017). Declaración de unos 1700 científicos, entre los que se contaban 102 premios Nobel.

[228] Ibídem, pp. 148,149.

> concentradas, al final del eón actual cuando el siguiente eón esté a punto de llegar.»[229]

3. Cristo, nuestra esperanza

En el muro que divisamos en el horizonte se abre una brecha que llama a la esperanza. El creyente fracasa en su misión aquí abajo si no es el campeón de la esperanza, la fuerza motriz de la humanidad. ¿En qué consiste el candor inefable de la infancia? En que es la encarnación de la esperanza.

Algunos contemporáneos optimistas, tratan de escapar de la desesperanza que se desprende de la situación del mundo describiendo en las brumas del futuro una ciudad justa. Pero este sueño no parece tener fundamento. El sicoanalista austríaco Frankl tiene razón al decir que el hombre moderno sufre «el vértigo abisal de la nada». Totalmente secularizado, ha cortado su relación con el mundo de Dios. Se ha separado de Dios que es la esencia de su existencia y no puede dar sentido a su vida.

Jürgen Moltmann muestra que sin la fe, la esperanza pierde todo fundamento.

> «La esperanza no es sino la expectación de aquellas cosas que, según el convencimiento de la fe, están verdaderamente prometidas por Dios. Por ello la fe está segura de que Dios es veraz, y la esperanza aguarda que Dios, a su debido tiempo, revele su verdad; la fe está segura de que Dios es nuestro Padre, y la esperanza aguarda que se comportará siempre con nosotros como tal; la fe está cierta de que se nos ha dado la vida eterna, y la esperanza aguarda que esa vida se desvelará alguna vez: la fe es el fundamento en que descansa la esperanza, y ésta alimenta y sostiene a la fe." (CALVINO, *Institutio* III, 2,42).
>
> […]. En esta esperanza, el alma no se evade de este valle de lágrimas hacia un mundo imaginario de gentes bienaventuradas, ni tampoco se desliga de la tierra.»[230]

---

[229] Oscar CULLMANN, *Le Retour du Christ: espérance de l'Église selon le Nouveau Testament* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1945), p. 30. *Eón* = siglo.

[230] Jürgen MOLTMANN, *Teología de la esperanza*, 7.ª ed. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006), pp. 25, 26.

Al apóstol Pablo le gustaba invocar la esperanza: la firmeza de la esperanza (1 Tesalonicenses 1:3), la coraza de la esperanza (1 Tesalonicenses 5:8), el consuelo eterno y la buena esperanza (2 Tesalonicenses 2:16), la esperanza que está guardada en los cielos (Colosenses 1:5), permaneced sólidamente cimentados en la fe del Evangelio que oísteis (Colosenses 1:23), «…Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria…» (Colosenses 1:27, BJ)…

Charles Péguy la describe en bellas palabras:

> «Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza,
> Y no me retracto.
> Esa pequeña esperanza que parece de nada.
> Esa niñita esperanza.
> Inmortal. […]
> La Esperanza es una niñita de nada.
> Que vino al mundo el día de Navidad del año pasado.
> Que juega todavía con el bueno de Enero. […]
> Pero esa niñita atravesará los mundos.
> Esa niñita de nada,
> Sola, llevando a las otras, atravesará los mundos concluidos. […]
> Ella, esa pequeña, arrastra todo.
> Porque la Fe no ve sino lo que es.
> Y ella ve lo que será.
> La Caridad no ama sino lo que es,
> Y ella ama lo que será. […]
> La Esperanza ve lo que todavía no es y que será.
> Ama lo que no es todavía y que será
> En el futuro del tiempo y de la eternidad.»[231]

Jesús sabe que todavía no podemos entenderlo. «…tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde» (Juan 13:7, BJ), le decía a Pedro. Sabe que vivimos en un mundo que ha rechazado a Dios, donde reina el pecado, el dolor, la desesperanza. Sabe que los rayos de la Verdad divina no

[231] Charles PEGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, trad. José Luis Rouillon Arróspide (Madrid: Ediciones Encuentro, 1991), pp. 16-22 (ed. fr.: *Le Porche du mystère de la deuxième vertu*, *Nouvelle Revue Française*, 1916, pp. 251-288, https://fr.wikisource.org/wiki/Le_Porche_du_myst%C3%A8re_de_la_deuxi%C3%A8me_vertu (consultado 17 julio 2017).

pueden penetrar del todo en nuestra prisión carnal y que esto puede suscitar el desánimo, incluso, la rebelión.

Lo que el Maestro le dice a Pedro: «lo comprenderás más tarde», demuestra que hay una verdad y que esta prevalecerá. De lo profundo de los cielos, la luz ha venido para vencer la noche. Se acerca el día cuando toda la verdad nos será revelada. Entonces, la fe mudará a lo tangible y la esperanza se convertirá en la realidad. Entonces, conoceremos y comprenderemos. Es importante, para que así sea, complacernos contemplando las cosas celestiales. Si no encontramos ningún interés en sondear la Palabra de Dios, nuestra esperanza corre el riesgo de ser vana.

En un estudio muy clarividente, el pastor Frédéric Delforge nos pone en guardia contra lo que él llama los desafíos de la esperanza cristiana. Creo que es muy útil transmitir lo esencial del mensaje y a la vez, señalar las pistas falsas que son numerosas.

3.1. Desafío a la fatalidad

Los antiguos estaban fascinados por la idea de la fatalidad, como si el mundo estuviera abocado a un destino irrevocable. Para los griegos era el *anankê,* para los romanos el *fatum,* para los budistas el *karma.* Desde la antigüedad, el hombre vive en un misticismo en el que el tiempo no existe y la historia no es un movimiento que va hacia un fin. Pero la espera del Reino ha de vivirse en el tiempo. La encarnación de Cristo en la historia tiene el mérito de romper el ciclo de la fatalidad y de abrir en el tiempo una esperanza viva. En consecuencia, dependemos del tiempo que pasa.

3.2. Desafío a la huida hacia adelante

Uno de los peligros de la esperanza consiste en no tomar en serio el hoy de Dios. Nos arriesgamos a vivir a la vez al margen de la iglesia y del mundo, olvidando las realidades del trabajo, la vida familiar y social. No es necesario exagerar la importancia de las realidades actuales pero obviarlas es olvidar la oración de Jesús pidiendo a su Padre, no quitarnos del mundo sino preservarnos del mal (Juan 17:15). Lo esencial es vivir la nueva realidad en Cristo.

3.3. Desafío al estallido de la vida

El pensamiento occidental está muy marcado por el dualismo griego, materia-espíritu. Cada vez está más influenciado por las filosofías espiritualistas y por las religiones orientales que tienen tendencia a menospreciar la materia. Por el contrario, la esperanza bíblica no concibe ninguna oposición entre el cuerpo y el espíritu. El cuerpo es el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). Enfoca la vida en dos tiempos: el tiempo presente, que es malo (Gálatas 1:4) y el futuro, partícipe de la bendición de Dios (Hebreos 6:5-8).

Ambos tiempos son llamados *eones*, palabra griega traducida a menudo por «siglo».

Según san Pablo, en el tiempo presente, vemos de manera oscura; pero en el siglo venidero, veremos cara a cara (1 Corintios 13:12). El hombre, responderá por fin a la vocación celestial y dispondrá de un cuerpo nuevo e incorruptible.

3.4. Desafío a la iglesia-reino

> «Es evidente que existe relación entre la iglesia y el Reino ya que existe un punto de partida común, un punto de referencia fundamental: Jesucristo. Pero la iglesia de Jesucristo, aunque posee rasgos del Reino, no puede considerarse todavía como parte del Reino. Los primeros siglos de la historia de la iglesia no están equivocados. Los creyentes, aunque viviendo plenamente en el seno de una comunidad eclesial, esperan el Reino con convicción y perseverancia. Pero el tiempo pasa y la esperanza se transforma.»[232]

En efecto, desde la conversión de Constantino en el 313, iglesia y Estado se unen. La iglesia participa del poder. Y con Agustín de Hipona, se confunde el Reino con la iglesia. Desde entonces, la esperanza vegeta y se confunde con ideologías ajenas a la fe cristiana.

«El mundo moderno está lleno de antiguas virtudes cristianas desvirtuadas.»[233] Como la iglesia se confunde con el Reino, los cristianos dejan

---

[232] Frédéric DELFORGE, *op. cit.*, p. 6.

[233] G.K. CHESTERTON, filósofo inglés, 1874-1936.

de esperar el regreso de Cristo, que sin embargo, ocupa gran parte de la enseñanza de los apóstoles. Tenemos que esperar a la mitad del siglo XIX para reencontrarnos con esta profecía y esta espera.

3.5. Desafío a una vana agitación

El rencuentro de Jesús con Marta y María, hacia el final de su ministerio, forma un cuadro inolvidable. Marta se afana en preparar una comida deliciosa para su huésped. Pero María, sumida en sus reflexiones, se sienta a los pies del Maestro para escucharlo. No quiere perderse ninguna de sus palabras. Contrariada, Marta no puede dejar de intervenir y le dice al Señor «"Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude." Le respondió el Señor: "Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas, y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada» (Lucas 10:38-42, BJ). Es una lección para nosotros.

Una de las riquezas de la fe es la de permitir la comunión con el Dios Viviente. Se trata de un contacto directo y verdadero que lleva a un sentimiento de una dependencia real. «El creyente se abandona al Amor que es la Esencia misma de Dios. El ser se siente invadido por el Amor de Dios y a su vez entrega su amor a Dios.»[234] Este diálogo íntimo, que llamamos misticismo está hecho de silencio, de atentas escuchas, de reposo en Dios y permite al hombre penetrar en lo más profundo de su ser. Esta es la unidad con Dios a la que se refiere Jesús en la oración sacerdotal (Juan 17.1-23).

3.6. Desafío al laxismo

La verdadera espera de Cristo engendra una actitud dinámica. «Velad y orad» (Mateo 26:41; Marcos 13:33; 14:38; *cf*. Lucas 21.36). Semejante al gran gozo de aquel que se prepara para la boda y que invita a otros a participar. Cuando Pablo escribe que somos salvos en esperanza (Romanos 8.24) no describe una situación incierta. El regreso de Cristo no aparece como una simple posibilidad que se espera sin creer demasiado en

[234] Frédéric DELFORGE, *op. cit*., p. 7.

ello. ¡No! La salvación es una realidad, una certeza que está registrada pero todavía no actualizada. Somos salvos pero debemos tener paciencia como Dios la tiene también. Se realizará en el momento oportuno, del cual Dios es el único juez.

Luego, si el creyente no sucumbe a la agitación, tampoco se abandona al laxismo.

«Así pues, mirad atentamente cómo vivís; no seáis necios, sino sabios; aprovechando bien la ocasión, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor» (Efesios 5:15-17, BJ). La expresión «…aprovechando bien la ocasión…» recuerda que el tiempo perdido es irrecuperable. «…aprovechando bien la ocasión…» es el tiempo de gracia ofrecido al hombre por Dios. Hay que aprovecharlo en beneficio de uno mismo y de los demás.

Vivimos en un mundo corrompido, donde el engranaje del mal es infernal. El que no presta atención es rápidamente llevado a situaciones peligrosas e irreversibles. La victoria exige una movilización permanente de todas las fuerzas que Dios pone a nuestra disposición.

3.7. Desafío a una civilización llamada «cristiana»

Jesús ha vivido la encarnación en el mundo sin involucrarse jamás con el mundo. Rechazó incluso conformarse a las tradiciones del pueblo de Israel que afectaban a su persona. Para él, los mandamientos de Dios pasaban por delante de la tradición de los hombres (Marcos 7:8). Así debe hacer también la iglesia, su cuerpo y esposa. La iglesia está aquí para dar testimonio al mundo y no para dejarse captar por él. El mundo tiene a Satanás como príncipe. La iglesia pertenece al Señor.

Una de las grandes tentaciones de la iglesia hoy consiste en someterse a las culturas imperantes en el mundo. Los hombres arraigados al mundo tienen fácilmente la impresión de traicionar su pasado si abandonan sus culturas. Están en su derecho. Pero si quieren ser cristianos, no es el Evangelio que se debe a sus culturas sino sus culturas al Señor. La iglesia del Señor Jesucristo deberá traspasar el marco de las culturas, de las naciones y de las civilizaciones. De esta forma puede y debe ser uni-

versal. La diferencia de culturas engendra conflictos crueles entre los creyentes que adoran al mismo Dios. Nada es más penoso.

3.8. Desafío al colectivismo y al individualismo

El apóstol Pablo reclama un equilibrio entre el individuo y la sociedad. Por un lado, «…es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que *cada cual* reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal: el bien o el mal» (2 Corintios 5:10, BJ, énfasis añadido). La salvación es individual. Por otro lado, «Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas» (Filipenses 3:20,21, BJ). Es, pues, juntos que debemos esperar la parusía; es decir, la gloriosa venida de Jesús.

> «La esperanza cristiana conlleva esta dialéctica entre el individuo y la colectividad, donde la persona no se funde jamás con la masa y donde la realidad colectiva es reconocida por el individuo [...]. La iglesia puede ser un distintivo social que demuestra que existe un respeto hacia la persona y hacia la realidad colectiva al mismo tiempo. Que permite vivir al hombre interior, pero, al mismo tiempo, le da la seguridad de pertenecer al cuerpo cuya cabeza es Cristo, el que infunde ánimo y otorga plenitud de vida,[235] (Efesios 1:22,23; Colosenses 3:11).»

La iglesia respeta la libertad del individuo pero reclama la armonía del todo.

3.9. Desafío a la unicidad de la vida

En la iglesia no podemos confundir unidad con uniformidad. La unidad de la iglesia tiene como fundamento la revelación de Dios a través de Jesucristo y como modelo, la unidad del Padre y del Hijo, unidad que se expresa a través de sus pensamientos comunes, de su misma o parecida voluntad y de sus actos complementarios. Vive la misma fe, la misma esperanza y el mismo amor. «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautis-

[235] Frédéric DELFORGE, *op. cit.*, p. 8.

mo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está en todos» (Efesios 4.5,6, BJ).

El apóstol Pablo desea que tengamos un mismo pensar. Sin embargo, concibe que podamos tener criterios diferentes. Lo que cuenta es que andemos a un mismo paso, desde el punto a donde hayamos llegado (Filipenses 3:15,16). Cierta diversidad puede aportar un enriquecimiento aunque debe manifestarse en los límites de la verdad revelada por Dios en su Palabra (Juan 17:17). Desde este punto de vista, podemos citar la frase célebre de Saint-Exupéry: «Si difiero de ti, lejos de menoscabarte te engrandezco.»

La nueva Jerusalén, la ciudad celestial, estará formada por «…hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación…» (Apocalipsis 5:9, BJ) pero en la armonía nacida de la fidelidad a la Palabra de Dios. Así, el cristiano, porque espera, es un centinela en la noche.

La esperanza es un agujero en la noche, una apertura al futuro. Da sentido a la vida más allá de la resignación y la inercia. Sean cuales sean las dificultades o las pruebas, ella permanece segura en lo que se espera sin dar lugar a la debilidad, la relajación o la rebelión.

El Dios de la Biblia no cesa de llamar al hombre. Las señales de los tiempos también nos dicen: No tengáis miedo de lo que venga. Dios es Dios y ejecuta las promesas. Cristo está a la puerta, vencedor de todas las locuras humanas. Podemos asistir a las catástrofes cósmicas sin pensar que el cosmos reina con sus fatalidades. Los horrores humanos no tienen la última palabra en la existencia. Las señales de los tiempos anuncian el Señorío de Jesucristo. Triunfan en nuestra fe y fortalecen nuestra esperanza.

«Quien no espera lo inesperado –decía Heráclito–, jamás lo encontrará.» Y a la inversa, la esperanza puede matar el presente. Pascal denunciaba este peligro: «Así jamás viviremos, sino esperamos vivir; y disponiéndonos siempre a ser felices, es inevitable que no lo seamos jamás.»[236]

Sin esperanza, la vida es infernal, insoportable. No sin razón Dante, a la entrada del infierno, coloca esta inscripción: «¡Oh vosotros los que

[236] PASCAL, *Pensées,* (éd. Brunschwieg, 1972).

entráis, abandonad toda esperanza!» Pero no es necesario que la esperanza oculte el presente.

4. El juicio

Frente a la desintegración del mundo debemos preguntarnos cuál será la actitud de Dios. La respuesta está en una palabra: *juicio*. Palabra que hace temblar a los hombres. Craso error. Expliquémoslo.

Dios sería impotente e injusto si no interviniese para restablecer el orden porque el desorden genera un sufrimiento universal. Hablando del autor del mal que reina, Daniel, que se ocupa mucho del tema del juicio –su nombre significa «Dios es mi juez»– escribe respecto al poder del mal: «Pero cuando el tribunal haga justicia, le quitarán el poder y será destruido y aniquilado totalmente» (Daniel 7:26, BJ). «…hasta que vino el anciano para hacer justicia a los santos del Altísimo y llegó el momento en el que los santos recibieron el reino» (Daniel 7:22, BJ). «Y la soberanía, el poder y la grandeza de todos los reinos del mundo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo» (Daniel 7:27, BJ).

4.1. El juicio actual

Gracias al juicio aquí descrito, el curso de la historia cambia radicalmente. El objetivo del juicio es terminar el plan de la salvación, poniendo en evidencia, a ojos de todo el mundo y del universo entero, lo que Dios guarda en su corazón desde toda la eternidad. Es la razón por la que el juicio se desarrolla en el cielo, a la vista de todos (Daniel 7:13). El juicio permitirá a Cristo, tras su regreso, situar las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda (Mateo 25:33).

El concepto de juicio no tiene nada de aterrador. Pone en evidencia el seguro triunfo de la justicia de Dios. Cuando se habla de Dios, la queja más constante y la crítica más severa es que deja las cosas ir a la deriva. Como expresaba David, da la impresión que los malos triunfan siempre mientras que los buenos pagan por los malos. «Descansa en Yahvé, espera en él, no te acalores contra el que prospera, contra el hombre que urde intrigas. Desiste de la ira, abandona el enojo, no te acalores, que será

peor; pues los malvados serán extirpados, mas los que esperan en Yahvé heredarán la tierra» (Salmos 37:7-9, BJ).

El hombre no está llamado a capitular ante un tirano que decide todo arbitrariamente. Está llamado a responder de sus actos. Es pues, un ser responsable (Mateo 12:36). La dignidad de la vida reside en el acceso a la responsabilidad. Un día nuestra vida será juzgada. No es fruto del azar ni el juguete de las necesidades. Nos toca a nosotros hacer, hoy, algo con nuestra vida. Hoy, porque nuestros actos determinan hoy el juicio de Dios.[237]

4.2. El juicio final

Un día, tal vez pronto, el juicio empezará. Dios tendrá la última palabra en la historia, pues está le pertenece. La verdad, en la historia, está enmascarada, traicionada, torturada. El justo es aplastado. Triunfa el impío. Para que surja la verdad, Dios ha de intervenir. El Dios juez es indispensable en nuestra teología para recordar que el reino de Dios no es de este mundo. El juicio final no será un ajuste de cuentas sino la revelación de la verdad de cada hombre, la verdad que aparece en los frutos de cada uno (Mateo 7:16ss.), porque al hacerlo se manifiesta la persona. El anuncio del juicio no construye un nuevo legalismo; sitúa la vida cristiana en una dinámica de transformación.

Cualquiera que busque su propia gloria solo encontrará la gloria efímera del hombre perdido. Y tendrá su condenación. No porque Cristo lo quiera condenar sino porque solo hay gloria en Él. La destrucción del pecado debe ser reafirmada al mismo tiempo que la permanencia eterna del bien. «La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios…» (1 Corintios 15:50, BJ). El pecado no tiene lugar en el Reino donde Dios es conocido y amado. Predicar la salvación universal, como hacía ya Orígenes, sería predicar la eternidad del pecado. Es un sinsentido. No olvidemos que el juicio final se abre a la eternidad.

---

[237] *Cf.* Daniel MARGUERAT, *Le jugement dans l'Évangile de Matthieu* (Ginebra: Labor et Fides, 1980).

5. La vida eterna

El drama de la vida presente, sea la que sea, radica en su limitación. Desde el nacimiento, el niño está condenado a morir. La sombra de la separación planea en todos los proyectos, incluido en los más bellos amores. Pero una brecha se abre en este futuro sombrío: Jesús nos promete la vida eterna. ¡Sí, una vida sin fin!

5.1. La parusía[238]

«…el que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio…» (Juan 5:24, BJ). Recordemos que aquí se habla de juicio-condenación. Todos los hombres son objeto de una elección, de una decisión en virtud de la cual estarán entre las ovejas o los cabritos. Desde este punto de vista, todos han de pasar un juicio, todos deben ser examinados. Pero todos no son condenados. La voluntad del Padre es «…que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día» (Juan 6:40, BJ). Aquí es cuando la eternidad se actualiza. El hecho es cierto. Pero es prácticamente inexplicable por la sencilla razón que no disponemos de ningún punto de referencia para hablar de la eternidad en nuestra escala.

La parusía no puede compararse con la encarnación. Es Jesús quien regresa pero se trata de un regreso en gloria. No es una nueva «Navidad». Esperamos la presencia de un Cristo que desvela ante nuestros ojos deslumbrados toda la gloria que estaba velada por su humillación. Jesús nacido de María nos sumerge en tal paradoja. El que era eterno se convierte en temporal. De creador pasa a ser criatura. El que era absolutamente santo ha venido en carne de pecado. En su encarnación, Jesús es un misterio (Romanos 16:25; Efesios 3:4) y muchos no se han percatado del secreto, a saber, la divinidad unida a la humanidad.

Pero todo se aclarará cuando sea glorificado. De momento, aún vivimos en el tiempo de la fe, donde se nos ofrece un avance de la parusía. Jesús volverá en las nubes de los cielos con gran poder y gloria (Mateo

[238] *Parusía*: palabra empleada en la antigüedad para anunciar la presencia gloriosa de un personaje importante, como un rey o un ministro, y en el Nuevo Testamento para señalar el regreso de Cristo.

24:30). Volverá en plena luz y será el reencuentro del tiempo con la eternidad.

5.2. El tiempo de la eternidad

Diciendo esto, abordamos el difícil problema de las relaciones del tiempo con la eternidad.[239] ¿Qué es la eternidad? ¿Es tiempo continuamente añadido al tiempo? ¿Tiempo que no acaba nunca? O ¿la negación pura y simple del tiempo? ¿Una evasión del tiempo? La Biblia llama a Dios el Eterno, situándolo siempre en el corazón de la Historia. Vivimos en la historia nuestro encuentro con Dios. Ocurrirá lo mismo cuando la parusía.

La parusía es la presencia de Cristo. Presencia que es una hora (Mateo 24:44), un día (Mateo 25:13; Juan 8:56; Hechos 2:20; 1 Corintios 1:8…), un tiempo (Marcos 13:31-33). Seguramente esta hora se parece a todas las horas, sin embargo, es la última (1 Juan 2:18) que aparece en el último tiempo (1 Pedro 1:5), el último día (Juan 6:39). Esta hora final trasciende las demás.

Debemos recordar que en la Biblia, la eternidad difiere de todo lo que es creado. No es un estado de lo que ha sido creado. Solo Dios es eterno. El hoy cuando oímos su voz es un misterio. Participa en la eternidad gracias a la presencia de Dios; y es una fecha porque Él viene a nuestro encuentro.

El problema del tiempo y de la eternidad se plantea ya con la creación. Creando, Dios ha hecho surgir el tiempo de la eternidad. Y si nos preguntamos lo que hacía antes, caeremos en la tentación de responder como San Agustín: «Preparaba el infierno para los que preguntan tales cosas.» Convengamos que, a pesar de nuestro precioso conocimiento de las relaciones tiempo-espacio, no tenemos respuesta. Y si balbuceamos ante el primer día, balbuceamos también ante el último.

Sin embargo, hay que resaltar que la parusía está en la historia al igual que la creación. Es el encuentro de la historia y del tiempo con la eternidad. Es a la vez temporal y eterna. Lo que prueba que nuestro tiem-

[239] *Cf*. Pierre MAURY, *L'eschatologie* (Ginebra: Labor et Fides, 1959).

po actual es compatible con la eternidad y que el cumplimiento será cuando Cristo regrese. Sin Cristo, nos falta lo esencial. La creación «sale» de la eternidad; la parusía «entra» en la eternidad.

Solo añadir a continuación que no podemos hacernos una idea formal de las bondades del Reino futuro. Lo esencial es saber que el Señor vuelve en su gloria, y que para nosotros, esta toma de conciencia debe tener lugar hoy y no mañana. Si no lo esperamos hoy, nuestra espera es vana, no esperamos nada. La espera es la última realidad fundamental del mundo y la primera de la eternidad.

5.3. Perspectivas

Desde sus primeras páginas, la Biblia nos pone en presencia de un Dios de poder, sabiduría y amor. Lejos de quererlo, el desorden que reina hoy procede de las criaturas rebeldes. El libro de Génesis nos ofrece el maravilloso espectáculo de un huerto donde los árboles llevaban frutos de vida, donde en los ríos fluían las aguas cristalinas y donde el hombre vivía en compañía del glorioso Creador y los animales estaban sometidos a él.

Estropeado por el hombre, el universo espléndido contiene aún rasgos de la armonía inicial, a pesar del sufrimiento y la muerte. Pero ya nada es perfecto. Las rosas llevan espinas. En el cielo hay tormentas. El cuerpo se deforma con la enfermedad. El amor traiciona al ser amado. La actualidad mundial a menudo resulta insoportable. La muerte viene sin esperarla. Las más bellas realidades conllevan un reverso de sombras. La esperanza se presenta entonces como un aliento que ahuyenta todas las sombras y solo conserva la luz. Olvidar las miserias y llevar las alegrías hasta el máximo es la única manera de hacerse una idea del cielo.

Entonces, la fe cristiana vive bajo el horizonte de las promesas. Un día, el desorden dejará lugar a la armonía universal. No ha puesto Dios en vano pensamiento de «…eternidad en el corazón del hombre…» (Eclesiastés 3:11, RVR95). Dios crea en nosotros necesidades y deseos que quiere satisfacer. El sentido profundo de la palabra *eternidad* se nos escapa. Pero si participamos de la naturaleza divina, podemos participar también en el tiempo de Dios (2 Pedro 1:4).

Todos los tesoros del universo estarán a disposición de los hijos de Dios. Nos serán accesibles las más gloriosas revelaciones de Dios. «La vida eterna, no es una continuación sin fin de esta vida (¡esto sería más bien un infierno!). La vida eterna es otra vida, una vida divina, no terrenal, una vida plena, perfecta y no una vida al ralentí, pasajera.»[240]

En el plano físico, no solo estaremos llenos de fuerza y salud, también seremos incorruptibles e inmortales (1 Corintios 15:54). En el plano moral, seremos semejantes al Salvador glorificado (1 Juan 3:2). Desde ahora, somos transformados a su imagen (2 Corintios 3:18), entonces, el parecido será perfecto. «…el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas» (Filipenses 3:21, BJ).

Si, esperamos la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8:23). La resurrección restablecerá el ser humano en su integridad. Es un error considerar el cuerpo como un obstáculo para el desarrollo. La armonía restablecida entre el cuerpo y el espíritu hará desaparecer todas las contradicciones, todas las disonancias en el seno de nuestra personalidad. «Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. [...] Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Corintios 13:10,12, BJ).

La metáfora del espejo pone en evidencia el contraste entre la imperfección del conocimiento actual y el carácter absoluto de la contemplación escatológica. El espejo ofrece una visión del objeto indirecta y no cara a cara. Ofrece «una representación simbólica de la realidad».[241] Moisés tuvo el privilegio de relacionarse con Dios «…boca a boca… y no en enigmas…» (Números 12:8, BJ). No es la situación habitual del hombre que solo ve de la realidad más que un pálido reflejo.

Los profetas fueron todos portadores de un mensaje que procedía de Dios. El apóstol Pablo considera el mensaje un «…tesoro en recipientes de barro…» (2 Corintios 4:7, BJ). Establece así el contraste entre el presente, comparándolo con un vaso de barro y el futuro con un tesoro. Una

[240] Emil BRUNNER, *Notre foi* (Lausana: La Concorde, 1960), pp. 143, 144.

[241] Norbert HUGEDÉ, *La Métaphore du miroir* (París: Delachaux et Niestlé, 1957), p. 185.

imagen, sin embargo, muy débil para expresar la distancia inaudita que separa la tierra caída de la tierra restaurada.

Es necesario insistir en el hecho de que la evolución no se hará naturalmente, por vías progresivas como piensan algunos. La tierra atravesará una crisis violenta (2 Pedro 3). Pero la tierra no desaparecerá, será una manera nueva de existir y de desarrollarse.

> «El reino de Dios no será establecido en nuestro mundo tal cual es hoy sino en un mundo purificado y modificado por la revolución cósmica que presintieron los apóstoles cuando hablaron de una catástrofe universal en el final del mundo. [...] La doctrina del reino la encontramos en las intuiciones bíblicas. En ellas, el día del rescate definitivo de los redimidos no estará encima de nuestras cabezas sino en la tierra actual transfigurada. [...] La tierra y el cielo no es una casa con dos plantas sino un viaje con dos etapas en el mismo plano, el siglo presente y el futuro. La vida futura, [...] es la vida que habrá en nuestra tierra, si no fuera así, la obra de la creación terminaría en un fracaso.»[242]

No debemos confundir el paraíso de Jesús con el de Mahoma. El paraíso de Mahoma está en las antípodas del paraíso que acabamos de citar. Veamos algunos detalles:

«Los jardines del Edén serán la habitación de los justos. Lucirán brazaletes de oro adornados con perlas y vestidos de seda. [...] Los huéspedes del paraíso beberán grandes tragos en la copa de la felicidad. Recostados en lechos de seda, reposarán cerca de sus esposas, bajo deliciosas sombras. Encontrarán frutas de todo tipo. Todos sus deseos serán complacidos. [...] A su lado habrá vírgenes de mirada modesta, con grandes ojos negros y cuya piel tendrá el tinte de los avestruces jóvenes. [...] Les ofrecerán bebida en copas de oro. El corazón encontrará en esta morada todo lo que desee y el ojo quedará cautivado con todo lo que vea; y los placeres serán eternos.»[243]

Tal evocación se basa en la sensualidad actual, a menudo responsable de muchos disgustos. Las sugerencias de la Biblia, al contrario, se desmarcan para volver al hombre a su equilibrio en cuerpo, alma y espíritu regenerados por Dios (1 Tesalonicenses 5:23,24).

---

[242] Wilfred MONOD, *l'Espérance chrétienne*, II, pp. 187, 185.

[243] *El Corán*, sura XXXV, vers. 30; XXXVI, 55-57; XXXVII, 47; XLIII, 71.

En definitiva, solo Jesús da las mejores referencias acerca de la tierra nueva. Gracias a él sabemos que tras el decorado de nuestra existencia actual se esconde otra vida. Vida que invadió el mundo una vez cuando Jesucristo resucitó. Su forma cambió y sin embargo, era reconocible.[244] Comía como antes de la crucifixión.[245] Podía presentarse a los suyos sin cruzar la puerta.[246] Tal como era fue trasladado al cielo.[247] Nos damos cuenta que existen a la vez una continuidad y una discontinuidad en relación a lo que nos es conocido.

El hecho en sí tiene mucha importancia. No solo porque pone de manifiesto la transfiguración de lo que nosotros conocemos sino porque demuestra que nos reconoceremos. Muchos se plantean con ansiedad preguntas sobre este tema. No hay en toda la Biblia una sola palabra que autorice cualquier duda al respecto. Si fuera de otra manera, ¿cómo podría Jesús describir la felicidad celestial de un banquete donde estaremos sentados con Abraham, Isaac y Jacob? (Mateo 8:11; Lucas 13:28). La casa a la que Jesús nos llama es el lugar del gran reencuentro. La recompensa de amar es amar todavía más. El hecho del reencuentro es uno de los motivos de la felicidad prometida.

La Biblia termina con la oración: «¡Ven, Señor Jesús!» (Apocalipsis 22:20, BJ). Sin el regreso de Cristo, la Biblia estaría incompleta. Su contenido perdería su significado. Imaginad una escalera que subiera al cielo de una altura vertiginosa. La subís con entusiasmo, peldaño tras peldaño, y descubrís consternados que la escalera termina en el vacío. ¡No estáis en ninguna parte! Es una débil ilustración de lo que sería el Evangelio de Jesucristo si no volviera. La imagen da escalofríos. La realidad sería el colmo de la desesperación.

Cristo vuelve. En esta seguridad descansa nuestra fe en un mundo mejor. Comprendemos que no será por la fuerza de leyes estériles sino por la comprensión de los principios de la vida, de la fuerza del amor y de

[244] Marcos 16:12; Lucas 24:31; Juan 20:14.

[245] Lucas 24:41; Juan 21:5.

[246] Juan 20:19.

[247] Marcos 16:19; Lucas 24:51; Hechos 1:9,10.

la misericordia. La buena nueva que nos trae Jesús es que nada flota en la nada. La vida eterna nos espera.

Conclusión

Al inicio hemos planteado una pregunta simple, casi banal. La respuesta podría parecer simple también: ¡Jesús vino para salvar a los hombres! Tras reflexionar, descubrimos que para responder seriamente, debemos recorrer la Biblia entera.

Constatamos que vivimos en un mundo donde hay dos «dimensiones»: el cielo y la tierra y ambos interactúan. Es mejor hablar de dos dimensiones que de dos niveles porque situar a Dios en lo alto y al hombre abajo es una ilusión. Aunque invisible, Dios está cerca de nosotros. Estamos en un campo de batalla donde dos grandes poderes se enfrentan para obtener la supremacía: uno llamado Dios, legítimo, que está en el origen de todas las cosas y no depende de nadie pero que no es responsable de todo y que consiente limitar su poder al ofrecer al hombre la libertad. Otro, llamado Satanás, que usurpa el principado de aquí abajo ingeniándoselas para torcer la voluntad de Dios al hacerse pasar por un ángel de luz.

En este conflicto, el hombre es el elemento principal. Dios lo creó a su imagen, libre en todas sus elecciones. Nunca señor del bien y del mal. Pero libre de ir con Dios en la dirección del bien o ceder a las tentaciones del enemigo, pervirtiendo el mundo. La mala elección del hombre pone el mundo al revés. Jesús vino para ponerlo bien. Vino para quitar el pecado del mundo. Nos propone un mundo regenerado y sienta las bases. Desgraciadamente, Jesús fue rechazado. Así que solo nos queda esperar su regreso.

Descubrimos en él al Hijo del hombre, al Hijo de Dios, a la Palabra de Dios hecha carne, al mensajero, al profeta, al reformador del judaísmo, al revelador de la ley de Dios, al príncipe de la vida, al guía infalible, al camino, la verdad, la vida, al vencedor de la muerte, al salvador de los hombres y del mundo.

Anunciada desde el inicio del conflicto surgido entre el hombre y Dios, la misión de Jesús está minuciosamente descrita por los profetas. La lleva a cabo fielmente, a pesar de la cruz que las acusaciones de Satanás son falsas, que la voluntad de Dios está a nuestra disposición y que condiciona la armonía de la creación.

Para conseguir el propósito de Dios, Jesús debe hacer desaparecer la causa del desorden, que la Biblia llama pecado. En la Biblia, al pecado se le da varios nombres que ayudan a conocer mejor su naturaleza. El más empleado significa extraviarse, no alcanzar la meta. Como el fin de la creación es la felicidad en la vida, el pecado conlleva la desgracia y la muerte. Otra palabra evoca la idea de torcerse. Lo que está torcido no es útil. No podemos andar derechos. El pecado conlleva también la idea de rebelión. Entenderse con Dios es imposible; la relación se ha roto. La discordia reemplaza la armonía y engendra la maldad que corrompe toda relación. Es decir, el pecado contiene un poder infernal del que no podemos liberarnos solos. Es necesaria la intervención del Creador en persona.

El hombre se salva en la medida en que la vida de Cristo sustituye la suya. Una imagen puede ilustrar este principio fundamental. El salmista dice que el hombre es como un árbol plantado cerca de una corriente de agua (Salmos 1:3). Existe en la India un árbol muy raro llamado baniano. En medio del huerto hay un baniano, del que todos sus congéneres absorben su comida y su fuerza. El baniano tiene una cepa única que deja caer sus ramas al suelo, donde descansan. Convertidas en troncos, repueblan rápidamente un vasto espacio. Todo el bosque procede de un solo germen. Numerosos, los troncos se elevan al cielo, cada uno diferente de sus hermanos. Todos dependiendo de su vida común, su misteriosa unidad.

Jesucristo vino para ofrecer gratuitamente su vida a todos los que la quieran recibir. No solo les ofrece su justicia gracias a su perfecta obediencia hasta la muerte sino que les ofrece también su vida divina. Da a los hombres los atributos propios de Dios. Moldea el carácter humano a semejanza del divino. Jesús viene para establecer en la tierra la fe, la esperanza y el amor. Dios es amor, de manera que no podemos esperar vivir con él sin ser capaces de practicar el amor. En el fondo, la vida es el tiempo que nos es dado para el largo aprendizaje de amar. Así, la justicia queda satisfecha, inefable don de amor. Descubrimos a la luz del Calvario que la ley del amor que renuncia a sí mismo es la ley de la vida en la tierra y en el cielo.

El propósito de Cristo es establecer un nuevo orden libre del mal y de sus nefastas consecuencias, ofreciendo al mundo su verdadero destino.

Este nuevo mundo, donde ya no existe la cruz, es llamado el Reino de Dios. «…la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas el mar» (Isaías 11:9, BJ) La violencia habrá desaparecido, ya sea a nivel de los elementos, animales u hombres. Verdadera transfiguración.

Cuando Juan el Bautista presenta a Jesús como el cordero de Dios «¡…que quita el pecado del mundo!», no ve un acto mágico del que podríamos beneficiarnos mediante el cumplimiento de algunas condiciones. Hemos considerado los textos que explican su pensamiento. No hay dudas al respecto. Se trata de cambiar al hombre. Cambiar primero su pensamiento, rectificando los errores adquiridos a través de falsas tradiciones. Transformarlo por la renovación de la inteligencia, a fin de que pueda discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto.[248]

Cambiar su voluntad dándole un corazón nuevo donde estén grabados los mandamientos de Dios. Cambiar el pensamiento y el corazón es lo que llamamos arrepentimiento. Encontramos el arrepentimiento en el clímax de todos los llamamientos que emanan de los profetas, del propio Jesús o de los apóstoles. El término, que implica un cambio de mentalidad, está omnipresente en la Biblia. Donde hay arrepentimiento, hay conversión, cambio de vida y vuelta a la norma.

El hombre está ya liberado del pecado (imagen del rescate); es regenerado por dentro (imagen de la expiación); es justificado (imagen del perdón); por fin está reconciliado con Dios y restablecido en su condición de hijo de Dios.

Jesucristo pone en evidencia el drama de la condición humana. Entre lo que el hombre debe ser y lo que es, está la distancia que separa el Jesús que vive y el Jesús crucificado. Esta distancia es un abismo cuya profundidad queda medida por la cruz. Además, parece irreconciliable la condición entre lo que el hombre es y lo que debiera ser. Es un pecador condenado por su propio pecado e incapaz de liberarse por sí mismo, porque el pecado es impotente por naturaleza, es decadencia y culpabilidad.

[248] Romanos 12:2.

Cuanto más trata de liberarse, más se encalla. Necesita una ayuda exterior. Ayuda que debe ser creadora porque el pecado es una degeneración de la naturaleza. Para salvarlo, hay que ponerlo en contacto con su Creador. Jesús viene para manifestar la justicia, el amor y la gloria de Dios. Gracias a él, el hombre puede reconciliarse con su Creador.

Todo ello implica una sola condición pero ineludible, la fe en Jesucristo. Desde que estamos unidos a Jesucristo como el sarmiento está a la cepa, somos salvos, es decir, curados y liberados. El pecado es una enfermedad mortal. Contiene un poder infernal del que no podemos desembarazarnos. Pero Cristo tiene el poder. Sin él, nada podemos hacer. Pero con él, todo es posible. El rectifica nuestra conciencia y de ella dependen nuestras elecciones.

Jesús demuestra hasta qué punto el pecado es horrible y peligroso. Ninguna promesa reconforta más que la de la victoria sobre el pecado. La religión no tiene ningún valor si no cambia el corazón del hombre. No son formas y ceremonias, la religión es lo que nos une a Dios en el seno de una comunidad viva.

Llegamos así a otro aspecto esencial de la obra de Cristo. Vino para revelarnos el verdadero rostro de Dios y lo hace a través de sus enseñanzas, evidentemente. Pero también a través de su manera de ser, hasta el punto de poder afirmar: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.» Gracias a él, descubrimos el verdadero Dios, muy diferente del de los filósofos.

El Dios de Jesucristo es poderoso. No solo ha creado, también domina todas las fuerzas del mal. Podemos, pues, contar con él para destronar al usurpador y destruir la muerte. Pero vivimos el tiempo de la paciencia de Dios, dominado por la cruz del Calvario. Dios no obliga a nadie a seguirle. Jesucristo llama a la puerta de los corazones esperando que le abramos.

Hubiera podido fácilmente destruir a los que no soportaran su mensaje. Pero respetó su elección y se abandonó a su odio. La libertad del hombre solo es efectiva si hay un abandono provisional y consentido de su poder. La cruz es la prueba de la no-responsabilidad de Dios frente al sufrimiento y la muerte. El Dios de Jesucristo es nuestro Padre. La misión

de Cristo es atestiguar la presencia y la voluntad misericordiosa del Creador. Es una dulce sensación la reconciliación con él.

Vivimos el doloroso tiempo en que estamos limitados a orar para que venga el reino de Dios. El tiempo en que el mal está tan generalizado que a veces podemos pensar que no existe solución. Pero se acerca el tiempo cuando el poder incuestionable de Dios será universalmente reconocido y respetado. Entonces, Dios será todo en todos. Podemos alzar confiadamente nuestras cabezas.

Su poder tendrá su hora. La humanidad va hacia su final con tumultos e incoherencias, con crímenes y revoluciones. La locura de las naciones da vértigo. Pero el cielo y la tierra reencontrarán la armonía. Jesús vino a traer la luz a un mundo inmerso en las tinieblas, la verdad a un mundo que se hunde en la mentira, la vida a un mundo que se muere. Descendió del cielo para ser la escalera que una los dos reinos. En Jesús, la divinidad y la humanidad se unen. Gracias a él, los sufrimientos incluso son portadores de luz. Podemos descargar en él nuestras preocupaciones. La espera se convierte en esperanza.

Jesús es «la más bella historia de la tierra. Y también, la historia más grande y la única que jamás haya existido. La historia más grande del mundo entero. La única historia interesante que haya surgido jamás» (Charles Péguy).

Índice de referencias bíblicas

Antiguo Testamento

Génesis

1:28 193
2:7 48
2:15 6, 248
3 6
3:1 7
3:7 203
3:9 5
3:15 8, 19, 181
3:17,23 6-7
6:7 18
6:9 258
8:21 199
10—11 9
10:21 12
12—50 11
12:1-3 9-10
15:4 12
17:19 12
28:10-13,19 148
35:1 12
49:8 12
50:20 18, 34, 106

Éxodo

3:2 240
3:3 240-241
3:13 241
4:22 178
19:1 173
19:5 15
20:1-17 173
20:7 27
20:11 167
20:12 174
20:12-16 174
20:13 174
20:13-15,17 174
20:14 174
20:17 174
21:6 22
25:8,22 173
26:31-33 139
31:18 69, 166
32:16 69, 166
34:6,7 190
34:7 27, 33, 189

Levítico

3:17 164
5:11 226
7:27 164
16:8-10 220
16:15 204
16:20-22 220-221
17:10-14 164
17:11 204
19:18 68, 175
19:26,28,31 173
19:27 172

23:5 167

Números
12:8 280

Deuteronomio
5:15 167
5:16 174
5:16-20 174
5:17 174
5:17-19,21 174
5:18 174
5:21 174
6:5 68
10:1-5 173
18:9-12 173
18:15 57
18:15-22 146
18:15,19 15, 16
21:22,23 235
21:23 33, 156
31:24-26 173, 174

1 Samuel
8 13
16:7 89

2 Samuel
7:5-16 13
24:1 35, 119

1 Reyes
6:13 178
8:27 100
19:1-13 56

1 Crónicas
21:1 35, 119

2 Crónicas
7:14 210

Job
2:6 229
12:7-12 233

Salmos
1:3 286
2 17, 18
2:1-3 17
2:4-6 18
2:6 19
2:7-9 19
2:10-12 20
2:12 20
6:6 254
7:18 254
9:12 254
10:1 100
11:6 93
14:2 241
16:5,6 93
22:19 42
23:5 93
24:8 42
27:9 135
31:14 42
37:7-9 276
37:28,33 135
38:22 135
40:7 22
40:7-11 21

40:10,11 24
41:10 42
42:3 137
42:6 42
45 92
51:7 190
51:12,18,19 220
51:18,19 22
69:22 42
71:9-11 135
75:2 254
85:11-13 244
94:14 135
103:12-17 219
110:1 250
110:4 16, 17
113—118 119
118:22.23 101
118:24 105
119:8 135

Proverbios
17:15 27, 98, 190, 217
23:26 89

Eclesiastés
3:11 279
9:10 139
12:7 139

Isaías
1:2-4 25
1:11-17 25-26
1:16,17 16
1:18 219
1:18-20 27
2:2-4 39
4:2 29
5:1-7 100
6:13 27-28, 29
7:14 12, 52
8:19,20 28
9:5,6 29-30
10:19 29
10:20 28
10:20-22 28
10:20-23 29
11:1 29
11:1-5 30
11:4 30
11:6-9 38
11:9 287
11:10 39
11:11,12 29
12:3 136
15:5 27
16:9-11 27
16:13,14 29
21:3,4 27
25:1-4,7-9 39
26:1-4,7-9,12-14 39
26:10 27
26:12 84
30:15-17 28
35 40-41
37:4 29
37:32 29
42:6 16-17
43:25 219
44:22 219
45:7 35, 229
45:15 100

49:3 32
49:6 14, 146, 154, 178
52:13ss. 32
52:13—53-12 32
52:14 32
53 33, 87
53:2,3 32
53:3,4 222
53:4 32, 33, 150, 236
53:5 34, 34-35
53:6 35
53:7-10 36
53:10 36-37
53:10-12 94
53:11,12 37
55:6 241
56:7 146
59:2 21
60:1-5 146
61:1 153
61:1,2 31

Jeremías
1:5 48
7:31 209
8:11 82
9:1 26
14:9 135
23:5 13
23:16-18,29 82
23:29 82
25:15 93
31:31-34 110
31:32 110-111
31:33 111
31:33,34 16
31:34 219

Ezequiel
13:8-16 82
18:21-23 98-99
18:23 190, 210, 219
36:22-28 16
36:23 111, 146
36:26 89
36:26,27 111
39:7 146, 178

Daniel
2:31-35,44,45 88
9 50
7:13 250, 275
7:22 275
7:26 275
7:27 275
12:3 91, 149

Oseas
7:13 6

Amós
8:9 129
9:11 163

Miqueas
5:1 50

Habacuc
1:13 34

Zacarías
4:6 14
11:17 120
13:7 120

Sabiduría
2:12-20 42-43
3:1 43
5:1 43

Nuevo Testamento

Mateo
1:20 23
1:21 51
1:23 12, 52
2:3-6 50
3:2 88
3:7-10 34
3:10 87
3:11 61, 62
3:12 89
3:15 223
3:17 52, 224
4:8 108
4:16 153
4:17 66, 149
4:23 63
4:24 86
4:24,25 63
5—7 143, 243
5:1,2 67
5:5 74
5:5-7 21
5:12 243
5:13 27
5:16 169
5:17 64, 82, 149, 174
5:17-20 201
5:17,20 23
5:20 64-65, 239
5:21 59, 174, 217
5:27 174
5:39 126
5:44 257
5:48 255
6:9,10 90
6:12 32, 223
6:13 32
6:24ss. 32
7:15-20 83, 262
7:16ss. 276
7:21 58, 90
7:29 63-64, 145
8:11 38, 282
8:16,17 150, 223
8:17 33
9:6 145
9:13 66, 78, 150, 201
9:15 92
9:16,17 69
9:31 86
10 143, 244
10:7 154
10:16,30 244
10:34 185
10:34-36 82, 84
11:7-19 89

11:11	61
11:12	87
11:16-19	87
11:27	53, 146
11:28	38, 225
11:28-30	146
12:7	150, 201
12:28	89
12.36	276
13:35	88
13:43	107
14:30	144
14:31	144
15:4	174
15:24	62
16:15	47
16:16	102, 140
16:18	145, 146, 172
16:21	102
16:22	103
16:22,23	109
16:23	103
16:24	185, 254
16:24,25	107
16:27	107
17	143
17:5	52
17:22	102, 108
18	244
18:11	71
18:17	145
18:21-35	220
18:35	244
19:1-12	205
19:16-26	175
19:18,19	174
19:25,26	175
19:26	65
19:27-30	32, 83
20:17,18	102
20:20-23	93
20:21	86
20:25-28	94
20:28	186, 196
21:28	100
21:33	100
21:33-46	100
22:2,8,10-12	92
22:1-14	211
22:14	208
22:41-46	17
23:27	71, 167
23:29-37	151
23:34,35	43
23:37-39	123
24	181, 244
24:5,6	266
24:6	103-104
24:7	266
24:13	146
24:14	78
24:21,22	266
24:22	19
24:27	261
24:30	244, 277-278
24:42	19
24:44	278
25	244
25:13	278
25:31	30
25:31-33	79
25:31-46	81

25:33 275
25:41 235
25:46 244
26:6-13 115
26:8 116
26:11-13 116
26:12 116
26:13 78
26:24 118
26:26-29 110, 111
26:31 118
26:31,32 119
26:31-33 139
26:36-46 121
26:39 107, 124
26:41 271
26:45,46 151
26:53 104
26:55 126
26:56 126
26:64 250
27:22,23 79
27:45,46 134
27:50 138, 139, 140
27:50-52 139
27:54 141
28:10 143
28:16-20 143
28:18 30
28:19,20 146

Marcos
1:11 140
1:15 85
1:35-39 91
1:38 153
2:3-12 54
2:5 54
2:17 71
3:21 131
3:31-35 131
4:11 88
5:34 84
6:14 46
7:1-13 217
7:8 272
7:10 174
8:31 108
8:32,33 109
9:31 108
9:32 109
10:19 174
10:23 90
10.32 151
10:33,34 108, 109
10:45 94
11:21 235
11:22 58
12:1 100
12:1-12 100
13:7 104
13:20 78
13:31-33 278
13:33 263, 271
14:3-9 115
14:4 116
14:18-21 151
14:22-25 110, 111
14:25 90
14:27 118
14:32-42 121
14:33,34 125

14:36 124
14:38 122, 271
14:41,42 151
15:39 140, 141
15:47 143
16:1 143
16:8,11,13,14 142
16:12 282
16:15,16 178
16:19 282

Lucas
1:32,33 30, 131
1:35 23
2:11 51
2:14 83
2:29-32 51
2:32 138
2:34,35 79
2:35 131
2:38 99
4:1,2 231
4:16-19 31
4:18 225
4:22 64, 86
5:32 66
5:39 70
6:28 235
7:30 63
7:36-50 115
9:22 103
9:22,43,45 109
9:31 108
9:44 108
9:45 109
10:9 89
10:11 89
10:22 53
10:25-28 68
10:38-42 271
11:27,28 131
12:49-51 84-85
13:1-5 94
13:28 282
13:31-33 92
13:33,34 100
15:2 217
15:17 61, 219
17:20 89
17:21 89
17:25 103
17:26-30 266
18:11,12 166
18:18-20 68-69
18:20 174
18:31 137
18:31-34 109
18:34 109
19:41,44 27
19:42 84
20:9 100
20:9-19 100
20:13 98, 101, 242
20:16 101, 102, 124
20:16-18 101
20:19 102
21:9 104
21:25 265
21:28 203
21:36 271
22:3 151
22:14-20 112

22:15-20 110
22:20 110, 115, 152
22:37 103
22:40-46 121
22:42 107
22:43,44 122
22:44 33
23:22 33
23:26 254
23:34 129
23:39-43 131-132
23:43 133
23:46 138, 139, 140
23:47 141
24:11,25-37 142
24:21 86
24:26 153
24:27 151
24:30 142
24:31 282
24:36-40 142
24:41 282
24:51 282

Juan
1:3 3
1:9 138
1:10 76, 87, 242
1:11 4, 24, 242
1:12 68, 73, 149, 253
1:17 30
1:18 53
1:29 51, 95
1:33 52
1:34 52
1:51 148
2:4 105
2:15 75
3 149
3:3 19
3:5 61
3:5,6 60, 228
3:10 130
3:12,13 31
3:16 73, 75, 239
3:16,36 208
3:17 78
3:18-20 81
3:34 31, 53
3:36 31, 82, 85
4:4 75
4:14 136
4:22 19
4:26 50
4:32 50
4:34 50
5:19,30 124
5:22 81
5:24 61, 75, 234, 277
5:24-30 81
5:28,29 81, 149
5:30 223
5:36 54
5:39 15, 175
6:15 14, 242
6:22-59 113
6:28,29 202
6:32,33 113
6:38 51
6:39 278
6:40 277
6:46 53

6:48 73
6:62 2-3
7:7 35, 76, 99, 104, 105, 242
7:16 53, 124
7:29 53
7:30 105
7:37-39 136-137
7:46 63
8:16 53
8:20 105
8:23 79
8:28 53, 124
8:38 53
8:42 46
8:44 7, 229
8:52,53 3
8:56 278
8:58 3
9:39 149
9:39,40 79
10:10 54
10:11 150
10:14 149
10:15 53
10:17,18 105, 124
10:17,27,28 200
10:18 2, 108
10:25,32,37 51
10:28 200
10:30 46, 49
10:38 53, 141
11:8 105
11:8,16 151
11:49,50 102
11:53,54 104
12:1-8 115
12:4 116
12:23,27 105
12.24 114, 195
12:24,32 151
12:31 79, 81, 229
12:32 195, 199
12:46 82
12:47 78
13:1 79, 105, 124
13:1-5 94
13:2,27 98, 151
13:3 46-47
13:7 268
13:14-17 110
13:19,20 117
13:21 117
13:27 117
13:30 117
13:34,35 175
14:1 261
14:1-3 261
14:2-4 44
14:3 185
14:6 49, 158, 197, 262
14:9 55, 245
14:9,10 185
14:11 53
14:16,26 155, 251
14:27 83-84
15:5 122, 197
15:16 158
15:18,19 79
15:19 78
15:26 155

16:5-15 155
16:7 155, 208, 251
16:8 79
16:8-11 144
16:8,10 80
16:9 79
16:11 80, 81
16:26 155
16:26,27 251
16:28 3
16:32 138
16:32,33 49
17:1 105
17:1-4 55
17:1-23 271
17:3 6, 53
17:4,5 138
17:5 80
17:5,24 3
17:6 53, 178
17:15 269
17:15-18 78
17:17 59, 274
17:19 179
17:20-23 158
17:24 261
18:4-6 47, 126
18:23 126
18:33-37 58-59, 127
18:35 128
18:36 31, 79, 104
18:37 127
19:6 99
19:7 141
19:9 128
19:11 98, 104, 128, 151
19:12 129
19:15,16 129
19:19-22 127
19:25-27 130
19:28 136
19:30 137
19:31 132, 167
20:9 175
20:14 282
20:17 133
20:19 282
20:24 282
20:25-27 142
21:5 282
21:9-13 142
21:25 66

Hechos

1:6 86
1:8 155
1:9,10 282
1:9-11 261
2:14 125
2:14-21 156
2:16,17 264
2:20 278
2:22 53
2:22-36 156
2:23 56, 101
2:24 20, 105
2:24,32 158
2:25-28 73
2:30,31 13
2:37-40 156

2:38 66
3:14 211
3:14-26 157
3:15 158
3:17 157
3:22 16
3:22,23 57
4:12 49, 157
4:19,20 157
4:24-28 18
4:33 158
5:30 158
5:31 250
5:36,37 14
6:2,3 176
7:37 16
7:59 139, 140
8:12 169
8:14 176
8:26-40 181
8:37 181, 211
9:1,2 161
9:5 240
9:6 161
9:9,10 172
10 160
10:40 158
11:1-18 160
11:25,26 179
13:2 161
13:9 161
13:14-41 19
13:37 159
13:46 247
13:46,47 162
14:16 18, 153
14:22 230
14:23 176
15 163
15:1 162
15:2 162
15:3 218
15:6,7 163
15:28 164
15:10 69
15:30-33 164
15:34 164
17:11 58
17:27 5, 241
17:28 5, 135
17:30,31 81
17:31 159
20:17 177
20:17,28 176
20:24 169
20:27 257
20:28 177
20:28-31 177
25:24 252
26:20 218

Romanos
1:3 237
1:4 247
1:5 171
1:16 169, 205
1:16,17 98
1:17 227
1:32 74
2:4 263
2:13 171
2:16 78, 255

2:17-24 40
3:2 178
3:10 166
3:10,23 231
3:24 210
3:24,25 203
3:24,28 255
3:25 203
3:26 233
3:28 169, 170
3:31 171
4:2,4,5 169
4:5 211
4:24 159
5:6-8 238
5:10 227, 243
5:10,11 243
5:12 169, 209
5:15 97
5:16 220
5:19 201, 212, 228
5:19-21 213
5:21 169
6:4 20, 73
6:5 169, 204, 232
6:12 169
6:13 200
6:14 169
6:17 23, 171
6:23 123, 135, 190, 209
7:7 174
7:11 168
7:12 171
7:14 95, 197
7:14-25 121
8:1 255
8:2,4 231-232
8:3 47, 227, 237
8:4 171
8:11 159
8:17 32
8:20 74, 193
8:23 280
8:24 271
8:28 18
8:29 169, 233
8:31,38,39 195
8:34 251, 255
9:4,5 178
9:27 247
9:27-29 29
9:31,32 169
10:9 159
11:1 246
11:2 252
11:5 247
11:6 169
11:11 246
11:12 247
11:15 246
11:26 247
12:1 200, 254
12:2 58, 85, 258, 287
12:14 235
13:8,10 171
13:9 174
13:10 90
14:10 75
14:17 89-90
14:19 84
15:6 220

15:12 29
15:18 171
15:18,19 158
16:20 229
16:25 277
16:25,26 88
16:26 171

1 Corintios
1:5-9 260
1:8 256, 278
1:22-25 183
1:30 231
2:2 15
2:7,8 193
6:9,10 255
6:14 159
6:17 204, 232
6:19 270
6:20 196
7:19 166, 174
7:23 196
10:11 264
10:13 230
10:14-17 110
10:16 113
11:20 119
11:23 110
11:23-25 110
11:23-26 111-112
11:24 112
11:25 110, 115
11:27-30 119
13:10,12 280
13:12 270
14:12 178
14:20 255
14:33 84
15:3 249
15:3,4 183
15:15 159
15:26,55-57 230
15:28 91, 149, 247
15:34 256
15:50 276
15:51-54 261
15:54 280

2 Corintios
1:9 159
2:5 171
3:14,15 59
3:18 280
4:7 280
4:10 254
4:14 159
5:1 236
5:10 255, 273
5:14 161
5:17 67, 70, 204, 237
5:18,19 244
5:19 56, 138, 183
5:21 134, 214, 217, 234, 236
6:18 238
7:1 256
7:12 171
10:2,10 170
11:5,13 170
11:7 170
11:14 229
11:23 171

12:11 170
12:12 158
12:13 170
12:16 170
13:4 47, 251
13:5,6 170

Gálatas
1:1 159
1:3,4 95
1:4 67, 197, 270
1:6-10 170
1:11,12 165
1:12 168
1:14 246
2:4 163
2:5-10 163
2:14 165
2:16 165, 166-167, 169, 255
2:19-21 167
2:20 113, 204, 232, 259
2:20,21 231
3:11-14 234, 235
3:13 134, 196
3:13,14 214, 217
3:24,25 166
4:5 196
5:5 170
5:6 50, 71, 170
5:13 165
5:13-16 191
5:22 84, 137, 262
6:14 80

Efesios
1:4 2, 256
1:10 20, 247
1:10,21 145
1:20 159
1:20,21 250
1:22 145
1:22,23 273
2:6 159, 253
2:8,9 169
2:10 169
2:16 245
2:20 154
3:4 277
3:19 204
4:3 245
4:5,6 274
4:12-14 257
4:13 232, 255
4:13,14 178
4:20-24 70
5:2 198, 199
5:15-17 272
5:25-27 256
5:27 206
6:2,3 174
6:12 6, 248, 259

Filipenses
1:6 238
1:21 204
2:7 114, 150, 185, 237
2:8 99
2:8-11 228-229
2:11 142

2:13 68, 169, 171, 259
3:9 204
3:12-14 258
3:15 257, 258
3:15,16 274
3:19 193
3:20 81
3:20,21 273
3:21 280
4:7 84
4:13 68, 198, 204

Colosenses
1:5 268
1:16 3, 49
1:16,17 47
1:19-23 247
1:20 84
1:23 268
1:24 161, 226
1:27 268
1:27,28 205
1:28 178, 255, 257
3:11 273
4:12 255

1 Tesalonicenses
1:3 268
1:9,10 263
1:10 159
2:14,15 180
3:13 256
4:1-8 180
4:3 182
4:13-18 261
5:8 268
5:19-22 58
5:23 204, 256
5:23,24 68, 281
5:24 259

2 Tesalonicenses
1:8,9 261
2:3,4 175
2:16 268

1 Timoteo
2:4 169
2:5 250
2:6 196
3:1-7 177
3:15 178
6:14 256
6:15 20
6:16 133
6:20 178

2 Timoteo
2:14 178
3:1 264
3:1-5 266
3:16 147
4:8 261

Tito
1:5-9 176, 177
2:11 169, 255
2:12-14 169
2:14 196

Hebreos
1:1,2 241
1:3 250
1:5 13
2:1 241
2:4 158
2:10 232
2:14 122, 125, 150
2:14,15 230
2:17 203, 221, 225
2:17,18 206
2:18 225
3:6 146
3:7 241
4:15 47, 223
5 135
5:6 17
5:7 135
5:8 43
5:8,9 228
5:9 232
5:11 241
5:14 258
6:5 67
6:5-8 270
6:6 129
6:20 17
7:11ss. 227
7:17 17
7:18 21, 232
7:19 232
7:25 251, 254
8:1,2 250
8:6 252
8:10 89
8:10,11 23
8:12 115, 169
9:1-10 146
9:7,12 221
9:9,10 22
9:14 252
9:15 252
9:22 226
9:23,24 227
9:26 198, 200
9:28 220, 221
10:5 22
10:5-9 21
10:5-10 200-201
10:7 23
10:9 24
10:10 201
10:10,14 200, 201
10:12 198, 200, 201
10:14 201
10:19,20 179
10:19-25 241
11:1 12, 185
11:13 80-81
12:24 252
12:28 254
13:9 253
13:11 253
13:11,13 253
13:12,13 253
13:15,16 200, 254

Santiago
1:1 181
1:2,3 256
1:4 255, 256, 257
1:13 231

2:11 174
2:20 169
2:24 169
4:4,5 77
5:6 43

1 Pedro
1:3 158
1:5 146, 278
1:13 257
1:17 78, 255
1:18 95, 197
1:18,19,20 3
1:19,20 101
1:20 2, 264
2:5 200, 254
2:6,7 102
2:7 146
2:7-10 145-146
2:21 99
2:21,22 49
2:24,25 220
3:20,21 61
3:21 85, 158
5:1-4 177
5:8 229

2 Pedro
1:4 114, 279
3 281
3:3 264-265
3:4 262
3:7,10,17 9
3:9 262
3:10 262-263
3:12 178
3:14 256

1 Juan
1:10 251
2:1 155, 251
2:2 203, 207, 208
2:6 49, 99
2:15 75
2:15-17 76
2:18 264, 278
3 211, 251
3:2 233, 280
3:4 71, 228
3:6-10 256
3:7 212
3:9 52, 233
3:16 239
4:9 76
4:10 203, 207, 208
4:11 175
4:18 257
4:19 175
5:4 234

Apocalipsis
1:7 261
3:2 255
3:14-22 62
5:9 99, 274
12:9 7
12:10 252
14:6 155
14:12 68, 176
17:14 20
19:1 1
19:8 212

19:16	20	21:4	91, 178
20:6	61	21:8	255
20:10	80, 222	22:15,16	255
20:12	255	22:20	282

Índice de autores

A

ABELARDO, 36, 238

ANSELMO de Canterbury, 36, 96, 97, 98, 187, 190, 191, 192, 197

ANTOINE, Michèle, 265

B

BADENAS, Roberto, 62, 110

BARROS, Ademar (de), 57

BÉNÉTREAU, Samuel, 202, 254

BESSIÈRE, Gérard, 87

BOIS, Henri, 191, 192, 194

BONHOEFFER, Dietrich, 168

BONNARD, Pierre, 72, 83, 108, 121, 167

BOSSUET, Jacques-Benigne, 77, 202

BOURDALOUE, Louis, 202

BOURQUIN, Yvan, 140

BRUNNER, Emil, 280

BÜCHSEL, Friedrich, 207

BULTMANN, Rudolf, 46

C

CALVINO, Juan, 202, 214, 215, 267

CASALIS, Georges, 46, 49, 63

CHESTERTON, G. K., 270

CHOURAQUI, André, 34, 37, 67, 72, 232

CLAUDEL, Paul, 245

CRAWFORD, Thomas J., 221

CULLMANN, 0scar, 123, 266, 267

D

DANBLON, Paul, 216

DANTE ALIGHIERI, 274

DELFORGE, Frédéric, 269, 270, 271, 273

DODD, Charles H., 88

DORÉ, Joseph, 184

DUBUISSON, Martine, 6

DUQUESNE, Jacques, 215, 216

F

FRANKL, Victor, 7, 267

G

GEORGE, Augustin, 117, 124, 151, 152

GILLIÉRON, Bernard, 256

GIRARD, René, 198

GOERLING, Fritz, 10

GOUNELLE, André, 96, 97, 186, 189, 191, 192, 194, 249
GOUNELLE, P., 77
GRATRY, Auguste-Joseph-Alphonse, 259
GREGORIO de Nisa, 95, 187
GUILLEMIN, Henri, 215

H

HARNACK, Adolf (von), 88
HUGEDÉ, Norbert, 280

I

IRENEO, 95, 187

J

JEREMIAS, Joachim, 65

K

KELLER, Helen, 60
KLEIMAN, Lowell, 56

L

LACOQUE, André, 120
LAGRANGE, Réginald-Marie-Garrigou, 46
LALLEMAND, Roger, 224
LAURIOL, Élie, 24, 26, 40
LEÓN el Grande, 187
LEWIS, Stephen, 56
LUTERO, Martín, 22, 132, 210, 214

M

MAILLOT, Alphonse, 217, 218, 246, 247
MARGOT, Jean-Claude, 263
MARGUERAT, Daniel, 276
MAISTRE, Xavier (de), 154
MAURY, Pierre, 278
MOLLA, Claude F., 82, 128
MOLTMANN, Jürgen, 8, 184, 243, 267
MONOD, Wilfred, 281
MORRIS, Leon, 221

O

OCHSENMEIER, Erwin, 172, 173
ORÍGENES, 95, 117, 187, 276

P

PARROT, André, 11
PASCAL, Blaise, 274
PÉGUY, Charles, 268, 289
PETIT, Marc-Antoine, 224
POUGET, E., 188
PURY, Roland (de), 168

R

REEVES, Keith H., 144

RENAN, Ernest, 10

RENIE, Jules, 10

ROUGIER, Stan, 38, 45, 73, 90, 245

S

SABATIER, Auguste, 191

SAINT-EXUPÉRY, Antoine (de), 274

SCHROEDER, Robert, 15, 42

SCHUERMANN, Heinz, 91

SCHYNS, Matthieu, 153, 165

SCHWEITZER, Albert, 65, 88

SEGOND, Louis, 53, 112, 117

SESBOÚÉ, Bernard, 103, 106, 134, 215, 237

SPICQ, Ceslas, 253

SPITAELS, Guy, 5

STÉVENY, Georges, 12, 21, 32, 44, 47, 48, 96, 104, 147, 186, 201, 203, 207, 210, 217, 242, 248

STOTT, John, 221

T

TOYNBEE, Arnold, 263, 264

V

VANOVERBEKE, Dirk, 6

VERRECCHIA, Jean-Claude, 112

VINET, Alexandre, 259

W

WEISS, Johannes, 65

WHITE, Ellen. G., 77, 234

WIDMER, Gabriel, 77

WILLAIME, Jean-Paul, 177

Z

ZURCHER, Jean, 258

Ejemplar gratuito

aula7activa